

EL REVÉS DE LA NACIÓN

**EL REVÉS DE LA NACIÓN:
TERRITORIOS SALVAJES, FRONTERAS Y TIERRAS DE NADIE**

Margarita Serje

**Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Antropología
Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales-CESO**

Serje de la Ossa, Margarita Rosa

El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie / Margarita Serje. -- Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, CESO, Ediciones Uniandes, 2011.
368 pp. ; 17 x 24 cm.

ISBN 978-958-695-174-6

1 Tierras nacionales -- Colombia 2. Tierras baldías -- Colombia 3. Uso de la tierra -- Colombia
I. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Antropología II. Universidad de los Andes (Colombia). CESO Tít.

CDD. 333.731

SBUA

Primera edición: julio de 2005

Primera reimpresión: enero de 2011

© Margarita Serje

© Universidad de los Andes

Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología,
Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales (CESO)

Ediciones Uniandes

Carrera 1ª núm. 19-27, edificio AU 6, piso 2

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfonos: 3394949 – 3394999, ext. 2133

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-695-174-6

Diseño de cubierta: AZ Estudio (<http://azetaestudio.com/>)

Ilustración carátula: Adrian Jursich

Corrección de pruebas: Ella Suárez

Diagramación: Leonardo Cuéllar

Impresión: Nomos Impresores

Diagonal 18 Bis núm. 41-17

Teléfono: 208 65 00

Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Julio y Margarita

Agradecimientos

Este libro nace de mi tesis doctoral en antropología social y etnología, titulada *L'Envers de la Nation : La nature et la nature des choses dans les territoires sauvages et no man's lands en Colombie*, que fue presentada y sustentada públicamente en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, en París, el 12 de septiembre del 2003.

A Philippe Descola, agradezco su apoyo como director de tesis y su visión amplia de las cosas, que me ayudó a despejar el camino para abordar un tema que a primera vista desborda los límites de la disciplina. De las largas conversaciones y discusiones con Eduardo Subirats, Saskia Loockhartt, Roberto Pineda Camacho y Erna von der Walde surgieron perspectivas e ideas que fueron decisivas para este trabajo. También fue crucial el haber tenido la oportunidad de estructurar y discutir el capítulo referente al paisaje, en el marco del seminario que sobre este tema dirige Jacques Leenhardt en l'EHESS.

Para llevar a cabo la investigación fueron fundamentales las becas que recibí por parte de Colfuturo y del Institut Français d'Etudes Andines (IFEA). También lo fue el apoyo institucional que me brindaron en Bogotá el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), la Biblioteca Luis Ángel Arango y su director, Jorge Orlando Melo, quien me hizo valiosas observaciones y sugerencias, y la gerencia de Desarrollo y Paz del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en Colombia y su director de entonces, Fernando Herrera Araújo.

Agradezco de manera especial la lectura y los comentarios que generosamente me hicieron sobre partes del manuscrito Fernán González, Augusto Gómez, María Clemencia Ramírez, Santiago Villaveces, Christopher Britt,

Christian Gros, Fernando Cubides, Carl Langebaek, Darío Fajardo, Marie Roué y Daniel Pécaut, así como las entrevistas que sostuve con Juana Escobar y Claudia Leal. Mis agradecimientos también para Marie Claude Acero-Dubail, por su ayuda con la traducción; a Gonzalo Martínez con la corrección de los textos y a Fernando Salazar con los mapas.

Por último, sin el apoyo y el afecto incondicionales de varias personas no habría podido sobrevivir a la demencia de una tesis doctoral. Gracias muy especiales a Roberto y Marie Claude Acero y a Brigitte Lataud, con quienes siempre pude contar en París. Y ni siquiera sé cómo comenzar a expresar lo que significaron la generosidad y la paciencia de mi familia, en especial de mis padres, Julio C. Serje y Margarita de la Ossa, y de Manuel y Antonio Salazar, mis hijos.

TABLA DE CONTENIDO

I. LAS VASTAS Y ABANDONADAS REGIONES NACIONALES	13
1. El revés de la nación	15
Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie	19
El Estado y la nación desde la perspectiva de su relación con la periferia	25
La noción naturalista de la historia y el “efecto Montesquieu”	32
El oscuro objeto del contexto	36
2. El poder del contexto	45
El <i>contexto</i> como problema	49
La economía del contexto	58
El teatro del mundo	61
La situación dramática: los estudios regionales en Colombia	68
II. LA PUESTA EN ESCENA	77
3. Nación y paisaje	79
La América equinoccial de Humboldt	83
Tipos y monumentos	105
Los políticos-geógrafos del siglo XIX	115
4. La imaginación geopolítica	135
La invención de la frontera	146
El mito de la frontera	153
Los límites de la frontera	166
5. La ley del monte	177
La Leyenda Negra	178
“Jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia”	186
“Tierra sin hombres para hombres sin tierra”	193
Los campos minados	203

III. ESCENAS COTIDIANAS EN LOS CONFINES DE LA NACIÓN	213
6. El paraíso fantasma	215
La selva escoge a sus hijos	220
“Un mapamundi donde no aparezca Utopía no merece siquiera ser visto”: Oscar Wilde	230
Los huérfanos de la patria	233
Los últimos nómadas verdes	241
“Si John Lennon viviera sería mamo”	245
Los cargueros	252
7. La política del enclave	257
La hojarasca	261
Seguridad e ilegalidad	272
Pacificación	280
Conservación y desarrollo	288
8. En el país del espejo	299
El teatro de la guerra	303
La aporía de lo salvaje	307
Alteridad y resistencia	311
ÍNDICE DE FIGURAS Y MAPAS	319
BIBLIOGRAFÍA	321
ANEXO	
BIBLIOGRAFÍA SOBRE ESTUDIOS REGIONALES EN COLOMBIA	341

I

LAS VASTAS Y ABANDONADAS REGIONES NACIONALES

1. El revés de la nación

“Colombia luce como un gran rompecabezas, con extensas áreas claramente definidas de influencia de narcotraficantes o grupos armados, y zonas aún en disputa”, afirma una crónica de la prensa.¹ Efectivamente, Colombia aparece como un país fragmentado. Una serie de ejércitos privados, de guerrillas y de grupos paramilitares le disputan al Estado el control territorial. Esta situación no es, sin embargo, novedosa: el Estado colonial no logró nunca imponer su dominio en la totalidad del territorio de lo que hoy constituye Colombia. Durante los tres siglos de ocupación colonial se consolidó una serie de espacios articulados al proyecto de urbanización, a la producción y al comercio metropolitanos que ocuparon, grosso modo, el eje Norte-Sur de las tres cordilleras y la costa Caribe entre los ríos Sinú y Magdalena. Paralelamente, hubo otro conjunto de zonas que se marginaron de este ordenamiento, debido a razones múltiples, que se presentaron muchas veces de manera simultánea: frentes de resistencia indígena o cimarrona, una extrema dificultad de acceso que las definió en términos de aislamiento, sus características climáticas y naturales y/o la carencia de recursos identificados como interesantes o explotables que las hacían poco atractivas para el poblamiento colonial. Entre estas regiones se pueden contar la Alta Guajira, la Sierra Nevada de Santa Marta, la serranía del Perijá, el Catatumbo y el valle medio del río Magdalena, la serranía de San Lucas, el Alto

¹ “Bojayá desnuda el drama de una guerra territorial sin Estado”, AFP, 10 de mayo de 2002.

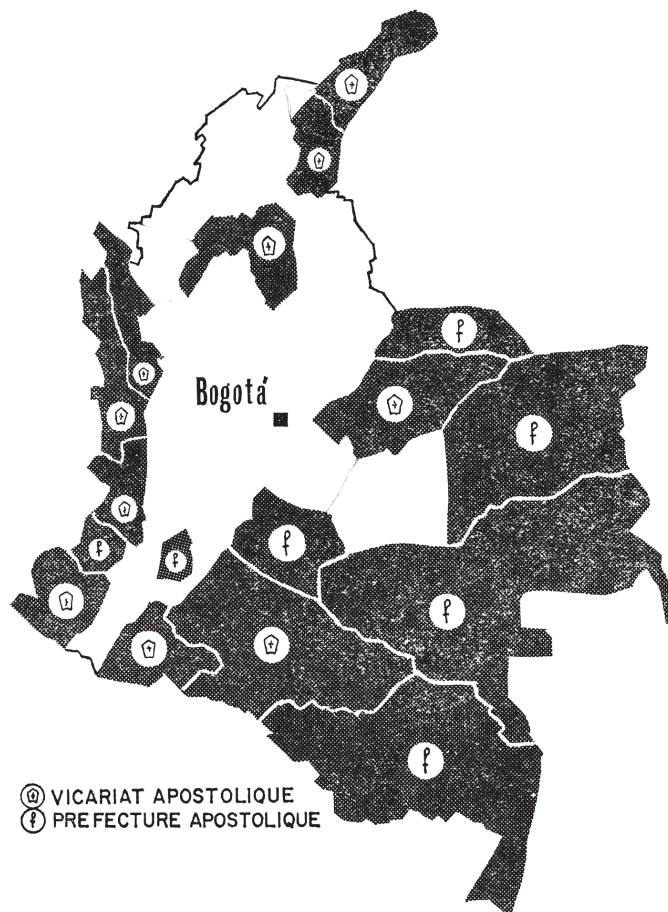
Sinú y San Jorge, el Darién, el litoral pacífico, el piedemonte oriental y la mayor parte de la Amazonía y la Orinoquía. Más de la mitad del territorio nacional.

Se convierten desde entonces en “confinos” y territorios de refugio para las poblaciones marginales en la sociedad colonial (los “arrochelados”, que, además de indios bravos y esclavos fugitivos, incluían toda la gama de mestizos, zambos y mulatos, así como colonos pobres españoles venidos ilegalmente, hechiceras y hierbateras, desertores, vagabundos e incluso leprosos), como también para el conjunto de actividades ilegales asociadas al contrabando (de esclavos, armas, ron, harinas, tabaco). Este espacio permitió el desarrollo de sociedades de resistencia, relativamente autónomas, producto de nuevas alianzas y configuraciones indígenas, como en el caso de la Sierra Nevada de Santa Marta, el de la Alta Guajira o el del Catatumbo; o indígenas y cimarronas, como en el caso del Darién y del litoral pacífico; o mestizas, como en el caso del Medio Magdalena o de la serranía de San Lucas. Fueron habitados por poblaciones de “libres de todos los colores” y por diversos grupos de arrochelados, lo que los convirtió en objeto de una ambiciosa empresa de refundación adelantada por la Administración borbónica a finales del siglo XVIII, que no logró a fondo su cometido. Para la república naciente del siglo XIX, eran considerados como “baldíos” que guardaban enormes tesoros y oportunidades, que iban desde riquezas minerales y vegetales hasta la posibilidad de abrir canales interoceánicos y rutas fluviales que cruzaran el continente.

Desde la Constitución de 1863 se estableció que estas “enormes extensiones selváticas”, de gran potencial económico e incapaces de gobernarse a sí mismas por estar pobladas de tribus salvajes, fueran administradas directamente por el Gobierno central para ser colonizadas y sometidas a mejoras. Se conocen desde entonces como *territorios nacionales*, tutelados por un régimen especial. A finales del siglo XIX la República decide entregar el control de estas mismas regiones a la Iglesia católica, a través de un convenio con el Vaticano. Allí se definieron como territorios salvajes, “habitados por aborígenes nómadas o que habitan en las selvas vírgenes”² y se convierten en “territorios de misiones” (mapa 1). Estos territorios han sido posteriormente colonizados por varias oleadas de gentes desplazadas que han llegado buscando nuevos horizontes, convirtiéndose en

² Convenio de Misiones de 1903 (véase también Ley 89 de 1890 y el Convenio de Misiones 1928).

“fronteras agrícolas” y, posteriormente, en los “frentes de colonización”, que han sido siempre considerados problemáticos por las Administraciones. Hoy son conocidas como “zonas de orden público”, donde reina el desorden público, igual que durante muchos años fueron territorios nacionales, los menos nacionales de los territorios, las “fronteras internas” que están hoy en el ojo del huracán del intenso conflicto armado que vive el país. Se han convertido en los bajos fondos del espacio nacional, en su revés, en su negativo. Transformados en “vastas soledades”, sus paisajes y sus habitantes se han visto reducidos a pura representación.



Mapa 1. “Los territorios salvajes de la administración misional” Víctor Daniel Bonilla, *Siervos de Dios y amos de indios*, 1969.

El conjunto de relatos que media la relación con estos espacios y sus habitantes históricos gira alrededor de dos imágenes focales. La primera, la de la enorme riqueza que encierran. Desde la Conquista las regiones “por explorar” en América se han visto como la tierra de promisión. Las exuberantes historias de El Dorado, localizado en algún lugar de las selvas de la América del Sur, atrajeron a miles, en una insaciable búsqueda de riqueza rápida, pletórica y fácil. Esta quimera ha marcado permanentemente la relación con estos territorios, que han sido desde entonces el escenario de desaforadas empresas que pretenden realizar la promesa de su riqueza. Después de El Dorado, fueron las maderas finas, las quinas, los cauchos, las pieles y las plumas. Hoy son las esmeraldas, los metales preciosos, el petróleo, la marihuana, la coca, la amapola y la biodiversidad. Han sido explotaciones de tipo extractivo, intensivo y extensivo. De esta forma, estos territorios despiertan el anhelo, a veces incluso el ímpetu, de exploración y de descubrimiento de lo “desconocido”: la búsqueda de aventura, de lo nativo, de lo indígena. Así, se los celebra como lejanos paraísos perdidos, que lo son, por estar a punto de desaparecer, porque precisamente la llegada de los exploradores-descubridores lo que augura es su inminente incorporación a la economía metropolitana, es decir, su inevitable fin.

La segunda imagen focal es la de su violencia constitutiva. La amenaza que representan. Nunca han dejado de ser “tierras de nadie”, “zonas rojas”. Allí impera la “ley del monte”, es decir, la imposición de la voluntad del más fuerte, sin límites, al amparo de la impunidad, resguardada tras el secreto a voces que está a la orden del día en estos lugares salvajizados. Cuando se las ve, se enfocan el horror de las masacres, la tortura, las venganzas, humillaciones y violaciones. Se hace énfasis en la larga historia de crímenes “que remiten a otros crímenes anteriores y estos a otros aún más anteriores”.³ Constituyen lugares que inspiran invariablemente el impulso de domarlos y controlarlos a la brava, el único medio para poseer y dominar los territorios vírgenes. El mapa de los que fueron una vez los territorios salvajes que se entregaron para ser civilizados a las prefecturas y los vicariatos se asemeja enormemente al mapa de las actualmente llamadas “fronteras internas”, expresión con la que se resalta el sentido

³ M. Victoria Uribe, “Matar, rematar y contramatar: las masacres de la Violencia en el Tolima, 1948-1964”, 1990.

de frentes de expansión del proyecto nacional, por lo que uno de los aspectos centrales con las que éstas se caracterizan es precisamente el de la ausencia del Estado.

El conjunto de representaciones que surgen del juego entre estas dos imágenes focales está en la base de los discursos —en el sentido de Foucault— que las configuran como regiones, y a partir de los cuales se articula el proyecto nacional. Estas dos imágenes constituyen al tiempo el eje de su producción como realidades marcadas por la alteridad. Muestran en su trasescena este conjunto de imágenes en las que se reproduce la retórica colonial que ve estas tierras de nadie sumidas en las tinieblas primitivas del salvajismo y la barbarie.

Este conjunto de imágenes y discursos son expresión de una de las cuestiones centrales de la antropología: la del encuentro del mundo moderno con el conjunto de grupos, culturas y sociedades que representa como su alteridad, que sitúa en la frontera de su *orden* y ante los cuales se erige en un frente de expansión. Este trabajo busca explorar las formas que asume este encuentro en el marco de la relación que la nación y el Estado modernos —en Colombia— establecen con los paisajes y sujetos ubicados más allá de sus márgenes. En esa medida, se aproxima a una de las preguntas centrales acerca de la nación en el mundo contemporáneo: la de cómo se constituye en una experiencia generadora de sentido en las tensiones cambiantes que las fuerzas globales (la conformación de la que Wallerstein ha llamado “economía-mundo”) han impuesto al Estado nacional. Para abordar tal cuestión, este trabajo se pregunta por las lógicas que guían la relación que el Estado nacional establece con sus sujetos y con su territorio, y por la forma particular en que la nación produce su propia diversidad. Así, en este trabajo se mira la nación como artefacto discursivo que se centra en una serie de relatos que constituyen lo que se podría considerar como su “inconsciente” político.

Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie

Quizá uno de los lugares más propicios para explorar los modos concretos en que la nación produce diferencia como resultado de su forma particular de apropiar y de imaginar su territorio y sus sujetos, es su relación con la periferia: con los ámbitos que se extienden más allá de sus márgenes. No sólo porque es

allí donde su racionalidad moderna se muestra como espejismo, donde se hace evidente que sus ideales fundamentales de seguridad, de orden social y orden estético, de eficiencia y efectividad, tienen un revés, sino porque la producción misma de “periferias”, es decir, de aquello que se excluye, es una de sus condiciones necesarias. La consolidación de la identidad del centro implica la reificación de sus márgenes. Y es allí, a la sombra del lado oscuro, donde la situación misma de margen devela los sentidos que se ocultan tras la normalidad y donde es posible visualizar el papel histórico del Estado nacional como forjador de alteridades.

Se parte aquí entonces de la consideración de que la nación se ha definido en contraposición a sus “confines”: a aquellas áreas geográficas habitadas por grupos aparentemente ajenos al orden del Estado y de la economía moderna, que históricamente no se han considerado ni intervenidas ni apropiadas por la sociedad nacional, y que por ello han representado un problema para el control y el alcance del Estado. Cabe entonces preguntarse qué regiones han sido consideradas como “remotas” o “periféricas” y de qué manera han sido categorizadas; pues en cierta forma éstas han sido inventadas con el propósito de darle sentido a la nación.

Por otro lado, la experiencia de ser parte de la periferia, y su retraso inherente, ha impregnado profundamente la conciencia moderna de quienes somos ciudadanos de un “país en desarrollo”. En esa medida, las categorías metafóricas de periferia y marginalidad, de frontera y de confín, han determinado y distorsionado nuestra perspectiva. Es necesario deconstruir y desatar este punto de vista miope y deformado que confina como margen y ubica en las fronteras económicas, científicas, políticas y raciales del mundo “avanzado” a buena parte del planeta y de sus habitantes. Cuestionar el conjunto de nociones que sustentan esta imaginación resulta crucial si se tiene en cuenta que “la periferia” parece ser en realidad la norma, mientras que “el centro” presenta las condiciones excepcionales. Cada vez más.

El mirar desde el margen significa ubicarse en el exterior de un mundo donde pareciera que sí tiene lugar el espejismo quimérico del orden político y económico moderno. Donde sí se hacen realidad sus promesas. Como la “familia de ojos” de Baudelaire que mira, desde la pobreza y la oscuridad exterior, el esplendor cegador de los cafés y bulevares de la Capital del Siglo XIX y que

incomoda a los clientes que disfrutaban de su lujo: “Esa gente me está siendo insoportable, con sus ojos abiertos como puertas cocheras. ¿Podrías decirle al administrador que los quite de mi vista?”.⁴ La mirada de esa familia de ojos pone en evidencia los límites de ese orden aparentemente brillante y utópico. Muestra, a partir de su lado oscuro, que la misma luminosidad del progreso moderno abre hondas y violentas fracturas por donde salen a flote las pulsiones y contradicciones de su designio supuestamente universal. Son fisuras por donde emergen los límites epistemológicos, políticos y económicos del centro y de su proyecto modernizador. Son estas fracturas las que definen la periferia como mundos salvajes, como modernizaciones incompletas, o naciones en construcción, o como países en vías de desarrollo.

La vigencia en el sentido común del relato mítico de las periferias como regiones renegadas: “tierras ardientes habitadas por seres patéticos, lugares monstruosos donde reina la barbarie”,⁵ se refleja en la forma en que el mundo contemporáneo se sigue dividiendo brutalmente, según la vieja tradición determinista, en dos. Por un lado, las regiones donde “la globalización se presenta densa, a través de redes de interconexión, de transacciones financieras, del flujo liberal de los medios, de seguridad colectiva [...] regiones donde aparecen gobiernos estables, niveles ascendentes de vida, y más muertes por suicidio que por homicidio”. Estas regiones, que constituyen el núcleo (*the core*), se oponen a las de “la brecha” (*the gap*), donde “la globalización es débil, o está del todo ausente [...] regiones plagadas de regímenes políticos represivos, de pobreza y enfermedad generalizadas, de masacres rutinarias y lo más importante: de conflictos crónicos que incuban la próxima generación de terroristas globales”.⁶

⁴ Charles Baudelaire, “Los ojos de los pobres”, en *Petits poèmes en prose : Le spleen de Paris*, 1980 [1869].

⁵ Tomando prestadas las palabras con las que Valentin Mudimbe caracteriza los que él llama “lugares renegados” (*refused places*), como el continente africano. Cf. *The Idea of Africa*, 1994, p. 9.

⁶ Definidas así por Thomas Barnett, *senior analyst* del U. S. Naval College (invitado frecuentemente a comentar los eventos políticos de actualidad en noticieros globales como CNN, CBS, o CNBC) en su artículo “The Pentagon’s New Map”, aparecido en la revista *Esquire*, marzo de 2003.

Aparte de las consideraciones que se pueden proponer a partir del uso de estas imágenes para naturalizar la economía política de lo que conocemos hoy bajo la denominación de “globalización”, lo que me interesa destacar es la lógica que subyace a esta mirada. Constituye lo que Valentin Mudimbe, utilizando el concepto de Barthes, categoriza como el “grado cero” del discurso: una interpretación mítica y popular de los eventos fundadores de la cultura y del devenir histórico⁷ que se convierte en el eje central de su proceso de mistificación.

En la medida en que la periferia del *orden* moderno se piensa como desorden y como violencia continua, la intervención del centro, ya sea del centro a escala local o del centro a escala global, se ve legitimada. Lo que guía este diseño de infinito progreso es un ímpetu devorador de gentes y paisajes para saciar el apetito voraz de su economía, basada en el modo de producción moderno,⁸ que requiere periferias, márgenes y fronteras, patios traseros y bajos fondos, donde, precisamente, al poner un límite a la universalidad de su orden, crea zonas de tolerancia donde se puede propasar subordinando gentes y arrasando recursos. Allí se configura el escenario perfecto donde el fin justifica los medios, necesario para la producción devastadora de riqueza: las tierras de nadie, las “zonas rojas” y las “fronteras internas”. Por ello, los márgenes de la civilización se pueden describir, más que como realidades externas a ella, como su condición de posibilidad. Más que como su opuesto, emergen como uno de los lados aparentes de una cinta de Moebius: como una misma secuencia donde el revés hace posible y da sentido al envés.

Como lo muestran bien Adorno y Horkheimer en la *Dialéctica de la Ilustración*, el dar a luz al orden de la *razón* ha implicado su misma negación. Cuanto más domina el aparato teórico racional todo cuanto existe en virtud de la determinación de las relaciones económicas, tanto más ciegamente la razón se limita a repetirlo. El pensamiento se transforma en instrumento, pues, si bien

⁷ V. Mudimbe, 1994, *óp. cit.*, p. xiii.

⁸ Uso el concepto de modo de producción moderno con la intención de destacar lo que tienen en común sus variantes —capitalismo, comunismo, socialismo— y contrastarlo con los otros modos de producción creados por la humanidad basados en lógicas distintas. Véase K. Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, 2001 [1944].

la razón y el conocimiento tuvieron como sentido el proveer nuevas alternativas a la sociedad, terminaron reduciéndose a encontrar formas para hacer el sistema vigente más eficiente y por darle precedencia a las necesidades técnicas sobre las consideraciones éticas. Desde sus inicios lo ilustran “las explicaciones ambientalistas de la diferencia que proponen Montesquieu y Rousseau, que difícilmente parecen ilustradas, o el que hechos tan sórdidos como el tráfico de esclavos o la opresión de las mujeres apenas hayan levantado un murmullo de protesta por parte de los grandes pensadores de la Ilustración”.⁹ De este modo, la razón misma se ha convertido en un medio auxiliar del aparato económico, donde “la adaptación al poder del progreso implica el progreso del poder [...]”. La maldición del progreso imparable es la imparable regresión”.¹⁰ Regresión que aparece en los márgenes en el centro de la escena. Poner en cuestión el orden que busca imponer el proyecto nacional desde la experiencia y la historia de su periferia implica reconocer su revés, más que como límite, como condición de posibilidad.

Los territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie en Colombia hacen parte de un escenario global que genera un cierto tipo de geografías políticas que no pueden ser consideradas como “geografías físicas” ni como “regiones naturales”, sino como espacios de proyección: son objeto de un proceso de mistificación. Estas geografías son imaginadas y conceptualizadas como un *contexto* que se ve configurado a partir de un conjunto específico de imágenes, nociones y relatos entre los que se teje una relación de intertextualidad. Se han visto convertidos en espacios virtuales habitados por los mitos, los sueños y las pesadillas del mundo moderno; en lo que Michel Foucault ha llamado *heterotopias*:¹¹ lugares que seducen y disparan la imaginación por el hecho de que la densidad de su representación los muestra como una inversión del orden del que hacen parte. Se fundan en una tradición de interpretación a través de la cual se lee no sólo la realidad de estos espacios y de sus gentes, sino la de la sociedad que los

⁹ D. Harvey, *The Condition of Postmodernity*, 1989, p. 252.

¹⁰ T. Adorno y M. Horkheimer, *La dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos*, 2001 [1944], p. 88.

¹¹ M. Foucault, “Of Other Spaces: Utopias and Heterotopias”, 1984.

imagina. No gratuitamente constituyen el ámbito privilegiado por la nación y el Estado para situar los grupos que éstos representan como su alteridad. Se legitima y se justifica allí su proyecto de desarrollo y modernización, es decir, su proyecto de civilización, pues los sujetos y paisajes ubicados en este contexto se ven desplazados simultáneamente al ámbito de lo salvaje, al margen de la historia, y quedan ubicados “todavía” por fuera del dominio de lo nacional. Esta operación discursiva es la base para delimitar las intervenciones que pueden allí considerarse viables y tolerables y para definir el encuentro cultural como un encuentro de frontera. Por ello, el poner en cuestión el proceso mismo de transformar las periferias en un *contexto* implica problematizar no únicamente las categorías con las que éstas se constituyen, sino las relaciones y prácticas que allí se hacen posibles.

Para dar cuenta de este proceso en este trabajo se busca exponer tres grandes hitos con los que se constituye la imaginación con la que se describe y delimita a este conjunto de grupos y de territorios.¹² El primero es el conjunto de metáforas que los designan: las de fronteras, márgenes o periferias que evocan imágenes como las de tierra incógnita, territorios salvajes, de miedo, tierras de nadie o zonas rojas. Éstas no sólo describen indistintamente una serie de grupos y de territorios en el interior de Colombia como regiones remotas y explosivas, sino que definen también una serie de sociedades y de lugares en el planeta en los mismos términos, como Cachemira o Afganistán,¹³ dentro de los cuales Colombia en su conjunto hace parte de un “eje del mal”. Bajo estas metáforas hay una historia colonial, una colonización incumplida.

El segundo motivo es la romantización del carácter salvaje de esos lugares, en el que sus paisajes y sus habitantes se ven estetizados y erotizados. Se convierten en lugar de misterio, de sueños, de los encuentros más diversos.

¹² Esta descripción del imaginario de estos hitos surge de comentarios de Eduardo Subirats.

¹³ La retórica de las crónicas de la guerra contra Al Qaeda ilustran este punto. Por ejemplo, en el artículo “Se estanca la búsqueda de Osama bin Laden” (aparecido en la selección del *New York Times* en *El Tiempo*, 19-12-04) se describe la frontera entre Afganistán y Pakistán como “uno de los rincones más aislados y retrógrados del mundo. Los miembros de la ferozmente independiente etnia *pastun* que puebla la región son campesinos y contrabandistas, la mayoría pobres y analfabetas”. La región de La Guajira, en Colombia es objeto de descripciones similares, y no sólo en textos periodísticos.

Aparecen al mismo tiempo como origen mítico y como reinos anteriores a la ley donde se encuentran los forajidos, los cimarrones, los refugiados, los *hippies*, los transgresores, los buscadores de saberes chamánicos y ancestrales, los locos de las ONG, los alternativos. Todos en busca de paraísos fantasmales. De perversas utopías. Son un poderoso lugar de encuentro de la humanidad perdida, de los sueños y angustias de nuestro tiempo histórico.

Y el tercer y último motivo es la violencia constitutiva de este designio. Puesto que estas tierras incógnitas son fronteras, márgenes y periferias de la civilización, tienen una dimensión estratégica crucial. Representan el ámbito externo, la tierra de nadie necesaria para su reproducción económica, pues son precisamente la existencia y el mantenimiento de espacios donde reinan el “desorden” y la anarquía los que hacen posible reproducir de maneras perversas la rapacidad del orden económico vigente. El mismo conjunto de imágenes y narrativas que las convierte en El Dorado, en fuente inagotable de inefables riquezas de fácil obtención, las convierte también en teatro de guerra, para usar el término de A.-H. Jomini;¹⁴ en escenario de las más brutales operaciones militares y sus consecuencias: desplazados, paramilitares, mercenarios, masacres, tierras arrasadas. Todo ello alrededor de las formas caníbales del capitalismo salvaje: el petróleo, las drogas, el contrabando, la prostitución, el endeude y demás explotaciones rapaces.

Mi argumento busca mostrar cómo, en la manera en que el Estado nacional se relaciona con sus habitantes y sus paisajes, se impone una visión particular de la naturaleza y de la naturaleza de las cosas. Se impone el orden de las cosas que sustenta la razón de ser de la nación moderna en el devenir de la economía-mundo. Este orden adquiere todo su alcance, en la medida en que constituye no sólo los objetos —y los sujetos— de su intervención, sino su *contexto*.

El Estado y la nación desde la perspectiva de su relación con la periferia

El proyecto del Estado-nación en Colombia, a pesar de haber sido forjado frente a la dominación colonial española, y contra ella, es paradójicamente un designio colonial. Sin embargo, puesto que la noción de lo colonial se usa con

¹⁴ A.-H. Jomini, *Précis de l'Art de la Guerre*, 1977 [1855].

múltiples sentidos que llegan a tener significados francamente disímiles, es necesario señalar cómo se entiende aquí este concepto. En su utilización más usual, el término *colonial* se define como un “régimen de ocupación y explotación establecido por parte de una nación que pertenece a un grupo dominante, sobre un país extranjero y menos desarrollado que, en aras del interés del grupo dominante, se ve subordinado a la dependencia y soberanía del país ocupante”.¹⁵ En el uso coloquial, lo colonial tiende a reducirse a lo relativo al período, la época y el lugar donde se dio este régimen, y a las instituciones que la caracterizaron. De esta manera, se habla de la América colonial, que va desde el “Descubrimiento” hasta comienzos del siglo XIX, cuando las colonias se “independizan”. O para el caso de los países de la región del Magreb, se habla de que éstos fueron colonias hasta mediados del siglo XX, cuando se “descolonizan”.

En esta acepción del término colonial, como período o época que se circunscribe a las regiones colonizadas, el eje de la definición se centra en las instituciones en las que tomó forma la relación colonial, más que en el aparato conceptual y simbólico que hizo posible y naturaliza la relación colonial como relación de poder. Una aproximación crítica al colonialismo como régimen implica, sin embargo, centrarse en las configuraciones del conocimiento y las formaciones discursivas mediante las cuales fue puesto en marcha como sistema de sujeción y de control. Ello transforma radicalmente el ámbito de lo que se puede considerar como colonial, y lo que pasa a primer plano es la comprensión del colonialismo como un conjunto de dispositivos sociales y culturales que legitima, da sentido y hace posible la subordinación y la explotación de las personas y los grupos y de sus formas de vida social, económica y política para poner en marcha los designios de una cultura y de su modo de producción, en este caso, de la cultura moderna.

El sistema de control que hizo posible el montaje del proceso colonial se ha visto legitimado a través de la imposición de un “orden de las cosas”, que se fundamenta en una visión particular de la naturaleza y de la sociedad. Ese orden de las cosas se ha transformado en hegemónico, en el sentido de Antonio Gramsci.¹⁶ Es decir que su legitimidad no depende únicamente de representar

¹⁵ Diccionario de la lengua francesa *Le Petit Robert*, 2001.

¹⁶ A. Gramsci, *Prison Notebooks*, 1992 [1944].

los intereses de los grupos dominantes, sino —y sobre todo— del hecho de configurar la “realidad normal”, lo natural y el sentido común. El colonialismo se entiende desde esta perspectiva como el conjunto de las condiciones en las que se reiteran tanto las categorías básicas de pensamiento como la racionalidad interna de la lógica colonial. Es decir, de la lógica que subyace al proceso de “expansión universal de un modelo de vida [...] poderoso por su fuerza expansiva y por su designio universalista [que se funda], primero, en la constitución de una identidad absoluta y vacía [...] segundo, [en] la colonización de las formas de vida a partir de las normas de racionalización económica e institucional”.¹⁷

En el primer libro de *El capital* Marx señala, como ya lo había hecho J. B. Colbert desde el siglo XVII, que el desarrollo de la economía moderna había sido posible gracias a la explotación colonial, primero en América y luego en el resto del planeta. Señala también cómo la forma cruenta que asumió el sistema comercial que se puso en marcha desde entonces fue el factor clave que promovió e hizo posible el progreso en ciertas zonas del planeta convirtiendo las otras en marginales, en periferias postradas en el estado de barbarie.¹⁸ La explotación colonial fue pues la condición de posibilidad del desarrollo del que se ha llamado el sistema moderno. “En la expansión está todo —decía Cecil Rhodes, gobernador imperial en Sudáfrica— ¡todas esas estrellas [...] esos vastos mundos que están todavía fuera de nuestro alcance! Si yo pudiera, anexaría los planetas”.¹⁹ Desde esta perspectiva, el colonialismo es constitutivo de la experiencia de la modernidad. En adelante, los dos términos, colonial-moderno, son indisociables.²⁰

¹⁷ Cf. E. Subirats, *El continente vacío: la conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, 1994, p. 30.

¹⁸ Cf. *El capital: crítica de la economía política*, libro primero, sección III, capítulo 31. Este argumento lo amplía y desarrolla I. Wallerstein en *El moderno sistema mundial*, vol. 2, 2003 [1974].

¹⁹ Citado por H. Arendt, *L'Impérialisme: Les origines du totalitarisme*, II parte, 1982 [1951], p. 13.

²⁰ Como ha sido señalado en el marco de la perspectiva crítica latinoamericana propuesta por autores como Enrique Dussel, Aníbal Quijano, Santiago Castro-Gómez, Walter Dignolo y otros. Para una visión panorámica de la aproximación al conocimiento que han venido forjando, véase W. Dignolo, *Local Histories/ Global Designs, Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*, 2000.

La puesta en marcha del sistema colonial-moderno de explotación generó entonces en América, en África, en Asia y en el Pacífico un conjunto de nuevas sociedades configuradas a partir de la experiencia de esa relación. Se trata de sociedades multicolores, marcadas por el designio del mestizaje físico y cultural, producto principal de la violación y de la violencia colonial y, a la vez, signo de la brecha que el deseo y la erotización abren en su sistema de control.²¹ Estas nuevas sociedades fueron construidas a partir de una serie de instituciones europeas como la esclavitud, la plantación, la hacienda o la encomienda. Aunque en Europa misma nunca se haya vivido la experiencia de éstas, los beneficios que se obtuvieron de ellas permitieron el montaje de las instituciones de poder metropolitanas y sirvieron de laboratorio para la creación y la puesta en marcha de sus políticas y tecnologías de control social. Así lo apunta Hannah Arendt, quien anota además que “ciertos aspectos fundamentales de este período [de la llamada Era imperial] muestran tal similitud con los fenómenos totalitarios del siglo XX que es posible, no sin razón, ver en ellos su germen...”.²² De igual manera, como lo ha sugerido James Clifford, la experiencia colonial-moderna fue el eje del desarrollo de la conciencia y la identidad de Europa como Occidente y como Modernidad; es decir, del proceso por el cual, parafraseando a Daniel Défert, Europa llegó a concebirse a sí misma como un “proceso planetario”, más que como una simple región del mundo.²³

La situación colonial no se refiere pues únicamente a la que se da en el marco espacio-temporal de la dominación directa de un pueblo y un territorio por parte de una sociedad invasora, sino al conjunto de relaciones y estrategias de poder, internas y externas, privadas y públicas, tanto en los países subalternos como en las metrópolis, que fueron consolidadas para *crear una realidad colonial* a partir de la historia de esta dominación.

Es precisamente en este contexto que a partir del siglo XIX se constituyeron tanto el sistema de Estados nacionales como la tradición liberal-democrática,²⁴

²¹ Como lo expresa Jacques Leenhardt, *Lecture Politique du Roman*, 1973.

²² H. Arendt, óp. cit., p. 11.

²³ “The Collection of the World: Accounts of Voyages from the XVII to XVIII Centuries”, 1982.

²⁴ Cf. Susan Buck-Morss, “Envisioning Capital: Political Economy on Display”, 1995, pp. 110-141.

que nacen —al igual que el nacionalismo— anclados al panorama colonial. Así lo muestra Karl Polanyi, quien señala además que “el Estado liberal fue en sí mismo una creación del libre mercado”.²⁵ Por ello se ha propuesto que el Estado nacional, de hecho, no puede ser entendido sino en términos de su función en el marco de la economía-mundo;²⁶ incluso hoy, cuando se enfatiza en la crisis y debilitamiento del Estado nacional, la Nación como Estado²⁷ continúa siendo permanentemente reificada.

Susan Buck-Morss argumenta que la distinción entre la civilización —que se traduce en la abundancia y bienestar que produce la riqueza— y la barbarie —donde los salvajes se ven reducidos a la carencia y la necesidad— está directamente relacionada con la articulación al mercado moderno. El flujo de bienes y mercancías —regulados por la “mano invisible” del precio establecido por la oferta y la demanda orientadas a la obtención del máximo beneficio económico— constituye, de hecho, la relación central en la sociedad moderna de mercado. Como lo señalan Adorno y Horkheimer, aun antes de la planificación total el aparato económico adjudica sistemáticamente a las mercancías valores que deciden sobre el comportamiento social. La “comunidad imaginaria” que conforma la nación en el mundo colonial-moderno se funda, de hecho, en las relaciones de mercado. Y no de cualquier mercado, sino del mercado moderno, que tiene como finalidad la maximización de las ganancias económicas. Desde el punto de vista de la antropología, esta forma de mercado representa una realidad bastante peculiar, en relación con las diversas formas de mercado que existen o que han existido en diferentes momentos históricos, gestados por sociedades que han orientado su organización económica a partir de otro tipo de lógicas.²⁸ Es imposible ignorar

²⁵ K. Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, 2001 [1944], p. 3. Este mismo argumento lo desarrollan también B. Anderson, *Imagined Communities, Reflections on the Origin and Spread of Colonialism*, 1991, y P. Chatterjee, *The Nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*, 1993.

²⁶ Cf. I. Wallerstein, *óp. cit.*; W. Mignolo, *óp. cit.*

²⁷ Retomo la expresión de E. Balibar en “The Nation Form: History and Ideology”, 1991.

²⁸ Véanse, por ejemplo, dos trabajos clásicos: *Essai sur le don* de Marcel Mauss (1923) y *Argonauts of the Western Pacific* de Bronislaw Malinowski (1922). Polanyi (*óp. cit.*), en el capítulo 4, “Societies and Economic Systems”, hace un recuento basado en evidencias etnográficas de

que, en la medida en que los bienes y objetos materiales producto de la industrialización o su equivalente monetario han adquirido cada vez mayor importancia como mediadores en todas las relaciones humanas, la vida social se ha visto radicalmente transformada.

Teóricamente, el papel del Estado consiste en oponer una fuerza reguladora al salvajismo de este sistema, al canibalismo de la mano invisible del mercado. Sin embargo, en un país estigmatizado como margen y ubicado dentro de la periferia colonial, cuya economía se orientó hacia la acumulación de capital en la metrópolis, el principal requerimiento para impulsar una nueva “economía nacional” ha sido, precisamente, el elusivo capital. La principal función del Estado nacional en Colombia, y me atrevo a generalizar que en el Tercer Mundo, ha sido, entonces —a través de la capacidad de endeudamiento público y de las políticas públicas y fiscales—, generar la infraestructura básica y las condiciones más propicias para la inversión de capital; es decir, para la expansión comercial y financiera metropolitana. Es precisamente desde este punto de vista que resulta posible para Jorge Klor de Alva afirmar que “es un equívoco mostrar a los sectores no indígenas anteriores a la Independencia como colonizados, así como es inconsistente explicar las guerras de independencia como luchas anticoloniales, e ilusorio caracterizar como poscoloniales a las Américas de después de las guerras de separación de Europa”.²⁹

Desde la perspectiva de la relación que establecen con sus márgenes geopolíticos, la nación y el Estado aparecen nítidamente como dispositivos coloniales, en la medida en que como instituciones constituyen la condición de posibilidad de la expansión comercial metropolitana y de su designio civilizatorio. Desde este punto de vista, la nación se entiende como un proyecto cultural que se ha legitimado a sí mismo al reproducir la visión de la naturaleza y de la naturaleza de sus gentes y de sus territorios sobre la que se sustentaron las estrategias y relaciones de poder que produjo la experiencia de la ocupación colonial. Esta visión ha sido el fundamento poético sobre el que se han construido la imagen de la nación y la práctica del Estado.

diferentes formas de mercado, que logran desfamiliarizar y mostrar la excentricidad de las deshumanizadas concepciones económicas modernas.

²⁹ J. Klor de Alva, “Colonialism and Post colonialism as (Latin) American Mirages”, 1992, p. 3.

Esta perspectiva de análisis difiere de las concepciones clásicas del Estado que lo conciben como un conjunto de instituciones supuestamente neutras enmarcadas en un territorio y en una sociedad, dentro de los cuales tendría el monopolio de la creación de normas abstractas que representarían el interés colectivo, gracias al control monopólico de los medios de violencia y coerción.³⁰ El Estado, más que estar constituido por una institucionalidad virtual y totalizadora, responde a las visiones, los intereses y las prácticas de los grupos particulares que tienen acceso a “ser” el Estado: a hablar y decidir en nombre del Estado, a definir cuál es desde su perspectiva la lectura legítima de la realidad, en fin, a determinar su proyecto. Desde este punto de vista, es importante a su vez reconocer que los gobiernos y las administraciones no tienen un control hegemónico del Estado, en la medida en que las instancias locales y particulares del Estado se transfieren —en el marco de negociaciones diversas— a grupos específicos.³¹ Se trata aquí de examinar el Estado desde una perspectiva etnográfica, que lo aborda no como una totalidad virtual sino como un conjunto de dispositivos a través de los cuales operan las diversas estructuras estatales. El Estado-nación se entiende en este trabajo, más que como un conjunto de leyes e instituciones orientados “a garantizar el orden y la seguridad”, como *un conjunto de dispositivos sociales y culturales*. Es decir, como el conjunto de *artefactos discursivos* a partir de los cuales se define su lógica gubernamental³²

³⁰ Cf. G. Bataille, *Le problème de l'Etat et la structure du fascisme*, 1970; C. MacKinnon, *Towards a Feminist Theory of the State*, 1989; E. Reis, “O Estado nacional como ideologia: o caso brasileiro”, 1988; A. Gupta, “Blurred Boundaries: The Discourse of Corruption, the Culture of Politics and the Imagined State”, 1995; A. Gupta y J. Ferguson, “Spatializing States: Toward an ethnography of neoliberal governmentality”, 2002.

³¹ Las prácticas clientelistas parecen ser un correlato de la democracia. De hecho, en Colombia, tanto las élites locales (apoyadas en muchos casos por ejércitos privados) como los grupos armados ilegales actúan y son percibidos por las poblaciones como Estado, en la medida en que controlan las estructuras estatales y definen localmente las prioridades de política de acuerdo con sus intereses.

³² En el sentido propuesto por Foucault: su concepto de gubernamentalidad incluye, además de las instituciones, el conjunto de procedimientos, análisis y reflexiones, de previsiones y tácticas que permiten hacer viable un tipo de gobierno que tiene como objeto la población, como forma de conocimiento, la economía política, y como medio técnico esencial, los aparatos de seguridad. Cf. M. Foucault, “Governmentality”, 1991 [1978], p. 102.

y de los que depende el establecimiento de un orden particular. Este orden particular se expresa en unos *modos de relación y de intervención* específicos que, en nombre del principio objetivo y neutral de la racionalidad, constituyen la base de sus tácticas de gobierno. Este conjunto de artefactos discursivos es el fundamento de su proyecto económico, de su manejo técnico de la naturaleza y de su proyecto de racionalización de las formas de vida social y política. En otras palabras, de su lógica colonial.

La noción naturalista de la historia y el “efecto Montesquieu”

*The notion that colonial rule was not really about colonial rule,
but about something else was a persistent theme
in the rhetoric of colonial rule itself.*

P. Chatterjee

La *Nación-como-Estado* tiene implícita una paradoja que pone en evidencia su carácter colonial, en el sentido descrito en cuanto que las naciones, como lo plantea Hannah Arendt, “estaban destinadas a construir un muro que delimitara el pueblo, a actuar como un sustituto de las fronteras que ni la geografía ni la historia hubieran podido delimitar nítidamente”.³³ En el caso colombiano, la construcción de un Estado soberano se da en conjunción con el proyecto de forjar una comunidad sociopolítica que se busca crear a imagen y semejanza de la metrópolis. No hay que olvidar que este proyecto surge de un choque doble: el de la rebelión contra la dominación española y el de la apropiación de esa rebelión por parte de las élites criollas. Ante la necesidad de consolidar a los grupos urbanos y letrados como los arquitectos de esta operación demiúrgica, se legitima la visión (de la historia y de la geografía) basándose en la noción naturalista del desarrollo orgánico. La naturaleza de la nación se define entonces en términos de un proyecto que surge de su posición imaginada en el devenir de la visión unitaria de la Historia Universal moderna. De esta forma, al tiempo que se definen los límites tanto geográficos como sociales de la nación, ésta se ordena internamente de acuerdo con la idea naturalista de la historia.

³³ H. Arendt, *óp. cit.*, p. 83.

Quizá el principal de los artefactos discursivos que sustentan al Estado-nación sea el que su concepción de la legitimidad y la soberanía se basa en una noción particular de la historia, que es la misma sobre la que se fundamenta el proyecto colonial-moderno. Se trata de una representación lineal que parte, como lo señala P. Chaterjee, de dos corolarios centrales: el primero es que la historia de cualquier pueblo del planeta se inscribe dentro del marco unitario de una misma “historia universal” y el segundo es que el marco para entender cualquier historia es el de las categorías modernas de la historiografía occidental y de la economía política que ésta sustenta.³⁴ Esta idea de historia es inseparable de dos nociones clave del pensamiento en el siglo XIX: las de raza y progreso. Ambas ideas surgen inmersas en la doctrina evolucionista que comienza a forjarse desde el siglo XVI, con el encubrimiento de América, para usar el término de E. Dussel. A partir de las propuestas de Darwin, se introduce en el ámbito social y político, naturalizándola, la idea optimista de la supervivencia del más fuerte. Las razas, en esta acepción se descubrieron solamente en aquellas regiones donde la naturaleza era particularmente hostil. Lo que las hacía diferentes de los demás seres humanos no tenía nada que ver con el color de su piel, sino con el hecho de que ellas trataban la naturaleza como su Amo incontestable, por lo cual no habían sido capaces de crear un mundo humano y, en consecuencia, la naturaleza, en toda su majestad, seguía siendo para ellas la única y todopoderosa realidad. En contraste, ellas mismas sólo aparecían como figuras fantasmagóricas, irreales, ilusorias. Eran, por así decirlo, seres humanos “naturales” a los que faltaba el carácter específico de lo humano, hasta el punto en que cuando eran masacrados por los europeos, éstos no tenían en el fondo la conciencia de estar cometiendo un crimen.³⁵

Así, de acuerdo con esta noción que toma un supuesto estado de naturaleza como punto de partida de la evolución histórica, se ordena no sólo la Historia como fenómeno unitario, sino también la geografía. El orden geográfico global en el mundo colonial moderno se funda con base en la distinción que se establece desde entonces entre “las nuevas Europas” —las regiones templadas (Norteamérica, Australia, el Cono Sur, etc.), donde pueden reproducirse

³⁴ P. Chaterjee, *óp. cit.*, pp. 33 y ss.

³⁵ H. Arendt, *óp. cit.*, p. 123.

adecuadamente las condiciones ambientales que sustentan el modo de vida europeo— y el mundo tropical, donde las condiciones climáticas, “unidas a las pestes y enfermedades tropicales y a la escasez de suelo fértil hacen de la zona tórrida inferior a las zonas templadas”.³⁶ Esta distinción geográfica, que constituye el principal correlato de la noción unitaria progresivista de la historia, proyecta sobre la superficie del globo la noción de las sociedades en estado de naturaleza, “que no habían sido capaces de crear un mundo humano”, es decir, civilizado e integrado al mercado mundial moderno.

Esta oposición —que es la misma sobre la que Barnett propone la existencia del núcleo y la brecha de la globalización— pone en escena una tradición de interpretación, un verdadero paradigma, basado en la autoridad y la legitimidad de la ciencia, que tiene un poderoso efecto de realidad. Este paradigma “se caracteriza por la coexistencia de dos principios de coherencia que se entrelazan: una coherencia explícita, con pretensiones científicas, y una coherencia oculta, que se basa en un principio mítico”.³⁷ La legitimidad y la eficacia social de este paradigma se basan en el hecho de que “en la Era de la Ciencia, para dar una respuesta unitaria y total a un problema socialmente importante —a la manera del mito o de la religión—, se necesita cumplir con un requisito inconsciente que sólo puede realizarse si se toman prestados los modos de razonamiento o de expresión característicos de la Ciencia”.³⁸

Así, el paradigma del orden de la nación —su ubicación en el marco de la Historia y la Geografía Universales— se basa en la oposición naturaleza-cultura, que constituye, no gratuitamente, la piedra angular de la epistemología del conocimiento moderno. Esta oposición se ve prolongada a través de un sencillo conjunto mítico de oposiciones, que llena de significado a la dicotomía civilizado-salvaje: frío-cálido, fuerte-débil, activo-pasivo, tranquilo-exaltado, libre-servil, monógamo-polígamo, viril-femenino, emprendedor-perezoso,

³⁶ A. Crosby, *Imperialismo ecológico: la expansión de Europa 900-1900*. 1988, p. 333.

³⁷ P. Bourdieu, “Le Nord et le Midi: Contribution à une analyse de l’effet Montesquieu”, 1980, p. 21.

³⁸ *Ibíd.*

honesto-ladino, racional-irracional, etc.³⁹ Es precisamente sobre este conjunto de oposiciones naturalizadas sobre las que se produce lo que P. Bourdieu llama *el efecto Montesquieu*, que define como “un ‘efecto especial’ de tipo simbólico que se produce cuando la apariencia de la Ciencia se superpone y encubre las proyecciones de la fantasmagoría social o las del prejuicio; este efecto de imposición se logra al transferir los métodos o las operaciones de la ciencia más avanzada o, simplemente, la de más prestigio”.⁴⁰ De este modo, la retórica científica recubre la relación mítica con una relación “racional” que la duplica y la oculta a la vez. De este modo, la red de oposiciones y de equivalencias míticas constituye “una verdadera estructura fantasmagórica que sustenta toda la teoría”.⁴¹ No se hace necesario allí repasar los términos uno a uno, pues el sistema mítico está siempre presente en la conciencia, y para que se manifieste como tal sólo se requiere rememorar cualquiera de ellos. El sistema, de acuerdo con Bourdieu, se basa, en últimas, en dos oposiciones básicas que no se evocan explícitamente, permaneciendo invariablemente ocultas: la de hombre-mujer y la de amo-esclavo. Se trata de un sistema de falsas dicotomías, en la medida en que la relación entre ambas partes no sólo es jerárquica, sino que la una es condición de posibilidad de la otra.

Este sistema de oposiciones míticas, que sustenta la noción unitaria de la Historia y su correlato geográfico, se desliza en la definición misma de colonialismo, en la que el énfasis que se hace en que se trata de una dominación que se ejerce sobre un pueblo “extranjero y menos desarrollado” que es, en últimas, su posibilidad de justificación. La piedra angular del poder colonial-moderno es precisamente la supuesta condición deshumanizada de “salvajismo” y, por lo tanto, de carencia e inferioridad (expresada, por lo demás, en su carencia de bienes materiales) que caracteriza al grupo a someter. Es a partir de esta condición de diferencia que el sistema colonial se establece, se explica y se ve legitimado. Esta misma diferencia colonial constituye, sin duda, una noción central del proyecto nacional en Colombia, donde tanto la dominación de las razas

³⁹ Bourdieu (ibíd.) hace una síntesis de este sistema de oposiciones, a partir de las ideas que propone Montesquieu en *De l'esprit des lois* (1784), para definir las diferencias entre “le Nord et le Midi”.

⁴⁰ Ibíd., p. 25.

⁴¹ Ibíd.

—es decir, el mantenimiento del “concierto colonial”— como la domesticación de su geografía tropical se transforman en un proyecto de progreso. La nación se ha definido a sí misma en términos de una empresa en particular: la de forjar una sociedad, una cultura y una forma de vida, a imagen y semejanza de la metrópolis. El reto que ha asumido consiste en “superar el subdesarrollo” y “llegar a ser una verdadera democracia” para ascender de la jungla de la barbarie y trascender la naturaleza salvaje del trópico, que le es inherente. Allí se establece a la vez la semejanza y la especificidad entre el Estado colonial y el Estado nacional: las élites criollas y su interés por centralizar y dominar el aparato económico determinan la voluntad de modernización capitalista y la necesidad del progreso como la razón y la racionalidad de la nación.

Detrás de la fachada técnica y racional con la que se formula el “proyecto nacional” y su necesidad de progreso y desarrollo se oculta el hecho de que éstos parten del viejo sistema de oposiciones que sustentan la diferencia colonial. Se oculta también que se está dando por sentada y como universal la cultura económica metropolitana en la que se produce para un tipo particular de mercado: el mercado moderno, regulado por precios, que garantiza la concentración de la máxima rentabilidad posible. Se niegan así las múltiples formas de vida social y de mercado que históricamente se han gestado entre los diferentes grupos sociales que agrupa y subordina el proyecto nacional. En el marco de este orden de las cosas, la naturaleza se concibe como ámbito externo a lo humano, disponible para ser objeto de dominio y de explotación; y la sociedad se entiende como una organización de sujetos y colectividades que sirve de base a un sistema de circulación de bienes y mercancías. Esta relación epistemológica ha sido el fundamento político sobre el que se construyó la relación colonial-moderna. La forma tradicional de entender el colonialismo pasa por alto esta diferencia epistémica y, sobre todo, la posibilidad de encontrar nuevas formas de relación para afrontarla. En el proyecto nacional se naturaliza así la visión metropolitana de la naturaleza y de la naturaleza de las cosas.

El oscuro objeto del contexto

La forma particular en que la nación-como-Estado produce alteridades se concreta en la forma en que espacializa el paradigma naturalista de la Historia;

es decir, en la forma en que inscribe este sistema mítico de oposiciones en los cuerpos y territorios que constituyen sus diversas geografías. Así, aparece una serie de espacios “renegados”, de zonas rojas, de periferias, marcados, precisamente, por la diferencia colonial que los concibe como infiernos tropicales. En el marco de los saberes técnicos estatales, y mediante un conjunto de dispositivos discursivos, que son el objeto de reflexión de este trabajo, estos espacios se ven transformados en el escenario de su proyecto. Se conceptualizan como un *contexto* —en el que sólo se destacan ciertos rasgos y ciertas conexiones— que determina tanto una manera particular de leer e interpretar la realidad como las formas en que es posible actuar sobre ella. En este proceso, como se ha señalado, entra en juego un conjunto de representaciones que se proyectan en la imaginación global y constituyen, así, uno de los dispositivos instrumentales del proceso de puesta en marcha de la “economía-mundo”: la arquitectura contextual que enmarca el proyecto nacional hace parte desde sus inicios de su juego de interacciones con el sistema mundial moderno. Al mismo tiempo, los procesos y flujos culturales globales se reciben, reinterpretan y recrean en contextos —nacionales, locales— particulares: se insertan en eventos y procesos sociales que son, por definición, radicalmente contextuales. Precisamente, la importancia que tienen en este juego el contexto y lo contextual hace necesario problematizarlos de manera directa: el *contexto*, que normalmente se considera como “dato”, como una realidad evidente, se convierte aquí en objeto de investigación. Se trata de un objeto opaco, en el sentido de que los contextos se presentan como “marcos” o “escenarios” que son objeto de descripciones generalizantes en las que no se exponen explícitamente las condiciones de su formulación.

A través de la forma en que la geografía nacional se ha visto configurada en el marco de la imaginación hegemónica —su visión sobre la sociedad y el territorio—, me interesa aproximarme al proceso por medio del cual los márgenes y periferias se *transforman en un contexto* particular. Este contexto delimita las formas en que el Estado, como agente del proyecto económico y cultural moderno de la Nación, produce diferencias en el marco de las cuales ciertos grupos y paisajes se transforman en alteridades radicales tras las que se ocultan memorias históricas y sensibilidades diversas. Dicho en otras palabras, este trabajo es una aproximación antropológica al proceso por medio del cual la

continuidad histórico-geográfica de una serie de grupos y paisajes sociales se ve “borrada” para inscribirlos dentro de la estética y la ideología del progreso y el desarrollo, con la cual se busca reescribir la historia y la geografía nacionales. Así, la expresión territorial de la alteridad —la geopolítica nacional de la diversidad— se conceptualiza y se analiza en este trabajo como un proceso de producción de un contexto. Para poder dar cuenta de la forma en que el Estado nacional y su proyecto se transforman en un ámbito generador de sentido es necesario develar los códigos ocultos con los que se configura este proceso de contextualización. En esta medida, este trabajo se puede considerar como la *etnografía de la producción de un contexto*.

Para el estudio de este proceso, me voy a centrar en la forma en que los territorios salvajes, las fronteras y las tierras de nadie en Colombia han sido descritos, diagnosticados y caracterizados por parte de los grupos que a nombre de la Nación han tenido como tarea definir el conjunto de prácticas y políticas a través de las cuales se ha buscado integrar estos lugares y sus habitantes al proyecto nacional. Para dar cuenta de *quién contextualiza* se parte aquí de un conjunto específico de trabajos, al que denomino genéricamente *estudios regionales*, que conforman el corpus de conocimientos acumulados que es considerado referencia autorizada sobre las regiones marcadas como territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie en Colombia. Para identificar a los autores, trabajos y conceptos clave para cada una de estas regiones, me basé en mi experiencia de varios años de trabajo con diversos programas y proyectos públicos (como el PNR, el Proyecto Mapa Cultural del Caribe Colombiano, el Programa Indígena de la Red de Solidaridad Social) y mixtos (como la Estrategia de Conservación de la Biodiversidad de la Sierra Nevada de Santa Marta, o el Programa Nacional de Crédito para Comunidades Indígenas), que me permitió identificar los mecanismos a través de los cuales se demanda, se contrata y se usa el conocimiento producido por las ciencias sociales, ya sea como parte de los diagnósticos o de las evaluaciones, para guiar su acción y sus formas de intervención.

La participación directa me permitió identificar un corpus de estudios regionales contratados por diversas entidades públicas, por ONG y por organismos multilaterales, que han constituido la visión hegemónica que se tiene hoy sobre estos territorios, y que, de hecho, conforman la base de los “análisis de contexto” que se requieren para la elaboración de “diagnósticos”, término

higienista con el que se designa la lectura de la situación a partir de la cual se formulan políticas, programas o argumentos jurídicos. Esta identificación fue actualizada, ampliada y verificada a través de entrevistas tanto con funcionarios públicos y asesores (vinculados al Estado, a organismos multilaterales y a ONG que ejecutan o complementan la ejecución estatal) como con reconocidos investigadores especializados en cada una de las regiones.⁴² En estos trabajos se crean unos relatos sobre estas regiones y sus habitantes, que se entienden objetivamente como el contexto en el que se sitúa la acción del Estado. Este corpus de estudios regionales se considera aquí como una “fuente primaria” que permite estudiar la visión que los subyace. En esta medida, se trata aquí de realizar un ejercicio que se enmarca en la antropología de la ciencia; en este caso, de las ciencias sociales. Siguiendo a Habermas —quien, en *La lógica de las ciencias sociales*, se ha referido a la capacidad de la “fuerza de la reflexión” para hacer transparente la estructura del prejuicio en la comprensión y llegar a tener así la capacidad de romper su poder—, aquí se pretende poner en evidencia cómo el “contexto”, en cuanto objeto particular que se gesta en el marco de los estudios regionales, se produce cargado por el “efecto Montesquieu”.

Partiendo de que “el problema del conocimiento está inscrito en las soluciones prácticas que se aportan al problema del orden social”, como lo formulan Shapin y Schaffer,⁴³ este trabajo busca *historizar el proceso de producción del contexto*, más que aportar un estudio histórico en el sentido estricto del término. Para ello, se trata aquí de relacionar el desarrollo de una interacción entre diferentes grupos (investigadores, funcionarios, analistas), sus objetos (unas regiones y grupos sociales concretos) y sus relatos (las formas en que éstos se describen, se categorizan y se diagnostican: las formas en que se imaginan) con las prácticas que esta relación hace posibles.

En el capítulo “El poder del contexto” se muestra cómo en las lecturas habituales de la situación nacional surge una forma de explicación contextual que constituye la base sobre la cual se estructura en buena parte la comprensión que se tiene de sus problemas (la pobreza, el conflicto armado o el narcotráfico)

⁴² El resultado se ve plasmado en el anexo “Bibliografía sobre estudios regionales en Colombia”.

⁴³ S. Shapin y S. Schaffer, *Léviathan et la pompe à air: Hobbes et Boyle entre science et politique*, 1993.

y que constituye la hipótesis que guía la acción técnica del Estado. Se muestra cómo esta operación se fundamenta en el conocimiento del contexto que han elaborado los estudios regionales. Para poder abordar este proceso, se problematiza el contexto como un objeto discursivo y se analizan las vicisitudes que conlleva considerar un contexto como objeto de estudio.

En los capítulos que conforman la segunda y tercera parte se pretende combinar la descripción, el análisis y la narrativa. El aspecto descriptivo parte de la experiencia etnográfica que está en el origen de este trabajo. Se recogen aquí, además de mi experiencia directa de varios años con programas y proyectos públicos, las impresiones de tres programas que visité con otros ojos: el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, el Plan de Ordenamiento Territorial Indígena en el departamento del Amazonas y el proyecto Gobernabilidad Local en Colombia. Aunque no voy a relatar aquí la práctica cotidiana de estos programas, el haber tenido la oportunidad de conversar con sus funcionarios y agentes, de verlos en interacción con los grupos “beneficiarios” y con diferentes actores en el terreno, y de leer los documentos e informes que producen, ya no como parte interesada sino como observadora externa, me permitió aclarar las preguntas acerca de la forma en que se define y legitima el conocimiento que se considera válido para sustentar la acción institucional: cuáles son las referencias, los conceptos, las imágenes que constituyen los supuestos y las convenciones sobre los que se postula la práctica; y cómo se entretajan para articular un objeto particular: el contexto. Así, lo que se describe —a veces a grandes pinceladas— son, por una parte, los relatos míticos con base en los cuales se configuran *las representaciones, imágenes y nociones que preceden la experiencia que se tiene de la vida cotidiana, los habitantes y los paisajes de los territorios salvajes*. Son estos relatos fantasmagóricos los que determinan su puesta en escena como periferia de la periferia. Por otra parte, se describen también, focalizando en algunos casos concretos, las formas de relación y las prácticas que se materializan y se hacen posibles en el marco de esta imaginación.

El análisis se desarrolla a través de una *crítica antropológica*, es decir, a través de un ejercicio que busca desmitificar las bases de autoridad de estos planteamientos, para hacer evidentes los supuestos e hipótesis culturales de los que parten, y situar las condiciones de su formulación en el universo epistemológico particular de la cosmología desde la que éste se formula. Se trata de

un ejercicio de análisis crítico del contexto como objeto ideológico. Dado que estos tipos de objetos son muchas veces contradictorios, uno de los objetivos de la crítica es expresar conceptual y literariamente esa contradicción. Se busca de esta forma desfamiliarizar la supuesta universalidad o naturalidad de las verdades de las que se parte, confrontándolas con las preguntas que resultan de la experiencia etnográfica. La antropología en Colombia ha producido un cuerpo importante de etnografías que recuperan precisamente otros puntos de vista que cuestionan y desestabilizan la visión hegemónica de las “tierras de nadie”.

En estos capítulos, el conjunto de relatos emanados de los estudios regionales se yuxtapone con una serie de crónicas periodísticas y escritos literarios, producidos en diferentes momentos históricos, con la finalidad de descentrarlos y mostrar que el relato objetivo —científico— con el que se describe, se categoriza y se diagnostica, recubre una relación mítica, reproduciéndola y escondiéndola al mismo tiempo. Desde el punto de vista narrativo, a través de esta yuxtaposición se pretende destacar lo insólito de la manera como imaginamos la periferia de la periferia, subrayando el carácter alucinante y demente que caracteriza las empresas faustianas de modernización de la jungla salvaje. La realidad de estas regiones se ve reducida a pura representación mediante un constante juego de inversiones en las que se da un cruce permanente entre las imágenes de estos lugares como un objeto dispuesto para satisfacer las necesidades del proyecto urbano-nacional y las imágenes mediante las cuales se proyecta en ellos todo cuanto la nación no quiere ni ser, ni ver, ni saber. Este juego marca la realidad excéntrica con la que se perciben. Me he propuesto entonces exponer este carácter caleidoscópico y esquizofrénico. Por ello, la narración se ha construido como una secuencia rápida de imágenes tratando de presentarlas en los términos originales en que circulan en el espacio público. Así, aparecen numerosas citaciones, muchas de las cuales son tomadas de la prensa y de los medios. El argumento se hila entonces alrededor de una colección de imágenes visuales y textuales que, a riesgo de que parezcan exageradas, buscan tanto poner de relieve como desestabilizar el mundo fantasmagórico de los territorios salvajes con el que se recubre la violencia constitutiva que las fiebres del oro no han cesado de inspirar.

La segunda parte del trabajo busca poner en evidencia la trama detrás del contexto: los hilos que se mueven en la trasescena y que hacen posible esa

lectura en particular del devenir nacional. Aquí se busca mostrar los relatos míticos que definen la puesta en escena de ese contexto. La tercera parte del trabajo expone el tipo de prácticas que en este marco se hacen posibles, reconstruyendo la extraña forma en que el Estado nacional actúa sobre los territorios salvajes y se relaciona con sus “comunidades locales”. Se centra en los modos que asume la relación del Estado nacional con los sujetos y paisajes considerados por fuera de su control. A través de una serie de “escenas cotidianas en los confines de la nación”, se muestra de qué manera, tanto en las formas de relacionarse con los grupos sociales que habitan estas geografías como en las intervenciones del Estado, se pone de presente el constante juego entre la conquista y la redención, que genera una serie de intrusiones aparentemente caóticas, desordenadas y contradictorias, tras las que es posible discernir una lógica inequívoca que da continuidad a las políticas coloniales con las que se ha buscado apropiarse las fronteras del imperio. Esta parte del trabajo pretende hacer evidente esa lógica de acción estatal, especialmente porque una de las representaciones mediante las cuales se caracteriza y se explica la existencia de estas periferias es la de la “ausencia del Estado”. Aquí voy a mostrar cómo, por el contrario, ha seguido una línea constante y consistente de intervención que tiene claros antecedentes en la historia de la ocupación colonial y que en más de una forma da continuidad a su lógica y sus principios. Mi insistencia en ilustrarlos con casos históricos, en especial con situaciones coloniales, responde intencionalmente a mi interés por desfamiliarizarlos.

La experiencia subjetiva de quienes son el objeto de estas prácticas de contextualización —los grupos y “comunidades” locales— y los significados y reacciones con las que confrontan esta forma de conocimiento no se han dejado de lado pero tienen en este trabajo un papel particular. Las formas en que los grupos concretos, como agentes sociales, configuran sus propias interpretaciones y realidades, y resisten las prácticas y representaciones hegemónicas, constituyen, sin duda, uno de los aspectos a los que mayor importancia se atribuye hoy en los estudios sociales. Aquí se pone de presente el hecho de que los procesos de resistencia se privilegian como relato en las descripciones de los mundos “marginales” y “salvajes”, convirtiéndose en uno de los rasgos que los definen como tales, llegando incluso a ser esencializados; constituyen uno de los relatos centrales de la producción de estos grupos y paisajes como contexto. Por

ello, en este trabajo se busca también poner en cuestión los relatos de resistencia. Este hecho ha determinado la manera en que se abordan aquí los procesos de resistencia, reinención y recreación que surgen entre quienes son objeto de esta forma de contextualizar ciertos grupos y regiones: se ha querido desplazar la pregunta acerca de cómo funcionan, y cuál es la lógica de los procesos de resistencia, para preguntarse específicamente por la función social que ha venido cumpliendo el destacar y focalizar los procesos de resistencia como uno de los ejes principales en los estudios regionales.

Finalmente, este trabajo pretende explorar la posibilidad que presentan la etnografía y la crítica antropológica de subvertir y transgredir la relación epistemológica en el marco de la cual se producen ciertos objetos, en este caso, ciertos contextos. Se trata de un ejercicio que busca aprovechar el potencial crítico de la etnografía, para aproximarse a la forma en que las ciencias sociales producen conocimiento, a partir de un caso concreto. En este proceso necesariamente se relativiza lo que pasa por ser el orden natural de una forma de producir saber y de dar sentido a una serie de geografías. Se ponen en cuestión un conjunto de categorías, sus sentidos metafóricos, así como los conceptos y herramientas teóricas en los que se fundan, en un ejercicio de desfamiliarización y de extrañamiento. Se busca recuperar así una de las tareas que ha hecho de la antropología una disciplina crítica, que ha implicado incluso subvertir el sentido que ha tenido como práctica colonial y ha llegado a generar un profundo proceso de rupturas en la disciplina como ejercicio teórico y en la experiencia de vida de muchos de quienes somos sus practicantes.

2. El poder del contexto

*Je veux dire aussi bien la pièce que la toile,
la pièce représentée sur la toile, et la pièce ou la toile est placée.*

Michel Foucault, *Les mots et les choses*

Durante la primera semana del mes de mayo de 2002 murieron en la localidad de Bojayá (Chocó) 119 personas que, en medio de un enfrentamiento entre las FARC y un grupo paramilitar, se habían resguardado en el interior de la iglesia. El día 10 de mayo, el entonces vicepresidente de la República y reconocido académico, Gustavo Bell, visitó la localidad y presentó su análisis de la situación: “Colombia tiene más geografía que Estado”, afirmó. Y, señaló que “con más de un millón de kilómetros cuadrados, Colombia tiene extensos territorios de bosques, selvas y montañas que forman áreas claramente definidas de influencia de narco-trafficantes o grupos armados, donde, según las autoridades locales, la presencia del Estado es prácticamente inexistente”.¹ Ello resulta particularmente cierto en la zona donde ocurrió la masacre, el Atrato Medio, “por ser un corredor estratégico para el tráfico de armas y drogas”. La propuesta de Bell es que “tendríamos que tener un ejército de un millón de hombres para hacerle frente a esta degradación”, pues “la fuerza pública resulta insuficiente”.² Lo que me interesa destacar

¹ “Colombia tiene más geografía que Estado: Vicepresidente”, AFP, 10 de mayo de 2002.

² De acuerdo con un informe recientemente publicado en la prensa, las FARC cuentan con 17.000 combatientes, el ELN con 6500 y “otros grupos subversivos” con 2000. Por su parte, el

del argumento del vicepresidente Bell no es realmente su propuesta, que desafortunadamente para este momento se asume en Colombia como la única posible, sino su análisis de la situación, cuya lógica también parece haberse generalizado. Lo expresa bien el director de Planeación Nacional, para quien la falta de gobernabilidad aparece relacionada con el hecho de que Colombia, además de que “es un país muy fragmentado geográficamente, con una población muy dispersa, no ha conquistado su frontera territorial”.³ El hecho de que una masacre en el Chocó, sea explicada en los mismos términos, y con base en los mismos argumentos con los que se explica la situación general del país, no deja de ser significativo. Así lo muestran muchos de los análisis del “conflicto armado” que proponen una visión muy cercana como explicación global de la dramática situación que se vive en el país. Un buen ejemplo es la que formula el historiador Marco Palacios:

Guerrillas, paramilitares, cultivos ilícitos, rutas de contrabando están emplazados en los frentes de colonización. Y esta geografía, que es ahora la geografía selectiva del Plan Colombia, ha contribuido a debilitar todavía más al Estado. [...] Por eso no debiera sorprendernos que guerrilleros, paramilitares, narcotraficantes y contrabandistas hayan encontrado el favor de poblaciones de colonos individualistas, cuya atomización es más acusada si consideramos que provienen de todas las regiones del país. La dispersión geográfica y social del pueblo colonizador y su carácter periférico alimentan en los sectores urbanos educados la ilusión de que en Colombia no existe un agudo problema de integración nacional.⁴

De acuerdo con esta lectura, el problema central de Colombia es un problema de integración, es decir, de soberanía. El Estado no alcanza a imponer

Ejército nacional cuenta con 60.000 soldados disponibles para orden público. “Mosaico del país que recibe el nuevo presidente”, *El Tiempo*, 25 de mayo de 2002.

³ Presentación de Santiago Montenegro, director del Departamento Nacional de Planeación, en el Seminario Internacional Hacia una economía sostenible: conflicto y postconflicto en Colombia (Joseph Stiglitz), realizada el 6 de marzo de 2003 en Bogotá. Recuperado: http://www.dnp.gov.co/03_PROD/PRESEN/0P_DIR.HTM (consultada el 14 de junio de 2003).

⁴ M. Palacios, *De populistas, mandarines y violencias*, 2000.

su ley en buena parte del territorio donde no tiene presencia y el poder es ejercido por guerrilleros o paramilitares.⁵ “Sin más ley que la ley del más fuerte”, estos territorios, caracterizados como periféricos, desarticulados y conflictivos, representan un obstáculo para la integración y el desarrollo nacional. Esta aproximación, de tipo contextualista, parte del principio de que la existencia de la realidad agreste y salvaje (los “extensos territorios de bosques, selvas y montañas que forman áreas claramente definidas de influencia de narcotraficantes o grupos armados”) de estas regiones es un factor central que da cuenta de la situación económica y social del país. Esta realidad determina además una identidad particular para sus pobladores (como seres carentes, manipulables, incapaces de ejercer la ciudadanía) y su sociedad (dispersa, sin tejido social, periférica: producto, en últimas, de la ilegalidad y anormalidad en que viven). Estas premisas han sido propuestas como explicación, casi que invariablemente y términos muy semejantes, por parte de los gobernantes contemporáneos. Han sido la condición de posibilidad de un cierto tipo de intervención sobre estas regiones y los grupos que viven en ellas. Constituye también la base de la legitimidad de esta acción. Como hipótesis está implícita en la formulación de iniciativas estatales como el Plan Colombia o el Plan Nacional de Rehabilitación. Tiene claros antecedentes en los argumentos de los virreyes borbónicos de la Nueva Granada o en los de las élites criollas gestoras de la nación moderna en el siglo XIX, como se verá más adelante.

Estos argumentos son la expresión de una *manera particular e informada de “leer” la realidad*, que enmarca, delimita y posibilita las formas de interacción con ella, determinando así las prácticas que allí se hacen posibles. A través de esta lectura particular de la realidad se constituyen las categorías básicas y las identidades que definen no sólo quiénes son los participantes —*los sujetos*— y *el objeto* de los conflictos, sino también, y principalmente, *su contexto*. El contexto hace parte, entonces, de un continente discursivo escondido⁶ tras las

⁵ En el citado informe de *El Tiempo* aparecen estas cifras: “de los 6242 corregimientos del país, 980 tienen presencia física de las Fuerzas Militares y en por lo menos 5300 hay presencia de paras y guerrilla”.

⁶ Esta noción la tomo prestada de Martin Jay, quien la propone en su libro *Downcast Eyes: The Denigration of Vision in Twentieth Century French Thought*, 1994, pp. 16-17.

metáforas, asociaciones y afirmaciones que crean, para cada argumento, una coherencia, en la forma en que esta lectura constituye una relación de *indexicalidad*, es decir, de referencia al contexto para producir significado;⁷ no sólo lo invoca, sino que, de hecho, lo genera. Se produce así un contexto para el encuentro y la interacción.

Resulta crucial reconocer este proceso de *producción del contexto* como una de las piedras angulares a través de las cuales el evento mismo adquiere un significado particular. Los contextos no son, como lo ha sugerido M. Taussig, “un nido epistemológico, en donde nuestros huevitos de conocimiento se puedan encubar en condiciones seguras, [los contextos son, más bien,] conexiones que de manera incongruente yuxtaponen tiempos y espacios lejanos y disímiles”.⁸

Los problemas que presenta la constitución de los actores sociales como sujetos, así como las intervenciones del Estado y los movimientos sociales, han sido objeto de numerosos análisis. Por el contrario, la comprensión del contexto como un continente discursivo que constituye un problema que debe ser explorado ha sido poco reconocida. Y, si bien habitualmente se parte de que “la hegemonía política e ideológica de una sociedad depende de su capacidad de control del contexto material de la experiencia social y personal”,⁹ tampoco se reconoce explícitamente que cualquier hegemonía se basa también en una capacidad de control del contexto discursivo de la experiencia. Esta dimensión constituye un lugar privilegiado para lograr una aproximación a la relación del Estado nacional con sus ciudadanos, puesto que, precisamente, al describir el contexto en el que tiene lugar cualquier acontecimiento, lo que hace es definir la naturaleza del escenario y de los antecedentes en el marco de los cuales el evento tiene lugar. La formulación del contexto implica una relación epistemológica entre el sujeto y el objeto, un punto de vista, unos esquemas mediadores (con una historia propia) que ordenan la “lectura de la realidad”. Formular un contexto implica, de

⁷ O a lo que J. J. Gumperz ha llamado *contextualization cues*. Cf. el capítulo “Contextualization Conventions” de su libro *Discourse Strategies*, 1982, pp. 130-152.

⁸ M. Taussig, *The Nervous System*, 1992, p. 44.

⁹ D. Harvey, *óp. cit.*, p. 227.

esta forma, un proceso de inclusión y exclusión de los elementos que deben ser tenidos en cuenta en el campo de visión, así como una jerarquía entre ellos, y, por lo tanto, una intencionalidad por parte de quien “lee”. El contexto, en la medida en que define el conjunto de circunstancias en las cuales un hecho o un evento están inmersos, y que *determina su sentido*, es a la vez una lectura y una representación de la realidad: es una manera de interpretarla, de hacerla legible e inteligible. Este reconocimiento implica un cambio de perspectiva: no se trata ya de situar la confrontación armada o la masacre de Bojayá en “su contexto social”, sino precisamente de hacer evidente el que las imágenes, los argumentos y los problemas que se definen en el proceso de estos acontecimientos, así como el vocabulario por medio del cual éstos se formulan y los modos posibles en que se considera que deben ser abordados, solamente son posibles en la medida en que hacen parte de una forma particular de entender su contexto.

Al estudiar la nación lo que está en juego no es solamente las categorías, imágenes y mecanismos que median la relación con sus ciudadanos, sino también la forma en que éstos y sus paisajes se producen como un contexto, y la delimitación entre ambos. Las categorías e imágenes que definen cuáles son los actores relevantes, cómo son y qué papel tiene cada uno de ellos; cuáles son las intervenciones posibles, legítimas y pertinentes sobre el territorio, sus habitantes y sus recursos; cuál es el orden que debe ser impuesto y de qué manera se impone, son indisociables del contexto que ha sido también creado como un objeto para contenerlos, delimitarlos, justificarlos y legitimarlos.

El *contexto* como problema

*What is then this ethnographer's magic, by which he is able to evoke the real spirit of the natives, the true picture of tribal life?*¹⁰

La necesidad de “poner las cosas en contexto” es un requisito sine qua non de los análisis sociales. Las ciencias sociales tienen precisamente como uno de sus principales objetivos situar “en su contexto” los datos, hechos y fenómenos que estudian. Los iluminan, ilustran y explican apelando al conjunto de eventos,

¹⁰ B. Malinowski, *Argonauts of the Western Pacific*, 1961 [1922], p. 6.

objetos y hechos que los rodean. Al mirar de cerca este proceso se presentan, inevitablemente, numerosas preguntas acerca de lo que constituye o no un contexto relevante para el objeto de estudio. Como el objeto de análisis, su contexto es también el resultado de un proceso múltiple de selección e interpretación. Aquello que se considera problemático y relevante como explicación depende de la manera en que el contexto se selecciona y de los elementos que se destacan en él.

El contexto se puede considerar uno de los problemas clave de la antropología social.¹¹ Uno de sus objetivos centrales, que constituye uno de los rasgos que la definen como disciplina, es interpretar los fenómenos que estudia en la perspectiva de su propio contexto. Desde que Malinowski propuso la posibilidad de aproximarse a lo que llamó *the native's point of view* (el punto de vista del nativo), la antropología social se ha preciado de tener la capacidad de situar en el contexto apropiado las realidades que estudia, para poder así interpretarlas de manera adecuada. En esta posibilidad radica precisamente lo que Malinowski llama “la magia de la etnografía”.

La meta de la disciplina ha sido tratar de encontrar e interpretar los significados que cada pueblo otorga a sus prácticas, conceptos, instituciones y símbolos. Malinowski aborda el problema del contexto en dos de sus trabajos, *The Problem of Meaning in Primitive Languages* (1923) y *Coral Gardens and Their Magic* (1935), donde acuñó la expresión *context of situation* (contexto de la situación) para referirse a la experiencia directa, original e inmediata, lo que él llama *practical experience* (la experiencia práctica). Su preocupación por el contexto nace directamente de las preguntas que surgen en el proceso de la traducción de textos en la lengua nativa. Para él una enunciación sólo es inteligible cuando se ubica en el contexto de la situación, lo que para él implica trascender los límites de la lingüística y pasar a analizar las condiciones generales en medio de las cuales se habla un lenguaje.¹² Dice que el significado no viene de la “contemplación de las cosas, ni del análisis de lo que ocurre, sino del conocimiento práctico y dinámico que se tenga de las situaciones que se consideran relevantes. El verdadero conocimiento de una palabra viene de la práctica de usarla de

¹¹ Resulta significativo, sin embargo, que no haya una entrada para el concepto de contexto en el *Dictionnaire d'ethnologie et d'anthropologie*, bajo la dirección de P. Bonte y M. Izard, 1991.

¹² Cf. B. Malinowski, *The Problem of Meaning in Primitive Languages*, 1938 [1923], p. 306.

forma apropiada en una situación determinada”.¹³ Por ello, para él resulta crucial estudiar en su globalidad los diferentes aspectos o temas etnográficos que surgen en el trabajo de campo. La observación de campo significó entonces que las prácticas de la gente podían ser documentadas en su contexto inmediato,¹⁴ y propone que “para aproximarse al significado de una palabra se requiere, no de la contemplación pasiva, sino de un análisis de sus funciones referido siempre a la cultura dada”. Malinowski define el “contexto de la realidad cultural” como el conjunto del “equipamiento natural, las actividades, intereses y los valores estéticos con los cuales se relaciona el significado de la palabra estudiada”.¹⁵

Apenas unos años más tarde, Maurice Leenhardt —también a partir de la preocupación por la traducción no sólo de palabras, sino de conceptos, en particular, los de persona y religión— propone su teoría de lo que definió como *paysage socio-mythique* (el paisaje sociomítico). Leenhardt entiende la vida en Melanesia como un tejido dinámico en el que se entrelazan la naturaleza, la sociedad, el mito y la técnica; en el que se entretejen, sobre todo, la lengua y la experiencia de la geografía, de manera que allí el paisaje es la mediación entre el mundo de lo visible y lo invisible, constituyendo lo que él llamó “mythe vécu” (la experiencia del mito, el mito vivido). Con este concepto se refirió a las formas estéticas: a la manera en que el relato mítico se transforma en un conjunto de formas configurando un estilo de pensamiento a través de imágenes yuxtapuestas. Leenhardt subraya la primacía de la estética en la experiencia de la vida en Oceanía, y añade que si la estética era la forma general a través de la cual se percibía el mito, su forma de expresión era la palabra (*la parole*). Esta dimensión se revela “por medio de imágenes yuxtapuestas que se ordenan en un tejido épico, donde el mito es la urdimbre y la realidad, la trama”. Esta “estética de los lugares” representa para Leenhardt la posibilidad de identificar qué observar y cómo comprenderlo.

La comprensión de ese paisaje configurado por la inscripción del mito en la geografía es lo que constituye para Leenhardt el contexto para la traducción.

¹³ Ibid., p. 325.

¹⁴ Cf. M. Strathern, “Out of Context: The Persuasive Fictions of Anthropology”, 1987, p. 254.

¹⁵ Citado por R. Dilley (ed.), *The Problem of Context*, 1999, p. 25.

Por ello, evita usar el término *langage mythique* (lenguaje mítico) y se refiere más bien a las *formes mythiques* (formas míticas). Es a partir de estas formas que se constituye el paisaje, a partir de expresiones, de eventos, de estados afectivos yuxtapuestos, de imágenes. Leenhardt entiende las formas estéticas melanesias como un modo permanente de conocimiento y como expresión de la imaginación colectiva, siempre en movimiento. En esa medida, entendió el ejercicio de traducción como algo abierto, donde cualquier traducción es temporal y hace parte de una interacción que se propone como una búsqueda colectiva entre el etnógrafo y los hablantes de la lengua-paisaje. Su método fenomenológico favorecía “un lento caminar a lo largo de los senderos *canaques*, a través del pensamiento de los insulares, de su noción de espacio, de tiempo, de palabra, de persona”.¹⁶ Para Leenhardt es imposible compartir la experiencia mítica si el observador-participante se distancia del evento, si se ubica en un punto de vista externo, desde donde sólo puede representarlo. De la misma manera, el *paysage socio-mythique* no puede ser aprehendido desde el punto de vista superior de la cartografía, que se considera fundamental para la representación y la comprensión moderna del espacio.

Tanto Leenhardt como Malinowski estaban de acuerdo en que la experiencia en el terreno es fundamental para la comprensión de otras sociedades. Ambos entendieron la práctica de la etnografía como la práctica de la observación participante en una realidad ajena. Hicieron énfasis en la importancia de recoger un corpus lo más completo posible de textos vernaculares y en el ejercicio de su traducción. Pero a partir de la manera en que pensaron los problemas de la traducción, abren, sin embargo, dos rutas distintas para tratar el problema del contexto. Como lo señala James Clifford, la “magia” de Malinowski y lo “mítico” de Leenhardt son dos aproximaciones fundadas en terrenos intelectuales y espirituales diversos. La primera tiende a ver la vida indígena en términos de comportamientos observables y de actividades prácticas, mientras que la segunda se refiere a la percepción afectiva y estética de la experiencia, interpretadas en el interior del paisaje, del mito vivido.¹⁷ Estas dos aproximaciones fundadoras, no han corrido, sin embargo, con la misma suerte. La aproximación

¹⁶ *Do Kamo: La persone et le mythe dans le monde mélanésien*, 1937, p. 44.

¹⁷ J. Clifford, *Maurice Leenhardt : Personne et Mythe en Nouvelle Calédonie*, 1987, p. 142.

fenomenológica se ha visto marginada a favor de la comprensión del contexto de Malinowski, que tiene como fundamento, al tiempo en que la consolida, la oposición epistemológica entre el sujeto y el objeto en la que se basa el proyecto de la Ilustración.

A partir de entonces, los antropólogos, como lo plantea R. Dilley,¹⁸ hemos cantado de manera permanente el mantra de “ubicar los fenómenos sociales y culturales en contexto”. A pesar de que existe un consenso alrededor de la idea de que resulta imposible formular una definición única y precisa de lo que es un contexto y de que eventualmente se tenga que aceptar que tal definición es probablemente imposible,¹⁹ la estrategia de “poner las cosas en contexto” ha sido la herramienta analítica adoptada para elucidar y, de alguna manera, lograr dar un sentido “auténtico” al material etnográfico. Para ello, cuando estamos en el terreno, nos pasamos el tiempo enloqueciendo a la gente (*the natives*), pidiéndoles que nos traduzcan, expliquen e interpreten lo que está pasando. Y es a partir de esa *interacción* que podemos situar los eventos en contexto. El contexto es, pues, necesariamente, el resultado de un proceso de interlocución. Esta interlocución expresa bien el centro del drama del etnógrafo, que es el mismo en el que está inmersa la disciplina, empeñado en formular, producir o construir un contexto para acercarse al “punto de vista del nativo”. Pero sólo puede hacerlo, en últimas, desde su propia perspectiva, es decir, desde el punto de vista del viajero-descubridor: del observador ilustrado que se maravilla frente a una realidad que lo desborda, y a la que finalmente sólo puede acceder a través de su interlocución con los otros.

Por ello se ha señalado la importancia crucial de tomar como punto de partida para el análisis del contexto *el punto de vista* de los actores involucrados en el evento focal, de tener en cuenta la perspectiva que los sujetos tienen de los eventos y situaciones en medio de los cuales se debaten, y la forma en que los perciben.²⁰ En este sentido, Dan Sperber ha señalado que “resulta imposible describir un

¹⁸ R. Dilley, óp. cit., preface, p. ix.

¹⁹ A. Duranti y Ch. Goodwin (eds.), *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*, 1992, p. 2.

²⁰ *Ibíd.*, pp. 3-4.

fenómeno cultural [...] sin tener en cuenta las ideas de los participantes. Las ideas no pueden, sin embargo, ser observadas, sólo pueden ser entendidas de manera intuitiva; no pueden ser descritas, sino interpretadas”.²¹ A partir de los problemas que se presentan en la interpretación de los hechos y experiencias sociales se ha formulado recientemente, de manera explícita, el problema del contexto y se han comenzado a proponer nociones analíticas para abordarlo.²²

El concepto de contexto nace de los problemas que surgieron con la interpretación de los textos bíblicos, la que tenía por objeto hacer de la Biblia un texto accesible. La exégesis bíblica buscaba también que los hechos que narra el Antiguo Testamento no tuvieran un carácter extraño y en cierta medida, salvaje, de modo que los lectores —europeos-cristianos— pudieran concebir el advenimiento de su Dios entre el pueblo hebreo. Así, uno de los objetivos de la interpretación era establecer la autenticidad y veracidad de sus relatos a partir del reconocimiento de las antiguas formas de vida de los israelitas. M. Strathern resalta que J. G. Frazer, en su libro *Folklore in the Old Testament: Studies in Comparative Religion, Legend and Law* (1918), logró una conjunción entre esta tradición de interpretación y el método comparativo de la naciente antropología al yuxtaponer los usos y costumbres antiguos de los hebreos con los de una multiplicidad de pueblos “primitivos”, mostrando así cómo la experiencia israelita no era, después de todo, tan extraña.²³ A partir de allí, el término *contexto* dejó de referirse a las partes del texto que precedían a una determinada cita, para adquirir un significado más amplio, que abarca el entorno social, cultural y político del texto. Así, en lingüística, el uso del concepto de contexto ha pasado de referirse al acto de componer fragmentos de lenguaje (oral o escrito)

²¹ D. Sperber, *On Anthropological Knowledge*, 1985, p. 9, citado por M. Hobart, “As They Like It: Overinterpretation and Hyporeality in Bali”, 1999, p. 107.

²² La reflexión sobre el problema del contexto se ha nutrido de una discusión pluridisciplinaria, que si bien ha sido marginal para la mayoría de las disciplinas involucradas, ha producido un cuerpo considerable de ideas. Aquí me limito a señalar algunas de las nociones que han sido relevantes para la antropología social. Se han hecho varios recuentos analíticos de estos aportes y la manera en que se han venido articulando. Cf. R. Dilley, *op. cit.*; M. Strathern, *Shifting Contexts: Transformations in Anthropological Knowledge*, 1995; A. Duranti y Ch. Goodwin, *op. cit.*; B. A. Scharfstein, *The Dilemma of Context*, 1989.

²³ Cf. M. Strathern, 1987, p. 255.

que comportan una significación, a referirse a las condiciones que permitan su comprensión y a la posibilidad de determinar su significado. Inicialmente, con el concepto de contexto se denotaba el acto de componer, de entrelazar partes de lenguaje para convertirlas en enunciaciones o textos significativos; más tarde tomó el sentido de las condiciones que hacen posible el significado que se le atribuye a esa enunciación o texto.²⁴

De manera semejante, Clifford Geertz, quien elaboró la idea del quehacer en antropología como interpretación de las culturas, ha presentado el contexto como un instrumento analítico que surge de la comprensión de la cultura y la sociedad como realidades que es posible “leer” como si fueran un texto, para aproximarse así a sus significados más profundos. Desde este punto de vista, ha hecho énfasis en la idea de la *intertextualidad*, es decir, en la idea del diálogo entre textos literarios. Cada texto se ve penetrado por textos anteriores, lo que crea un efecto polifónico que descentra la estructura del texto inicial. Además de remitir a la idea de que el significado de un texto depende tanto del conocimiento de otros textos como de las referencias y representaciones que aluden al mundo circundante, inscribe la interpretación en el marco dialógico propuesto originalmente por M. Bakhtine.

Siguiendo esta línea de la interpretación y la crítica como el encuentro de varias voces, el problema del contexto ha sido estudiado por la antropología lingüística en los campos de la metapragmática, de la etnografía del habla y del análisis conversacional, con relación a eventos de tipo puntual o situacional. Charles Goodwin y Alessandro Duranti²⁵ hacen énfasis en el hecho de que los participantes en cualquier interacción social tratan activamente de darle forma al contexto, de manera que responda a su perspectiva y a sus intereses. Partiendo de esta capacidad de configurar dinámicamente el contexto, proponen que éste es constitutivo de la acción social y, al mismo tiempo, resultado de ella. Es generador y a la vez resultado de las prácticas sociales. Así, se ha consolidado el reconocimiento de que *el contexto se produce* y de que ello se hace *situadamente*, es decir, a partir de la perspectiva particular de los actores/participantes en la relación que se quiere estudiar.

²⁴ R. Dilley, óp. cit., p. 4.

²⁵ Duranti y Goodwin, óp. cit., sintetizan esta aproximación en la introducción, pp. 1-42.

El afán de la antropología por reconstruir contextos es prácticamente su *raison d'être*. Por ello, el problema del contexto se ha vinculado directamente con el relativismo cultural. De hecho, el concepto de cultura, uno de los conceptos clave de la antropología, ha pasado de entenderse como la sumatoria de lo que la gente dice, piensa y hace, a ser concebida como el contexto para interpretar lo que la gente dice, piensa y hace. Si bien es cierto que el concepto de cultura corresponde de cierta manera al de contexto, resulta también indudable que la certeza de ambos se ha visto cuestionada. Se ha puesto en cuestión al mismo tiempo con la idea del *Grand Partage*. Como consecuencia, en los años recientes se ha dado un giro en los alcances de la disciplina. Hoy, más que pretender representar la realidad de otras sociedades, se trata de lograr una descripción lo más aproximada posible. Una “descripción densa” (*thick description*), como la definiera Clifford Geertz, donde se busca no sólo mirar las estructuras subyacentes sino también los procesos. Es decir, se trata de ver las estructuras como manifestaciones de procesos. La disciplina se ha encaminado de esta manera hacia el estudio de los problemas epistemológicos que presenta la comprensión de procesos enmarcados en las diferentes aproximaciones a lo real, en las diferentes formas de entender la naturaleza de la realidad. Se ha propuesto por ello que la etnografía se debe transformar en un diálogo en el que no se privilegie la posición de ninguno de los participantes.

Partiendo de que si un fenómeno o evento focal puede ser descrito, comprendido e interpretado sólo si se mira más allá del evento mismo y se enfocan otros fenómenos que provean recursos para hacerlo, el proceso de identificar un contexto implica la yuxtaposición de dos grupos de eventos o fenómenos: el evento focal y el campo de acción en el que éste se desarrolla. Esta yuxtaposición toma forma a través de las *conexiones* (y, por supuesto, las desconexiones) que se establecen entre los dos. Es quizá aquí donde cobra mayor sentido la etimología de la palabra contexto, que se deriva de una metáfora del arte textil en el verbo latino *contextere*: anudar, tejer, unir los hilos de una urdimbre y una trama. La paradoja es que los contextos se configuran al entrelazar ciertos hilos o conexiones que dependen, a su vez, de un contexto más amplio. Se crea entonces una especie de proyección infinita similar a la de un espejo reflejado en otro. Al transformar un contexto en objeto, éste requiere necesariamente un contexto más amplio que lo enmarque, el que a su vez puede también contextualizarse, y así sucesivamente.

Por otra parte, los “hilos de oro de la argumentación” dependen de los problemas, las preguntas y las categorías básicas de la antropología, o de cualquier disciplina, los que indudablemente son relativos a su contexto histórico. Así, incluso los que se han considerado por parte de la antropología como los rasgos universales de la humanidad, o como las categorías cruciales para definir esos rasgos, han ido cambiando radicalmente en el curso de la historia. Los rasgos y características que es importante ver en conexión con lo que circunda a un fenómeno, así como la importancia relativa que puedan tener, se han definido de manera diversa de acuerdo con los distintos enfoques teóricos que han sido privilegiados por la disciplina. De esta forma, el paradigma dominante en un momento dado produce cierto tipo de supuestos y de convenciones para el conocimiento que constituyen el contexto teórico de ciertas ideas y conceptos particulares.

Finalmente, el problema del contexto ha abierto en la antropología social otra serie de preguntas que se refieren a la distinción entre las formas de contextualización propias del etnógrafo y las que usan los intérpretes “nativos”: los sujetos que son objeto de estudio. Además de preguntarse de qué manera la antropología como disciplina ha configurado su propio contexto analítico con el que da forma a sus interpretaciones y explicaciones, es necesario preguntarse cómo la gente que hace parte del objeto de estudio invoca el contexto como parte de su práctica de dar significado a los eventos de su vida social. Se presenta aquí un problema teórico complejo: el de cómo estudiar los diferentes mundos sociales y culturales, cuando todo lo que tenemos a nuestra disposición para hacerlo son los parámetros del propio. Es allí donde entra en juego la estrategia de crear las que Marilyn Strathern ha denominado *persuasive fictions* (ficciones persuasivas):

[...] cuando se enfrenta a una cultura que se concibe como ‘otra’, el antropólogo o la antropóloga se enfrentan a la tarea de dar cuenta de ella en el marco de un universo conceptual en el cual haya cabida para ésta, creando de esta forma ese universo. [En este sentido,] crear una descripción requiere de estrategias literarias específicas, de la construcción de ficciones persuasivas: las monografías deben ser expuestas de forma que den lugar a una composición novedosa de ideas.²⁶

²⁶ M. Strathern, óp. cit., 1987, p. 256.

A partir de este reconocimiento se ha llegado también a proponer la pregunta sobre qué tan válido es buscar el significado a todos los eventos de la vida social²⁷ y qué tan válido es preguntarse por el contexto desde otras perspectivas de conocimiento, desde la perspectiva epistemológica de los intérpretes y comentaristas “nativos”. Esta pregunta pone de nuevo en primer plano la disyuntiva que plantean las dos maneras de entender el problema implícitas en la magia de Malinowski y la distancia contemplativa que implica, frente a lo mítico de Leenhardt, que pone precisamente en cuestión esa distancia para situarse en el interior de la lengua-paisaje, cuestionando la concepción occidental del sujeto.

La economía²⁸ del contexto

So the author has produced the ideas, and the characters –but now comes the third necessity –the setting. The first two come from inside sources; but the third is outside –it must be there –waiting –in existence already.

You don't invent that –it's there –it's real [...] you don't invent your settings.

*They are outside you, all around you, in existence
–you have only to stretch your hand and pick and choose.*

Agatha Christie, *Passenger to Frankfurt*

Puesto que, siguiendo la línea de comprensión abierta por Malinowski, se considera el contexto como una “descripción” relativamente objetiva de una realidad “dada”, el contexto se presenta, usando la metáfora teatral, como el escenario en el que se realiza la trama. Es un telón de fondo que proyecta una imagen en la que se conjugan los elementos necesarios no únicamente para interpretar y darle sentido al evento, sino para hacer posible un desarrollo particular de los eventos. Pero este escenario, esta imagen, funciona en realidad

²⁷ M. Hobart, óp. cit., señala que ciertos movimientos en la danza balinesa no tienen significado alguno para los bailarines y se llevan a cabo para producir un efecto, no para comunicar un significado.

²⁸ Uso el término *economía* en el sentido de la organización de los diversos elementos de un conjunto, de la articulación de las partes de un sistema.

como un *trompe l'œil*, puesto que crea *un efecto de realidad*. Crea una visión semejante a la que Christine Buci-Glucksmann ha llamado “la locura de la mirada”,²⁹ pues presenta una pluralidad de representaciones superpuestas en diversos planos, que produce una representación barroca. Lo hace, sin embargo, tras una apariencia neutra, natural y objetiva, en la medida en que no da cuenta de cuáles han sido las condiciones de su formulación ni de su enunciación.

La idea de que al delinear el contexto de una situación se “mapean” sus circunstancias, es más que una metáfora. Al igual que cualquier ejercicio cartográfico, la definición de un contexto relevante tiene como fin realizar una descripción del mundo. Es importante subrayar que fue precisamente el concepto de descripción el que sirvió para vincular la geografía a la representación y contribuyó a la formación de nuevos modelos de imagen.³⁰ Así, tanto la cosmografía como la cartografía desarrollan la dimensión de lo gráfico con dos sentidos simultáneos: el de “dibujado con pincel y pluma” y el de “vivamente descriptivo o veraz”.³¹ Proponen una imagen de lo real que aspira a hacer visible aquello que, por distancia —espacial o temporal—, es invisible a los ojos de sus lectores o usuarios potenciales. Se trata de una descripción que se hace necesariamente de acuerdo con los propósitos —explícitos e implícitos— del autor, de manera que su poder radica, más que en la exactitud de lo que representa, en la representación misma.

Resulta significativo el hecho de que los contextos se construyen a partir de los mismos elementos que constituyen la práctica y la retórica de la cartografía. Se procede primero a nombrar, a titular. Sabemos que nombrar es mostrar, crear, traer a la luz. Así, al nombrar se determinan de manera directa la percepción y la comprensión del problema, situándolo dentro de una categoría específica de imágenes y delimitando una forma particular de lectura. Después se realiza un ejercicio de inclusión y exclusión. Si las cosas pueden ponerse en contexto, ello significa que pueden también ponerse fuera de contexto. Lo que se ha dejado por fuera en una definición de contexto podría ser incluido y

²⁹ *La foile du voir: De l'esthétique baroque*, 1986.

³⁰ Cf. S. Alpers, *El arte de describir*, 1987, p. 226.

³¹ *Ibíd.*, p. 224.

considerado relevante en otras. Lo que se borra de un marco de visión desde un punto de vista, podría resultar central en otro. El número de eventos o de hechos que se tienen en cuenta en el panorama del contexto es siempre limitado, respondiendo a la decisión expresa de inclusión y exclusión por parte del autor. Se escogen los elementos que a su juicio identifican los aspectos o procesos que busca resaltar. El siguiente acto es el de jerarquizar. Se decide entonces no sólo cuáles son las conexiones relevantes del evento focal con sus antecedentes y trasfondo, sino la importancia relativa de cada una. De acuerdo, siempre, con lo que el autor quiere resaltar o con la importancia que confiere a los elementos que describe. Interviene entonces un proceso de generalización y homogeneización. Ello se logra a partir de las categorías que se establecen, mediante las cuales se agrupan, generalizando, los eventos del trasfondo.

Cuando el ejercicio de realizar un “análisis de contexto” —que sirve de base al “diagnóstico”— se realiza bajo la sombrilla de la ciencia, se producen representaciones del mundo que pretenden ser precisas, neutrales y objetivas. Esta supuesta neutralidad opaca el orden social que representa, al tiempo que lo legitima. Los contextos —como los mapas o como cualquier otra imagen históricamente construida— presentan, como lo señala W. J. T. Mitchell, “una apariencia engañosa de naturalidad y transparencia, detrás de la cual se oculta un mecanismo de representación arbitrario, distorsionante y opaco, un proceso de mistificación ideológica”.³² J. B. Harley se refiere a éste como “el inconsciente político” del mapa,³³ concepto que en este caso se puede aplicar al contexto.

Al presentar una imagen, sustentada por el efecto de realidad, se ejerce el poder de delimitar el tipo de conocimiento que se hace accesible a través de ella. Este ejercicio de describir el mundo, mediante categorías convencionales y convencionalizadas, le impone una estructura y una visión restringida. Se trata de un ejercicio selectivo. Así, en un análisis de contexto se nos muestra, no lo que hay, sino lo que se quiere que veamos. Su finalidad es, en últimas, hacer posible una realidad que va a ser “consumida” o transformada de una cierta forma. Este proceso de abstracción y simplificación está gobernado por un número reducido de objetivos, uno de los cuales es crear la uniformidad necesaria para

³² W. J. T. Mitchell, *Iconology: Image, Text, Ideology*, 1986, p. 8.

³³ J. B. Harley, “Deconstructing the Map”, 1989.

hacer “legible” la realidad y poder así manipularla. Esta definición positiva del contexto se centra en resumir precisamente los aspectos del mundo que son del interés inmediato del autor, ignorando el resto. Se constituye ante todo en un instrumento diseñado con el propósito de que prevalezca una cierta lógica. La delimitación, descripción y articulación de un contexto se dan entonces a partir de la “autoridad de la mirada” de quien lo propone. Y de la lógica de orden con la que se formula.

El teatro del mundo

*Y pues que ya tengo
todo el aparato junto,
venid, mortales, venid
a adornaros cada uno
para que os representéis
en el Gran Teatro del Mundo.*

Pedro Calderón de la Barca, *El gran teatro del mundo*

Para hacer referencia al contexto se utilizan invariablemente metáforas pictóricas y espaciales, particularmente, metáforas teatrales.³⁴ En años recientes, a partir de los trabajos de C. Geertz, por ejemplo, se ha hecho énfasis en la posibilidad de leer el espacio como una realidad textual. En el caso del contexto se presenta una situación inversa: el contexto se entiende y se expresa como una realidad espacial. Se podría afirmar incluso que el contexto se conceptualiza partiendo de un conjunto de representaciones que tienen como base la oposición *forma-fondo* que fuera elaborada por la teoría de la Gestalt. En ella, el efecto que tienen los bordes en la configuración forma-fondo es profundo, pues, a partir de la misma configuración, se pueden percibir distintas figuras, en la medida en que se alterna el foco entre la forma y el fondo. El fondo hace, por lo tanto, parte integrante de la figura ambigua que contiene.³⁵ Así, dentro de este conjunto de representaciones aparece el concepto de *marco* (*framing*),

³⁴ Lo que ha sido subrayado por varios autores. Cf. E. Tabakowska, “New Paradigm Thinking in Linguistics: Meaning is the Context”, 1999; Dilley, *óp. cit.*

³⁵ Dilley, *óp. cit.*, p. 5.

elaborado por G. Bateson y E. Goffman,³⁶ así como las nociones de *medio*, *entorno*, *ambiente*, propuestos en la geografía y la ecología. Pero quizá el campo de representaciones más ubicuo es el que se refiere a las imágenes de *escena*, *trasescena* y *escenario*, e incluso, la de *telón de fondo*, que giran alrededor de la idea del espectáculo teatral como metáfora de la organización social.³⁷

En todo este conjunto de conceptualizaciones, mientras que el evento focal se ubica en el centro del escenario, los rasgos del contexto, que constituye el escenario mismo, se presentan de manera abierta y difusa. Los límites, contornos y estructuras del evento focal se delimitan explícitamente con mayor rigor, precisión y claridad que los fenómenos contextuales. De esta manera, el objeto que constituye el centro de atención tiene una relación opaca con un conjunto de signos que está, de hecho, excluido del evento focal pero que sirve de medio para regularlo, delimitarlo, articularlo y cualificarlo en los diversos contenidos y fases.³⁸ La asimetría fundamental de la relación forma-fondo tiene implicaciones profundas. La primera de ellas es que se ha abierto la posibilidad de describir y analizar el evento focal como una entidad en sí misma, tema que ha sido ampliamente problematizado. La segunda es la manera en que la lógica de la mirada espacial ha configurado, de un modo invisible a sí mismo, la forma en que se delimita y se define el contexto, como lo pone en evidencia el uso reiterativo y casi exclusivo de las metáforas espaciales para dar cuenta de esta relación. La manera en que, de hecho, se organiza y se usa la información que sirve de *trasfondo* al análisis de un fenómeno se ha visto circunscrita y delimitada de formas insospechadas por la lógica espacial de la escena teatral.

La imagen del mundo como un teatro tiene una historia que se remonta a la implantación, con la revolución científica, de una forma de pensar lo real basada en la espacialidad. En la tradición simbólica e ideogramática de la *forma*

³⁶ E. Goffman, *Frame Analysis: An Essay in the Organization of Experience*, 1974; G. Bateson, *Steps towards an Ecology of Mind: Collected Essays in Anthropology, Psychiatry, Evolution and Epistemology*, 1973.

³⁷ Cf. G. Balandier, *Le pouvoir sur scènes*, 1994 [1992]; E. Goffman, *La mise en scène de la vie quotidienne*, 1973; R.-G. Schwartzenberg, *L'État spectacle*, 1977; G. Debord, *La société du spectacle*, 1992 [1967].

³⁸ Cf. A. Kendon, "The Negotiation of Context in Face to Face Interaction", 1997.

orbis, una sola imagen tenía la capacidad de representar el mundo mostrando sus condiciones de una manera abstracta y sistemática. Los cartógrafos y los editores de mapas eran denominados “descriptores del mundo” y sus mapas y atlas se definían como el mundo descrito. De hecho, los mapas se comparaban con cristales que ponían, como las lentes, objetos ante la vista.³⁹ La objetividad y la precisión de la representación cartográfica se extendieron para abarcar la planeación y construcción de ciudades y paisajes de acuerdo con planes unitarios. Así, la realidad territorial se vio transformada en un espacio escénico instaurado para actuar en/sobre él. Aparece simultáneamente como un modelo, una descripción ideogramática y un ámbito para la acción/actuación (*actio*). El concepto del mundo como escenario se vio reflejado en los títulos que se daban comúnmente a los mapas y atlas, como el *Theatrum Orbis Terrarum* de Ortelius (1570) o el *Theatre of the Empire of Great Britain* de John Speed (1611), reflejando en éstos los principios estéticos de la uniformidad matemática y geométrica propias de la comprensión sistémica del espacio y, sobre todo, de su pretensión de abordar el mundo de manera totalizadora y demiúrgica. El globo se vio desde entonces representado en los mapas del teatro del mundo, mientras que las escenas del mundo se representaban en un teatro llamado “El Globo”.

Lejos de ser inocentes, las metáforas espaciales reflejan y orientan nuestra forma de entender y producir el contexto, pues constituyen esquemas que median la experiencia. Los estudios recientes en varias disciplinas han destacado que las metáforas no son exclusivamente un recurso poético que sólo existe en el ámbito de la literatura sino que, sean éstas conscientes o no, rigen las formas de hacer en la vida cotidiana. “Nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es de naturaleza fundamentalmente metafórica [...] [los conceptos metafóricos] estructuran la forma en que percibimos, en que nos movemos en el mundo y en que interactuamos con los demás, [de forma que] lo que experimentamos y lo que hacemos día a día es en gran parte una cuestión de metáforas”.⁴⁰ Se puede entonces considerar la metáfora como una forma de pensar que subyace a la gran mayoría de las

³⁹ Véase S. Alpers, óp. cit., capítulo 4, “El impulso cartográfico en el arte holandés”.

⁴⁰ G. Lakoff y M. Johnson, *Metaphors We Live By*, 1980, p. 3.

expresiones lingüísticas que dan cuenta de la experiencia cotidiana.⁴¹ Elzbieta Tabakowska distingue entre *metáforas conceptuales* que, de acuerdo con ella, se fundan en la experiencia corporal primaria y dan origen a verdaderas familias de expresiones metafóricas concretas. Por ejemplo, a partir de la noción de que “la vida es un viaje” se desprenden otras como que “hemos hecho un largo camino” o “llegamos al punto de no retorno”. Y, por otra parte, las que llama *metáforas de imagen*, que surgen de percepciones particulares de cada cultura. Tabakowska sitúa la construcción metafórica de la noción de contexto como un caso de metáfora de imagen, es decir, como una construcción cognitiva particular.⁴² El hecho de que para definir qué es un contexto se parta invariablemente de la metáfora del teatro del mundo, es decir, del ejercicio de crear pictóricamente una imagen/modelo espacial de lo real, revela sus condiciones, funciones y significados.

Dado que “la esencia de la metáfora es entender y experimentar un cierto tipo de cosas en términos de otro”,⁴³ resulta interesante notar que el contenido de las metáforas del contexto pone un énfasis marcado en la concepción espacial, visual y estética del mundo que nos rodea, de lo real. Este conjunto de conceptos metafóricos sugiere la imagen de un objeto contenido en los límites o líneas demarcadoras de un campo de visión: “La superficie o lienzo enmarcado situado a cierta distancia del espectador que a través de ella contempla un segundo mundo sustituto del real”.⁴⁴ Este campo visual, definido de acuerdo con los cánones estéticos occidentales, inscribe la noción del contexto en la concepción del conocimiento como representación. En esta medida, la noción de *contexto* sólo es posible en el marco de la epistemología moderna, es decir, en el marco de la oposición entre un sujeto y un objeto-mundo real, dispuesto para su contemplación. El contexto es precisamente una noción cuyo poder radica en que permite organizar el objeto-mundo real para ser contemplado, y el hecho de entenderlo como una noción espacial transforma su aprehensión en

⁴¹ E. Tabakowska, *óp. cit.*, pp. 82 y ss.

⁴² *Ibíd.*

⁴³ Lakoff y Johnson, *óp. cit.*, p. 5.

⁴⁴ S. Alpers, *óp. cit.*, p. 21.

un ejercicio de visualización. Es decir, en un ejercicio circunscrito y cualificado por categorías visuales y estéticas. El contexto se configura en este sentido, una vez más, como una imagen. Este aspecto ha sido bastante ignorado dentro de la reflexión sobre el problema del contexto.

En el marco de la epistemología moderna el sujeto-cultura ha organizado su objeto-mundo real, privilegiando la visión como sentido maestro, produciendo conceptos fundamentalmente visuales, contruidos sobre su concepción pictórica de la espacialidad: taxonomías, cuadros (*tableaux*), paisajes, unidades de paisaje, que constituyen los *lugares* comunes sobre los que el mundo se organiza. Michel Foucault, en *Les mots et les choses*, ha mostrado cómo en la historia de Occidente las diferentes formaciones epistemológicas (*epistèmes*) han consolidado sistemas de clasificación basados siempre en categorías visuales. Señala que, de hecho, los sistemas de clasificación occidentales se construyen a partir de un concepto espacial básico: el de la superficie plana, “el marco que permite al pensamiento imponer un orden sobre los seres”.⁴⁵ De este modo, se ha proyectado sobre el objeto-mundo real el modelo naturalista de conocimiento que se construye a partir de la organización visual y cartográfica del espacio y de la historia. En este mismo sentido, Latour y Woolgar señalan:

No hay nada que el hombre pueda realmente dominar: todo resulta o demasiado grande o demasiado pequeño para él, o demasiado confuso o abigarrado por capas superpuestas que encubren a su mirada lo que querría observar. Sin embargo, una cosa y sólo una se domina de un solo vistazo: una hoja de papel extendida en una mesa o pegada sobre un muro. La historia de las ciencias y las técnicas es en gran parte la historia de los trucos que permiten plasmar el mundo en esa superficie de papel. Ahora sí, la mente lo domina y lo ve. Nada puede ser escondido, ni velado ni disimulado.⁴⁶

Tomando prestadas las palabras con las que Christine Buci-Glucksmann define lo que ella llama “*l’œil cartographique de l’art*” (el ojo cartográfico del arte), se trata de “una mirada que toma el mapa como motivo, como punto de

⁴⁵ M. Foucault, *Les mots et les choses: Une archéologie des sciences humaines*, 1966, p. 9.

⁴⁶ B. Latour y S. Woolgar, *La vie de laboratoire*, 1988, p. 14.

partida y como modelo de una estética de lo infinito”. El modo de construcción visual-cartográfico de la realidad tiene una serie de características que le son inherentes, “el mapa —su espacio, su mirada y sus prácticas— sirve aquí de hilo conductor para aclarar ciertos dispositivos”.⁴⁷ Se constituye así un espacio metafórico que se representa visual y pictóricamente, “Donde las descripciones hacen ver, y hacen ver un saber”.⁴⁸ Se trata de una mirada y de un saber que reivindican la exactitud y la precisión, la claridad y el orden. Es decir, de una mirada y de un saber instrumentales regidos por los postulados básicos de la ciencia positiva y, sobre todo, por su pretensión de universalidad.

Hay por lo menos dos maneras de entender el principio de universalidad. Por una parte se puede entender lo universal como aquello que se aplica por igual, sin distinción, a cualquier ejemplo; o bien como aquello que tiene la plasticidad necesaria para adaptarse a las múltiples variaciones de la diversidad. El principio de universalidad, inherente al pensamiento positivo moderno, es el primero: el principio de lo inamovible y puro, de la armonía y la esencia totalizadoras. Propiedades que se atribuyen al orden formal de los fenómenos espaciales, que es precisamente lo que el ojo cartográfico busca recoger y representar. Esta estructura abstracta subyace a la metáfora del contexto constituyendo una “barrera epistemológica” —ampliando el concepto de Bachelard— que, independientemente del “contenido” con el que se quiera infundir (sea éste positivo o fenomenológico), ejerce una violencia constitutiva. Esta estructura media de manera invisible la experiencia concreta. Impide reconocer la experiencia histórica concreta, la experiencia particular, al instaurar una racionalidad agazapada tras la estética y el orden con el que se construye.

El concepto metafórico del contexto como “fondo”, como “escenario”, pone en escena un verdadero “teatro del mundo”, es decir, una descripción universalizante y totalizadora, propuesta desde un punto de vista racional y positivo que dirige, de manera oculta, la mirada. Allí, descripción y artificio se revelan como inseparables. Su forma aparentemente sistemática de establecer conexiones relevantes la acerca, sin decirlo, a la mirada rapaz y superior de la cartografía,

⁴⁷ Ch. Buci-Glucksmann, *L'œil cartographique de l'art*, 1996, p. 9.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 16. Aquí, Buci-Glucksmann transcribe una anotación de F. Hartog en *Le Miroir d'Herodote*.

en la medida en que ordena de acuerdo con los principios estéticos de la universalidad racional de Occidente. Describe y al mismo tiempo narra, de acuerdo con convenciones emblemáticas, con supuestos culturales. A partir del modo en que define los actores y las conexiones relevantes, crea un paisaje social y moral. Y lo hace como principio subyacente cuya capacidad de mediación es tanto más poderosa por cuanto la oculta una serie de metáforas aparentemente inocuas.

Si bien la metáfora espacial del teatro es quizá la más ubicua para hacer referencia al contexto, es quizá la comparación con la dramaturgia la que resulta más esclarecedora. La dramaturgia se preocupa por la puesta en escena de un argumento. Ello implica definir no únicamente las condiciones visuales y espaciales con las que se va a construir cada escena, sino la situación dramática que subyace a ésta. El concepto de situación dramática es clave, pues el ejercicio de crearla implica imaginar los antecedentes y el mundo de referencias que hacen posible una cierta manera de interpretar y de poner en escena una trama. Son precisamente la particularidad y complejidad con las que se imagina la situación dramática las que hacen posible que los actores puedan interpretar los personajes: que puedan no sólo interpretar al Otro, sino producirlo. Transformarse en el Otro. Cualquier parecido con la antropología es más que mera coincidencia.⁴⁹

Es en la creación de la situación dramática en la que toma toda su dimensión el trabajo creativo y demiúrgico del *metteur en scène*. Ella define el mundo de lo no dicho, de lo que a su manera de ver el argumento tiene implícito. Se define allí lo que se pudiera considerar como el “inconsciente” de la trama. Se determina lo que los actores realmente dicen más allá de las palabras del libreto. Allí se precisa algo muy cercano a lo que J. C. Scott ha llamado códigos ocultos (*hidden transcripts*), y se podría ampliar en este sentido su definición como el discurso escondido, “que confirma, contradice o da inflexión a todo aquello que hace parte de la versión pública (*public-transcript*).⁵⁰ La situación dramática se revela tanto en el evento focal como en el contexto pero, dado que la definición

⁴⁹ Han sido las discusiones con Saskia Loochkartt, antropóloga y actriz, las que me han abierto esta perspectiva.

⁵⁰ J. C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, 1990, pp. 4-5.

de este último es más “libre” y abierta, menos circunscrita por el ejercicio consciente de la racionalidad, lo que demanda menos rigor; el contexto constituye, sin duda, una ventana privilegiada para leer los códigos ocultos, el inconsciente de la trama.

La situación dramática: los estudios regionales en Colombia

Una de las grandes dificultades que opone el análisis del contexto consiste en describir el conocimiento sociohistórico con el que los protagonistas de un evento actúan en él. Es decir, la situación dramática dentro de la cual éstos actúan. Duranti y Goodwin han enfatizado la importancia de aproximarse al contexto, primero, desde la perspectiva de los actores que activamente actúan en el mundo en el que él o ella se hayan inmersos; segundo, de ligar el análisis del contexto con el estudio de las actividades específicas que constituyen el mundo cultural e históricamente organizado que esos actores habitan; y tercero, reconocer el hecho de que los participantes están siempre simultáneamente situados en el medio de múltiples contextos que cambian rápida y dinámicamente a medida que se desarrollan los acontecimientos.⁵¹

El objetivo de este trabajo es aproximarse a la situación dramática que guía la relación que establece el Estado nacional con sus territorios salvajes, es decir, a la imaginación que orienta el proceso mediante el cual este conjunto de gentes y paisajes se convierte en objeto de lo que A. Giddens ha llamado *dis-embedding* (desanclaje), es decir, el proceso de arrancar las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción para reanclarlas en los nuevos ámbitos espacio-temporales coordinados por el Estado y por los agentes del modo de producción moderno.⁵² Esta imaginación se ve plasmada en el conjunto de saberes y, en general, de discursos que median y delimitan este proceso. Es a partir de estas consideraciones que me propongo mirar el saber que se ha consolidado como contexto, entendiendo éste en toda su dimensión dramática, cuando en Colombia nos preguntamos por eventos focales que, como el caso de la masacre de Bojayá, tienen lugar en las lejanas y apartadas regiones nacionales.

⁵¹ Óp. cit., p. 5.

⁵² Cf. A. Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, 1994 [1990], pp. 32 y ss.

El conocimiento que se ha desarrollado históricamente sobre estas regiones se ha estructurado a partir de una serie de ideas, conceptos y supuestos que constituyen el contexto en el cual se fundamenta una serie de propuestas y de prácticas. La legitimidad de estas últimas se basa en el enorme eco que tienen aquellas en el sentido común de la sociedad nacional, es decir, en la familiaridad con la que son asumidas. Este contexto se ha creado a partir de una verdadera *tradición de interpretación y significación*,⁵³ estructurada a partir de la experiencia y la obra —la escrita y la intervención material— de nuestros grupos ilustrados. Con ello me refiero a los habitantes de la que Ángel Rama ha llamado “la ciudad letrada”.⁵⁴ Es decir, tanto a los artífices de la literatura y el conocimiento social como a los burócratas “cultivados” que han puesto las letras al servicio de la administración del Estado, primero en nombre de los intereses de la Corona, después en nombre de la economía metropolitana y hoy en nombre de la lógica de lo que Hardt y Negri han llamado “imperio”.⁵⁵ No se trata de dos grupos que puedan ser fácilmente distinguidos uno del otro (intelectuales-administradores), pues desde las épocas de la ocupación colonial los “hombres ilustres” de nuestra vida política han sido también nuestros “ilustrados”. El panorama hoy no puede ser menos diciente: académicos que ocupan vicepresidencias y ministerios; ministros que ocupan cargos universitarios y publican obras académicas; estudiosos e intelectuales que ejercen no sólo como consultores o asesores sino como agentes directos y activos de las políticas del Estado y de los programas de las entidades multilaterales y de las ONG. Aunque hay, sin duda, una tradición crítica en la historia intelectual colombiana, las vicisitudes y dificultades de nuestra vida académica hacen que esta conjunción de letras, política y administración pública se haya visto generalizada y, de cierta forma, normalizada.

⁵³ Tomo aquí prestado el concepto propuesto por J. Tully, *Strange Multiplicity: Constitutionalism in an Age of Diversity*, 1995.

⁵⁴ Es decir, los habitantes de la ciudad cuyo orden lo establece el rigor de la palabra escrita: “La pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales [que] manejaban la pluma, estrechamente asociados a las funciones del poder, los que constituyen una poderosa articulación de lenguajes simbólicos cuyo sentido garantiza los intereses de la metrópolis”. A. Rama, *La ciudad letrada*, 1984, p. 24.

⁵⁵ M. Hardt y A. Negri, *Empire*, 2001.

La tradición de interpretación y significación del espacio nacional establecida en la historia de la administración de sus gentes y territorios ha consolidado una suerte de *modelo de conocimiento* a través del cual los estudios regionales delimitan, describen y articulan la forma como se analiza el contexto para la acción del Estado. Se ha configurado como su situación dramática. En este modelo se definen los supuestos, los objetos y objetivos, las convenciones mediante las cuales se hacen posibles el conocimiento y la intervención del conjunto de territorios que históricamente se han considerado ajenos al control y la apropiación del Estado nacional, y se constituyen las figuras administrativas (“baldíos”, “territorios nacionales”, “zonas de rehabilitación”) a través de las cuales éstos son administrados e intervenidos. Este modelo constituye la base de la lógica gubernamental y adquiere hoy una importancia significativa, por cuanto se considera que la articulación al nuevo orden socioeconómico global pasa por el debilitamiento del Estado-nación y el fortalecimiento del espacio nacional, cuya administración, control y manejo —en virtud de la incapacidad del Estado— se ven privatizados a través de diversos esquemas.

Las bases de esta tradición de interpretación y significación se trazan en la historia de la ocupación y la administración colonial. Éstas se recrean y se vuelven a poner en escena en el siglo XIX con el surgimiento de la República, cuando se produce y legitima una visión particular sobre la naturaleza de la realidad de las “regiones marginales y de frontera” y de los desafíos, ventajas y obstáculos que éstas representan para el surgimiento de una nación viable. En los capítulos que conforman “La puesta en escena” se procura hacer evidentes los ejes de esta tradición, así como sus condiciones de posibilidad y sus rasgos característicos. Es decir, se trata de mostrar la manera como se definen regiones, paisajes y sujetos a la luz de esta mirada particular, y cuáles son los supuestos y convenciones que sustentan el modelo de conocimiento que de allí se deriva y que se ha desarrollado como lo que se puede considerar un programa de estudios regionales que, si bien no deja de ser múltiple y fragmentado, mantiene una cierta coherencia. En el capítulo sobre la relación entre nación y paisaje se pone de presente cómo se forja uno de los relatos fundacionales de la nación: el de su naturaleza y geografía exuberantes, que genera “el país de regiones”. Basándose en este mito, que surge directamente de la noción de América como frontera imperial forjada con la conquista y ocupación coloniales, se consolida un paisaje social y moral que se

que queda inscrito en los paisajes naturales —regionales— de la nación, teniendo una larga y sorprendente continuidad histórica. Se consolida aquí, bajo la forma de un conocimiento autorizado —protagonizado por los políticos-geógrafos del siglo XIX—, una forma de lectura de la geografía y la corografía nacionales que describe y lee el espacio nacional en la tradición de las geografías imperiales del siglo XIX: como un objeto de historia natural, es decir, un objeto científico, cartográfico y estético que no se inscribe directamente en el ámbito de la historia o de la civilización sino en el de la naturaleza.

Esta tradición de lectura y descripción del espacio nacional va a marcar de manera casi indeleble hasta nuestros días la imaginación geopolítica nacional. Ello se refleja en la continuidad semántica que se mantiene en los conceptos de confines, baldíos, “territorios nacionales” y fronteras (agrícolas, de colonización, internas) a través de los cuales se ha categorizado, clasificado y diagnosticado este conjunto de regiones. En el capítulo sobre la imaginación geopolítica se propone un análisis de las descripciones que este tipo de categorización hacen posibles y se ponen de relieve los elementos y procesos sociales que se han considerado centrales en el campo de visión que abre este saber-contexto. Se muestra cuáles han sido las conexiones que se han visto privilegiadas cuando se caracterizan los territorios salvajes como contexto y cuáles se han visto excluidas y silenciadas.

Este modelo de conocimiento no determina únicamente las formas específicas de imaginar los territorios salvajes y sus habitantes, sino también los modos posibles de intervención. Las políticas y prácticas que se consideran necesarias para incorporarlos a la nación. Éstas se exploran en la tercera parte: “Escenas cotidianas en los confines de la nación”, al tiempo que se ponen en evidencia las implicaciones políticas y culturales que tiene el hecho de que una multiplicidad de grupos y paisajes sólo son vistos a través de los lentes que impone la caracterización particular de que son objeto estas regiones. Dicho en otras palabras, se trata en esta parte de discutir la función social que cumple esta tradición de interpretación y de mostrar el modelo de conocimiento que se ha configurado a partir de ella como condición de posibilidad de una serie de prácticas. Es decir, de verlo como situación dramática.

Se hace necesario para ello comenzar respondiendo a la pregunta de quién tiene efectivamente injerencia en el proceso de producir un contexto para la

intervención del Estado nacional sobre el conjunto de grupos y paisajes que se consideran por fuera de su control. Cuando las distintas instancias del Estado emiten “diagnósticos”, formulan políticas y prescriben programas y proyectos, se basan en un saber de tipo “técnico” que define los vocabularios, las categorías, las posibilidades y, en general, el universo de opciones que se van a presentar eventualmente a las consultas y a la participación comunitaria. Este marco técnico de la acción del Estado ha surgido del tráfico intenso y permanente que ha existido entre la academia y las instituciones del Estado. Sin temor a exagerar, el conocimiento que se tiene sobre las regiones salvajes y tierras de nadie ha sido el producto de esta simbiosis. Se pueden destacar experiencias en el marco de proyectos estatales de los que han surgido numerosos trabajos de investigación en el campo de los estudios regionales. Es el caso del PNR (Plan Nacional de Rehabilitación), el DRI (Desarrollo Rural Integrado), la Estrategia Nacional contra la Violencia de la Consejería Presidencial para la Paz, el PDPMM (Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio) o el proyecto BioPacífico, entre otros; o de proyectos solicitados y financiados por diversas entidades estatales como los Corpes (Consejos Regionales de Planificación Económica y Social), el DNP (Departamento Nacional de Planeación), o por diversas agencias para el desarrollo y la democracia, ya sean entidades multilaterales como el PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo) u ONG.

De la mano de estos programas y proyectos institucionales se ha producido un corpus de trabajos, a los que en adelante me referiré como estudios regionales, que, además de haber orientado la acción estatal, se han convertido en verdaderos hitos paradigmáticos del conocimiento de los territorios históricamente considerados por fuera del control del Estado.⁵⁶ Han constituido un conocimiento experto que es indisociable de la empresa en la Colombia contemporánea (mapa 2) de “construcción del Estado y de la nación”. Esta incorporación de los análisis emanados de las ciencias sociales en el quehacer del Estado hace parte de su proceso de transformación en un aparato cada vez más

⁵⁶ En el anexo “Bibliografía sobre los estudios regionales en Colombia” se recoge la muestra representativa, que constituyó el corpus de análisis del presente trabajo. Esta muestra se configuró, como se mencionó arriba, a partir de entrevistas con funcionarios e investigadores, y de la experiencia personal de varios años de trabajo tanto con el Estado, como con ONG y agencias internacionales.

racional, tecnocrático y sistemático, por lo que estos imperativos han orientado y delimitado sus líneas de análisis. Así, el aparato conceptual con el que se han articulado las ciencias sociales a la acción con el Estado, de cierta manera, se encuentra sostenido por su imaginario colonial-moderno, es decir, por lo que Aníbal Quijano ha llamado la “colonialidad” de su poder.⁵⁷

Este imaginario hace parte de lo que Santiago Villaveces ha caracterizado como la producción sistemática de una narrativa acerca del tópico de la violencia colombiana. Villaveces argumenta que esta narrativa se ha consolidado en el marco de un “pacto cultural” entre el Estado y los intelectuales especializados en el tema —mejor conocidos en Colombia como violentólogos—, en el que éstos se han constituido en intérpretes del drama que vive el país para los sectores clave de la alta burocracia.⁵⁸ Este hecho ha definido la manera en que los intelectuales colombianos han abordado los problemas regionales y su relación con la violencia, así como desde qué posición y para quién lo han hecho. Se ha perfilado de esta forma, de acuerdo con Gonzalo Sánchez, uno de los intelectuales entrevistados por Villaveces, una transformación de lo que él llama “intelectuales críticos” en “intelectuales para la democracia”. Es decir, se dio la metamorfosis de un intelectual independiente del Estado y de los partidos políticos —más bien caracterizado por tener cierta empatía con los ideales revolucionarios de la guerrilla— hacia un intelectual comprometido con el proyecto democrático del Estado: el “intelectual orgánico del poder”. Esta transformación se dio a partir de la convicción paradójica de que, si bien el Estado está en la raíz de los procesos de violencia, éste es a la vez la alternativa a la violencia, como lo expresó Alejandro Reyes, otro de los autores citados. Villaveces caracteriza a éste como un movimiento que pasa del heroísmo de una voz iluminada a favor de los oprimidos hacia una voz iluminada a favor del Estado. Estas dos maneras de situarse ha implicado que los llamados “violentólogos” se hayan empeñado en destacar la singularidad del contexto colombiano, lo que les ha impedido reconocer las trazas de la ocupación colonial y de su herencia totalitaria que se reproducen en las realidades marginales de los países del llamado

⁵⁷ Cf. Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina”, 1997.

⁵⁸ “Convolved Histories: The Role of ‘Violentologists’ in the Colombian Conflict (1980-2000)”, 2001.

“Tercer Mundo” y, en general, de las zonas salvajes, en la “tierra de nadie” de las fronteras. Desde este punto de vista es posible afirmar que, en cierta medida, las ciencias sociales, parafraseando a Santiago Castro,

[...] funcionan estructuralmente como un ‘aparato ideológico’ que, de puertas para dentro, legitiman la exclusión y el disciplinamiento de aquellas personas que no se ajustan a los perfiles de subjetividad que necesita el Estado para implementar sus políticas de modernización; de puertas para afuera, en cambio, las ciencias sociales legitiman la división territorial del trabajo y la desigualdad de los términos intercambio y comercio entre el centro y la periferia”.⁵⁹

A través de un modelo de conocimiento que se ha generado a partir de la intervención directa de las ciencias sociales en la construcción del Estado, se han delimitado las conexiones relevantes que definen el contexto en el que se imagina la nación y las interacciones que este contexto hace posibles. Es este modelo el que se busca explorar en los capítulos siguientes.

⁵⁹ S. Castro-Gómez, “Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la ‘invención del otro’”, 2000, p. 153.



Mapa 2. Colombia: ubicación de las localidades mencionadas en el texto. Fernando Salazar, 2002

II
LA PUESTA EN ESCENA

3. Nación y paisaje

*A nation and a woman are not forgiven the unguarded hour
in which the first adventurer that came along could violate them.*

Karl Marx

En 1875 se estrenó *Carmen* en la Opéra Comique de París. Fue rotundo el éxito de esta obra, que cuenta la historia de una bohemia: una gitana que vive al día en la incertidumbre de la trashumancia, siempre en los márgenes de la vida urbana y de sus instituciones, dedicada al contrabando, desafiando abiertamente los códigos básicos de la civilización, como el matrimonio, la familia nuclear, la justicia; reivindicando la libertad del deseo y el amor sin amarres. Para Friedrich Nietzsche, quien fuera un gran admirador de Carmen, su encanto radica en que “ella posee, ante todo, algo que es propio de los países cálidos, la sequedad de su aire, su *limpidezza*. Y, así, nos encontramos bajo el influjo de otro clima. Otra sensualidad, otra sensibilidad, otra serenidad, nos interpelan aquí. Esta música es alegre, pero no de una alegría francesa o alemana. Su alegría es africana. La fatalidad la ronda, su felicidad es breve, súbita y sin piedad. Para él, esta obra es la expresión de una “sensibilidad meridional, cobriza, ardiente”.¹

No sobra recordar aquí que Carmen, la bohemia, nace en Francia. Es una figura occidental. La atracción que ejerce sobre el público europeo se debe a “su

¹ F. Nietzsche, “Une musique méditerranéenne”, 2002, p. 85.

actitud de excluida, de criatura mal domesticada”, y a “sus ganas de la existencia libre y llena de color que llevan los que han sido relegados de la sociedad y condenados al hambre por el mundo burgués del trabajo”.² Expresa bien los términos de la relación que la sensibilidad occidental establece para ese momento con los mundos misteriosos, desconocidos e incontrolables que se encuentran más allá de sus fronteras.

En el siglo XIX se vive una primera crisis del sistema colonial-moderno: el montaje de control y dominio colonial en América se resquebraja, lo que se da simultáneamente con la crisis del modo racional objetivista de ver el mundo. Por una parte, la frontera colonial se ve desplazada. Se traslada a los “confines” adonde no ha llegado la apropiación del capital, al mismo tiempo en que surge en Europa un nuevo ámbito de sensibilidad que celebra todo aquello que aparece lejano en el tiempo y en el espacio. De esta manera, todas aquellas regiones no transformadas y dominadas por Europa y por la lógica comercial, los territorios más recónditos e ignotos, se vuelven el lugar privilegiado para la experiencia de la naturaleza. En adelante, ellos son la Naturaleza. Y son justamente estos “confines” los que se van a convertir en el objeto de un proceso de erotización. Nietzsche, pensando en Carmen, aclara su significado:

¡Y de qué forma su melancolía lasciva llega a satisfacer plenamente nuestros deseos siempre insatisfechos! [...] Es, a fin de cuentas, el amor situado en el lugar que le corresponde: en el de la naturaleza originaria. ¡No se trata del amor de una joven ideal: de una ‘Senta sentimental’³! Al contrario, se trata del Amor en toda su dimensión implacable, cínica, cándida, cruel, pues es así como hace parte de la naturaleza: el amor que tiene a la guerra como medio, y que se erige sobre el odio mortal entre los sexos.

El sentido de la erotización se nos revela cuando señala que “los artistas hacen, en general como los demás, y aun peor; toman el amor en el sentido

² Usando las palabras de Theodor W. Adorno para describir a Carmen en “Le plus léger avec le plus profond”, 2002, pp. 87 y 88.

³ Se refiere aquí Nietzsche a Senta, la heroína de la ópera de Wagner *Der Fliegende Holländer*, a quien considera como antítesis de Carmen.

opuesto [...], como esos seres que se creen desinteresados en el amor por desear la felicidad de otro ser, incluso a costa de la propia, pero que a cambio de ello quisieran poseer a ese otro ser... ni el mismo Dios es aquí una excepción”.⁴ La erotización de los confines los transforma en un objeto para ser poseído. En un objeto que se presenta dispuesto a ser tomado: un opaco *objeto* de deseo. Georges Bataille señala que “el erotismo, que es fusión, y que desplaza el interés más allá del ser personal y de todo límite, se expresa, sin embargo, por medio de un *objeto*. Estamos entonces frente a una paradoja: ante un objeto cuyo significado remite a la negación de los límites de todo objeto: ante un objeto erótico”.⁵ Y más adelante, refiriéndose a la mujer, añade que “la cuestión es saber a qué precio y en qué condiciones va ella a ceder. Pues una vez dadas esas condiciones, ella se da como un objeto”.

Tanto la mujer como lo salvaje se definen como naturaleza y no como cultura; ambos se conciben determinados por la naturaleza. De la misma manera, ambos se caracterizan como objeto erótico por ser prisioneros de su voluptuosidad y su lujuria, esclavos de las pasiones y de las emociones, esclavos de la irracionalidad, “bajo el influjo de un clima que les arrastra violentamente al amor”.⁶ Por ello, es posible proyectar en los confines, en el mundo encarnado por Carmen, la certeza propuesta por Bataille, de que “ellas [las mujeres] se ofrecen, *como objeto*, al deseo agresivo del hombre”. Al estar en oposición frente a la racionalidad masculina occidental, las mujeres y lo salvaje se ven transformados en objetos dispuestos a ser o poseídos por ella o aniquilados, como le sucede finalmente a Carmen. Una de las maneras privilegiadas por Occidente para poseer ese objeto desconocido, que está más allá del umbral de su civilización, ha sido la de arrebatarlo del contexto de su continuidad histórica y geográfica y darle un nuevo lugar en el marco del propio. Fusionándolo, para usar el concepto de Bataille. Convirtiéndolo, entre otras cosas, en un objeto estético.

⁴ F. Nietzsche, *Ibíd.*

⁵ *L'erotisme*, 1957, p. 144.

⁶ Tomo aquí prestadas las palabras con las que el abate G.-T. Reynal describe la naturaleza de los americanos en su *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes*, 1776, vol. 2, p. 271.

De esta manera, la geografía desconocida de los confines, *les pays affreux*:⁷ las selvas, las montañas, los desiertos que representan el arquetipo de la naturaleza salvaje, desierta —en el sentido de inhumana— y, por lo tanto, aterradora tendrán en adelante un sitio central. Se escucha en estos lugares el canto de las sirenas evocando esa mezcla del placer de lo misterioso con el toque de lo siniestro.⁸ Estos “territorios espantosos” pasan a ser considerados el escenario *par excellence* de la experiencia de *lo sublime*:⁹ una sensibilidad estética ligada a la experiencia vertiginosa de la libertad, de lo monstruoso de la naturaleza salvaje, del riesgo, de las fuerzas telúricas del cosmos, del terror exquisito de las experiencias extremas. En el marco de esta sensibilidad, la naturaleza pasa de ser percibida únicamente como una realidad autónoma que se presta a la mirada de ese Hombre —es decir, al punto de vista masculino, europeo, blanco, ilustrado— que la organiza y que la ordena,¹⁰ a convertirse, además, en un espectáculo, en una experiencia estética y vital. El centro de su acción es entonces un sujeto que va a ser conmovido y transformado por ella: su protagonista es un Hombre lleno de fortaleza, con una sensibilidad especial, capaz de emprender el viaje iniciático hacia lo salvaje.

Una de las piedras angulares de esta nueva sensibilidad, que produce una “dramatización estética de la naturaleza”, es, sin duda, la experiencia americana de Alexander von Humboldt. Sobre la visión a la que Humboldt da celebridad y legitimidad en la metrópolis y en América misma, se establecen además las bases conceptuales para futuros desarrollos de las ciencias naturales, como la Teoría de la evolución y la ecología.¹¹ Se gesta a partir de ella un nuevo modo de apropiar la naturaleza en Occidente.

⁷ Como los llama A. Roger, *Court traité du paysage*, 1997; cf. pp. 86 y ss.

⁸ Como lo señala J. K. Wright, “Terrae incognitae: The Place of the Imagination in Geography”, 1947, p. 2, refiriéndose a la tradición de atracción-repulsión que ha sido expresada en la experiencias de los países de *finis terrae*.

⁹ Cf. E. Burke, *A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and the Beautiful*, 1990 [1757].

¹⁰ En adelante me referiré a éste siempre con H mayúscula.

¹¹ Cf. J. M. Drouin, *L'Ecologie et son Histoire*, 1993.

La América equinoccial de Humboldt

El 1º de enero de 1887 apareció publicada en el *Papel Periódico Ilustrado*¹² una de las entregas de un extenso escrito firmado por José Caicedo, titulado “Recuerdos y apuntes”. Uno de sus apartes está dedicado a Alexander von Humboldt, célebre viajero y naturalista que había visitado la Nueva Granada a comienzos de ese siglo. Más específicamente, el autor resalta “la ingratitud de algunos extranjeros que [...] olvidan o afectan al desconocer el mérito de las personas y las cosas” y cuenta que,

Es verdad que Humboldt llamó a Santafé [de Bogotá] ‘La Atenas de América del Sur’, en un sentido relativo, sin duda porque esta ciudad le pareció la más culta de cuantas hasta entonces había tenido la ocasión de visitar en América, y porque debió sorprenderle que cuando él pensaba que tal vez este país se hallaba todavía en estado primitivo, ó poco menos, encontró en la capital más de una docena de hombres notablemente instruidos, templados por el mismo tono de él, es decir amantes y cultivadores de las ciencias naturales. Pero tal título que los honraba y los favorecía, no impidió que en sus escritos calláse los nombres de esos sujetos, de cuyos conocimientos locales y prácticos se aprovechó grandemente, y que tan importantes datos y noticias le suministraron graciosamente acerca del país, su topografía, minas, producciones, climas, etc.¹³

Caicedo se refiere aquí a dos descubrimientos del científico criollo¹⁴ Francisco José de Caldas, conocido como el Sabio Caldas: Al “modo de medir las alturas por medio del agua en ebullición”, sin necesidad del barómetro, y a

¹² Creado por Alberto Urdaneta, quien en el primer número declaró que este periódico “que sólo tiene por mira capital el adelanto del país, lleve hasta donde sea posible, tanto al Nuevo como al Viejo Mundo, por medio de los escritos y del sistema objetivo de las ilustraciones, el conocimiento de las bellezas del suelo de Colombia, de su historia, de su naturaleza, de su progreso, de sus aspiraciones, de su movimiento intelectual, de sus glorias”. Año 1, Núm. 1, 6 de agosto de 1881.

¹³ “Recuerdos y Apuntes”, *Papel Periódico Ilustrado*, núm. 7, año V, p. 172.

¹⁴ Por “criollos” se entiende en el contexto de la Nueva Granada a los españoles y sus descendientes de “raza pura” radicados en las colonias. Difiere radicalmente del que tiene el término *creole* (francés, inglés), que como concepto enfatiza la idea de mestizaje y de hibridación cultural.

la geografía de las plantas, “sistema del que fue único y exclusivo inventor”, de los que “se aprovechó Humboldt” sin reconocerlos, ni citarlos en sus escritos.¹⁵ Aparte de las obvias reflexiones que este hecho suscita en torno a las relaciones entre poder y conocimiento cuando éste se produce desde las fronteras del imperio, en una lengua que no es una de las reconocidas para producir conocimiento en la cultura metropolitana, como era ya el caso para el castellano en el siglo XIX, lo que me interesa explorar aquí es el vínculo ideológico que une la representación estética y científica que desarrolla Humboldt de la naturaleza, de la naturaleza de América y de sus habitantes, con las propuestas políticas que se van a ver impresas en la conciencia de sí mismas que elaboran las naciones nacientes en América, en particular, en la Nueva Granada.

A lo largo de su paso por la América equinoccial, Humboldt estableció un intercambio con las élites criollas y con todos aquellos que guiaron e interpretaron para él la realidad americana.¹⁶ En su recorrido fue huésped de las personalidades de la vida social, política y científica de las colonias (como Caldas y Mutis, en la Nueva Granada). Vio América desde la perspectiva de la administración colonial y su infraestructura, en la cual estuvo instalado todo el tiempo: los caminos, postas, misiones, haciendas, etcétera, de los que resultaba imposible apartarse. No hay que olvidar que su viaje había sido patrocinado por la Corona española en el marco de las reformas borbónicas. Resulta por ello interesante mirar la propuesta de Humboldt en conjunto con las nociones que los criollos americanos elaboraron de su geografía y de su historia, pues, de cierta manera, ambas perspectivas son indisolubles.

¹⁵ Para el caso de la geografía de las plantas, el autor cita al “distinguido botánico español Villanova, quien reivindica para Caldas la gloria de esta invención, muy anterior a la época en que el Barón escribió su obra que lleva el mismo título”. Lino de Pombo hace también referencia a estos hechos en su biografía de Caldas.

¹⁶ M. L. Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, 1992, señala que los “locales”, cualquiera que sea su posición en la jerarquía social, sólo aparecen en el relato del viajero dentro de una relación instrumental con él, quien es el verdadero protagonista. Informan, aportan conocimientos locales, están disponibles. Se oculta el hecho de que el conocimiento que adquiere el viajero no es únicamente el producto de su sensibilidad y de su capacidad de observación y de interpretación, sino de la interacción y la experiencia que sostiene con sus “anfitriones”/guías/intérpretes, y que es dirigida por éstos.

Humboldt fue extensamente citado y reproducido a lo largo del siglo XIX, en particular, en la Nueva Granada. Numerosos autores han señalado la marcada influencia y las secuelas que tuvieron su viaje, y su obra en la recomposición de la imagen de América. Especialmente en ese momento, en el que la independencia de las nuevas naciones comenzaba a bullir. Uno de los más sugestivos es quizá el planteamiento de Marie Louise Pratt en su libro *Imperial Eyes*, donde argumenta:

Alexander von Humboldt reinventó la América del Sur, en principio, y fundamentalmente, como naturaleza. No lo hizo, sin embargo, como la naturaleza accesible, coleccionable, conocible y categorizable de los discípulos de Lineo, sino como una naturaleza dramática y extraordinaria, como un espectáculo capaz de sobrecoger el entendimiento y el saber humanos [...] Hubo tres imágenes en particular que combinó para dar forma a la nueva representación estandarizada y metonímica del “Nuevo Continente”: la de la superabundancia de los bosques tropicales (el Amazonas y el Orinoco), la de las montañas con cimas nevadas (la cordillera de los Andes y los Volcanes de México), y las vastas llanuras interiores (los llanos venezolanos y las pampas argentinas).¹⁷

En esta “reinención” de la imagen de América son cruciales lo que Humboldt llamó los cuadros o escenas de la naturaleza (*Les tableaux de la nature*): el sistema de representaciones visuales mediante el cual buscó expresar y poner en marcha lo que definió como “el modo estético de estudiar los asuntos de la historia natural”. Esta aproximación permitiría que la vitalidad de la descripción estética se viera complementada e intensificada con la revelación, por parte de la ciencia, de las “fuerzas ocultas” que están en obra en la naturaleza. Para Humboldt, “el carácter de la naturaleza en una región dada, reside en la belleza absoluta de sus formas [...] y de manera más general, busca determinar cómo la parte respectiva a las formas vegetales se traduce en el paisaje y de esa forma, marca su impronta en los grupos humanos que lo habitan”.¹⁸ El paisaje es para Humboldt un objeto natural a la vez estético y científico.

¹⁷ Ibíd., pp. 120 y 125-126.

¹⁸ Drouin, J. M. óp. cit., p. 69.

En este orden de ideas elabora un *Atlas pintoresco de América equinoccial*, en el que reproduce los que considera sus más notorios paisajes.

Ha pasado en gran medida desapercibido, sin embargo, que en el proceso de “reinventar” América, lo que Humboldt hace principalmente es inscribir en las imágenes escénicas de la geografía tropical una serie de nociones coloniales sobre la historia y la cultura, que en adelante se van a ver sumidas en los paisajes dramáticos de la naturaleza salvaje del trópico americano. De esta manera, Humboldt va a retomar, sistematizar y conferir legitimidad científica y estética a las nociones que los criollos habían desarrollado sobre su “Nuevo Mundo”.

Este proceso de mistificación se ve plasmado y se hace explícito de manera particular en su obra *Vues des Cordillères et Monuments des Peuples Indigènes de l'Amérique*,¹⁹ uno de los trabajos que mayor influencia y difusión ha tenido en América, a juzgar por la profusión de referencias que permanentemente se hacen de sus textos e imágenes. En uno de los últimos párrafos de la introducción, Humboldt muestra el sentido de este proceso de “inscripción” del paisaje:

Al presentar en una misma obra los burdos monumentos de los pueblos indígenas de América y los sitios pintorescos del montuoso país que habitaron, creo reunir objetos cuyas relaciones no han escapado a la sagacidad de quienes se dedican al estudio filosófico del espíritu humano. Por más que las costumbres de las naciones, el desarrollo de sus facultades humanas, el carácter particular que imprimieron en sus obras, dependen a su vez de causas que no son puramente locales, no puede desconocerse que el clima, la configuración del suelo, la fisonomía de la vida vegetal, el aspecto de una naturaleza risueña o salvaje influyen en el progreso de las artes y el estilo [48] que distingue sus producciones. Esta influencia es tanto más sensible cuanto más alejado se está de la civilización [...] para conocer bien el origen de las artes, es necesario estudiar

¹⁹ A. von Humboldt, *Vues des Cordillères et Monuments des Peuples Indigènes de l'Amérique*, 1816, obra a la que me refiero como *Vistas y Monumentos*. En esta sección las referencias a esta obra indican sólo la página de la edición original y aparecen entre corchetes [], la traducción es mía. Utilizaré también la expresión “vistas y monumentos”, entre comillas como concepto. El título con el que esta obra se ha traducido al castellano es *Sitios de la cordillera y monumentos de los pueblos indígenas de América*; yo mantendré, sin embargo, el sentido de “vistas”.

los accidentes del lugar que los ha visto nacer. Los únicos pueblos americanos entre los que hallamos monumentos dignos de notar, son los pueblos montañoses que, aislados en la región de las nubes, sobre las más elevadas altiplanicies del globo en medio de volcanes cuyos cráteres están cubiertos de hielos perpetuos, no parecen admirar la soledad de estos desiertos, que sacuden la imaginación por la grandeza de sus masas. Las obras que producen están marcadas por la impronta de la naturaleza salvaje de las cordilleras. [49]

Hay en particular un conjunto de ideas propuestas en este argumento de Humboldt que es importante destacar, pues van a ser retomadas en adelante como fundamento de muchas de las nociones sobre la naturaleza no sólo de la América tropical, sino de las nuevas naciones que, en el momento de su paso por el continente, se están gestando.

Lo primero que hace Humboldt es legitimar la visión unilineal naturalista de la historia: “el cuadro de la marcha uniforme y progresiva del espíritu humano” [46]. En este esquema, según el cual la historia de la humanidad es el ascenso de los peldaños de una serie de etapas o de estadios hacia la civilización, los nativos americanos representan las etapas más antiguas y primitivas. Las sociedades europeas, por el contrario, se sitúan en la etapa más perfeccionada o civilizada. Esta premisa sirve de base para la formulación de las más importantes teorías sociales y filosóficas del siglo XIX.

En los trescientos años posteriores al “descubrimiento” de América, desde la célebre controversia de Valladolid, numerosos pensadores europeos se liaron en innumerables polémicas acerca de la naturaleza de América: la naturaleza de sus gentes, de sus sociedades y de sus paisajes.²⁰ Para fines del siglo XVIII, de la “disputa de América”, había surgido esta premisa básica, que fue el eje de un consenso entre los pensadores más diversos (como Adam Smith, Jean-Jacques Rousseau o Immanuel Kant), aun si en otros aspectos sus desacuerdos fueran irreconciliables. Ninguno pone en duda la visión unitaria de la historia humana, según la cual “se trata los diferentes estados en que se encuentran las sociedades humanas, tanto las antiguas como las lejanas, como *estadios* o *etapas* de un

²⁰ Cf. Antonello Gerbi, *The Dispute of the New World: The History of a Polemic*, 1973 [1955], y *Nature in the New World*, 1985 [1975].

desarrollo único, que, partiendo de un mismo origen, deben converger en un mismo designio”.²¹ Esta noción tiene una idea concomitante, según la cual el medio geográfico determina la capacidad de evolución de la sociedad. Se trata de una idea de larga data en el pensamiento occidental, la del determinismo ambiental,²² que en el contexto de la polémica sobre América generaliza la creencia de que la inmadurez geográfica del continente va de la mano con la inmadurez tanto física como social de sus habitantes. En adelante, este conjunto de “verdades” asociadas al desarrollo uniforme de la humanidad, ya sea como una progresión o como una regresión o como una mezcla de ambas, además de mantenerse durante mucho tiempo como presupuesto del saber científico, se consolidó firmemente en el sentido común, donde aún se encuentran profundamente arraigados muchos de sus trazos.

La imagen que se había impuesto entonces de la América tropical, dentro de este orden de ideas (que constituyen, por lo demás, una ideología), se puede resumir en varios elementos: América es ante todo *una realidad natural, un mundo de naturaleza primigenia*. Esta naturaleza, desconocida, es, sin embargo, cornucopia de la abundancia, pues en ella se encuentra una profusión de tierras desposeídas y deshabitadas: de “vastas soledades” pobladas de una fauna y una flora inusitadas, llenas de riquezas minerales. Todo ello en espera de ser debidamente explotado, de ser convertido en oro: América es así una frontera imperial. Se halla, como sus habitantes, congelada en el tiempo, en el pasado, en “estado de naturaleza”. Su historia está por comenzar, ahora que se encuentra con Europa. América se ve, así, representada a través de la imagen femenina de una india, desnuda, exuberante, rodeada de plantas y animales, ante un hombre europeo, vestido, armado de instrumentos científicos y de las banderas de las soberanías imperiales (fig. 1²³).

²¹ En palabras de C. Lévi-Strauss en *Race et Histoire*, 1973, p. 385. Aquí Lévi-Strauss señala que aunque el evolucionismo social se ve legitimado por la teoría de la evolución biológica, es anterior a ésta y es una doctrina que ha sido producto de otro tipo de preocupaciones inmersas en una posición etnocentrista.

²² Idea que se inaugura con el pensamiento médico de Hipócrates, quien se dedicó a sistematizar la influencia del medio sobre los procesos fisiológicos de las poblaciones humanas.

²³ De esta imagen se han propuesto varios análisis sugestivos. Cf. E. Subirats (óp. cit.); L. Montrose, “The work of gender in the discourse of discovery”, 1993. Esta imagen ha tenido una larga



FIG. 1. “América” Grabado de Theodor Galle, según el dibujo de Jan van der Straet (Stradamus), ca. 1580

Una segunda idea implícita en este texto aparece cuando Humboldt afirma que:

[...] por más que las costumbres de las naciones, el desarrollo de sus facultades humanas, el carácter particular que imprimieron en sus obras, dependen a su vez de causas que no son puramente locales, no puede desconocerse que el clima, la configuración del suelo, la fisonomía de la vida vegetal, el aspecto de una naturaleza risueña o salvaje influyen en el progreso de las artes y el estilo que distingue sus producciones. Esta influencia es tanto más sensible cuanto más alejado se está de la civilización [...] [48-49].

Quizá aquí se resume de manera más clara el aporte de Humboldt a esta polémica. Contra las ideas deterministas, Humboldt abre una perspectiva

continuidad que incluye obras como *Simón Bolívar con la América India* de Pedro Figueroa, en 1819, o *El bautizo de Aquiminzaque* de L. A. Acuña, miembro del grupo de “Los Bachues”, en 1963.

posibilista al admitir que en las diferencias entre las poblaciones americanas hay factores en juego que no son únicamente los del entorno: en el marco de condiciones biogeográficas similares es posible distinguir diferentes grados del “progreso” de las artes y sus estilos. Sin embargo, ese posibilismo tiene un límite, en la medida en que es de acuerdo con el grado o nivel de progreso que es posible contrarrestar la determinación geográfica y que, a su vez, hay una serie de condiciones geográficas cuya determinación es inexorable.

Una de las bases sobre las que Humboldt fundamenta esta perspectiva fue su *Geografía de las plantas* (para la cual aparentemente retoma ideas de Caldas), que le dio un lugar preponderante en el campo de las ciencias naturales. Allí formula su célebre ley mediante la cual establece que es posible homologar los cambios en la distribución de las asociaciones vegetales en el planeta de acuerdo con la latitud, con su distribución con respecto a las alturas sobre el nivel del mar. En esta ley “se pone en movimiento todo un sistema explicativo: los parámetros físicos (temperatura, humedad, etc.), en sí mismos determinados por la situación espacial (altura, latitud), que determinan a su vez el carácter de la vegetación, la que a su vez influye sobre los animales y los seres humanos”.²⁴ El diagrama por medio del cual ilustra la distribución de plantas por estratos en las montañas tropicales, y con el que introduce un uso novedoso de los dispositivos gráficos en las ciencias naturales, ha sido ampliamente reproducido (fig. 2).

La homología en la que se basa la formulación de esta ley sistematiza y da legitimidad científica a la visión que los criollos europeos tenían de la geografía del virreinato. El orden colonial había sido impuesto en América a partir del saber cartográfico. El mapa representó el punto de partida y el modelo para la apropiación colonial del territorio. En un comienzo, los mapas de América eran los de sus costas y, a medida en que se fue ampliando la frontera del mundo “conocido”, se incluyeron los ríos y las rutas de la conquista, así como los lugares donde se fueron ubicando los asentamientos coloniales. La visión cartográfica, desde su punto de vista elevado, dispuso tanto un orden urbano —consagrado en las Ordenanzas de Felipe II sobre descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias (1573)— como una clasificación de los paisajes. La cartografía castellana consignó en sus mapas (y con el mismo gesto inscribió en el espacio del nuevo mundo) su forma de verlo.

²⁴ J. M. Drouin, óp. cit., p. 69.

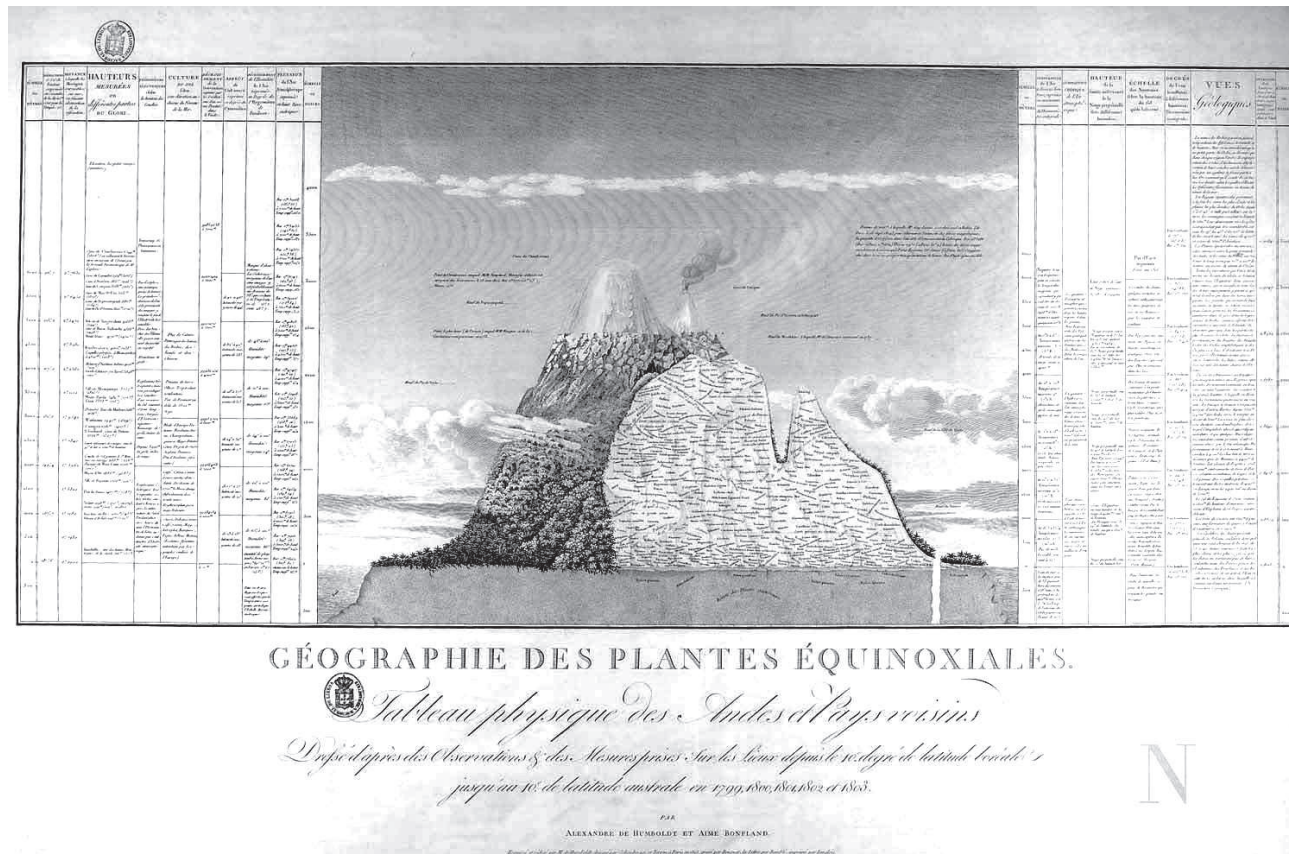


FIG. 2. “Cuadro de la geografía de las plantas equinocciales: tableau physique des Andes et pays voisins, dresé sur les observations et mesures faits sur les lieux en 1799-1803” Alexandre von Humboldt, 1805, publicado en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, 1849

La topografía que los españoles escogieron para asentarse en la América andina fueron las zonas planas, localizadas en los climas más temperados. Se privilegiaron los altiplanos, las mesetas, las vegas y los valles más amplios en las cordilleras. Las vertientes, con sus laderas pendientes, representaron para los conquistadores un enorme obstáculo tanto para su ascenso o su descenso como para ocuparlas. La tecnología castellana no tenía precedentes ni experiencia alguna de ocupación de laderas abruptas, por lo que les era imposible resolver los problemas que presentaba el construir caminos,²⁵ asentamientos o áreas de cultivo en las escarpadas pendientes andinas. La ocupación colonial se va a asentar entonces sobre planos, descartando las vertientes. Este hecho fue de crucial importancia para la ocupación de lo que hoy es Colombia, pues, al separarse la cordillera en tres grandes ramales en su territorio, predomina una abrupta topografía en la que aparecen zonas planas discontinuas, como las altiplanicies de Pasto, o la cundiboyacense, o como el valle de Aburrá, donde se ubica Medellín. Es allí donde se asientan los españoles dejando de lado las zonas de pendientes, que no serán colonizadas sino hasta bien entrado el siglo XIX.

Este territorio y su contenido, al ser reducido a una representación sobre la superficie horizontal del mapa, sobre la que se unifican y se homogeneizan los elementos que se ven, se transforman en una sucesión estratificada de planos. A partir de ella no sólo se invisibilizan las vertientes, sino que se estructuran una clasificación y jerarquización de la topografía de la Nueva Granada. Se establecen distinciones de acuerdo con las cuales se segmenta horizontalmente el paisaje andino. La jerarquía de planos estratificados tenía, por lo demás, una significación moral en la cosmología del Renacimiento, pues representaba el orden jerárquico de la cadena de la creación (*the Chain of Being*), expresada en las Tres Regiones del Aire: “Encima estaba la región más alta del aire, el ámbito temperado de la ‘eterna primavera’, la localización tradicional del paraíso terrenal [...] que se imaginaba sobre una montaña, por encima de las colinas”.²⁶ Más abajo, el mundo material en

²⁵ De hecho, la construcción de caminos en las zonas de vertiente representó un grave problema hasta bien entrado el siglo XX. Cf. J. Carrizosa, “Vías de comunicación y cobertura arbórea en la historia ambiental de Colombia”, 2001.

²⁶ Cf. N. Frye, *The Return of Eden: Five Essays on Milton's Epics*, 1965, pp. 44-45. Sigo aquí una pista sugerida por M. Taussig en *Shamanism, Colonialism and the Wild Man*, 1987.

el que los humanos deben vivir acompañados de las plantas y animales que pertenecen verdaderamente a ese orden, y, en el fondo, lo más bajo: el lugar de Satán y los ángeles caídos, el mundo del pecado, el lugar de la corrupción de la carne. Este orden cosmológico daba lugar al orden topográfico de la Creación. A pesar de que esta noción tiene un origen medieval, sigue vigente para el siglo XIX, como lo atestigua la iconografía de la época (fig. 3).



FIG. 3. "Falls of Eternal Despair" (anónimo), 1895

En cada uno de estos estratos se da una combinación posible de los cuatro principios —calor, frío, humedad, sequedad— que determinan un *temperamento*, en el que se sintetizan las propiedades físicas y morales que corresponden a su ubicación. De esta forma, se atribuye a cada segmento o piso de habitación, las cualidades que —para la sensibilidad europea— presentaban sus climas y temperaturas, atribuyéndole un *temperamento* a cada uno. Se llegó así a crear verdaderas barreras virtuales entre la tierra caliente (húmeda y malsana), las tierras templadas de los valles altos y los altiplanos (frescas, sanas y deleitosas) y los altos *páramos* (fríos y desapacibles).²⁷ Esta noción de la topografía andina segmentada en estratos altitudinales constituyó el fundamento tanto del trabajo de Caldas sobre la nivelación de las quinas como de la geografía de las plantas de Humboldt. La concepción del paisaje andino, separado y clasificado por pisos térmicos, adquiere desde entonces una indisputable legitimidad científica que se ve ratificada y reificada por medio de la cartografía.

Esta visión horizontal difiere profundamente de —y oculta— la comprensión vertical integrada que las sociedades aborígenes andinas tienen de su territorio. La etnografía y la arqueología de las sociedades indígenas de los Andes tropicales han documentado ampliamente el patrón de ocupación andino, que se ha denominado “control vertical” o “modelo del archipiélago vertical” y, más recientemente, “estrategia de aprovechamiento vertical”.²⁸ Aparte de que los conceptos de “control” o “modelo” no resultan del todo precisos para describir la experiencia que los grupos indígenas en los Andes han establecido históricamente con sus entornos, es posible generalizar que el poblamiento andino se basó en el manejo simultáneo de los diferentes pisos térmicos, lo que permite el acceso a los productos de la enorme variedad de nichos ecológicos que resultan de las variaciones en altura, el régimen de lluvias y de vientos y la fertilidad de las tierras (figs. 4a y 4b).

²⁷ Los adjetivos los he tomado de la obra del sacerdote Vicente de Oviedo, *Cualidades y Riquezas del Nuevo Reino de Granada*, 1761, que constituye un muy buen ejemplo de la clasificación horizontal a partir de la cual éste jerarquiza las parroquias de la Nueva Granada.

²⁸ Concepto que fue originalmente propuesto por J. Murra, “El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas”, 1975, pp. 59-117. Véase también C. Langebaek, “Tres formas de acceso a productos en territorios de los cacicazgos sujetos al Cocuy, siglo XVI”, 1985, p. 5.

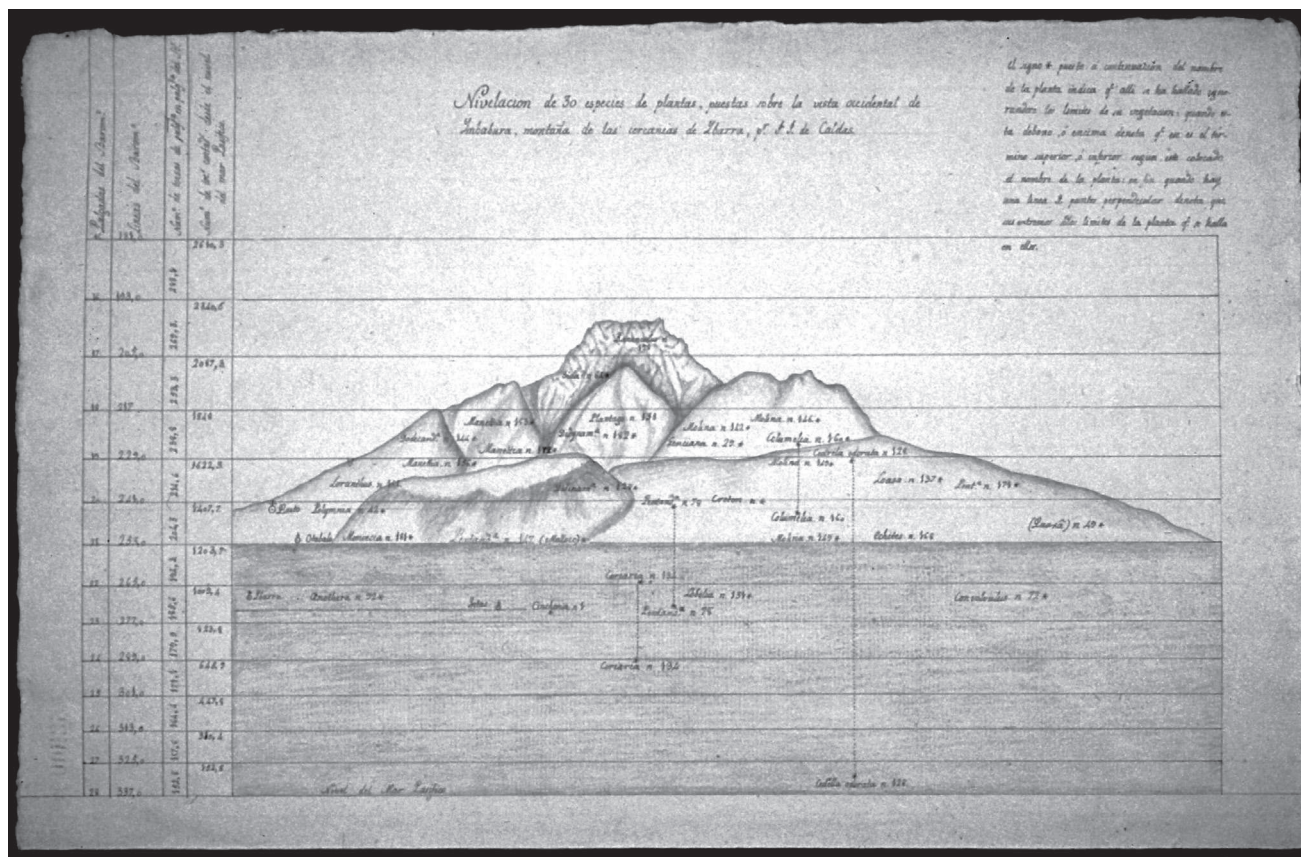


FIG. 4a. “Nivelación de treinta especies de plantas puestas sobre la vista occidental del Ymbabura, montaña en las cercanías de Ibarra”, Francisco José de Caldas, 1803

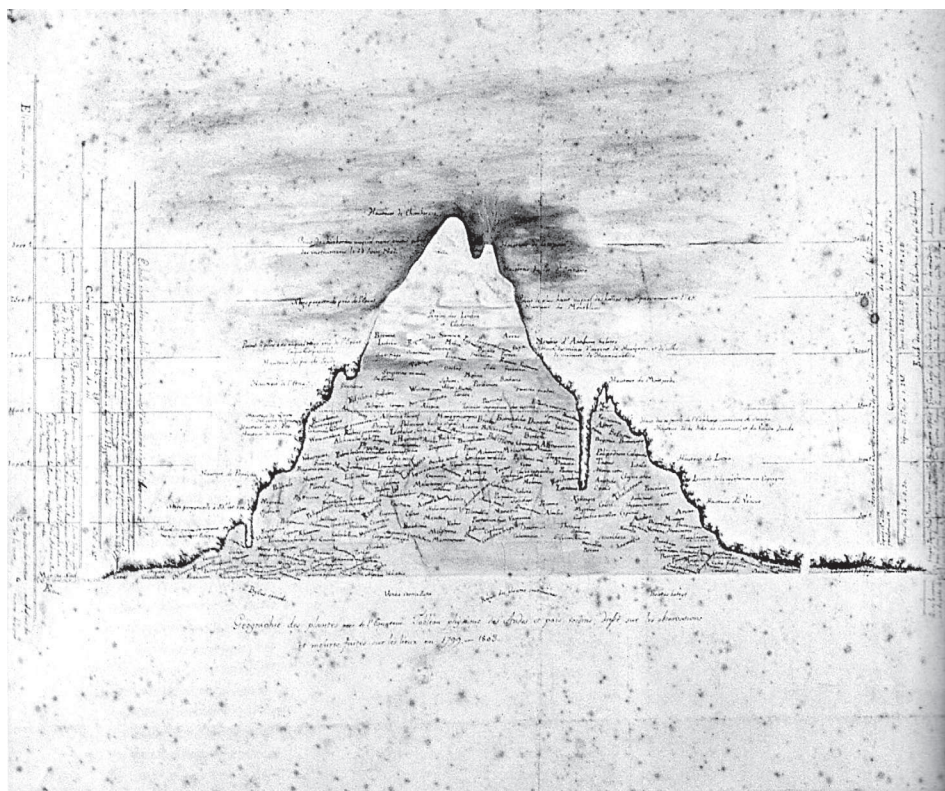


FIG. 4b. "Géographie des plantes près de l'Equateur" Alexandre von Humboldt, 1804

J. Murra señala que cada grupo social en los Andes tropicales, ya se tratara de pequeñas unidades políticas como Chupayco de Guanaco, o de un gran reino poderoso como el de Lupaca, en el Titicaca, procuraba tener el control de un máximo de pisos térmicos y de la gran diversidad de nichos ecológicos que aparecen en la cordillera y sus estribaciones. Así, la domesticación de los productos básicos de la economía indígena americana implicó una adaptación de tipo vertical de los diferentes productos, como la coca, el maíz, el frijol o el ají, que fueron adaptados a todos los climas desde el nivel del mar hasta los 2800 msnm; la papa, entre los 1000 y los 3000 msnm; la yuca, el tomate y el cacao, entre el nivel del mar y los 2000 msnm. Contrastan con los cultivos coloniales como el café o la caña de azúcar que sólo se dan en una franja altitudinal precisa.

En lo que hoy constituye el territorio colombiano las sociedades precoloniales ocuparon ampliamente las vertientes con un criterio de implantación

totalmente opuesto al europeo. Encontré esta diferencia trabajando para el proyecto arqueológico de Buritaca 200, mejor conocida como Ciudad Perdida, en la Sierra Nevada de Santa Marta. Con el fin de hacer una prospección arqueológica del valle del río Buritaca, hice un mapa hipotético donde ubicaba posibles sitios de asentamiento prehispánico de acuerdo con los parámetros de implantación adquiridos en mi formación en la Facultad de Arquitectura. Mi primera aproximación fue identificar las pequeñas áreas planas y las de escasa pendiente que aparecían en la escarpada topografía del valle. En el recorrido que hice para verificarlo, me encontré con una sorpresa: no había en estos lugares planos un solo vestigio de sitio de habitación; únicamente se encontraban allí canales de drenaje. Los indígenas que ocupaban la Sierra Nevada privilegiaban el uso de las escasísimas áreas planas para cultivos; de ahí la necesidad de drenarlas. Para ubicar los asentamientos urbanos, aprovechaban las vertientes y los filos, sobre los cuales construyeron una impresionante infraestructura de piedra, con terrazas y muros de contención, tanto para cultivo como para habitación, así como para caminos y puentes.²⁹ El hecho de que en “la Sierra Nevada de los Taironas” haya muy pocas mesetas, vegas o altiplanos probablemente explica por qué nunca fue ocupada por los colonizadores españoles, a pesar de su enorme riqueza en ornamentos de oro, de la vasta infraestructura y de la población considerable que allí se encontraba. Tal vez la escasez relativa de altiplanos en el territorio colombiano explique también por qué aquí la ocupación indígena andina aprovecha ampliamente las vertientes y tiende a presentar una continuidad vertical muy marcada hacia las planicies circundantes.³⁰

²⁹ Ampliando esta idea, he publicado, entre otros: “Arquitectura y urbanismo en la cultura Tairona”, 1987, y *Organización urbana en Ciudad Perdida*, 1984.

³⁰ La que ha sido documentada por la etnología y la arqueología, no sólo para la Sierra Nevada de Santa Marta (cf. G. Reichel, *Los Kogui, Una tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta*, 1985) sino en varios otros casos, como el de la que se ha llamado la confederación Muisca (cf. Langebaek, óp. cit.), para el piedemonte oriental o el valle del Sibundoy (cf. C. Langebaek, *Por los caminos del piedemonte: una historia de las comunicaciones entre los Andes orientales y los Llanos*, 2000; Ch. Caillavet y X. Pachón [eds.], *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*, 1996; A. Osborn, *Las cuatro estaciones: mitología y estructura social entre los U'wa*, 1995; M. C. Ramírez, *Frontera fluida entre Andes, piedemonte y selva: el caso del valle del Sibundoy, siglos XVI-XVII*, 1996).

En las sociedades indígenas que actualmente habitan las zonas montañosas de la región andina colombiana (como en el caso de los grupos de la Sierra Nevada de Santa Marta o de la Sierra Nevada del Cocuy), la organización vertical integral del territorio se expresa en el hecho de que el cauce de cada río es un distintivo central de pertenencia. El sistema vertical de cuencas y microcuencas es un referente importante en la organización tanto social como espacial de estos grupos, cuyos territorios se organizan a partir de las cuencas de los grandes ríos de las cordilleras e iban en épocas precoloniales desde las nieves perpetuas hasta las zonas planas (mapa 3).

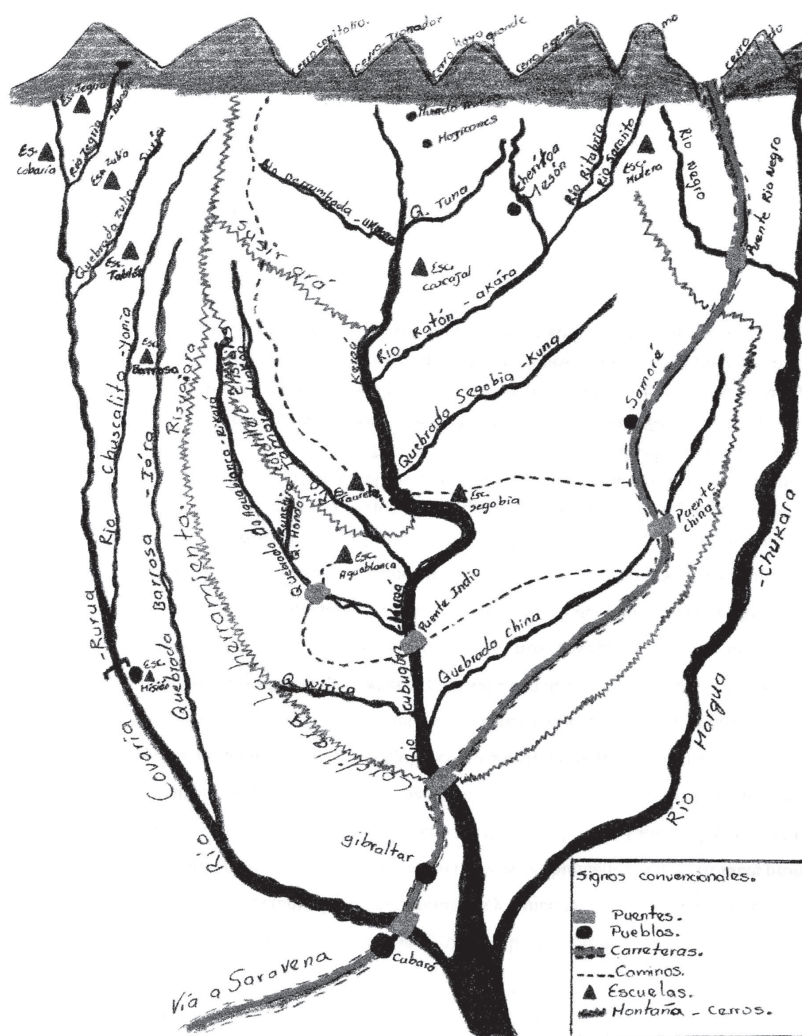
En su introducción a *Vistas y monumentos*, Humboldt expresa de manera explícita cómo, con la segmentación horizontal por pisos térmicos, establece, no únicamente una distinción “natural” entre los estratos biogeográficos: *las tierras altas* —los pisos de climas templados de la cordillera— y *las tierras bajas* —la tierra caliente—, sino también una distinción cultural que ha permanecido vigente hasta la actualidad y que sigue siendo paradigmática en la geografía, la etnología³¹ y, en general, las ciencias sociales. La propuesta cultural implícita en la distinción horizontal entre las tierras altas y las tierras calientes parte de la idea de que la civilización sólo puede gestarse en las zonas templadas. En la introducción a *Cosmos*, Humboldt afirma que ésta es “aparentemente la región más favorable para el progreso de la razón, la moderación de las costumbres y la consolidación de la libertad pública”,³² por lo que en América tropical sólo hay civilización en la alta montaña:

Para el momento del descubrimiento del Nuevo Mundo, o mejor, para cuando los españoles invadieron por primera vez los pueblos americanos, eran los grupos montañoses los más avanzados en cuanto a su cultura [...]. Allí donde el hombre sujeto a un suelo poco fértil y forzado a luchar contra los obstáculos que le opone la naturaleza no sucumbe a esta prolongada lucha, las facultades se desarrollan más fácilmente [...]. En aquella región equinoccial de América donde se ven sabanas siempre reverdecidas como suspendidas por encima de

³¹ La etnología la ha asumido como una frontera evidente; se habla de la etnología de tierras bajas y de la de tierras altas.

³² Vol. 1, 1997 [1847], p. 36.

las nubes, sólo se han encontrado pueblos civiles en el seno de las cordilleras, cuyos primeros progresos en las artes eran tan antiguos como la extraña forma de sus gobiernos, tan poco favorables a la libertad individual. [32-33]



Mapa 3. “Territorio del clan Cobaría dibujado por Luceli, Sierra Nevada del Cocuy”
publicado en Berichá-Esperanza Aguablanca, *Tengo los pies en la cabeza*, 1992

Sólo en los climas fríos de la alta montaña hay posibilidades de civilización, mientras que la naturaleza salvaje y abrumadora de las planicies ardientes y de

las agobiantes selvas determina una suerte de incapacidad de las sociedades de las tierras bajas de “ascender” a la civilización. Es este paradójico límite determinista, que Humboldt impone a su visión posibilista, el que hace que la homología natural implique a su vez una homología cultural. Así, afirma que “el problema de la primitiva población americana no pertenece al dominio de la historia más que al de las ciencias naturales, al igual que el origen de las plantas, animales y la distribución de los gérmenes orgánicos” [20]. La prueba de la carencia total de civilización en las selvas tropicales se hace evidente en la ausencia de agricultura de estos grupos, entendida ésta evidentemente en el sentido europeo. Los habitantes de las selvas a duras penas “rodean sus chozas de bananos, de *jatropha* y de algunas otras plantas alimenticias” [36].

Para el pensamiento europeo, a partir del momento del Descubrimiento, los salvajes, habitantes de las selvas, representan la primera era de la historia humana: la del “estado de naturaleza”, que constituye también el primer estadio de vida económica y productiva: el de la “economía natural” de los cazadores-recolectores.³³ De acuerdo con esta idea, el cazador-recolector, de cierta manera, se limita a aprovechar la abundancia que le ofrece naturaleza. A beneficiarse de las riquezas *que espontáneamente le brindan con profusión las tupidas selvas*. Por ello, tomando prestadas palabras de Rousseau, “el cuerpo del salvaje, siendo el único instrumento que posee”,³⁴ le confiere propiedad únicamente sobre el producto de su trabajo. Así, a los salvajes sólo se les reconoce el derecho de propiedad sobre aquello que recojan o cacen o pesquen. No se les reconoce, sin embargo, ninguna propiedad sobre las tierras en las cuales cazan y recogen. De esta forma, se considera que las tierras bajas de América son vastas tierras baldías. Es decir, tierras que no han sido “mejoradas” o “cultivadas”.

El derecho a reclamar la propiedad sobre la tierra solamente se puede dar en la medida en que ésta refleje el trabajo que se ha invertido en su transformación técnica. Ésta se entiende, de nuevo, en términos de las técnicas agropecuarias europeas —el arado, las divisiones y cerramientos, etcétera— que fueron

³³ De acuerdo con la secuencia de la historia lineal, después seguirían el pastoralismo, la agricultura y, finalmente, la civilización.

³⁴ Jean-Jacques Rousseau, *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, 1996 [1754], p. 82.

necesarias para un tipo particular de explotación de la tierra orientada a la producción para el mercado moderno. Es decir, al sistema de mercado regulado por precios, cuyo objetivo central es la maximización de las ganancias económicas. El desarrollo agrícola europeo, basado en las condiciones de asoleación propias de su latitud, se centró en monocultivos extendidos a lo largo de eras, lo que crea una superficie horizontal extensa, para maximizar la recepción de los rayos oblicuos del sol. La agricultura amerindia tropical, invisible hasta hace poco para las ciencias agronómicas, se basa en otros principios. La producción aquí no se dirige necesariamente al mercado moderno, sino a sistemas de mercado orientados por otras lógicas, como la reciprocidad o la redistribución. Por otra parte, su configuración busca el aprovechamiento de la luz solar perpendicular de la zona ecuatorial. Por ello, su estructura es vertical, alrededor de agrupaciones puntuales muchas veces organizadas en espiral, a la manera de una escalera de caracol³⁵ (fig. 5), creando varios estratos o niveles y combinando, por lo tanto, una gran diversidad de especies. Este tipo de cultivo “guarda gran similitud estructural con la selva, lo cual permite la protección del suelo contra la erosión, favorece la eficiencia fotosintética y disminuye la posibilidad de todo tipo de plagas”.³⁶ Ph. Descola subraya la alta eficiencia que presentan estos “huertos forestales” pues evidencian “una elevada productividad, requiere de poco trabajo, ofrece una gran variedad de productos, se adapta perfectamente a las variaciones de suelos y climas y se desarrollan protegidos de epidemias y parásitos”.³⁷ Puesto que la configuración de este tipo de cultivo presenta una apariencia caótica, a la que María Clara van der Hammen se refiere como “caos organizado”, ha sido leído desde la tradición europea como “monte”.

El largo trayecto de la agricultura indígena amazónica ha dejado como evidencia depósitos de *terra preta*, es decir, manchas de suelos enriquecidos por la práctica acumulada de la concentración de material orgánico en las zonas

³⁵ Como la que ha sido documentada por Loraine Vollmer en “Etnobotánica de los sistemas de producción agrícola en el Valle del Sibundoy”, 1997.

³⁶ M. C. van der Hammen, *El manejo del mundo: naturaleza y sociedad entre los Yukuna de la Amazonia colombiana*, 1992, p. 16.

³⁷ Ph. Descola, *La Nature Domestique*, 1986, p. 237.

de chagras indígenas.³⁸ Se han encontrado depósitos de *terra preta*, incluso, en localidades que han sido siempre consideradas problemáticas para la agricultura desde el punto de vista de tecnología occidental, como los suelos arenosos que abundan en los ríos de *aguas negras* de la Amazonía.³⁹

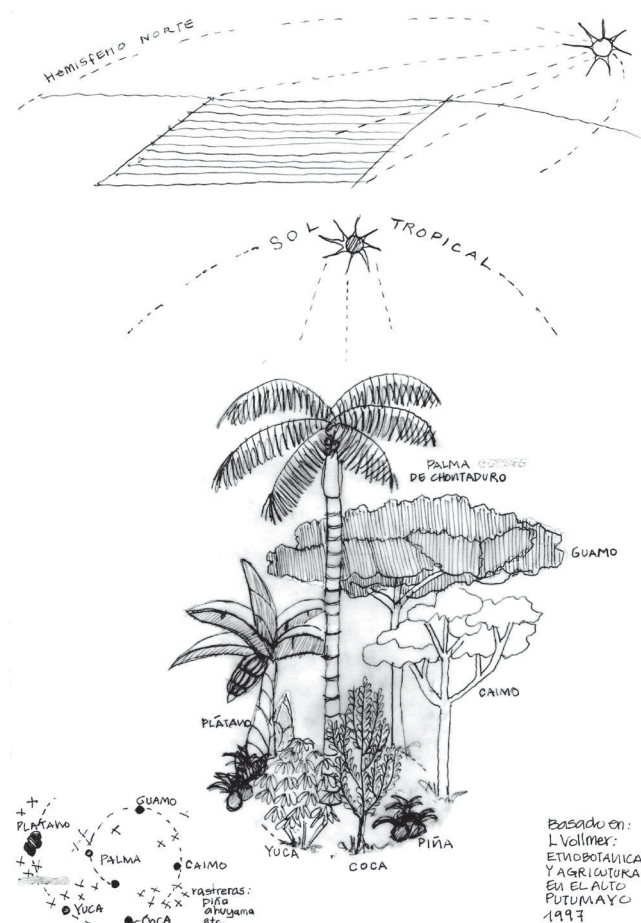


FIG. 5. “Siembra en caracol, Sibundoy” Margarita Serje, basado en Loraine Vollmer, “Etnobotánica y agricultura en el Alto Putumayo”, 1997

³⁸ Cf. M. Eden, W. Bray, L. Herrera y C. McEwan, “Terra preta Soils and Their Archeological Context in the Caquetá Basin of Southeastern Colombia”, 1984.

³⁹ Se llama ríos de *aguas negras* en la Amazonía a los que nacen ya en la zona plana, por lo que sus aguas no arrastran sedimentos de los suelos de la cordillera que dan a los ríos un color cremoso. Estos últimos se conocen en la selva como ríos de *aguas blancas*.

Por otra parte, la selva misma es producto del trabajo de las sociedades que viven en ella. La etnología y la arqueología han ilustrado ampliamente el proceso de producción del bosque en la Amazonía y han mostrado cómo en buena parte su diversidad es el resultado de la intervención humana. La selva es fruto de prácticas a través de las cuales algunas especies se valoran y se reproducen, se seleccionan y se preservan, y otras resultan desfavorecidas. En general, los grupos indígenas de la Amazonía, bien sean los grupos “hortícolas” de maloca o los grupos nómadas de “cazadores-recolectores”, han configurado un tipo de manejo territorial que, de acuerdo con Laura Rival, se caracteriza por sus “jardines salvajes y bosques cultivados”.⁴⁰ Tienen diversas formas de distinguir y clasificar los diferentes espacios en la selva, que reflejan bien la relación particular que tienen con cada uno y el tipo de intervención del que los hacen objeto. Distinguen, por ejemplo, áreas que denominan “sabana”: caracterizadas por una vegetación rala, donde abundan las palmas, frutales y fibras; o los “manchales”, áreas donde predominan ciertas especies de palma (chontaduro [*Bactris gasipaes*], milpeso [*Jessenia polycarpa*], Titiá [*Piassava*], chonta [*Pyrenonglyphis major*], cumare [*Astrocaryum vulgare*], cananguchi [*Mauritia minor*], etc.). En ambos casos, se trata de especies que representan recursos centrales para la economía indígena.

Entre los llamados “cazadores-recolectores”, por ejemplo, se ha documentado un conjunto de prácticas a través de las cuales estos grupos cualifican los diferentes espacios del bosque, agrupando en algunos ciertos recursos y generando áreas específicas donde predominan especies de frutales y de palmas particulares.⁴¹ La vida de los grupos que han sido definidos por la etnografía como de caza y recolección se caracterizan por su alta movilidad, estableciendo campamentos provisionales a lo largo de sus recorridos por el bosque. Sus prácticas de manejo de la selva muestran que, de hecho, su intervención tiene un

⁴⁰ En su estudio sobre el manejo de la palma de chontaduro (*Bactris gasipaes*) por parte de los Huaorani, “Domestication as an Historical and Symbolic Process: Wild Gardens and Cultivated Forests in the Ecuadorian Amazon”, 1998.

⁴¹ Los trabajos que se han realizado sobre los nukak makús, de la familia Makú Puinave, resultan especialmente ilustrativos. Cf. G. Cabrera, D. Mahecha, y C. Franky, *Los Nukak. Nómadas de la Amazonia colombiana*. 1999; G. Politis, *Nukak*. 1996, en cuyos trabajos me baso para resumir el manejo nómada del bosque.

carácter proactivo que tiene efectos específicos en la producción y reproducción de las especies consideradas por ellos como recursos, y, por lo tanto, una incidencia directa en la composición del bosque.

Estas prácticas incluyen el uso y cuidado continuo, la tumba selectiva y la poda estacional de ciertas especies de árboles y palmas, así como el cuidado de semillas, brotes y plantas jóvenes. El predominio de ciertas especies en estas zonas es, pues, resultado de las prácticas indígenas, que las sustentan y reproducen. Algunas de estas áreas especializadas concentran especies que atraen las presas de caza. Además, estos grupos nómadas, como los nukaks, no dejan de tener horticultura:⁴² crean huertos —jardines salvajes— cerca de las áreas de pesca, con manejo multiestratificado de policultivos. Todo ello va mucho más allá del aprovechamiento pasivo de la abundancia del medio, que es como coloquialmente se entiende el concepto de “caza y recolección”, es decir, como opuesto a la cultura. Parafraseando a Philippe Descola, se puede afirmar que “la sofisticación de sus técnicas de subsistencia es difícilmente discernible para un observador desprevenido, que no tiene cómo dimensionar el monto de los conocimientos y de la experiencia que se requiere para crear un huerto forestal”⁴³ y, sin duda, el manejo del bosque. Las selvas no son, por lo tanto, vírgenes, ni prístinas, como lo querrían muchos ambientalistas, sino el producto social de las sociedades que conviven con ellas. Sin embargo, la cultura, tanto en el sentido del cuidado y producción de la tierra como en el sentido de organización social de los grupos de selva ha sido sistemáticamente ignorada.

En la tradición europea de lectura del espacio, el manejo “nómada” del territorio resulta, ya desde la antigua Grecia, invisible. A sus ojos, el espacio ocupado sólo puede ser el espacio geometrizado, ortogonal. François Hartog describe en *Le miroir d'Hérodote* cómo para este célebre historiador de la Antigüedad, un espacio que ha sido apropiado solamente puede ser “un espacio delimitado, medido,

⁴² De acuerdo con Cabrera, Mahecha y Franky, “los nukak manejan como alimento y fuente de materias primas alrededor de 228 especies: 83 vegetales (43 identificadas), 16 de mamíferos, 10 de aves, 39 de peces, 2 de reptiles, 3 de batracios, 2 de crustáceos y diversos insectos como 43 especies de abejas (22 identificadas), 14 de avispas y 16 de orugas”, óp. cit., p. 191.

⁴³ Ph. Descola, “De l’Indien Naturalisé à l’Indien Naturaliste: Sociétés amazoniennes sous le regard d’occident”, 1985, p. 233.

distribuido y fiscalizado. Se tendría entonces, por una parte, un poder que modela inevitablemente el espacio, y por otra, una “ausencia” de poder que se acomoda en el espacio natural”.⁴⁴ Así, la selva, el llano, las vastas y desiertas soledades ocupadas por grupos nómadas de cazadores-recolectores, sólo pueden ser espacios salvajes. Ocupados por seres naturalizados, alejados de toda traza de cultura.

Los corolarios culturales de la geografía de las plantas naturalizan entonces los aspectos centrales de la geografía colonial. En su formulación altitudinal, las tierras bajas se ven sumidas en el estadio de salvajismo, y las tierras altas, enaltecidas con la posibilidad de alcanzar la civilización y el desarrollo del espíritu.⁴⁵ Al revertir la homología, el mismo principio en su formulación latitudinal implica que la civilización es un atributo natural de la zona templada (la que coincide con lo que hoy se conoce como “el norte”), mientras que se condena al estado de atraso y subdesarrollo a toda la franja tropical del planeta.

Tipos y monumentos

Al lado de las escenas de naturaleza desierta, tres cuartas partes de las que componen *Vistas y monumentos* corresponden a retratos de indígenas con sus trajes típicos y a lo que Humboldt, con ciertas reservas, denomina monumentos: “al emplear en el curso de estas investigaciones frases como ‘monumentos de Nuevo Mundo’, ‘progreso en las artes del dibujo’ o ‘cultura intelectual’, no pretendo designar un estado de cosas que indique lo que vagamente se conoce como una civilización adelantada” [40]. Si bien es cierto que al reconocer estos monumentos como cultura y como arte, invalida la teoría de la degeneración del indio americano,⁴⁶ afirma de todas maneras la posición inferior que le

⁴⁴ *Le miroir d'Hérodote: Essai sur la représentation de l'autre*, 1991, pp. 77 y ss.

⁴⁵ Esta distinción sigue vigente. El reconocido economista y hoy miembro de la junta directiva del Banco de la República, Salomón Kalmanovitz, en *Economía y Nación: una breve historia de Colombia*, 1985, señala la oposición entre las tierras bajas y las tierras altas como uno de los factores del comportamiento económico que estableció la diferencia entre la acumulación necesaria para el crecimiento en las regiones andinas y el destino subdesarrollado de las llanuras, p. 215.

⁴⁶ Que había prevalecido entre la mayoría de los pensadores europeos como Buffon, De Paw, Hegel, entre otros. Cf. A. Gerbi, 1973, óp. cit.

corresponde en la historia de la humanidad. Por otra parte, al centrarse en los monumentos de los pueblos americanos, Humboldt está enfocando su mirada en los vestigios de unas sociedades indígenas que a comienzos del siglo XIX ya no existían. Desde la perspectiva de las *Vistas y monumentos*, el indio americano sólo es visible a través de los vestigios de su pasado prehispánico. Así, “arqueologiza” al indio, para usar el término de Pratt, situándolo en el pasado histórico.

Cuando Humboldt afirma que “las investigaciones acerca de los monumentos erigidos por naciones semibárbaras ofrecen otro interés que puede considerarse como psicológico. Presentan a nuestra vista el cuadro de la marcha uniforme y progresiva del espíritu humano” [46], reafirma la certeza de “una continuidad de orden histórico entre las diversas formas de humanidad, que se basa en la ley de la evolución que lleva de lo simple a lo complejo, de la infancia del mundo hacia su edad adulta”.⁴⁷ De esta forma, proyecta en los monumentos indígenas la imagen de la infancia de Europa, homologable a su antigüedad. Las antigüedades americanas, que clasifica como *monumentos burdos*, pueden entonces ser estudiadas de la misma manera en que se estudian y se miran las antigüedades de las culturas desaparecidas en el Viejo Mundo, como objetos patrimoniales que pueden ser motivo de tipologías y clasificaciones.

Convierte los “monumentos” indígenas en objetos que, además de tener un interés científico, entran en la categoría de lo estético. Mediante el proceso de estetización, el objeto se abstrae de su contexto particular para ser ubicado en el marco de una nueva significación definida por su ubicación en la historia de la civilización, en cuanto que ésta abarca la historia de las creaciones humanas.⁴⁸ Por ello se los ubica de manera análoga a las culturas clásicas. Un segundo aspecto de la estetización es la valoración del objeto de acuerdo con los cánones de la sensibilidad occidental, es decir, de acuerdo con los valores de un nuevo contexto. Así, los “monumentos” se pueden ver y apreciar tanto como objetos de interés científico, en cuanto representación metonímica de la sociedad que los produjo y de su estado evolutivo; como objetos que representan un estadio en la

⁴⁷ G. Lenclud, “Le grand partage ou la tentation ethnologique”, 1992, p. 23.

⁴⁸ J. Clifford, *The Predicament of Culture*. 1988. Véase el capítulo “On Collecting Art and Culture”, donde se refiere además al desarrollo paralelo que los conceptos de arte y cultura han tenido en Occidente.

historia de la estética (la sensibilidad estética occidental). En ambos casos, los monumentos, como toda la cultura material indígena, aunque no sean reconocidos como bellos —más bien como burdos—, pasan a ser vistos como objetos que pueden ser considerados —y eventualmente preservados— en nuevos contextos, como el del museo, la colección, la comparación tipológica.

Esta nueva relación oculta la historia específica del objeto, las condiciones y la sensibilidad dentro de las que fue creado. Por otra parte, encubre el proceso de dominación colonial por medio del cual se ha cambiado su significación y se ha visto recontextualizado. La estetización se produce entonces como un proceso de fetichización, en el sentido de Marx. Esta recontextualización va a ser determinante, pues el indio, al ser “arqueologizado” se convierte también en objeto del mismo proceso de estetización. De esta forma, Humboldt reinventa también la dualidad del mito colonial del salvaje.⁴⁹ El indio es al mismo tiempo, en cuanto “tipo” (ejemplar típico) de una cultura que sólo existe como monumento arqueológico, parte del *Tableau* del progreso de la humanidad; y en cuanto ícono de una cultura material, un *object d'art* colonial, un objeto estético. En adelante, la autenticidad del indio depende de su fidelidad a esa imagen estetizada de su cultura, en la que se ve travestido, para actuar sus “tradiciones ancestrales”. Ya desde entonces se pueden reconocer los trazos que van a caracterizar la condición de las identidades emblemáticas y el tipo de juegos en los que se ven envueltas.

Finalmente, otra de las ideas que Humboldt propone en *Vues et Monuments* es la de la soledad de América. Las condiciones geográficas, las abruptas cordilleras y la situación tropical obstruyen las comunicaciones, haciendo de América un territorio condenado por su aislamiento, no sólo del resto del mundo, sino interiormente. Éste es, de nuevo, un acto de invisibilización de la ocupación indígena. El territorio que corresponde a lo que hoy ocupa la República de Colombia ha sido siempre, desde el punto de vista indígena, un territorio articulado por vías comerciales y por intercambios de toda índole, que han sido ampliamente documentados por la arqueología. Las selvas, las sabanas abrasadoras, las cordilleras, las ciénagas y mangles representaron

⁴⁹ El discurso europeo sobre el “salvaje del Nuevo Mundo” estuvo siempre cargado con la dualidad vicio-virtud; los relatos oscilaban entre la polaridad de la figura “salvaje caníbal” y la del “buen salvaje” en el estado de gracia de una edad de oro.

obstáculos insalvables para los requerimientos de transporte europeos, pero estaban, por el contrario, domesticados por medio de tecnologías apropiadas para sus necesidades por los aborígenes, las que fueron invisibilizadas, al igual que sus formas de agricultura o de manejo de la selva. Así, sostiene que “bajo los trópicos las migraciones de los pueblos se han visto dificultadas por la fuerza de la vegetación, la magnitud de los ríos y las inundaciones parciales” [20], y, además, que “la configuración de los suelos, la fuerza de la vegetación y el temor que abrigan los pueblos montañoses a exponerse a[1] calor de las llanuras dificultan las comunicaciones y contribuyen a la pasmosa variedad de las lenguas americanas” [24-25].

La tesis del aislamiento americano tiene implícitos para Humboldt varios corolarios. Uno de ellos es el reconocimiento de la lengua como portadora de la cultura, otro es el reconocimiento de la gran heterogeneidad lingüística y cultural americana. Este último refuerza curiosamente la vertiente determinista de su pensamiento posibilista, pues al tiempo que reconoce la diversidad de respuestas culturales, la explica como el resultado de las condiciones de aislamiento de los grupos.⁵⁰ Esta idea se ve ampliada más adelante, cuando anota que

[...] no debe extrañarnos en las obras de los pueblos de América el estilo burdo y la incorrección de los contornos, porque estas naciones separadas — posiblemente en buena hora— del resto del género humano, errantes en un país donde han tenido que luchar contra una naturaleza salvaje y agitada, no han podido desarrollarse sino con lentitud. [47]

Hay también aquí una referencia a la idea difusionista de la necesidad del contacto con sociedades más civilizadas, como el motor que se requiere para estimular el proceso. La civilización tiene un núcleo de origen donde se ha desarrollado y desde donde se difunde: la Europa temperada. De allí se extiende su luz hacia las fronteras imperiales. Este impulso justifica su misión colonial civilizadora. Sin olvidar que, como lo ha señalado Lucien Febvre, el impulso de la civilización se ha concebido siempre en conjunto con el de los efectos benéficos

⁵⁰ Cabe recordar aquí que Lévi-Strauss (óp. cit.) ha señalado que, de hecho, la diversidad cultural es más bien el resultado de las interacciones e intercambios entre los grupos humanos.

del comercio.⁵¹ De acuerdo con la idea naturalista de la historia, se podría afirmar que hay una tendencia a que las lenguas y las culturas se unifiquen, pues todos los pueblos que se ubican en estratos culturales atrasados llegarán algún día al máximo estadio de *la (única) civilización*.

No sobra mencionar que el gran corolario de esta idea es la consideración de que para los pueblos colonizados era definitivamente una gran ventaja el ser asimilados al sistema comercial europeo y compartir por ese medio la civilización y su abundancia de bienes y de servicios. Este principio civilizador podría sacar a los salvajes habitantes de las tierras bajas de ese grado de casi bestialidad en el que se ven confinados por su aislamiento y la naturaleza salvaje. Si bien Humboldt fue un crítico severo de las prácticas coloniales de los españoles en América, no pone en cuestión este principio, ni la empresa civilizadora en sí misma. Así lo expresa cuando describe, ya de vuelta en su Europa, el sueño visionario que le inspira el Orinoco imponente:

Si algunas páginas de mi libro llegan a librarse del olvido, los habitantes de las riberas del Orinoco constatarán en éxtasis que las populosas ciudades enriquecidas por el comercio y los fértiles campos, cultivados por las manos de hombres libres engrandecen los mismos lugares donde, para el momento de mi viaje, no encontré sino bosques impenetrables y tierras anegadas.⁵²

Quizá el rasgo más impactante de la propuesta de Humboldt es el hecho de que toda esta serie de nociones sobre la historia y la cultura se ve inscrita en lo que él llama *las grandes escenas de la naturaleza*. Estetizar la naturaleza y verla como un paisaje, como “escena” (*scène*), o como “cuadro” (*tableau*), implica descuajar un segmento de naturaleza de su contexto y situarlo fuera del tiempo, en el marco de los valores y la sensibilidad europea. Extraer el paisaje de su contexto significa ocultar su historia: ocultar el hecho de que es un producto social. Este proceso de estetización le permite ver el paisaje de la América equinoccial como “pura naturaleza”, vaciada de su historia y de su significación social específica: “En el Viejo Mundo las naciones y las trazas de sus civilizaciones

⁵¹ L. Febvre, *Civilization: Evolution of a Word and a Group of Ideas*, 1973 [1930].

⁵² *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent* (1814) citado por Pratt óp. cit., p. 131.

constituyen los motivos principales del cuadro; en el Nuevo Mundo, el hombre y sus logros casi desaparecen en medio del estupendo despliegue de la naturaleza gigante y salvaje”.⁵³ Y así es como retrata los personajes del nuevo continente en sus “vistas”: pequeñas figuritas que dirigen su mirada a la lejanía, perdidas ante la inmensidad de las selvas, los montes y los llanos, donde no aparece ningún otro trazo de vida ni de ocupación humana (fig. 6).



FIG. 6. “Vista del volcán de Cayambe” Alexandre von Humboldt, *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l’Amérique*, 1816

Hannah Arendt resume bien esta imagen en un pasaje donde describe

[...] el salvajismo silencioso de un continente despoblado donde la presencia de seres humanos sólo lograba hacer más profunda la soledad total y donde una naturaleza prístina, hostil hasta el punto de ser apabullante, y que nadie se había preocupado por transformar en paisaje humano, parecía estar pacientemente a la espera de que ‘desapareciese la fantástica invasión’ del hombre.⁵⁴

⁵³ *Ibíd.*

⁵⁴ H. Arendt, *óp. cit.*, p. 121.

Así, la trama mediante la cual Humboldt une el paisaje con la civilización, se hace más compleja por la forma en que articula de manera directa la experiencia estética y subjetiva (occidental) con la experiencia de la naturaleza. En el prefacio a su obra *Escenas de la Naturaleza* (1808), expresa de manera directa esta relación:

En todas partes he dirigido el pensamiento a esta influencia eterna que ejerce la naturaleza física sobre las disposiciones morales y el destino de los hombres. Esta obra está especialmente dedicada a las almas agobiadas por el desconsuelo. Que quien quiera escapar de las tormentas de la vida me siga entre el espesor de las selvas, a través de los desiertos y a la cumbre de las elevadas cimas de los Andes [...].⁵⁵

Esta idea se inscribe simultáneamente en dos líneas de pensamiento expresadas por él mismo, lo que crea un efecto paradójico. Por una parte, afirma que la influencia del medio “es más sensible, cuanto más alejado se esté de la civilización”, donde subraya que la naturaleza salvaje es un obstáculo que se opone al progreso de quienes la habitan. Por otra parte, cuando Humboldt se dirige a “las almas agobiadas por el desconsuelo”, y a “quien quiera escapar de las tormentas de la vida”, apela al efecto liberador y engrandecedor de la experiencia estética de la naturaleza. Experiencia que estaría reservada entonces sólo para aquellos espíritus refinados y, por lo tanto, civilizados, pues los pueblos salvajes “no parecen admirar, en la soledad de estos desiertos, aquello que hace vibrar la imaginación...” [49]. La naturaleza salvaje representa, entonces, un sino de las condiciones geográficas mismas que aprisiona a sus pueblos nativos y libera a los pueblos invasores.

Vistas y monumentos va a cumplir en adelante una función de prescripción. Beatriz González ha señalado que el viaje de Humboldt se convirtió en modelo y guía para los viajeros que lo sucedieron. Su recorrido se volvió paradigmático.⁵⁶ Incluso Bolívar lo siguió años más tarde: “dejé atrás las huellas de Humboldt empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo...”. Las vistas y los paisajes de Humboldt dirigen la mirada de los viajeros y pintores, muchos de los cuales vinieron con instrucciones directas de cómo retratar los mismos

⁵⁵ *Tableaux de la Nature*, 1808: ix-x, citado por Drouin, óp. cit., p. 69.

⁵⁶ “La escuela de Humboldt: los pintores viajeros y la nueva concepción del paisaje”, 2000.

sitios. Las mismas escenas, desde los mismos puntos de vista, muchas veces con el mismo encuadre, se ven permanentemente repetidas⁵⁷ (figs. 7a y 7b).



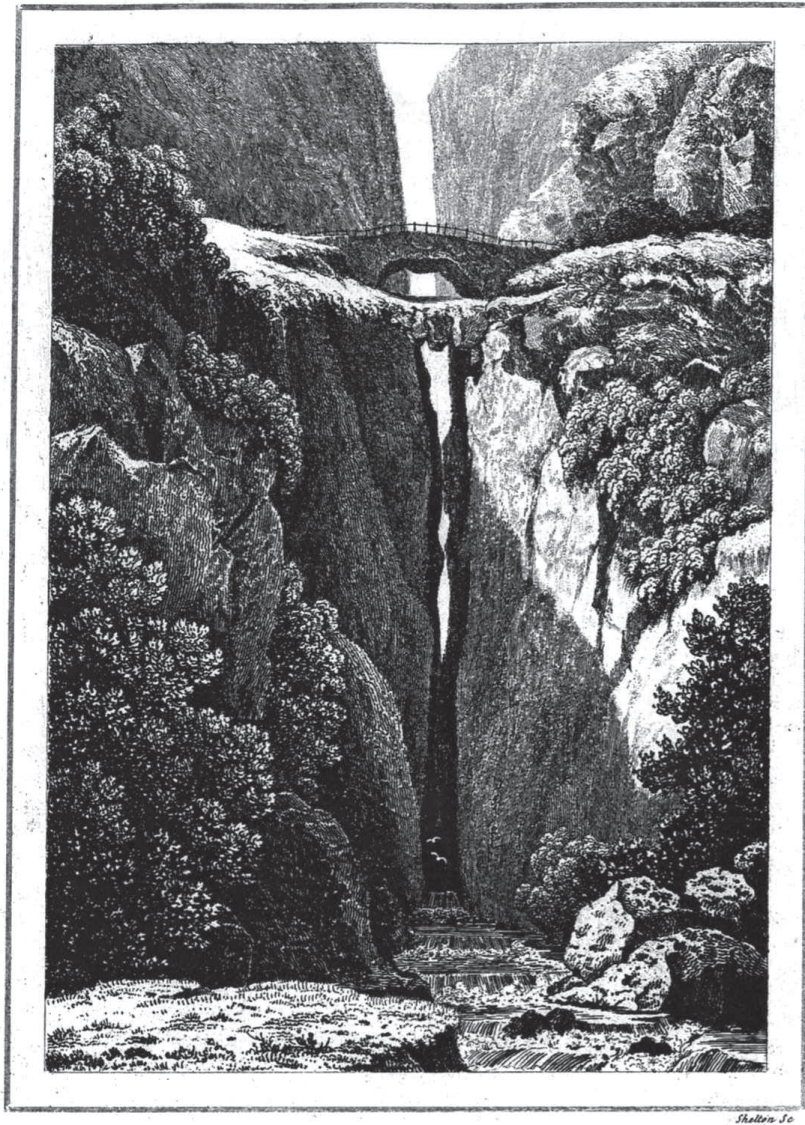
FIG. 7a. “Los puentes naturales de Icononzo” Alexandre von Humboldt, *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l’Amérique*, 1816

⁵⁷ Véanse, por ejemplo, el caso de “Los Puentes Naturales de Icononzo”, de “El Paso del Quindío” o de “Los Volcanes de Turbaco”, de los que existen numerosas versiones prácticamente idénticas repetidas por diferentes viajeros-artistas de los siglos XIX y XX.

COLUMBIEN.

COLOMBIE.

КОЛОМБІЯ.



Shelton Sc

Natürliche Brücken zu
Icononzo.

*Ponts naturels
d'Icononzo.*

Природные мости въ
Икононъ.

FIG. 7b. "Ponts naturels d'Icononzo", Cesar Samin, *L'Univers ou description de tous les peuples, de leurs religions, mœurs, coutumes, industries etc: Histoire des Indes Orientales anciennes et modernes*, 1840

Por ello, lo crucial de *Vistas y monumentos* es que aquí Humboldt revela el significado, los referentes, el contenido con el que en adelante el paisaje americano va a ser visto y leído. La literatura y la iconografía que celebran el paisaje de la América equinoccial, que es lo que inaugura Humboldt, tienen como función preparar, informar y estructurar la sensibilidad, definir la experiencia que se puede tener de éste. Las relaciones coloniales de poder se presentan subsumidas en el paisaje de la América equinoccial, transformadas en naturaleza salvaje, tras el eufemismo del asombro y la fascinación que tal naturaleza despierta a los “ojos imperiales” (cuya presencia sólo augura, por lo demás, su pronta e irreversible transformación). En adelante, esta naturaleza se ve transformada en un paisaje para una mirada externa dotada, para interpretarla, de todo este conjunto de categorías y conceptos.

En la introducción a *Vistas y monumentos*, Humboldt condensa el conjunto de argumentos que naturalizan y universalizan la conciencia que Europa se forjó de sí misma y de los otros en el marco de su proyecto colonial. Primero, el humanismo basado en el concepto de una naturaleza humana genérica y jerarquizada de acuerdo con su gradación evolutiva; segundo, la conexión entre paisaje y civilización que le da una geografía a la historia lineal del progreso humano y se extiende desde lo más primitivo en la periferia de las tierras salvajes tropicales hacia el núcleo más civilizado en la Europa urbana y temperada; y tercero, la noción de que la naturaleza sólo es la salvaje, ajena a toda cultura, lo que confina a los salvajes en el estado de naturaleza. Estas tres líneas argumentales se verán reiteradas indefinidamente, a veces con distintos disfraces, del siglo XIX en adelante. Pero, sobre todo, Humboldt le otorga legitimidad científica y estética al acto fundador de la colonización, que consiste en negar a las gentes, sus producciones y sus paisajes, su propia significación. Los nativos americanos y su mundo se ven en adelante reducidos a ser “vistas y monumentos”, a ser un paisaje delimitado por y para la sensibilidad europea. En este paisaje se marcan los trazos, algunos de ellos indelebles, de lo que definirá el contexto, el escenario, dentro del cual se imaginan quienes gestan las nuevas naciones. A través de este paisaje se pondrá en escena la naturaleza de las naciones emergentes, ésta será su naturaleza.

Los políticos-geógrafos del siglo XIX

Efraín Sánchez, en su enciclopédico libro *Gobierno y geografía*, además de recopilar en detalle las hazañas y vicisitudes de Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada,⁵⁸ llama la atención hacia el hecho de que muchos de los políticos del siglo XIX de la que es hoy Colombia fueron geógrafos.⁵⁹ Por un lado, su ejercicio académico como tal fue de gran importancia para la creación de una imagen fundacional de la nación, así como de su territorio y de sus habitantes, y, por otra parte, imprimieron en la gestión del Estado las urgencias de esta mirada. Este ímpetu geográfico fue especialmente liderado, aunque no exclusivamente, por los que se conocen en la historia colombiana como los Radicales del siglo XIX, quienes impulsaban el proyecto liberal-laico e individualizante, inspirado en el modelo británico, con el que buscaban sustituir el modelo colonial español. El interés geográfico hizo parte indudablemente de la búsqueda de lo que Frank Safford ha llamado “el ideal de lo práctico”, es decir, del logro de la tecnificación y la normalización disciplinarias necesarias para el progreso, puestas en marcha por las élites liberales neogranadinas durante el siglo XIX.⁶⁰ Estas iniciativas incluyeron, entre otras, la creación de la Universidad Nacional, con énfasis en las ciencias y la ingeniería; la Escuela Militar de Ingenieros y, evidentemente, la Comisión Corográfica. Esta empresa se consideraba de vital importancia para la administración técnica y racional del espacio nacional. Buscaba, además de levantar un mapa del territorio nacional, conocer y cuantificar las tierras baldías, sus recursos y sus poblaciones, así como determinar la viabilidad técnica para la apertura de caminos y canales interoceánicos: es decir, para la ampliación del comercio y, por ende, de la civilización,⁶¹ que se consideraban como los intereses

⁵⁸ *Gobierno y geografía: Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica en la Nueva Granada*, 1999.

⁵⁹ La imagen histórica de los políticos del siglo XIX en Colombia se ha centrado en su interés por la gramática y la pureza de la lengua, como afirmación de la tradición hispánica (Cf. Malcolm Deas, *Del poder y la gramática*, 1993). Efraín Sánchez abre entonces un panorama novedoso e importante.

⁶⁰ F. Safford, *The Ideal of the Practical: Colombia's Struggle to Form a Technical Elite*, 1976.

⁶¹ Cf. la ley mediante la cual se conforma la Comisión Corográfica y se establecen sus objetivos, transcrita por E. Sánchez, óp. cit., pp. 83 y ss.

centrales de la nación. Significativamente, esta obra fue comisionada al coronel italiano Agustín Codazzi, legitimando y oficializando así el punto de vista que las élites querían consolidar para sustentar su visión de la geografía del país: el de los ojos del viajero europeo. La mirada imperial.

A continuación voy a tratar de hacer evidente el lazo ideológico que une la articulación de estética, ciencia y cultura de las propuestas de Humboldt con los planteamientos de estos políticos-geógrafos en el siglo XIX. Para ello, me voy a basar en un conjunto de trabajos geográficos sobre la Nueva Granada que incluye “Estado de la Geografía del Virreinato de Santa Fé de Bogotá, con relación a la economía y al comercio” (1808) de Francisco José de Caldas; las dos principales obras publicadas en su momento por la Comisión Corográfica, *La peregrinación de Alfa* de Manuel Ancizar y la *Jeografía física y política de las provincias de la Nueva Granada, por la Comisión Corográfica, bajo la dirección de Agustín Codazzi* (1852-1854); así como la *Geografía general, política, física y especial de los Estados Unidos de Colombia dedicado al Congreso General de la Unión*, (1866), publicada por el general Tomás Cipriano de Mosquera, dos veces presidente, quien a través de esta publicación pretendía corregir los errores en los que, según él, incurrió la Comisión Corográfica; y *La Confederation Grenadine: Son territoire et sa population à la fin de 1858* (1859), memoria presentada por José María Samper a la Sociedad Geográfica de París, de la que era miembro. Sobre estos trabajos se fundaron las principales geografías de la nación, como la de Felipe Pérez o la de F. J. Vergara y Velasco, e incluso la de la Contraloría General de la Nación, publicada en 1935. Pero, sobre todo, a través de ellos se constituyó un modelo paradigmático para concebir el territorio colombiano, su población y su naturaleza, que ha tenido una larga continuidad histórica. Esta concepción constituye, sin duda, uno de los relatos fundacionales de la nación.

La noción primordial de la geografía de la nación es la de su prodigiosa naturaleza: la profusión exuberante de recursos naturales y minerales, en la que se encuentra una continua reelaboración del sino de América como tierra de la abundancia, como frontera promisoría. Como bien lo destacan Sánchez y Pombo, el Sabio Caldas elaboró una representación idealizada de la riqueza y la exuberancia de la naturaleza en el territorio de la Nueva Granada, que ha perdurado hasta la actualidad como una de las imágenes privilegiadas de la nación. Parte de la posición aventajada del país en el trópico, con costas en ambos

océanos, con las tres ramas de la cordillera que generan gran variedad de climas y suelos; la existencia de llanuras y selvas frondosas cruzadas por inmensos ríos navegables, llenas de recursos naturales desconocidos por explotar. Pero la principal ventaja del país era, para Caldas, la posición en el centro del continente, con lugares favorables para la apertura de canales interoceánicos. Así:

La posición geográfica de la Nueva Granada parece que la destina al comercio del universo [...] Mejor situada que Tiro y que Alejandría, puede acumular en su seno los perfumes del Asia, el marfil africano, la industria europea, las pieles del Norte, la ballena del mediodía y todo cuanto produce la superficie de nuestro globo. Ya me parece que esta colonia afortunada recoge con una mano las producciones del hemisferio en que domina la Osa y con la otra la del opuesto; me parece que se liga con todas las naciones, y que lleva al polo los frutos de la línea, y a la línea las producciones del polo. Convengamos no hay nada mejor situado, ni en el viejo ni en el nuevo Mundo que la Nueva Granada. [8]⁶²

En conjunción con esta idea y a partir del hecho de que “hay pocos puntos sobre la superficie del globo muy ventajosos para observar, y se puede decir que para tocar, el influjo del clima y de los alimentos sobre la constitución física del hombre, sobre su carácter, sus virtudes y sus vicios” [7], Caldas desarrolla una visión de la geografía humana de la Nueva Granada basada en el “Influjo del clima sobre los seres organizados”. En el estudio que publicó con este título propone como fundamento una teoría del calor y del frío, que podríamos resumir, con sus propias palabras, así:

[...] el instinto, la docilidad, el carácter de todos los animales depende de las dimensiones y de la capacidad de su cráneo y de su cerebro. El hombre mismo está sujeto a esa Ley General de la naturaleza. La inteligencia, la profundidad, las miras vastas y las ciencias, como la estupidez y la barbarie, el amor, la humanidad, la paz, virtudes todas, como el odio, la venganza y todos los vicios tienen

⁶² Las referencias a Caldas entre corchetes en esta sección se refieren todas a “Estado de la geografía del Virreinato de Santa Fe de Bogotá, con relación a la economía y al comercio” y “El influjo del clima sobre los seres organizados”, dos artículos que aparecieron publicados en el mismo número del *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, 1849 [1808].

relaciones constantes con el cráneo y con el rostro. Una bóveda espaciosa, un cerebro dilatado bajo de ella, una frente elevada y prominente, y un ángulo facial que se acerque a los 90° anuncian grandes talentos, el calor de Homero y la profundidad de Newton, por el contrario, una frente angosta y comprimida hacia atrás, un cerebro pequeño, un cráneo estrecho y un ángulo facial agudo son los indicios más seguros de pequeñez en las ideas y de la limitación. El ángulo facial, el ángulo de Camper, reúne casi todas las cualidades morales e intelectuales del individuo [...]. El europeo tiene 85° y el africano 70° que diferencia entre estas dos razas del género humano. Las artes, las ciencias, la humanidad, el imperio de la tierra es el patrimonio de la primera, la estolidez, la barbarie y la ignorancia son los dotes de la segunda. El clima ha formado este ángulo importante, el clima que ha dilatado o comprimido el cráneo, ha también dilatado y comprimido el alma y la moral. [nota 1, p. 117] Los caracteres distintivos de los pueblos que habitan las extremidades del globo, no son sino los productos del calor y del frío. [118]

La teoría del clima que propone Caldas parte del conjunto de ideas deterministas que configuran el conocimiento científico vigente en la época. La versión más célebre de esta noción fue formulada por G. W. F. Hegel, quien en su obra póstuma *La filosofía de la historia* (1841) afirma que “la zona tórrida y la zona fría, no son pues el teatro de la historia universal. En este campo, el espíritu libre ha rechazado los extremos”.⁶³ Con base en su tesis del influjo del clima y partiendo de que en la Nueva Granada “no tiene imperio la latitud”, sino que en cada región, cada pulgada del barómetro presenta diferente vegetación, Caldas va a presentar la diferencia fundamental entre los habitantes de las tierras altas y las tierras bajas. La que es, por lo demás, expresión de “un orden que no sospechábamos: he aquí una mano sabia y omnipotente que todo lo ha distribuido conforme a las leyes de la presión y del calor” [137]. Así, los indios y mulatos de las tierras calientes, bajo un clima abrasador, viven casi desnudos teniendo por riqueza tan sólo una red, una hamaca y algunas plataneras que no exigen cultivo. “Sus ideas son tan limitadas como sus bienes. El reposo y el sueño hacen sus delicias. Su moral... bien se deja ver que no puede ser la más pura” [24]. Mientras que,

⁶³ Citado por M. Duchet, *Le partage des savoirs: Discourse historique, discours ethnologique*, 1985, p. 114.

[...] el indio y las demás castas que viven en la cordillera [...] son más blancos y de carácter más dulce. Las mujeres tienen belleza, y se vuelven a ver los rasgos y los perfiles delicados de este sexo. El pudor, el recato, el vestido, las ocupaciones domésticas recobran todos sus derechos. Aquí no hay intrepidez, no se lucha con las ondas y con las fieras. Los campos, las mieses, los rebaños, la dulce paz, los frutos de la tierra, los bienes de una vida sedentaria y laboriosa están derramados sobre los Andes. Un culto reglado, unos principios de moral y de justicia, una sociedad bien formada y cuyo yugo no se puede sacudir impunemente: un cielo despejado y sereno, un aire suave, una temperatura benigna han producido costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas. [132-133]

La idea de la homología entre las latitudes templadas y las tierras altas de la cordillera, que es la idea central detrás de *La geografía de las plantas*, tiene para Caldas un importante corolario social y cultural. Una de las principales preocupaciones de las élites criollas era la de cómo dar un sentido al orden social que permitiera restablecer el “concierto colonial”: el orden frente al cual se estaban formalmente rebelando, en particular, ahora que los grupos sociales que habían resultado de la ocupación hispánica mostraban un panorama más complejo. Ya no eran únicamente indios, africanos y españoles (los que de todas maneras agrupaban, cada uno, varias culturas), estaban además las múltiples “castas”, producto de las mezclas raciales, que se conocían como “libres de todos los colores”: mulatos, cuarterones, mestizos, zambos, entre otros (fig. 8).

Se trataba de un grupo creciente y rebelde que mostraba una actitud cada vez más desafiante ante las élites. El problema de cómo situarlos en el marco de un orden social supuestamente nuevo, más moderno y científico, era crucial. La homología natural-cultural da la clave para ello. Permite a Caldas, a partir de su teoría del calor y del frío, aplicar este mismo principio a las poblaciones humanas, para así homologar a los habitantes de la cordillera con los de los países europeos y darle una base científica a la superioridad de las castas andinas, no sólo de los criollos, sino de los mestizos que habitan en la cordillera. Esta categorización geográfica le permite, entonces, proponer una jerarquización de los habitantes y regiones de la Nueva Granada, con base en tres grandes unidades: las tierras salvajes pobladas de “hordas de bárbaros”, las tierras calientes pobladas de negros, zambos y mulatos, marcados por la nefasta influencia del

clima tórrido, y los grupos “elevados” de la zona andina. Éste constituye el primer corolario de la idea de la naturaleza profusa y exuberante del país. De esta manera, la estratigrafía biogeográfica se ve transformada en una estratificación de castas.



FIG. 8. “Coutumes, Colombie” Cesar Samin, *L'Univers ou description de tous les peuples, de leurs religions, mœurs, coutumes, industries etc: Histoire des Indes Orientales anciennes et modernes*, 1840

Todos los habitantes (cerca de tres millones incluso los bárbaros) de esta bella porción de América se pueden dividir en *salvages* y hombres *civilizados*. Los primeros son aquellas tribus errantes sin más arte que la caza y la pesca, sin otras leyes que sus usos, que mantienen su independencia con su barbarie, y en quienes no se hallan otras virtudes que carecer de algunos vicios de los pueblos civilizados. Tales son las hordas del Darién, Chocó, Mainas, Sucumbíos, Orinoco, Andaquíes y [La] Guajira. Los segundos son los que unidos en sociedad viven bajo las leyes suaves y humanas del monarca español. Entre estos se distinguen tres razas de origen diferente: el Indio indígena del país, el Europeo su conquistador y el Africano introducido después del descubrimiento del nuevo mundo. Entiendo por europeos, no solo los que han nacido en esa parte de la

tierra, sino también sus hijos que conservando la pureza de su origen, jamás se han mezclado con las demás castas. A estos se les conoce en América con el nombre de *Criollos*, y constituyen la nobleza del nuevo continente cuando sus padres la han tenido en su país natal. De la mezcla del indio, el europeo y el negro, cruzados de todos modos y en proporciones diferentes, proviene el mestizo, el cuarterón, el mulato, etc. y forman el pueblo bajo de esta colonia. [7]

Evidentemente,

[...] la población blanca cubre los altiplanos de *Pasto* y *Popayán*, en la gran cordillera de los Andes y en los ramales que generan las tres cadenas montañosas, así como en las mesetas de Medellín (cordillera central) y de Bogotá, Tunja, Vélez y Pamplona (cordillera oriental). La población negra o africana y los mestizos y mulatos está diseminada sobre las costas de los dos Océanos, y en lo profundo de los valles abrasadores del Magdalena, el Cauca, el Atrato y el Patía; regiones donde los trabajos en las minas y la navegación exigen una raza fuerte y vigorosa.⁶⁴

Dentro de esta imagen, la categoría de lo salvaje tiene unas connotaciones particulares que vale la pena destacar, pues hacen parte central de la representación de la naturaleza exuberante de la nación. Para Caldas, las selvas colosales se caracterizan por sus múltiples riquezas: “aromas, bálsamos, maderas preciosas, palmeras diferentes, yerbas medicinales, flores desconocidas, aves vistosas, bandadas de saínos, familias numerosas de monos, anfibios diferentes, insectos útiles, reptiles venenosos” que “llaman a los naturalistas” [10]. Pero ellas constituyen, sin embargo, el factor que “enferma la tierra”. Su aire, cargado de humedad, “se carga también de las exhalaciones de las plantas vivas y de las que se corrompen a sus pies”, produciendo enfermedades e incomodidades a quienes allí viven: “fiebres intermitentes, las pútridas y las exaltaciones de la más vergonzosa de las enfermedades. De aquí la prodigiosa propagación de insectos, y de tantos males que afligen a los desgraciados que habitan estos países”. Caldas recomienda que “se corten estos árboles enormes, que

⁶⁴ José María Samper, quien retoma la clasificación de la población de Caldas en 1859 en su informe a la Société Géographique de París: “La Confédération grenadine : son territoire et sa population à la fin de 1858”.

se despejen estos lugares sombríos”, para que los rayos del sol acaben con la humedad excesiva y “entonces, como por encanto [...] las fiebres, los insectos y los males huyen de estos lugares, y un país inhabitable se convierte en uno sereno, sano y feliz” [152]. Imposible ignorar la resonancia con el sueño expresado por Humboldt sobre el Orinoco.

La “selva virgen” hereda, a través de los ojos alucinados de los conquistadores y colonizadores, la tradición de los bosques europeos. Se encuentra en ella, nuevamente, el sistema de dicotomías que caracteriza el campo semántico de lo salvaje. Ha tenido, necesariamente, como referente todo el universo simbólico que desde la Antigüedad se le ha atribuido en la cultura occidental a la idea misteriosa del “bosque”. El bosque representa, primero, el paisaje originario: el lugar primigenio que tenemos guardado en el recuerdo de la tierra cubierta de brumas ancestrales. Como lugar de origen, fue también el lugar de culto original, puesto que los bosques eran habitados por los dioses mismos, por los demonios, las hadas y los espíritus de la naturaleza. Desde que Moisés ordena a su pueblo quemar los bosques sagrados que albergaban los cultos paganos, y los espíritus del bosque se ven convertidos en ídolos infieles, en el bosque se conservan las dos posibilidades: puede ser al mismo tiempo lugar sagrado y lugar profano, infierno y paraíso, sueño y pesadilla. Objeto, al mismo tiempo, de veneración y hostilidad, pueden ser a la vez o albergue de brujas y aquelarres o morada purificadora de los santos ermitaños.⁶⁵

Los bosques se concibieron en la Antigüedad como fundamentalmente hostiles a la ciudad: “las leyendas tradicionales de la fundación de Roma cuentan que la ciudad nació de los bosques, pero que Roma tuvo que volverse contra su matriz original para realizar su destino”.⁶⁶ El bosque se convierte en el umbral contra el cual se define el espacio cívico. De hecho, los bosques se consideraban lugares que no pertenecían a nadie. La ciudad (*civitas*) y el bosque (*silva*) aparecen rigurosamente opuestos el uno al otro. En adelante, el bosque se ve opuesto a la civilización, y más tarde a la razón: representa la oscuridad de lo ininteligible frente a la claridad de la ciencia y de la técnica, de la agricultura; la anarquía y el caos frente al orden de racionalidad; lo circular, femenino y dislocado frente

⁶⁵ Cf. R. Harrison, *Forêts: Essai sur l'imaginaire occidental*, 1992, pp. 99 y ss.

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 18.

a lo patriarcal, recto y ortogonal. “La geometría allí pierde sus trazos y la óptica sus huellas: sombras y luz, perímetros y líneas, todo se confunde, para entrar al abismo de los misterios, de donde se ven salir después las formas plásticas y la belleza indefinida”.⁶⁷

Las tinieblas atemporales de “la selva virgen”, paradigma de los mundos tropicales, se identifican con este paisaje arquetípico, que se ubica también como una etapa en el orden lineal de la historia: “primero fueron los bosques, después los caseríos, los poblados, las ciudades y, finalmente, las academias del saber”.⁶⁸ En ella se entienden como conceptos intercambiables un lugar en el globo (el trópico), un paisaje (la selva), un género (femenino), una raza (oscura), un estadio cultural (el primitivo) y un lugar en el tiempo (el pasado atávico). Occidente ha tenido siempre un *affaire* complicado con la selva: por un lado, una atracción intensa con los paraísos salvajes, distantes, abundantes en frutos, y seres exóticos, un medio pleno de exuberancia y sensualidades; y, paralelamente, el odio por estos parajes infestados de fiebres, de plagas, de enfermedades, de peligros, de calor y humedad, de serpientes y, sobre todo, de gentes oscuras y amenazantes. Por lo demás, este amor-odio es una constante que va a mediar en adelante la relación de la sociedad nacional con esos paisajes salvajes y sus habitantes.

A pesar de su aura de inocencia, la visión estética y romantizada de la naturaleza del país está lejos de serlo. Ha tenido múltiples consecuencias políticas concretas a lo largo de la historia colombiana. Quizá la primera de ellas fue haberle dado legitimidad a la manera en que la nueva República impone la visión de las élites criollas andinas. En el análisis de Alfonso Múnera⁶⁹ sobre el conflicto regionalista entre las élites de los Andes y las del Caribe, que comenzó como un enfrentamiento entre los intereses económicos entre estos dos grupos, propone que en el momento de construir la República no existía una élite criolla dotada de una visión nacional sino un conjunto de élites regionales con proyectos e identidades diferentes. Me atrevería a afirmar que, más que una

⁶⁷ Cecilio Acosta, “La mujer”, *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, núm. 1, año 1, 6 de agosto de 1881.

⁶⁸ Giambattista Vico, *La Science Nouvelle*, citado por Harrison, óp. cit., p. 13.

⁶⁹ A. Múnera, “El Caribe colombiano en la República andina: identidad y autonomía política en el siglo XIX”, 1996.

carencia de visión nacional, lo que se impuso fue precisamente la visión particular de la naturaleza del país que he venido discutiendo.

La posición de Cartagena, que quería no sólo la independencia de España sino de Santafé, terminó transformándose en un amplio movimiento por parte de sus habitantes, es decir, de los “libres de todos los colores”: negros, mulatos, zambos y cuarterones. Al respecto, según Múnera, “se puede afirmar sin temor a equivocarse que la radicalización hacia una independencia absoluta de lo que se inició como un movimiento por la autonomía liderado por los grandes comerciantes y hacendados, es consecuencia de la participación consciente de estos artesanos mulatos, de gran influjo sobre la mayoría de la población”. De manera que ante lo que se veía como el desorden y la anarquía de los “negros de tierra caliente” se legitimaron, como lo señala Múnera, la creación de un Estado andino y la consolidación de un discurso nacional acorde. Éste tenía como uno de sus ejes la legitimación de una casta, la élite criolla andina, contrapuesta a una imagen negativa no sólo de lo Caribe, sino en general de los “libres de todos los colores” y de los salvajes.

De manera semejante, G. Carrera⁷⁰ muestra cómo en Venezuela el proyecto nacional significó para los criollos la manera de “contener a los negros” y de mantener “el pacífico concierto colonial”, sobre todo teniendo en el horizonte la revuelta de Haití. Los conflictos de intereses entre las élites criollas venezolanas se resuelven, como el caso colombiano, como un consenso que implica “la salida de las masas de la escena”. El proyecto por medio del cual los criollos erigen y legitiman el Estado y la Nación, a partir de estas nociones de la naturaleza y la naturaleza de los habitantes de las antiguas colonias, es el medio para rehabilitar y refundar la estructura colonial de poder interno.

El “miedo al pueblo”, el que han inspirado los grupos de indios, negros, mestizos, mulatos, cuarterones y demás colores desde el siglo XIX, según el historiador Fabio Zambrano, está en la base de la “democracia sin pueblo” que caracteriza desde entonces el sistema político en Colombia.⁷¹ Por lo demás, su exclusión ya la explicaba así el Libertador Simón Bolívar:

⁷⁰ G. Carrera Damas, “Sobre la cuestión regional y el proyecto nacional venezolano en la mitad del siglo XIX”, 1983.

⁷¹ “El miedo al pueblo”, 1989.

En medio de una naturaleza semiprimitiva, cruzada por ríos mitológicos, en cuyas riberas una fauna heterogénea de monstruos y animales feroces disputan con el hombre el dominio de la selva, no puede improvisarse del día a la noche probos ciudadanos, conscientes de la alta función de elegir gobernantes y ser elegidos como tales, que explica una verdadera democracia.⁷²

Resulta importante enfatizar que la mirada de los gobernantes de la Nueva Granada a partir de la Independencia sobre esta naturaleza pródiga de la nación fue una mirada interesada, en el sentido de que se veía en ella un potencial de explotación, un pasaporte al progreso, como bien lo expresa el siguiente artículo, uno de los muchos que se publicaron sobre la importancia de la labor de la Comisión Corográfica:

El país mas rico de América, en donde sus caudalosos ríos, sus preciosas producciones, sus magníficos minerales, sus selvas majestuosas, su inmensa extensión, su clima delicioso i su bellísimo cielo presentan al hombre *el teatro mas importante para que el vapor, el comercio, la minería i la inmigración hagan de un pueblo desierto una Nación opulenta y poderosa*. [...] Reivindicar el honor de la América, que a causa de las ambiciones de sus hijos aparece a los ojos del mundo como un foco de revueltas intestinas; mostrar al ávido extranjero sus riquezas, su industria, amparadas por la paz protectora i por leyes tolerantes i liberales, i sobretudo por una saludable tendencia a las empresas que tienden a fomentar el progreso de países tan favorecidos por la naturaleza.⁷³

Las Escenas de la Naturaleza en Humboldt subsumen, como se ha visto, las categorías coloniales estetizadas como representaciones de la armonía universal.⁷⁴ En el contexto de los relatos fundacionales de la nueva nación, las

⁷² Citado por el coronel A. Bahamón Dussan, *Colombia: geografía y destino, visión geopolítica de sus regiones naturales*, 1989, p. 129.

⁷³ “El coronel Codazzi”, en *El Pasatiempo*, Bogotá, 12 de octubre de 1853, citado por E. Sánchez, óp. cit., p. 631 (énfasis mío).

⁷⁴ Jacques Leenhardt (en su seminario sobre “El paisaje en la literatura y el arte”, EHESS) señala que la idea de la armonía se refiere a la relación que se establece entre el sujeto

categorías coloniales salen a flote: se perfilan en primer plano. El segundo corolario de la visión romantizada de la naturaleza pródiga y exuberante es que la enorme diversidad de su estratigrafía biogeográfica, de sus climas y sus paisajes, representa sobre todo un potencial económico: son reservas de recursos. Las escenas de la naturaleza son aquí “el teatro más importante para que el vapor, el comercio, la minería i la inmigración hagan de un pueblo desierto una Nación opulenta y poderosa”. Es decir, el teatro para la puesta en marcha del proyecto nacional, entendido éste como la base social y política necesaria para implementar el sistema de producción y de intercambio de bienes sobre el cual reposa históricamente la existencia de los estados nacionales en el marco del desarrollo del sistema mundial moderno. Para poner en marcha lo que se ha llamado una “economía nacional”, que sería la base para la integración de la nación; para su integración interna y para su integración a los mercados internacionales globales. Esta economía es, además, el medio de elevar de las tinieblas de la barbarie lo que Caldas llama el “pueblo bajo”; es el medio para transformarlo en “las manos de hombres libres” con las que sueña Humboldt frente a las riberas del Orinoco.

La articulación ideológica de la estética y la ciencia adquiere, en el marco de esta concepción, un significado específico. Lo que aquí se estetiza y se erotiza, al mismo tiempo que se clama por su reconocimiento técnico y científico, es la naturaleza como conjunto de recursos, la naturaleza en cuanto potencial, en cuanto reserva de riqueza. En ese escenario, lo salvaje, los salvajes y las selvas sólo podían verse —de nuevo dentro de una relación de oposición— a la vez como oportunidad (de recursos desconocidos y abundantes, de mano de obra explotable y barata) y como obstáculo al progreso.

El coronel Codazzi lo expresa abiertamente en su *Informe sobre el río Meta* (1851),⁷⁵ en el que concluye que “dos grandes obstáculos se oponen en esa provincia a su desarrollo, que son el clima y los indios”. En la *Jeografía Física y Política*, a propósito de la región del Río Minero, cuenta que “las pocas familias que allí

contemplativo y el espectáculo de la naturaleza. Entre un punto de vista y un objeto configurado de tal manera que retenga esa mirada. El término *universal* significa, en realidad, en éste, como en la mayoría de los casos, occidental.

⁷⁵ Citado por Sánchez, óp. cit., p. 404.

habitan sufren de continuo fiebres intermitentes, pertinaces, que degeneran en hidropesía y en otras enfermedades peores”. Y augura que “pasarán siglos antes de que el hombre haya descuajado aquellas vastas y solitarias tierras, desaguardo pantanos y ciénagas que las hacen mortíferas y transformándolas en abiertos campos modificados por la agricultura y vivificados por el comercio”.⁷⁶

Los mismos temas se retoman en la geografía del general Tomás Cipriano de Mosquera, que éste escribe para “dar cumplimiento á las intenciones del gobierno, y alguna forma, menos imperfecta, á estos primeros trabajos geográficos sobre los Estados Unidos de Colombia”. Vuelve con esta aspiración al país ideal de Caldas, quien había escrito su “Estado de la geografía del Virreinato” precisamente reconociendo que la mayor parte del territorio era desconocido, aunque ello no le impide describirlo ni categorizarlo. Mosquera hace eco casi literal al discurso de Caldas:

Este conjunto de productos tan variados y de riqueza en todos los reinos de la naturaleza es tal, que *parece una pintura poética para el que no ha visitado aquellas vastas regiones* [...] Colombia posee la vigorosa vegetación del Brasil, ricas minas de oro como las de California y de plata como el Perú. Sus minas de esmeraldas son únicas y las mejores conocidas de platino. En sus riberas se pesca el carei, perlas como en el Oriente, y tiene climas análogos para todas las razas, sin sufrir los hielos del norte i los abrasadores calores de Senegal (p. 303). [...] difícil es pues dar una idea de general de este inmenso y magnifico conjunto de vegetales, de formas, dimensiones y estructuras tan distintas (p. 217). [...] Sin embargo al echar una ojeada sobre las plantas que allí viven y señalar los elementos mas conspicuos, es útil dividir el país en varias zonas, mas o menos bien caracterizadas por si mismas. La división que se presenta más facialmente al espíritu y que no carece de exactitud, es la que el uso popular ha consagrado bajo los nombre de *tierra caliente, tierra templada y tierra fría*, o zona cálida templada y fría. (p. 218) [...] Qué posición mas ventajosa hay en el mundo capaz de compararse á la de Colombia? Creemos que ninguna. Con puertos a los mares Atlántico y Pacífico, dueña de los istmos de Panamá y Darién para unir los mares en una edad no muy

⁷⁶ *Jeografía física y política de las provincias de la Nueva Granada por la Comisión Corográfica, bajo la dirección del Coronel Agustín Codazzi, 1957-1959, p. 217.*

lejana, por canales, y entre tanto facilitar por caminos de hierro el comercio en el mundo. País minero y agrícola al mismo tiempo, y tan variado en sus climas y en producciones como los valles, hoyas, mesas y montañas que forman el conjunto (p. 301). [...] Si nuestros conciudadanos, olvidando las pasiones que destruyen las repúblicas hispanoamericanas, consagran sus esfuerzos y nos ayudan a dar impulso á la apertura de caminos y navegación al interior de los ríos, este país será de los mas felices del universo. (p. 302)⁷⁷

La que “parece una pintura poética para el que no ha visitado aquellas vastas regiones” no es otra que el cuadro que presenta el conjunto de sus riquezas y potenciales comerciales: las que pueden hacer de este país uno de los más felices del universo. La cualidad estética está directamente vinculada con la cualidad de la civilización y del comercio en marcha. Por lo demás, se aclara aquí el sentido de los “baldíos” que predominó en el siglo XIX: tierras salvajes, no habitadas, llenas de riqueza, dispuestas para ser explotadas, poseídas, penetradas. Para hacer realidad esta visión, era necesario preservar la división del trabajo que se había consolidado con la ocupación colonial.

Como se ha visto, en el caso de la Nueva Granada no fueron específicamente las variaciones fenotípicas del color de la piel (que probablemente eran difíciles de precisar entre los “libres de todos los colores”) las que se vieron transformadas en una estratificación social, sino su identificación geográfica. Es esta clasificación la que subyace a la concepción de diversidad en Colombia y da cuenta del “carácter” de las diferentes unidades geográficas que la constituyen como “país de regiones”. La identidad nacional colombiana está basada desde entonces, y éste constituye el tercer corolario del mito fundacional de la naturaleza exuberante de la nación, en la existencia de múltiples identidades regionales. Esta clasificación tiene el poder del doble registro con el que se concibe, pues se ve a la vez como un fenómeno natural y cultural. El principal signo que marca estas identidades es la posición que cada una de éstas ocupa en la estratigrafía biogeográfica, que dio, por lo demás, legitimidad científica e institucional a una nueva lectura de la función de las castas: de acuerdo con

⁷⁷ T. C. de Mosquera, *Geografía general, política, física y especial de los Estados Unidos de Colombia dedicado al Congreso General de la Unión*, 1866.

ella se define el papel de los grupos regionales en lo que se puede considerar como una división nacional del trabajo. Se definen así quiénes, por representar un obstáculo, podrán ser desechados; quiénes podrán estar al servicio de la nación (es decir, quiénes, en su nombre, podrán poner el sudor de su frente y ser carne de cañón), y quiénes, en nombre de la luz de la razón, podrán guiar sus destinos.

De esta manera, el énfasis en aquello que exhorta a poner a andar el rodaje para la explotación económica del potencial contenido en la naturaleza, se ve siempre acompañado de la celebración y la legitimación del único grupo humano capaz de abanderar esa cruzada, es decir, la de los pueblos emprendedores herederos de la Europa temperada: los criollos y los mestizos de la montaña. Toda esta dimensión aparece en la argumentación que hace José María Samper sobre

Cuáles son las causas que más directamente influyen sobre la conservación del lenguaje, en su riqueza, nobleza y pureza tradicionales; en los progresos de la literatura, de tal suerte combinados que ésta tenga su carácter propio, esté depurada en su gusto y sea de fecundos resultados; y en el desarrollo particular de la poesía como expresión del ideal y de las facultades imaginativas y artísticas de la sociedad?⁷⁸

Samper comienza por el reconocimiento de que de España heredamos los que él considera los cinco rasgos de toda nacionalidad: lengua, religión, tipo físico, sentido moral e instituciones sociales. Sin embargo, advierte que el factor principal de América española es su situación tropical. Considera que la vastedad del territorio y la presencia de las cordilleras han sido aquí los principales obstáculos para la inmigración y el intercambio con Europa: “Es un vastísimo país [...] destinado a un aislamiento relativo, no obstante su prodigiosa riqueza natural y su feliz situación geográfica en medio de dos grandes océanos y entre el Amazonas y el Orinoco”. Retoma el argumento de la insalubridad, fermento y exuberancia de las tierras calientes, que marcan las provincias litorales frente a la benignidad de las regiones interiores. Afirma:

⁷⁸ “Discurso de Recepción en la Academia Colombiana”, 1953 [1860].

[...] estas condiciones físicas de Colombia han determinado, salvo en algunas notables excepciones, la aglomeración de lo más sano, inteligente, robusto y vigoroso de su población en las altas mesetas, las vertientes y montañas y los ricos y amenos valles del interior, generalmente secuestrados del tráfico frecuente con el mundo comercial y de gran movimiento de la civilización.⁷⁹

Termina concluyendo que el mundo exterior nos conoce muy poco y se nos aprecia “casi únicamente por la grandiosa y rica naturaleza que nos rodea y que nos oprime con la inmensidad de su poder”. Esta naturaleza que,

[...] nos ha convidado sin cesar a la contemplación de lo bello y lo grande y nos ha penetrado con sus misteriosos efluvios de inagotable poesía [...] Esa imponderable red de torrentes que se desploman de nuestras montañas, asordando con sus cataratas y cascadas a las brisas de los bosques; esa vegetación maravillosamente variada que reviste las brañas, las campiñas y los valles con todos los colores del iris y toma todos los tamaños y formas posibles, desde lo enano, adormecido y crespo de los fríos páramos hasta lo gigantesco y exuberante de las selvas ardientes; esos dilatados valles donde innumerables ríos y riachuelos bañan con cristalinos pies los pies y el regazo de Flora, ebria de perfumes y palpitante de amor; esas llanuras de oriente, que con sus vastísimos horizontes provocan a soñar con lo perdurable y lo sublime; esas cordilleras de incomparable majestad y riqueza que se bifurcan, se dividen y ramifican en serranías que asombran la mirada, señoreadas algunas por lomos y cúpulas de inmaculada blancura y resplandecientes aspectos; ese frecuente rugir de los volcanes y de las tempestades que agitan nuestras cordilleras; ese cielo profundamente azul en cuyo fondo brillan los astros de ambos hemisferios con un esplendor desconocido en otras regiones: todo esto, tan grande, tan bello, tan maravilloso —himno inmenso del Divino, del Eterno Poeta, del Artífice que dio vida a lo Infinito y se recrea sin cesar en la sempiterna vida de su obra inefable— todo esto ha hecho de los colombianos un pueblo de poetas.⁸⁰

⁷⁹ *Ibíd.*, pp. 187 y 189.

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 191.

Las imágenes de la naturaleza que Samper celebra aquí recorren nuevamente las vistas deshumanizadas de Humboldt: los saltos, las planicies, los volcanes. Todo ese recorrido por las escenas de la naturaleza lo conduce a una curiosa conclusión: esta naturaleza estetizada hace de los colombianos un “pueblo de poetas”. A imagen y semejanza del Eterno Poeta. Samper reconoce aquí a los colombianos como sujetos capaces de compartir la sensibilidad estetizante de la naturaleza, es decir, sitúa a los colombianos en el ámbito de lo civilizado. Lo que constituye, sobre todo, una maniobra de exclusión, en la medida en que ello equivale a reconocer como colombianos únicamente a aquellos espíritus cultivados que puedan ser enaltecidos por esa sensibilidad. Pues, precisamente, sólo pueden ser poetas los dignos herederos de la nacionalidad tal como él la define, es decir, la élite ilustrada que comparte los valores de la sensibilidad europea y sus saberes. Samper da aquí un giro interesante al subrayar de manera tajante el contenido cultural que se requiere para ser ciudadano, que implica la pertenencia a una casta: a aquella casta capaz de leer la naturaleza y la naturaleza de las cosas de acuerdo con la tradición europea de lectura del paisaje. La *pintura poética* del paisaje. Ya Mosquera ha develado el contenido de civilización y comercio que esta visión implica.

En su obra *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, Samper establece la capacidad para comprender el proyecto revolucionario en América (entendido éste como la capacidad de introducir reformas ilustradas, liberales, laicas), de acuerdo con la “topografía, la tradición, la condición social”. Relaciona todos estos factores con el nivel de contacto y de relación de los grupos con los centros civilizados de Colombia y los del resto del mundo.⁸¹ Este énfasis en las ideas difusionistas de la geografía de la civilización tiene una consecuencia política, que está en la base de la confrontación que ha existido tradicionalmente en Colombia entre los partidos Conservador y Liberal. Antes de que éstos se constituyeran formalmente como tales, en 1848, los partidos que los antecedieron se denominaban Partido de la Montaña y Partido del Valle, respectivamente.⁸² El Partido de la Montaña se

⁸¹ *Ensayo sobre las revoluciones políticas i la condición social de las Repúblicas colombianas (hispanoamericanas)*, 1861, p. 139.

⁸² De acuerdo con el reporte del capitán Charles Cochrane de la Marina Británica, en *Journal of Residence and Travels in Colombia*, 1825, vol. 2, pp. 81-84. Fue Erna von der Walde quien me llamó la atención sobre este hecho.

identificaba con la estratigrafía topográfica de las castas de Caldas, con el centralismo andino y con los valores morales y religiosos de la tradición hispana, y de él surge el Partido Conservador. El Partido del Valle, del que surge el Partido Liberal, estaba identificado con las ideas ilustradas, igualitarias y los intereses laicos y liberales de *laissez faire* y de autonomía, sobre todo de aquellas regiones que, como la costa Caribe, los Santanderes o el Valle del Cauca, estaban más en contacto con el comercio metropolitano. Cristina Rojas afirma que la distinción regional, así como la separación entre liberales y conservadores, se formaron en buena parte alrededor de diferencias de clase y de raza: en las elecciones de 1848 los liberales ganaron en los lugares donde predominaban los negros y mulatos, por lo que el Partido Liberal se asociaba con el movimiento negro.⁸³ Resurgen aquí los viejos principios de la geografía colonial.

El ensayo de Samper ilustra claramente cómo queda establecido el orden de las cosas: los llamados a ejercer la democracia y la ciudadanía, a manejar el destino de la patria y a identificar los intereses de la nación, solamente son aquellos iniciados en el mundo de las letras y la poesía. Es decir, todos aquellos que se ubican en el mundo de la cultura y la civilización, en contacto con los centros ilustrados; a una distancia contemplativa de todo lo que queda rezañado y confinado en el mundo de lo natural, que incluye las castas sujetas al designio de la naturaleza abrasadora. Al tiempo, este círculo exclusivo es el llamado, no sólo a verse asombrado y conmovido por esa naturaleza, a deleitarse con ella y disfrutarla; sino a elevarse por encima de ella: a nombrarla, delimitarla, categorizarla, de acuerdo con una tradición letrada y estetizante que la desliga de su historia. La élite criolla, desde las alturas de los Andes, se concibe a sí misma como árbitro de un designio, al establecer la condición de posibilidad para disponer de todo cuanto cabe en la categoría de natural.

La imagen de la naturaleza rica y abundante construida, evocando a Humboldt, por los políticos geógrafos del siglo XIX sigue fondeando en las aguas de la vida política colombiana. En el suplemento especial “Economía Positiva”, editado por el diario *El Tiempo* el 31 de mayo del 2001, los economistas más reconocidos hacen un análisis de los factores que permiten (según ellos)

⁸³ De acuerdo con el reporte del capitán Charles Cochrane de la Marina Británica, en *Journal of Residence and Travels in Colombia*. 1825, vol. 2, pp. 81-84.

tener una mirada optimista sobre el futuro de la economía colombiana. Casi todos reiteran que “nos hemos tenido que enfrentar no solamente al desorden público sino también a una geografía agreste”, e, ineludiblemente, destacan los recursos: “el más rico y abundante es, por supuesto su naturaleza. En ella tenemos tierras y aguas, diversas fuentes de energía, muchos minerales, la segunda biodiversidad del planeta y una excelente localización geográfica, particularmente su cercanía al mercado más grande del mundo, los Estados Unidos”.⁸⁴ Cabe preguntarse si la porción sumergida que este iceberg tenía hace dos siglos sigue tan campante como su cima.

⁸⁴ En palabras de Santiago Montenegro, ex director del Departamento Nacional de Planeación, en su artículo “Naturaleza rica y abundante” (p. 11). Véanse también los artículos de Antonio José Ardila, vicepresidente de la Organización Ardila Lülle; de Gabriel Rosas Vega, ex ministro de Agricultura, o de Guillermo Perry, ex ministro de Hacienda, en el mismo suplemento.

4. La imaginación geopolítica

*A esta pobre patria no la conocen sus propios hijos,
ni siquiera sus propios geógrafos.*
José Eustasio Rivera, *La vorágine*

En su libro *Geografía y destino*, el coronel Bahamón Dussan, del ejército colombiano, propone una representación geopolítica del país que sintetiza bien la visión territorial que ha sido la mira de la acción del Estado nacional. Esta visión se configura a partir de la hipótesis según la cual, en palabras del coronel, “en nuestro país no se ha ajustado lo político a lo geográfico y este comportamiento ha obstaculizado el desarrollo nacional”. Más adelante, el coronel concluye que en el caso colombiano “el ‘territorio’ es más grande que la ‘nación’ y la ‘nación’ es más grande que su gobierno”.¹ Con esta idea están de acuerdo numerosos analistas de diversas tendencias. La noción de que “Colombia, como habría dicho Hegel, es más geografía que historia”² es un presupuesto bastante generalizado.

¹ Coronel A. Bahamón Dussan, óp. cit., pp. 23 y 75.

² H. Gómez Buendía, *¿Para dónde va Colombia?: un coloquio abierto*, 1999, p. 18, libro que recoge los primeros resultados del proyecto “Conocimiento, desarrollo y construcción de una sociedad: una visión prospectiva para Colombia”. Este proyecto, financiado por Colciencias, fue orientado por dos ex presidentes, uno liberal, Alfonso López, y otro conservador, Belisario Betancur, y por Miguel Urrutia, gerente del Banco de la República. En él participaron varios reconocidos académicos.

En palabras de J. J. González, “Colombia es un país cuyo territorio es más grande que la nación y cuya sociedad es más fuerte que el propio Estado”.³ Por su parte, la historiadora M. T. Uribe de Hincapié asegura que “el territorio virtual de la nación colombiana ha sido siempre más amplio, más grande y más extendido que aquel efectivamente controlado por los recursos institucionales del poder público”,⁴ e identifica como problema central el hecho de que “no existe una soberanía única, reconocida y universal en el territorio de la nación” capaz de garantizar la ciudadanía y los derechos de los actores sociales (p. 477), es decir, la democracia. Dicho en otras palabras, la incapacidad del Estado colombiano para consolidar, controlar y asegurar el territorio nacional ha sido uno de los principales —sino el principal— obstáculos para el logro de sus grandes ideales: construir una nación capaz de garantizar el desarrollo y la democracia. El historiador Fernán González lo sintetiza bien:

Partiría de enmarcar los actuales problemas dentro del proceso histórico, contradictorio, a veces violento de *ocupación de un territorio, de formación de una nación y de construcción de un Estado Nacional*, que está lejos de haber concluido. Este proceso incompleto y parcial está en la base de la precariedad del Estado, de la escasa legitimidad de sus instituciones y de la falta de consenso general sobre los valores pluralistas y democráticos.⁵

De acuerdo con la concepción de la nación implícita en estas afirmaciones, para su conformación se hacen necesarias la integración territorial y su apropiación efectiva por parte del Estado. Dejando de lado las preguntas sobre qué viene primero, si el huevo o la gallina, para cada una de estas relaciones, la identidad entre nación-territorio-Estado se concibe como una

³ J. J. González, *Espacios de exclusión: el estigma de las repúblicas independientes, 1955-1965*, 1992, p. 26.

⁴ M. T. Uribe de Hincapié, “Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos?”, 2000, p. 460.

⁵ F. González, “Un país en construcción”, 1989, p. 18 (énfasis mío).

verdad de Perogrullo, en cuyo marco el proyecto nacional se entiende como la puesta en marcha de una nación-como-Estado.⁶

El territorio nacional corresponde al área que fue configurada por la ocupación colonial, consagrada por medio del reivindicado principio del *uti possidetis*.⁷ Sobre este territorio se había consolidado lo que Antonio Annino ha llamado una soberanía de tipo mixto con amplias autonomías regionales, donde, “desde el punto de vista de los criollos, e incluso del componente indígena de las *Repúblicas*, esta debilidad se interpreta como un reconocimiento de la práctica de la justicia de acuerdo con códigos de comportamiento locales”.⁸ De manera que, a partir de la Independencia, se consolidan simultáneamente dos ideas aparentemente contradictorias: la de la existencia naturalizada de un territorio nacional cuyos límites desbordan el área efectivamente controlada por la ocupación colonial; y la noción de que, como lo plantea Múnera,⁹ “la Nueva Granada no existió nunca como una entidad política unificada sino como un fragmentado conjunto de regiones autónomas en conflicto”.

Orlando Fals Borda, académico, quien fue director y uno de los principales gestores de la Comisión de Ordenamiento Territorial, afirma:

⁶ La centralidad de la nación-como-Estado se ve consolidada —y reificada— en los escenarios internacionales. Resulta ilustrativo al respecto el debate acerca de la creación de un Estado para la nación Palestina, que se define fundamentalmente como un territorio. Cf. *New York Times*, 14-06-02. Precisamente, la desterritorialización en el mundo contemporáneo, en la lógica del Imperio (en el sentido de Hardt y Negri, óp. cit.), requiere la base territorial de los espacios nacionales.

⁷ “La fórmula principal acordada para definir [el territorio nacional], establecida por la Ley Fundamental de Colombia de 1819 y por la Constitución de 1821 fue la del *uti possidetis 1810*, es decir el principio según el cual el país estaba integrado por aquellas partes que se poseían en el año de la declaración de Independencia”. E. Sánchez, óp. cit., p. 64.

⁸ “Soberanías en lucha” 1994, p. 231. Annino añade que “la monarquía católica consiguió durante tres siglos asegurarse la lealtad de un conjunto heterogéneo de territorios gracias a una práctica acordada de justicia, uno de los atributos de la soberanía. Por diversas razones este aspecto se desarrolló con mucha eficacia en las Indias, donde el modelo de un estado mixto se consolidó fuertemente gracias al desarrollo de amplias autonomías territoriales y corporativas”. Ibíd.

⁹ A. Múnera, óp. cit.

[...] si hay alguna cosa que le han enseñado a uno en la escuela es que Colombia es un país de regiones. En efecto, en el siglo pasado se determinó que había alrededor de ocho regiones autónomas entre las cuales no había comunicación [...] cada región era muy independiente y por eso se desarrolló en cada región su propia cultura, su propia manera de hablar, su manera de comer y sus creencias. Los paisas son muy distintos de los costeños y de los santandereanos, etc. Desde entonces la región ha adquirido una personalidad y una fuerza que caracteriza a Colombia como país.¹⁰

Se encuentra aquí una clara resonancia con uno de los corolarios de mito de la naturaleza profusa y exuberante de la nación, así como con la noción del aislamiento interno de la América equinoccial enfatizada por Humboldt, que implica la diversidad de lenguas y de culturas. La idea de fondo, de acuerdo con Fals, es que para avanzar, para llegar a “la paz y el progreso”, para ser una verdadera democracia y alcanzar la prosperidad, el país de las ocho regiones aisladas debe unificarse y ser concebido “no como una república federal sino como una república regional, como una unión de regiones”.¹¹

De manera concordante, el coronel Bahamón propone que es necesario adelantar “la regionalización como la manera científica de optimizar los esfuerzos del Estado en todo nuestro ámbito geográfico”,¹² y retoma la idea del general Julio Londoño, autor de una *Geopolítica de Colombia* en 1948, quien afirmaba desde entonces:

[...] sólo una valerosa rectificación de nuestros límites políticos internos por dura y difícil que pueda aparecer, y por arrogantes que sean los intereses que a ello puedan oponerse, podrá dar al país su verdadera fisionomía, proporcionar la simplificación de sus problemas nacionales y aprovechar integralmente el esfuerzo que ahora se hace para conseguir su progreso y engrandecimiento.¹³

¹⁰ “El ordenamiento territorial: perspectivas después de la Constitución de 1991”, 2000, p. 156.

¹¹ *Ibíd.*, pp. 156 y 158.

¹² *Ibíd.*

¹³ Citado por Bahamón Dussan, *óp. cit.*, p. 172.

La propuesta de Fals y de los militares, no es novedosa. Ha estado siempre implícita en todas las iniciativas de organización político-administrativa de la República. Las mutaciones de las divisiones espaciales (a través de figuras como las de provincias, estados, departamentos), cuentan la historia del proyecto nacional de ocupar y controlar efectivamente todo su territorio a través de la práctica de un ordenamiento de tipo zonal. Ha estado orientado a garantizar y facilitar la *integración nacional*, que, en últimas, se puede definir como la puesta en marcha de una *economía nacional* que integraría el país internamente y con el mundo.

La imposición del orden zonal nace, de acuerdo con Michel Foucault, para controlar la plaga que aparecía relacionada con los problemas de contaminación implícitos en las mezclas indiscriminadas de gentes y actividades. Para separar y ordenar se pone en juego el poder de la disciplina, que es el poder del análisis.¹⁴ La zonificación constituye una de las nociones básicas de la planificación moderna, de acuerdo con la cual es posible racionalizar las actividades y comportamientos sociales a partir de la fragmentación y jerarquización del espacio y del tiempo donde dichas actividades y comportamientos tienen lugar. Se trata de enmarcar las actividades en un horario y de dar “un lugar para cada cosa y a cada cosa su lugar”; es decir, un área para cada función y una función para cada área, de acuerdo con su importancia. Así, la administración y el control de la vida de un país (o de una región, o de una ciudad), se comprende en términos de un número limitado de funciones (v. gr. gestión, control y vigilancia, recaudación de impuestos), que deben ser organizadas y jerarquizadas como áreas mutuamente excluyentes. Espacialmente, la organización de la administración pública se centra en el ejercicio de la zonificación.

Este ejercicio de orden (nunca totalmente consumado, por lo demás) representa la continuidad que la República da a la lógica de la organización espacial que impuso la dominación colonial en América. El proyecto urbano en el que se basó la ocupación espacial de la América hispánica partió de la visión horizontal del territorio. Esta visión surge de la cartografía como pivote del conocimiento geográfico. Se trata de la visión superior, totalizadora de la realidad, desde el punto de vista del ojo teórico, que, al igual que el ojo divino,

¹⁴ M. Foucault, *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, 1979, pp. 200 y ss.

ordena la realidad sobre la superficie en blanco escogida para implantar su poder demiúrgico. A partir de este punto de vista, el ojo imperial decide qué aparece y se nombra, y qué no aparece, para ser condenado a la inexistencia. Decide además qué importancia relativa tiene lo que se incluye.

La visión horizontal-cartográfica impuso cuatro criterios de orden territorial, cuyos trazos siguen vigentes. Primero, la presencia metropolitana y su control territorial, expresados particularmente a través de los ejes de comunicación establecidos para facilitar las actividades extractivas y comerciales. Segundo, el principio estratigráfico que opone las “tierras altas” a las “tierras calientes”, que se concibe, como lo expresaron Humboldt y los políticos geógrafos del siglo XIX, tanto desde el punto de vista natural como desde el punto de vista cultural. Tercero, la homogeneización de las superficies representadas, que tiene el efecto retórico de mostrar las zonas no enlazadas por la urdimbre vial oficial como un vacío en el cual la misma geografía deja de existir; y cuarto, la segmentación del territorio con base en el principio de las capitulaciones, es decir, el derecho privativo de conquistar, controlar y explotar un territorio y sus habitantes.

De acuerdo con estos criterios, sólo se conciben como “integrados” aquellos territorios debidamente articulados a la red vial oficial, lo que permite la circulación de mercancías y su control militar. De allí resultó la consolidación de un eje central en el sentido sur-norte a lo largo de la cordillera, que concentra la infraestructura vial de primer orden y al tiempo canaliza y orienta los flujos e intercambios articulándolos a la región andina, y conectándolos con el río Magdalena y los puertos del Caribe a lo largo y a través de la región andina, conectándolos, a través del río Magdalena y los puertos del Caribe, con la metrópolis.¹⁵ La consolidación de este eje central andino del país refleja evidentemente el hecho de que las zonas de “temperamentos templados” de las cordilleras se han visto favorecidas, privilegiando su “articulación” y su “desarrollo”, excluyendo la mayor parte de las tierras bajas, que en general aparecen como verdaderos “blancos en el mapa”. F. Zambrano lo expresa cuando se refiere a la

¹⁵ Cf. S. Jaramillo y L. M. Cuervo, *La configuración del espacio regional en Colombia: tres ensayos*, 1987, y F. Zambrano y O. Bernard, *Ciudad y territorio: el proceso de poblamiento en Colombia*, 1993.

[...] relación entre las tierras altas densamente pobladas y las tierras bajas de amplios espacios por ocupar, [que pone] en evidencia la tensión larvada que existía entre el espacio nacional integrado y los espacios difusos o discontinuos, comprobando la permanencia de la lógica de inclusión/exclusión que ha existido en toda la historia nacional, donde [...] el Estado ha seguido aplicando el principio de funcionar paralelamente con áreas centrales de alta cohesión central y articuladas a la nación, y con espacios de exclusión de poca cohesión social y una débil articulación a la nación, esquema que se convierte en caldo de cultivo que va a dinamizar los conflictos.¹⁶

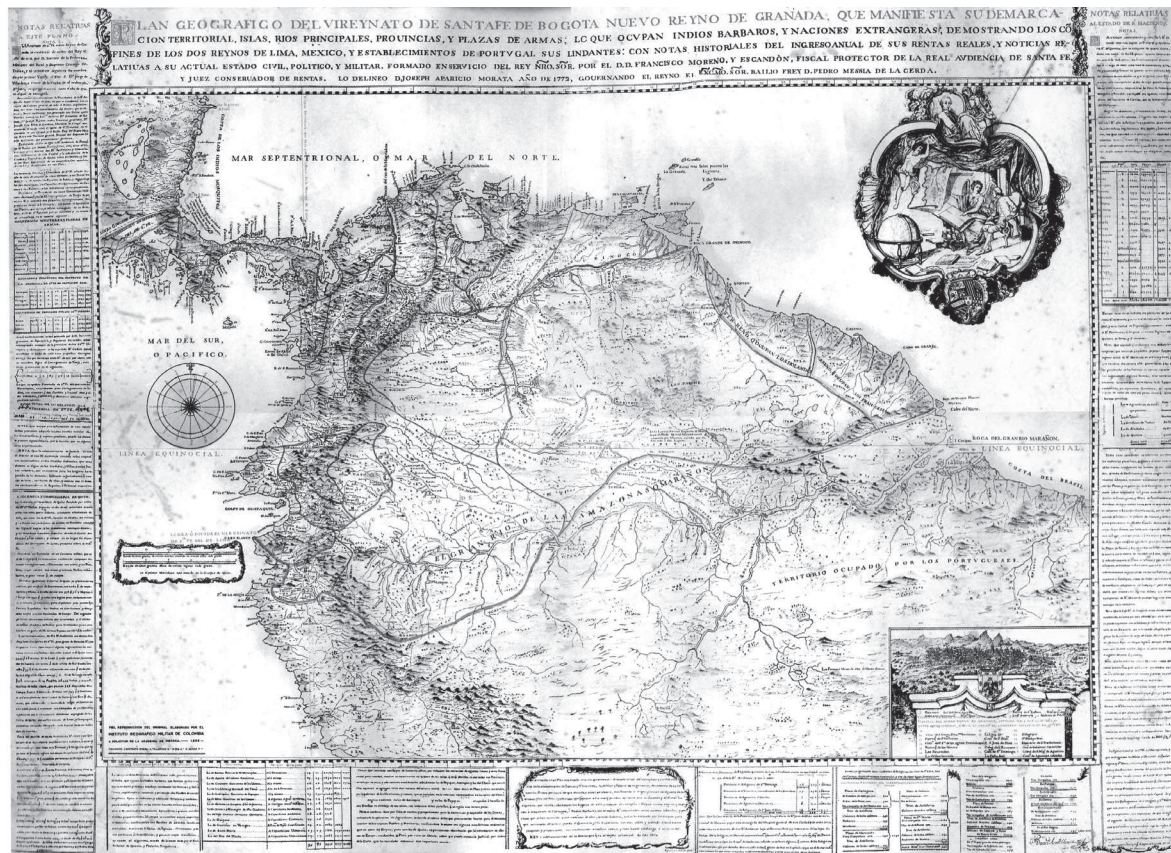
Por su parte, las divisiones político-administrativas han heredado, en muchos de sus trazos actuales, las reparticiones territoriales que se originaron con las capitulaciones coloniales¹⁷ (mapas 4 y 5). El interés por mantener los privilegios que éstas implicaban¹⁸ fue el primer factor de agrupación de las élites. Las “regiones” se consolidan, en buena medida, alrededor de la defensa de los intereses económicos y territoriales por parte de las élites en su pugna por mantener una posición en el mercado y en el concierto nacional.¹⁹ La división territorial, sobre la que se erigió el proyecto nacional, generó una desigualdad de las élites regionales —en la que juega, de nuevo, la oposición entre tierras altas y tierras bajas—, que han tenido un acceso diferenciado al tesoro nacional y a la toma de decisiones en el ámbito público. Clemente Forero, académico y exdirector del Consejo Nacional de Planeación, señala, en su recuento de la historia de la descentralización en Colombia, cómo en la Constitución de 1886, surgida de la unión

¹⁶ Fabio Zambrano, “Presentación”, en J. J. González, óp. cit., p. 8.

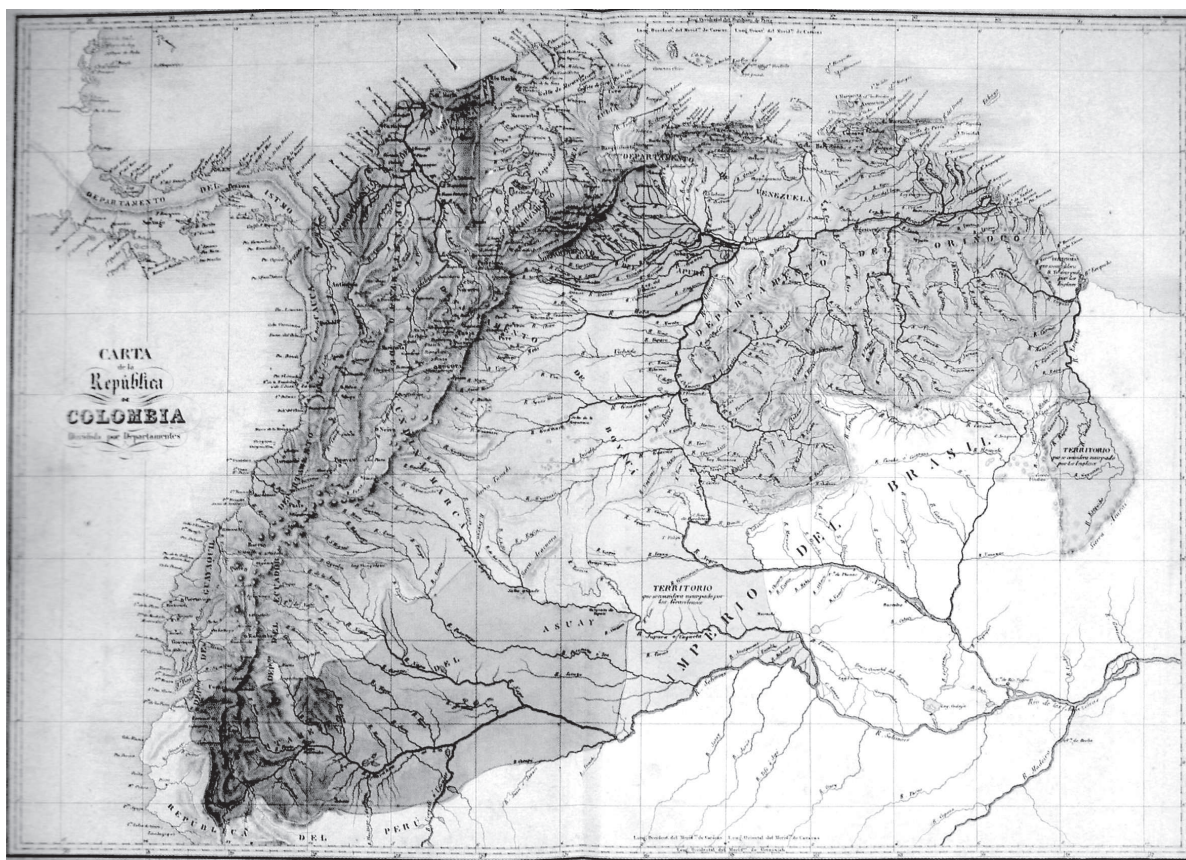
¹⁷ La semejanza del *Mapa de los Estados Unidos de Colombia* (1864) con el del *Plan Geográfico del Virreinato de la Nueva Granada* (1772) lo ilustra claramente.

¹⁸ Al igual que los privilegios derivados de figuras coloniales como las mercedes de tierras, mitas y encomiendas.

¹⁹ Hay varios trabajos que lo ilustran claramente; por ejemplo, M. Palacios, “La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica”, 1980; E. Posada Carbó, “Estado, región y nación en la historia de la Costa Atlántica colombiana”, 1988; A. Múnera, óp. cit.; G. Bell, “Conflictos regionales y centralismo”, 1988.



Mapa 4. “Plan geográfico del virreynato de Santafé de Bogotá, Nuevo Reyno de Granada, que manifiesta su demarcación territorial, islas, ríos principales, provincias y plazas de armas”, 1772



Mapa 5. “Carta de la República de Colombia dividida en departamentos,” Agustín Codazzi, *Atlas físico y político de la República de Venezuela* dedicado por su autor, el Coronel de Ingenieros Agustín Codazzi al congreso constituyente de 1830, Caracas, 1840

[...] no por casualidad, de un costeño y un *cachaco* (bogotano), Caro y Núñez²⁰ [...] se le otorga al ejecutivo gran poder por encima del legislativo y el judicial. Dentro de este arreglo se le confirió al poder legislativo, a los senadores y los representantes a las cámaras, la función fundamental de mantener la vinculación entre las regiones y la esfera nacional [...] muy rápidamente nuestros parlamentarios pasaron a ser los instrumentos de un sistema que un siglo más tarde se llamaría de clientelismo.²¹

El problema de la organización territorial ha estado, por ello, estrechamente ligado al de la descentralización administrativa, que no es otra cosa que el acceso a las decisiones sobre los recursos nacionales. Forero destaca cómo las medidas de descentralización se centran en definir quién toma la decisión sobre la inversión, la transferencia, las rentas y el recaudo de los recursos públicos.²² Así, tras la idea del ordenamiento territorial, de la regionalización, lo que está fundamentalmente en juego es, a través del control de los recursos (económicos y de poder) del Estado, la toma de decisiones acerca de la inversión de capital y el aprovechamiento de los recursos regionales. De la misma forma, tras la idea de la integración nacional, lo que está en juego es la expansión de la economía de mercado para abarcar grupos y lugares cada vez más distantes.

La “nación” se ha visto entonces enfrentada a la necesidad de poseer un territorio que, de hecho, no ha podido efectivamente abarcar; que desconoce, pero que valora desde el punto de vista estético, científico y comercial. Que valora sobre todo como un potencial. En el marco del Proyecto Nacional, se ha naturalizado paralelamente con la idea de un territorio nacional la idea de unos “territorios nacionales”,²³ en los que se recrea la idea de una “frontera” salvaje

²⁰ Se refiere a Miguel Antonio Caro y a Rafael Núñez, quienes eran representantes de los partidos Conservador y Liberal, respectivamente.

²¹ “Descentralización y ordenamiento territorial”, 2000, p. 141.

²² *Ibíd.*, pp. 144 y ss.

²³ Así se llamó desde finales del siglo XIX al conjunto de territorios salvajes y aislados, cuyas condiciones impedían que se administraran como unidades político-administrativas regulares. Cf. A. Acosta Ayerbe, “Aspectos generales de los Territorios Nacionales”, 1975.

donde no ha llegado aún “la mano invisible del mercado” y que debe por ello ser penetrada, ocupada, colonizada y, sobre todo, explotada. Lo anterior queda claro en las propuestas del mencionado proyecto *¿Para dónde va Colombia?*, con relación al problema de la integración nacional, que sostiene como “hipótesis de base [que] los territorios de frontera tienen y tendrán una importancia creciente para el centro: primero, por el peso económico de la minería y, en particular del petróleo; segundo, por el significado internacional de los cultivos ilícitos; tercero por el valor en aumento de las reservas ambientales; y cuarto por la saturación eventual del espacio ocupable”.²⁴

El proyecto geopolítico se podría resumir entonces, tomando prestadas las ideas que propone J. J. González en la resolución de “este secular desequilibrio entre estructura territorial, sociedad y Estado [en el que] está la raíz misma del conflictivo proceso de conformación del Estado Nacional”. Así, la “construcción de la nación” depende en buena medida de la consolidación del “espacio nacional efectivo o integrado, es decir aquel sobre el cual el Estado se despliega con toda su legitimidad”.²⁵ El logro de todo lo anterior depende de “un proyecto de integración nacional que vincule a todas las regiones equilibradamente a su desarrollo” y, sobre todo, que garantice su participación en las políticas macroeconómicas y sectoriales, lo que garantizaría la superación de “la diferenciación entre áreas centrales, vinculadas estrechamente al desarrollo nacional y beneficiarias directas de las políticas de desarrollo asumidas por el Estado, y estas áreas periféricas, marginales o de atraso”.²⁶ Es decir, de un proyecto racional de ordenamiento territorial que sirva de base para la planificación y, en general, para toda la práctica del Estado.

²⁴ Óp. cit., p. 39.

²⁵ Óp. cit., pp. 25-26.

²⁶ Ibíd., p. 35.

La invención de la frontera

El proceso racional de apropiación del territorio se puede comparar con el proceso de posesión implícito en la práctica de la colección. Uno de los principios que guían este ejercicio, que constituye, por lo demás, uno de los actos fundadores de la relación colonial,²⁷ es el de separar el objeto de su contexto específico, cultural, histórico, subjetivo, para situarlo en el marco de un nuevo orden. En este caso, los paisajes y lugares, que son productos sociales gestados a partir de la memoria y la experiencia de grupos concretos, se ven “relocalizados” en el marco de la integración nacional, que busca imponer en el territorio el orden racional de los sistemas de mercado y de los sistemas de interpretación y de manejo que le son inherentes. Así, estos lugares se han visto recontextualizados. A partir del reconocimiento de su ubicación dentro de la economía nacional y de la economía global, es decir, como regiones de reserva potencial de grandes riquezas, estos paisajes y sus habitantes se han convertido en objetos que adquieren una significación particular al ser ubicados en el marco de los procesos económicos de obtención e intercambio de bienes y capital.

En adelante, es la economía de mercado la que define los parámetros de su recontextualización. Se trata de racionalizar y legitimar la apropiación y explotación de estos lugares y sus gentes. La primera operación de esta recontextualización fue su estetización y erotización como paisajes exóticos, como naturaleza tropical exuberante que representa una reserva de riqueza. Una segunda operación tiene que ver con su ubicación dentro de la construcción del proyecto territorial de la nación, es decir, con el significado que se les confiere dentro del territorio nacional, dentro de su concierto regional. Significativamente, la noción que se ha impuesto, como parte de este proceso de “recontextualización”, para categorizar los territorios que históricamente han escapado del proyecto de integración nacional, ha sido la de *frontera*.²⁸ Esta lógica se hace explícita en la definición que propone Catherine LeGrand:

²⁷ Al respecto, véase D. Défert, óp. cit.; S. Stewart, *On Longing*, 1984; G. Stocking, *Objects and Others*, 1985; J. Fabian, *Time and the Other*, 1983.

²⁸ Así lo evidencia la abundante literatura producida por las ciencias sociales dentro de los estudios regionales. Véase el anexo “Bibliografía sobre estudios regionales en Colombia”.

En 1850, buena parte de América Latina estaba inexplorada pues nunca había penetrado en ella la economía colonial. Estas regiones de frontera incluían los desiertos del norte de México, las costas insalubres de América Central, Venezuela, Colombia y Ecuador; la cuenca amazónica, las vastas mesetas del interior del Brasil, la rica pampa argentina y los bosques del sur de Chile. Las zonas de frontera estaban casi deshabitadas y por lo general no pertenecían a la propiedad privada. Eran tierras baldías o públicas pertenecientes al gobierno nacional o local. Con el aumento en la demanda por productos de zonas templadas o tropicales en el mercado mundial después de 1850, y con la extensión de las redes de transporte, muchas regiones de frontera en América Latina comenzaron a adquirir valor económico.²⁹

La noción espacial de frontera tiene una compleja historia de larga duración ligada al proceso mismo de ocupación colonial. Aquí sólo viene al caso precisar algunos aspectos clave del campo semántico que este término moviliza en el proceso de transmutación de los territorios no apropiados por la lógica colonial-moderna en “fronteras internas”.³⁰ El primero de ellos se refiere a la imposición de unos límites unívocos, representados por líneas imaginarias que delimitan porciones de la superficie terrestre. Ésta fue la primera operación realizada por la conquista y la colonización españolas en América. Así, de acuerdo con la lógica de las primeras capitulaciones, se delimitaron capitanías, gobernaciones y virreinos como entidades teóricas sobre una cartografía muchas veces apenas esbozada. De estos límites imaginarios surgieron, en el momento de la Independencia, los territorios de las repúblicas.

Este proceso implicó, como en todo el territorio colonial ocupado por Europa, la negación y la invisibilización de la organización y las categorías espaciales indígenas, de sus redes de interacción, así como de sus formas de manejo de límites y soberanías. La lógica espacial de las sociedades prehispánicas, así como la de las sociedades indígenas contemporáneas, se puede caracterizar más bien por un juego de superposición y traslape, que de demarcación

²⁹ C. LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*, 1988, p. 14.

³⁰ En adelante, al referirme a este fenómeno, y para diferenciarlo del concepto general de frontera, lo haré con F mayúscula: Frontera, o especificaré que se trata de “fronteras internas”.

excluyente, lo que se expresa en fronteras fluidas y permeables y en espacios de soberanías múltiples.³¹ Thongchai Winichakul, en su apasionante libro sobre la invención de Tailandia como un territorio nacional, ilustra ampliamente el proceso semejante que se vivió en el sudeste asiático a partir de la ocupación colonial por parte de Francia e Inglaterra de los territorios vecinos al Reino de Siam.³² La frontera, como concepto espacial colonial, apunta entonces a la existencia de líneas fijas, inequívocas, que perfilan perímetros de carácter excluyente. Esta noción no se ha visto aplicada únicamente a los límites nacionales sino también a los límites culturales, llegando a asociar territorios étnicos con unidades biogeográficas. Un buen ejemplo de ello es, además de la distinción cultural entre tierras altas y tierras bajas, la manera en que se han circunscrito virtualmente ciertos grupos sociales a ciertas áreas delimitadas por factores bióticos o topográficos. Es decir, se supone que existe una correspondencia entre áreas culturales y áreas naturales (entendiéndolas de acuerdo con la clasificación taxonómica de la ciencia colonial-moderna), lo que contrasta con la práctica de la organización territorial de las sociedades aborígenes o de cualquier sociedad, que, contrariamente, lo que buscan es tener acceso a la mayor cantidad de zonas biogeográficas diferentes.

Un segundo aspecto implícito en la noción espacial de frontera es el hecho de que estas líneas demarcadoras se establecen de acuerdo con las nociones tradicionales europeas de comprensión de la historia y de la espacialidad, es decir, siguiendo la lógica de la oposición entre la naturaleza y la cultura. Ello ha tenido varias expresiones. La tradición europea ha establecido desde la Antigüedad un límite que encierra la *terra cognita*, el perímetro del mundo habitado, distinguiéndolo del mundo opaco de los confines, de lo desierto. Así, en *Prometeo encadenado*, los enviados de Zeus deben llevar a su prisionero más allá de los márgenes del mundo conocido, a una tierra lejana, de la que François Hartog señala: “Escitia [era imaginada] como tierra desierta y zona de confín, se consideraba un lugar en el fin del mundo. Fue allá que Poder y Fuerza llevaron a Prometeo para ser encadenado, siguiendo las órdenes de Zeus. ‘Aquí nos encontramos en el suelo de una tierra lejana’, declara Poder, marchando en el

³¹ Como lo ilustran, entre otros, los trabajos recogidos por Ch. Caillavet y X. Pachón (eds.), *óp. cit.*

³² T. Winichakul, *Siam Mapped: A History of the Geo-body of a Nation*, 1994.

país de Escitia, ‘en un desierto sin humanos’”.³³ Esquilo expresa aquí el sentido de la frontera como la demarcación entre el territorio conocido, humano, y la tierra desierta, inhumana.

A. Roger³⁴ ilustra la noción que prevaleció en Europa hasta finales del siglo XVII, de acuerdo con la cual los bosques, la montaña y el mar se concebían como lugares que producían rechazo, miedo y aprensión, y se consideraban como verdaderos “territorios repulsivos”. Las causas de esta fobia no eran solamente objetivas (como el rigor del clima, la esterilidad de los suelos o las dificultades y peligros que presentaban); eran ante todo simbólicas. La montaña estaba ligada a la maldición, el mar era la faz y el vestigio del diluvio y la penumbra del bosque significaba la oscuridad de lo ininteligible. Representaban el mundo de las fuerzas indómitas, del caos y el desorden. Opuestos a la civilización, estos lugares representaban la anarquía y la confusión, frente al orden de racionalidad. La mirada europea proyectó estas condiciones hostiles en ciertos paisajes americanos como las selvas, la alta montaña, las ciénagas o los manglares, y de acuerdo con ella, transformó muchos de estos espacios al imponerles límites político-administrativos o al aislarlos a través de la coacción de barreras de miedo. Así, durante la ocupación colonial, una de las denominaciones frecuentes con la que se hace referencia a las regiones y paisajes que escapaban del control imperial fue la de “confines”: estas regiones se constituían en los “confines del Virreinato”.

E, indudablemente, el sentido más fuerte de frontera es el que se hereda de la experiencia del dominio imperial romano, y se refiere a la confrontación. Dos palabras que tienen, por lo demás, el mismo origen en el término latín *frons-frontis*, en su sentido de frente militar de combate. El principal sentido del término, que lo resume y caracteriza como noción colonial-moderna, es, pues, el que remite al conflicto. Por ello, se marcaron como Fronteras los territorios donde la resistencia indígena y mestiza oponía una barrera militar, un frente, a la ocupación colonial. Así lo evidencia en 1662 don Agustín Rodríguez Nabarro al solicitar la adjudicación de encomiendas de grupos Mocoa y Sucumbío:

³³ F. Hartog, *óp. cit.*, p. 69.

³⁴ A. Roger, *óp. cit.*, pp. 86 y ss.

[...] por ser las dichas de Mocoa y Sucumbíos, *fronteras de indios [ene] migos, rebeldes a la Real Corona* y otros Caribes que inquietan no solo aquella Provincia sino también las de Timaná donde actualmente han hecho correrías y [borroso] que son públicas y notorias y a Vuestra merced le constan todo lo cual necesita del breve y eficaz remedio que procure poner haciéndome la merced que pido con justicia [...].³⁵

En el Informe de don Francisco Silvestre, en 1789,³⁶ se mencionan algunos de los frentes de resistencia indígena y mestiza que se verán perpetuados como Fronteras:

Queda una vasta extensión de terrenos llena de bosques y fieras en que todavía subsisten sin reducirse algunos indios tales son la nación de los *Goajiros* [...] [y la de] los *Chimilas* que se regulan como unos seis mil [...] fundar poblaciones entre ellos sería el modo de asegurarlos, reducirlos a la religión y sujetarlos [...] [al igual que] los *Motilones*. Hay otros hacia los fines de la provincia e inmediateción del río Opón que suelen salir a las margenes de la Magdalena y flechar a algunos. Créese que son reliquias de los *Yariquies* [...] creen otros y yo con ellos que son *forajidos de varias castas y colores* que salen a orillas de la Magdalena, a orillas inmediatas, de tiempo en tiempo a hacer esos insultos. Se trata de hacer una entrada contra ellos conducida por el famoso Plata para exterminar y abrir camino que desde la Magdalena salga a el Socorro.

Ha sido precisamente este sentido —el de la frontera como el frente de la expansión, conquista y dominio colonial— el que ha determinado el ámbito semántico de su uso como Fronteras, que se vio ampliado a “fronteras agrícolas”, “fronteras de colonización”, “fronteras internas”. Así, el conjunto de nociones asociadas al concepto occidental de frontera se vio condensado finalmente en la demarcación espacial de las zonas civilizadas, apropiadas por la administración colonial, y las salvajes, tras las que se expresa la separación de un mundo amenazante sobre el que se proyectan por igual sueños y pesadillas. Muchas de éstas quedaron immortalizadas como

³⁵ Citado por M. C. Ramírez, “Territorialidad y dualidad en una zona de frontera del piedemonte oriental: el caso del valle del Sibundoy”, 1996, p. 117 (énfasis mío).

³⁶ En G. Colmenares (comp.), *Relaciones e informes de los gobernantes de Nueva Granada*, 1989, Vol. 2, pp. 102-104 (énfasis mío).

divisiones político-administrativas, como la separación del piedemonte llanero de los altiplanos cordilleranos, dividiendo en “departamentos” y en “unidades biogeográficas” una región que evidencia una interacción continua desde épocas precoloniales.³⁷ Muchas otras perduraron como fronteras virtuales en el interior del territorio nacional. Ellas constituyen el vehículo a través del cual se traslada a la órbita nacional la noción de la Frontera Imperial, es decir, el área potencial de expansión de la economía metropolitana, la que se vincularía a la órbita de sus mercados en cuanto —y exclusivamente como— periferia.

Esta idea de Frontera se elabora y adquiere sentido en el marco de la historia unitaria del progreso humano. Ello resulta evidente en la definición paradigmática propuesta por el historiador F. J. Turner. Éste construye su interpretación de la gran expansión de la civilización hacia áreas salvajes del Oeste norteamericano con base en la ideología evolucionista del siglo XIX. De acuerdo con él, la historia de la frontera (*frontier*):

comienza con el indio y el cazador; continúa hacia la desintegración de lo salvaje con la entrada del comerciante: el guía de la civilización; después se encuentran los anales de la etapa pastoral de la vida en los ranchos; enseguida viene la explotación de la tierra por medio del cultivo de trigo y el maíz en comunidades dispersas; mas tarde, la aparición de cultivos intensivos acompañados de asentamientos más densos, y, finalmente, aparece la organización manufacturera, en conjunto con los sistemas de la ciudad y la fábrica.³⁸

La definición de Turner, además de pasar a ser un supuesto generalizado, se convierte en un destino. Las Fronteras se han vuelto un objeto social, cultural y geográfico. De cierta manera, se han visto reificadas. Las ciencias sociales las han elaborado a partir de la noción de Turner y del conjunto de trabajos clásicos sobre el Oeste norteamericano.³⁹ Así, A. Hennessy afirma que “una de

³⁷ Cf. C. Langebaek, *óp. cit.*, 2000.

³⁸ F. J. Turner, *The Frontier in American History*, 1962 [1920], p. 11. Cabe señalar que en inglés el término *frontier* hace referencia a la noción de “fronteras internas”, mientras que para hacer referencia a las fronteras político-administrativas usan los términos *border* o *boundary*.

³⁹ Entre los trabajos más citados se encuentran los de Turner, *óp. cit.*, y A. Hennessy, *The Frontier in Latin American History*, 1978. Aparecen también: R. Well, “Frontiers Systems

las características más sobresalientes de la vida de la América española es la permanencia de las condiciones inherentes a la frontera a lo largo de los siglos transcurridos desde la época de la Conquista [...] el meollo de la experiencia histórica en América Latina consiste en la acción recíproca entre la metrópolis y la frontera”. Asegura también que, a pesar de ello, las sociedades en América Latina son “sociedades de frontera que carecen del mito de la Frontera”, que hubiera contribuido a forjar identidades nacionales fuertes, como sucedió en Estados Unidos, donde la experiencia de la expansión de la Frontera forjó la democracia americana y fue central para el *ethos* cultural norteamericano. En América Latina, por el contrario, “no hay Frontera: sólo fronteras”.⁴⁰

El argumento de Hennessy se ha visto tan generalizado y tan naturalizado como la existencia misma de la Frontera. Numerosos autores afirman, como lo hace Marco Palacio, que en Colombia hay una gran “ausencia de mitos e instituciones nacionales por medio de las cuales sea posible tramitar la ciudadanía”. Y uno de los mitos que se reclama, en particular, es el de la Frontera. Gouëset asegura que en Colombia, “a diferencia de lo que pasa en otros países, los frentes de colonización no constituyen un mito nacional, un símbolo de la labor de edificación del Estado-nación, un espacio donde se forja un porvenir nacional conjunto”.⁴¹ En realidad, lo que se reclama es un mito en particular: el que llegó a gestarse a partir de la idealización de la colonización antioqueña. C. LeGrand apunta que “el desarrollo de la economía cafetera, inseparablemente ligado al movimiento colonizador antioqueño, fue juzgado como responsable de la paz y la prosperidad de la nueva nación. Así la frontera significó oportunidades, movilidad y una sociedad más abierta”.⁴² Sin embargo el mito de la colonización antioqueña resultó insostenible, pues “el contexto cambió rápidamente” y con los procesos posteriores de colonización, finalmente, se impuso una

as a Sociocultural Type”, 1973; B. Stoeltje, “Making the Frontier Myth: Folklore Process in Modern Nation”, 1987; J. Lockhart y S. B. Schwartz, *Early Latin America. A History of Colonial Spanish America and Brazil*, 1983.

⁴⁰ A. Hennessy, *óp. cit.*, p. 17.

⁴¹ V. Gouëset, “El territorio colombiano y sus márgenes”, 1999, p. 77.

⁴² C. LeGrand, “Colonización y violencia en Colombia”, 1994, p. 6.

visualización de la colonización como fuente de conflicto. Sin embargo, existe un mito de la frontera, aunque no se parece a la idea heroica e idealizada de la colonización antioqueña o del Oeste norteamericano. Así lo pone de relieve Marco Palacios cuando propone una visión que recuerda la de Humboldt en el Orinoco y evoca las quimeras de los políticos geógrafos del siglo XIX:

Colombia es un país de fronteras por antonomasia. Cuando menos desde el siglo XVI y con toda probabilidad hasta bien entrado el siglo XXI, las sociedades regionales colombianas se han desarrollado y se desarrollarán colonizando. Es probable que en los próximos cien años el petróleo, las orientaciones geo-estratégicas frente Venezuela y a Brasil y la revolución verde (en una prometedora simbiosis de pastos tropicales y gramíneas) conviertan los Llanos Orientales en una de las regiones más prosperas, mejor comunicadas y más densamente habitadas de Colombia.⁴³

El mito de la frontera

Eduardo Subirats propone el concepto de América como *continente vacío*, para referirse a la representación originaria y constituyente de América como “tierra sin nombre y sin ley”, que fue la condición lógica e histórica de la instauración de un poder total,⁴⁴ de su conquista, es decir, de su legitimación como Frontera Imperial. Ello significaba, por una parte, comprenderla como “continente vacío de historia, de comunidades reales y de vida”;⁴⁵ y, por otra, suponía llenar de nuevo el vacío creado con el poder del terror, con todo lo que han de “saber, creer, hacer, desear y aborrecer” en adelante sus habitantes, como condición para la instauración en ese mundo vaciado de las normas de racionalización económica e institucional. De manera semejante, Claudia Steiner señala que tal vez uno de los aspectos centrales de la Frontera radica en que allí, el mito del héroe que explora y conquista lo desconocido se ve aunado al proceso

⁴³ M. Palacios, “El espejo de los enigmas”, en *El Tiempo*, Lecturas Dominicales, 17-11-85.

⁴⁴ E. Subirats, óp. cit., p. 174.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 30.

de dominación mediante el cual se “desocupa” un territorio, al desconocer sus habitantes o transformarlos en seres racialmente inferiores.⁴⁶ Así, el concepto de Frontera, convertido en una noción casi “técnica” y especializada, encubre y legitima un mito, en el sentido propuesto por R. Barthes,⁴⁷ implícito en la forma como se ha llenado de contenido este conjunto de territorios. Este proceso de recontextualización los ha fijado en el marco de un sistema de representaciones que confiere identidades particulares a sus habitantes y sus paisajes. Que delimita la relación que la nación establece con ellos. Se han visto reducidos al orden conceptual que precede la experiencia que se tiene de ellos.

Antes de proceder a una disección de este mito y de su racionalización a través del concepto de Frontera, quisiera señalar que no deja de tener importancia el que haya sido precisamente esta categorización la que ha sido privilegiada en el conjunto de los estudios regionales en Colombia. Especialmente si se tiene en cuenta que ha habido intentos de aproximarse al problema que estas regiones representan a partir de otro tipo de conceptualizaciones. Tal es el caso de la noción de “regiones de refugio”, propuesta en 1967 por el antropólogo mexicano Gonzalo Aguirre Beltrán, para referirse a aquellas donde tiene lugar lo que él llama “proceso dominical”, es decir, el conjunto de relaciones de dominación política, social, económica y religiosa que los centros urbanos de grupos mestizos de “cultura nacional” imponen a las sociedades indígenas en la periferia rural. Aguirre señala que “ecológicamente conceptuada [la región de refugio], es una unidad-área configurada por un territorio hostil y de ambiente uniforme, redefinido por el establecimiento humano, por la domesticación de las plantas y los animales y por la introducción de nuevas especies y ocupada por una comunidad biótica que tiene por nicho dominante una ciudad ladina que ejerce el control de la tierra, la energía y los movimientos de poblaciones indias subordinadas, al nivel

⁴⁶ C. Steiner, “Héroes y banano en el golfo de Urabá: la construcción de una frontera conflictiva”, 1994, pp. 144-145.

⁴⁷ R. Barthes (*Mythologies*, 1970 [1957]) ha llamado *mitos* a las formas discursivas a través de las cuales las categorías y conceptualizaciones culturales aparecen como hechos naturales. Los mitos se forjan por medio de imágenes, de signos visuales o literarios que remiten, a través de procesos de mediación, a objetos o eventos que quieren representar. Su efecto más poderoso está tal vez en los códigos usados para encriptarlos, para construir el signo; y en el hecho de que este proceso resulta invisibilizado por la imagen misma.

que le permiten los conocimientos y las destrezas de su tecnología atrasada”.⁴⁸ Aunque el análisis de Aguirre se centra en territorios “étnicos” (es decir, restringe el concepto a la relación con las sociedades indígenas y a los territorios ocupados por éstas, y parte de supuestos evolucionistas), una conceptualización en este sentido podría tener alcances críticos que el concepto de Frontera obstaculiza.

En 1979, Edward Said, en su célebre libro *Orientalism*, propuso el concepto de *geografías imaginativas* (*imaginative geographies*) para referirse a la dimensión discursiva que media la relación que Occidente ha establecido con una región o “área de estudio”, caracterizada por su alteridad. Said insiste en que los conflictos sobre el territorio “no tienen que ver únicamente con soldados y cañones sino que se refieren, sobre todo, a ideas, formas, imágenes e imaginaciones”.⁴⁹ De esta manera, a través del lenguaje y la percepción con los que nos aproximamos a estas regiones, se determina la forma particular del encuentro. Said retoma en esta conceptualización la idea central de *La poétique de l'espace* de G. Bachelard, que revela cómo el espacio objetivo y medible es mucho menos significativo en la experiencia que la realidad poética con la que se ve infundido, que es la que le confiere su sentido tanto racional como emocional.

En una dirección semejante, Yi-Fu Tuan presentó la idea de *paisajes del miedo*, para categorizar aquellos lugares que se convierten en espacios de proyección de nuestros miedos y pesadillas ocasionados por la presencia de seres oscuros, extraños y amenazantes, de fuerzas sobrenaturales, de locura y enfermedades, y, en fin, por la presencia de las fuerzas del caos y la ruptura del orden social. Del orden social desde el cual éstos se categorizan. Así, entre los varios ejemplos que el autor explora, muestra los espacios de la “tradición de la frontera”, donde se impone la ley del más fuerte, como paisajes de miedo.⁵⁰

Marie Louise Pratt propuso en 1992 la noción de *zona de contacto*, entendida ésta como “el espacio de encuentros coloniales, el espacio en el que gentes geográficas e históricamente separadas entran en contacto unos con otros y establecen

⁴⁸ G. Aguirre Beltrán, *Las regiones de refugio: el desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizo-América*, 1967, p. 41.

⁴⁹ E. Said, *Orientalism*, 1979, p. 7.

⁵⁰ Y. F. Tuan, *Landscapes of Fear*, 1979, p. 139.

relaciones, que usualmente implican condiciones de coerción, de desigualdad radical y de conflicto inmanejable”,⁵¹ buscando a través de esta distinción subrayar la dimensión interactiva de los encuentros coloniales generalmente ignorados y suprimidos en los recuentos de tipo difusionista de la Conquista y del dominio colonial. Estas nociones tienen en común el exponer de manera crítica la relación colonial implícita en ciertas formas de concebir y categorizar las geografías y el paisaje. Muestran el modo en que la diferencia colonial se ve inscrita en el espacio. El conjunto de nociones asociado al mito y al concepto de Frontera tiende, por el contrario, a naturalizar esa relación, como me propongo mostrar.

Hay una serie de expresiones y adjetivos que aparecen recurrentemente cuando se describen las Fronteras. Uno de ellos es el de “territorios vastos”, que hace eco a la idea de la abundancia de tierras baldías con la que se forjó el mito de América. La idea se mantiene explícitamente vigente tras las descripciones que nos dicen cómo “Estos territorios vastos, donde predominaba el refugio y la resistencia, fueron áreas escasamente pobladas, cuyos habitantes estaban dispersos o eran itinerantes en un territorio muy grande, de fronteras abiertas y de difícil comunicación”.⁵² La misma autora dice que “se trataba de territorios precariamente apropiados por los pobladores ancestrales; poco modificados por la labor humana y definitivamente desintegrados del sistema económico nacional”.⁵³ Lo que afianza la idea de tierras disponibles, habitadas por una población de cierta manera superflua, cuya ocupación puede definitivamente ser ignorada o desechada. Joseph Conrad lo expresa de una manera impactante cuando, en *El corazón de las tinieblas*, describe los aborígenes, prehistóricos como un simple *teatro de sombras* “que la raza dominante podrá atravesar sin emoción y sin inquietud para el logro de sus incomprensibles fines y necesidades”. Su existencia como “baldíos” pocas veces se ve relativizada. Poblaciones baldías en “tierras incultas de propiedad poco definida o inexistente”.⁵⁴ O como

⁵¹ M. L. Pratt, óp. cit., pp. 6-7.

⁵² M. T. Uribe de Hincapié, 2000, óp. cit., p. 460.

⁵³ M. T. Uribe de Hincapié, *Urabá: ¿región o territorio? Un análisis en el contexto de la política, la historia y la etnicidad*, 1992, p. 154.

⁵⁴ En palabras de L. M. Cuervo y S. Jaramillo, óp. cit., p. 310.

lo plantea más claramente Alfredo Molano, “un vasto territorio, huérfano de una trayectoria agrícola y ganadera”,⁵⁵ entendida ésta, evidentemente, en el sentido europeo.

Esta idea se ve aceptada y expresada sin ambigüedades en otra denominación ampliamente usada para describir estas regiones: la de “espacios vacíos”, que Fernán González propone, por cuanto éstos no fueron incorporados al dominio español, y los caracteriza como lugares de “tierra caliente”:⁵⁶ las “ardientes tierras bajas, difíciles de domesticar”. Los espacios vacíos son, sin duda, los blancos en el mapa de la presencia y el control colonial.

Así, las descripciones no dejan de hacer énfasis, a veces con un cierto tono decimonónico, en lo inhóspito de estas zonas, lo malsano del clima “dominado por la manigua”, sus condiciones hostiles, los rigores de la inmensidad tropical selvática, las hordas de mosquitos, insectos y serpientes, la elevada temperatura, las fiebres. Muchas veces se retoma abiertamente el relato del *Infierno verde*, pesadilla febril y grotesca en medio de la cual difícilmente se puede superar la mera supervivencia. Allí, como apunta J. Rausch, se arriesga perder la cabeza, como le sucedió a Arturo Cova, el narrador de *La vorágine* (1924):

Esa selva sádica y virgen lanza premoniciones de peligros latentes sobre el espíritu del hombre [...] bajo su influencia, la mente del hombre se vuelve tensa y sus nervios están prestos al ataque, a la traición y a la emboscada. Nuestros sentidos confunden su misión, los ojos sienten, la espalda ve, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre lanza un lamento: ¡Huye! ¡Huye!⁵⁷

Otra nota dominante de la caracterización de las Fronteras es, por lo tanto, la de su aislamiento, la inaccesibilidad de las “vastas y feraces soledades”. Su existencia contribuye, por lo demás, con la fragmentación e insularidad territorial que caracteriza el “país de regiones”. Se destacan “los obstáculos naturales

⁵⁵ A. Molano, *Selva adentro: una historia oral de la colonización en el Guaviare*, 1987, p. 52.

⁵⁶ F. González, “Poblamiento y conflicto social en la historia de Colombia”, 1994, p. 14.

⁵⁷ Citado por J. Rausch, *Una frontera de la sabana tropical: los Llanos de Colombia, 1531-1831*, 1994, p. 16

insuperables”, “la accidentada y compleja topografía” que separa e incomunica estas regiones. La insularidad hace parte de su escaso atractivo y explica de cierta manera el que se trate de territorios olvidados, ignorados, apartados. Esta separación se debe a la existencia de las abruptas cordilleras, que, como ya lo señalaba José María Samper, “se yerguen como una colosal muralla”; y a las demás condiciones “que hacen de la travesía una empresa arriesgada”: la inmensidad de las distancias, los enormes ríos, la impenetrabilidad de la selva, la precariedad de los caminos. Muralla que, cómo se vio atrás, sólo lo es desde el punto de vista de la ocupación colonial y de sus necesidades.

Ello remite a otro aspecto importante de la caracterización geográfica de estas regiones. Las salvajes “tierras vírgenes”, que, como decía Rafael Uribe, “hay que desbravar”.⁵⁸ Hay que desbravarlas, precisamente, para aprovechar las riquezas que esconden, que es el sentido que oculta, como se vio atrás, el concepto de “baldío”. En la promesa del presidente Mariano Ospina al Congreso en 1858,

[...] posee la República más de 48.000 leguas cuadradas de un territorio bendecido por el cielo con fertilidad asombrosa, que puede sin dificultad alimentar una población de 80 a 100 millones; porque la parte ocupada por lagos, ciénagas, anegadizos, cumbres nevadas i peñascos estériles es relativamente pequeña, i hasta las elevadas faldas de nuestras montañas, donde la alta vejeta-ción desaparece, *son ricas dehesas naturales, hoy desiertas*.⁵⁹

Sigue hoy vigente su carácter de minas sin dueño, de reservas: de agua, de tierras, de recursos mineros, de petróleo, de biodiversidad, que se adjudica a las Fronteras:

En la actualidad existe el reto de muchas fronteras nuevas, además de las clásicas fronteras políticas. Por ejemplo aquellas que son fijadas por la explotación y explotación del oro, del petróleo, del platino, del hierro, de las riquezas de madera y de las regiones de reservas de fuerza hidráulica y también de la

⁵⁸ Citado por M. Useche, *La colonia penal de Araracuara*, 1994, p. 15.

⁵⁹ M. Ospina, “Mensaje del Presidente de la Nueva Granada al Congreso Nacional en sus sesiones de 1858”, citado por E. Sánchez, *op. cit.*, p. 643 (énfasis mío).

biomasa en cuanto se refiere al potencial natural [...] [La selva pluvial tropical] constituye a la vez la única parte del ecúmene del hombre sobre este planeta, todavía ampliable. Así que su importancia en el orden nacional, continental y mundial sigue creciendo, y con ello también los problemas de sus límites naturales, de sus fronteras políticas y de sus potenciales naturales bióticos y físicos.⁶⁰

En una columna reciente en el diario *El Tiempo*, el ex presidente Alfonso López evoca una serie de escenas de la naturaleza, situadas todas en estas regiones de Frontera:

[...] el desierto de la Tatacoa, los raudales del Inírida, el crepúsculo del Cabo de la Vela y mil rincones más integrando ese conjunto que llamamos Patria, frente al cual Caro sintetizó su estremecimiento hablando de ‘silencio mudo’. Así es. No ya el silencio, sino el ‘paisaje mudo’ [...] sabido es que entre los países del planeta, solo unos pocos compiten con Colombia en una accidentada geografía, que si bien es cierto hace casi imbatible la insurrección armada, brinda a los ojos asombrados del lector una extraordinaria selección de nevados, selvas, ríos, caídas de agua y atardeceres que envidiaría el pincel de los grandes pintores de la Historia.⁶¹

Aparte de que sus palabras emulan las de sus ilustres antecesores de hace dos siglos, mostrando el vigor del mito de la naturaleza exuberante con todos sus componentes, nos ponen de presente que las “vistas y monumentos” siguen teniendo vigencia para representar la naturaleza de la América equinoccial. La naturaleza sólo es la naturaleza salvaje. Y, evidentemente, ella es la imagen de estos territorios.

Se podría afirmar que la caracterización geográfica de las Fronteras se construye en términos de los mismos supuestos, que surgen de la representación colonial “clásica” de América equinoccial: América es naturaleza, en cuyas vastas soledades se esconden plétóricas riquezas, aisladas por una naturaleza dramática y abrumadora, hundidas en las profundidades de la Selva Virgen a la

⁶⁰ E. Guhl, *Las fronteras políticas y los límites naturales*, 1991, p. 7.

⁶¹ “La increíble cosecha literaria”, *El Tiempo*, 19 de diciembre de 2004.

espera de que vengan Hombres (en masculino y con mayúscula) en una gesta heroica en pos de riqueza y libertad, para hacer que surjan de ella prósperas ciudades llenas de comercio.

Y es a partir precisamente de esta figura, la de los “héroes de la Frontera”, que se constituye el segundo eje del mito, su carácter social. E. Marulanda y J. J. González lo definen bien cuando explican que escogieron llamar así las *Historias de Frontera*, “porque son las historias de las sociedades movibles, de poblaciones aluvionales, de inmigrantes eternos, viajeros del espacio”.⁶² Es desde ese punto de vista que las Fronteras se han caracterizado como “zonas de colonización” y como “regiones de refugio”, no en el sentido de Aguirre Beltrán, sino en el sentido literal de la palabra, el lugar donde llegaron a refugiarse los sobrevivientes de las guerras o los perseguidos por la justicia. M. T. Uribe de Hincapié lo expresa sugestivamente:

A estos territorios vastos, no controlados o excluidos de la nacionalidad reconocida y representada, fueron llegando, a lo largo de los años, todos aquellos pobladores que por diversas razones no cabían en los marcos estrechos de la pretendida identidad fundadora de la nación: negros cimarrones huidos y enmontados, indios evadidos de los resguardos que resistían la autoridad del blanco, delincuentes evadidos por la justicia, bandidos y asaltantes de caminos, derrotados de las guerras civiles o jóvenes que huían del reclutamiento, perseguidos por los poderes locales o los “notables regionales”, prostitutas, jugadores y “malentretenidos” condenados al destierro por las leyes de vagancia; en suma una población heterogénea y diversa por sus orígenes étnicos y su condición social, identificada solamente por el estigma de la exclusión y por la búsqueda de refugio lejos del control de las autoridades.⁶³

Esta población mestiza y errante ha sido la protagonista de las historias regionales centradas en las distintas oleadas de colonización de “la frontera agrícola” que conquistó primero las vertientes andinas desechadas por

⁶² J. J. González y E. Marulanda, *La historia desde abajo*, 1991, citado por J. J. González, *óp. cit.*, p. 17.

⁶³ *Óp. cit.*, 2000, p. 460.

la ocupación colonial y los valles interandinos, y, ya en el siglo XX, los piedemontes, las llanuras y selvas orientales. “La frontera funcionó como una válvula de seguridad para descargar las tensiones que existían en el campo [...] Arrendatarios y aparceros descontentos no tenían por qué enfrentarse directamente a los hacendados sino que siempre podían migrar a fronteras con tierras gratis disponibles”.⁶⁴ Estos recuentos históricos se han preocupado por reconstruir la experiencia de la que Hannah Arendt ha llamado *población superflua*: “que no se puede considerar que estuviese precisamente en el exterior de la sociedad, sino que claramente era su efecto colateral: un inevitable residuo del sistema capitalista, era incluso representante de una economía que producía sin cesar una superabundancia de hombres”.⁶⁵

En este caso, un residuo de la sociedad colonial basada en una economía latifundista. Fernán González ubica este proceso a partir de la segunda mitad del siglo XVIII,

[...] cuando se produce una notable recuperación demográfica y un masivo mestizaje de la población. Esta población comienza a ser expulsada por las tensiones inherentes a la estructura agraria colonial hacia los territorios vacíos de la “tierra caliente”. Así empezamos a encontrarnos por todo el país con una serie de colonizaciones de muy diversa índole pero siempre de carácter espontáneo, autónomo, aluvional, más anárquico, un poco más libertario, que rechazaba los controles tanto de la iglesia católica como del Estado [...] [que] los cronistas llamaban “pueblos revueltos” donde se mezclaban blancos pobres, mestizos, mulatos, cimarrones, que crean poblaciones muy difíciles de manejar por las autoridades coloniales.⁶⁶

El vaciamiento poblacional hacia los valles interandinos, en especial hacia el del Magdalena, fue fomentado desde el siglo XIX por el gobierno republicano, con el fin de consolidar vías de comunicación y puertos sobre el río que era la

⁶⁴ C. LeGrand, óp. cit., 1988, p. 17.

⁶⁵ H. Arendt, óp. cit., pp. 117 y ss.

⁶⁶ F. González, óp. cit., 1994, pp. 14-15.

vía hacia la exportación. Se trataba de responder a las necesidades de los grupos de comerciantes y empresarios, que veían comprometidas sus actividades económicas por falta de trabajadores para la extracción de recursos y de pobladores en los sitios requeridos para la asistencia de cuadrillas. Estos factores dieron origen a una medida conocida como El Concierto de Vagos,⁶⁷ expedida en 1836. Según esta ley, se consideraba vago quien no tuviera ocupación reconocida; o quien tuviera costumbres consideradas inmorales. Se incluía, entre otros, a aquellos “hijos de familia que no sirven en su casa y en el público sino de escandalizar por sus malas costumbres y poco respeto a sus padres”, o a los estudiantes “que habiendo emprendido la carrera de estudios, viven sin sujeción a sus respectivos superiores, sin cumplir con sus obligaciones escolares y entregados a la ociosidad”.⁶⁸ Esta ley se dirigía de manera especial a controlar y aprovechar la nueva población “libre”, en su nueva calidad de “desempleados”: los negros manumitidos y los indios, denominados oficialmente indígenas a partir del Congreso de Cúcuta, en 1821, momento en el que también fueron abolidos los resguardos y se les reconoce igualdad civil, liberándolos del tributo.⁶⁹

Al mismo tiempo, se impuso una política de baldíos, que tuvo dos tendencias simultáneas, originadas ambas en el régimen colonial frente a la tierra, como lo subraya C. LeGrand.⁷⁰ Por una parte, se trataba de fomentar la colonización, mediante la distribución de títulos legales a los pequeños cultivadores que hubieran puesto las tierras en producción. La política de colonización se pensó siempre como una política de blanqueamiento de las regiones baldías: es decir, de las regiones indígenas o cimarronas, cuyo poblamiento no merecía siquiera ser visto. Ya desde 1790 Pedro Fermín de Vargas había expresado claramente este designio: “Sería muy deseable que los indios se extinguieran al mezclarlos con el blanco, declarándolos libres de tributo y de las demás obligaciones fiscales que les corresponden, otorgándoles derechos sobre su tierra. Así,

⁶⁷ Cf. C. Langebaek, 2000, *óp. cit.*; A Ramos, *Los caminos al río Magdalena: la frontera del Carare y del Opón, 1760-1860*, 1999.

⁶⁸ A. Ramos. *óp. cit.*, pp. 113 y ss.

⁶⁹ Cf. D. Bushnell. *The Making of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself*, 1993.

⁷⁰ *Óp. cit.*, 1988, p. 33.

la ambición por sus tierras hará que muchos blancos y mestizos se unan con mujeres indias”.⁷¹ E, indudablemente, unirse a una mujer india no sólo garantiza el acceso a la tierra, sino a la experiencia de supervivencia y de aprovechamiento del entorno y el acceso a la sociedad india en general. La política de tierras es, claramente, una política de mestizaje, en el sentido de ir borrando a lo largo de las generaciones lo indio y lo negro.

Por otra parte, los baldíos se consideraban como fuente de ingresos para el Estado, de manera que:

[...] desde 1820 hasta 1870 la política de baldíos de Colombia estuvo basada en una preocupación fundamental: la de financiar un gobierno en quiebra [...] [los baldíos] representaron un ingrediente esencial dentro del sistema crediticio del Estado. El Congreso colombiano emitía bonos y vales territoriales redimibles por baldíos, a fin de respaldar la deuda nacional, pagar a los veteranos de la independencia [...] [y] para subsidiar la construcción de la red de vías y ferrocarriles.⁷²

Gracias a esta política, se otorgaron concesiones de tierra muchas veces verdaderamente descomunales, que fueron la base del sistema de economías extractivas de maderas, minerales, y productos como las quinas y los cauchos, que caracterizaron los auges exportadores de la economía colombiana entre 1850 y 1930.⁷³ La puesta en marcha de estos sistemas extractivos generó la necesidad de desplazar a las regiones de explotación toda una legión de —más que de aventureros— aventurados dispuestos a servir de capataces, de guías, de trabajadores: el universo que J. E. Rivera describe en *La vorágine*.

Los estudios regionales han dado gran importancia al proceso por el cual el campesinado en la zona andina y en la costa del Caribe comenzó, desde las primeras décadas del siglo XX, a organizarse como movimiento agrarista. Ello

⁷¹ Citado por F. Safford, “Race, Integration and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia, 1750-1870”, 1991, p. 8.

⁷² *Ibíd.*

⁷³ Cf. C. Domínguez y A. Gómez, *La economía extractiva en la Amazonia colombiana (1850-1930)*, 1990; J. A. Ocampo, *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*, 1984.

condujo a que la política de colonización de baldíos haya tenido también como objetivo principal dar una salida a los conflictos generados por la estructura colonial de tenencia y explotación de la tierra, perpetuada por la República, y disminuir así la presión campesina sobre la hacienda.⁷⁴ Por sus vínculos con el Partido Comunista, este movimiento ha sido desde entonces estigmatizado y sometido a la persecución.⁷⁵ La estructura colonial de tenencia de la tierra no ha logrado nunca ser transformada por las instituciones republicanas: los procesos intensivos de concentración de la tierra y, por lo tanto, las reclamaciones por la propiedad de la tierra y el enfrentamiento entre los campesinos que “abren” la tierra y los dueños de las propiedades latifundistas siguen siendo una constante en la mayoría de las zonas agrarias del país.⁷⁶ Las innumerables e interminables guerras civiles han sido otro factor importante en este proceso. El desplazamiento parece ser una estrategia recurrente. Algunos buscaron las zonas salvajes para refugiarse de las batallas. Mientras que otros, campesinos pobres reclutados por el Gobierno o por los rebeldes, se quedaban en los nuevos lugares adonde los llevaban los combates que muchos encontraban preferibles a los lugares que habían dejado atrás.⁷⁷ Así, estos grupos “de gente apremiada por la pobreza, de perseguidos por sectarismo, de perseguidos por la justicia [...] empujados por los procesos de concentración de tierras”,⁷⁸ buscan desde entonces refugio en estos territorios. Su representación evoca, en cierto sentido, el proceso descrito por Arendt:

La decisión de unirse a esa turba “de todas las naciones y colores” no estaba en sus manos. Ellos no habían dejado la sociedad, sino que habían

⁷⁴ Cf. J. J. González y E. Marulanda, *óp. cit.*, pp. 27 y ss.

⁷⁵ *Ibíd.*

⁷⁶ Hoy, según un Informe de la Contraloría General de la República publicado en *El Tiempo*, el 53% de la tierra está en manos del 1,08% de los propietarios, “La problemática social que recibe el próximo gobierno”, 15 de junio de 2002. Esta misma situación la describen, entre otros, los trabajos de A. Reyes *óp. cit.*; G. Sánchez, “Tierra y violencia, el desarrollo desigual de las regiones”, 1989.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 48.

⁷⁸ C. M. Ortiz, *Urabá: tras las huellas de los inmigrantes*, 1999, p. 42.

sido rechazados por ella; no estaban embarcados en una empresa por fuera de los límites permitidos por ella, sino que eran simples víctimas, privados de utilidad o de función. Su única escogencia había sido negativa: una decisión a contracorriente de los movimientos de trabajadores, por la cual los mejores de estos hombres superfluos, o de aquellos que estaban en riesgo de serlo, establecían una especie de contrasociedad, que les permitió reconstruir un mundo humano, lleno de solidaridad y objetivos. No eran nada en sí mismos, tan sólo el símbolo viviente y el testimonio absurdo de las instituciones humanas. No eran individuos, como los viejos aventureros, sino la sombra de eventos en los que nunca tuvieron parte.⁷⁹

Los relatos en los estudios regionales se centran en la imagen de “los viejos aventureros”. Los habitantes nativos, sumidos en la penumbra primitiva del estado de naturaleza, no tienen la menor importancia. Mudos, ni siquiera se ven. El centro de la escena lo ocupan quienes vienen del mundo urbano. La representación de estos territorios se centra en los protagonistas del saqueo y la recolección, el refugio y la ilegalidad, y la resistencia y la supervivencia, como lo resume M. T. Uribe.⁸⁰ Esta mirada tiene una larga historia en la relación que Occidente ha establecido con las selvas y los lugares salvajes. Los bosques, en la tradición europea, fueron siempre “la morada de los proscritos: los locos, los amantes, los bandidos, los ermitaños, los santos, los leprosos, los confabulados, los fugitivos, los inadaptados, los perseguidos y los salvajes”,⁸¹ y al mismo tiempo fueron los últimos bastiones de los cultos paganos poblados por brujas, demonios, hadas y demás espíritus antiguos. Lugares al margen de la ley, refugio de héroes y bandidos o de bandidos héroes como *Robin Hood*. Todo ello en este ámbito por fuera del alcance de la ley, del orden cívico, de la ciudad, de la civilización:

En las religiones, mitologías y literaturas occidentales el bosque se presenta como un lugar en el que las oposiciones lógicas se confunden con las categorías

⁷⁹ H. Arendt, óp. cit., p. 118.

⁸⁰ M. T. Uribe, 1992, óp. cit.

⁸¹ R. Harrison, óp. cit., p. 99.

subjetivas, un lugar donde las percepciones se trastornan, revelando ciertas dimensiones encubiertas por el tiempo y la conciencia. En el bosque, súbitamente, lo inanimado se transforma en animado, los seres divinos se convierten en bestias, los que están por fuera de la ley defienden la justicia, Rosalinda se presenta como un chico, el caballero virtuoso se ve rebajado al estado de hombre salvaje, la línea recta forma un círculo, lo familiar da lugar a lo fabuloso.⁸²

Los lugares salvajes se conciben, entonces, como un mundo donde impera el desorden y donde al mismo tiempo imperan otros órdenes, otras reglas de conducta, donde se traslapan múltiples códigos. Donde los códigos de lo normal se transgreden y se transfiguran. Constituyen “un campo donde se combaten la confusión y la verdad”, como lo expresara, a propósito de La Guajira, el Gobernador de Santa Marta en 1801.⁸³

Los límites de la frontera

El trabajo de Libardo Sarmiento sobre la pobreza y la calidad de vida rural resulta particularmente útil para delimitar el concepto de Frontera. Sarmiento se basa en la tipología regional del Departamento Nacional de Planeación (DNP), en la que se reflejan como en un espejo los elementos centrales de los que parten los estudios regionales. Allí, se proponen tres categorías: las zonas de *colonización de frontera*, que incluyen “el piedemonte llanero y zonas de Caquetá, Guaviare, Putumayo, Meta y Casanare”, que se caracterizan como

Municipios con presencia de procesos activos de colonización. Actividad desarrollada por los movimientos migratorios generados por la violencia y la descomposición campesina en la zona Andina. Carencia de infraestructura vial y de servicios, poca disponibilidad de suelos para la actividad agrícola, nula integración a los mercados nacional o regional, unida la precaria presencia del Estado, dificulta la vinculación del colono a la tierra, conformándose así una

⁸² Ibíd., p. 10.

⁸³ Citado por R. de la Pedraja, “La Guajira en el siglo XIX: indígenas, contrabando y carbón”, 1988, p. 13.

economía parcelaria itinerante que a la vez que ensancha la frontera agrícola favorece el establecimiento de latifundios ganaderos [...] tres cuartas partes de la población es pobre y 40% está en condiciones de miseria.⁸⁴

La siguiente categoría se refiere a zonas de *colonización interna*, que incluye el continuo Magdalena Medio-Sinú-San Jorge y las *bolsas* de frontera interior en departamentos del centro del país; Antioquia, Boyacá, Cundinamarca, Santanderes, Tolima y Cauca. Se caracterizan como “procesos *cerrados* de colonización debida a la configuración de *islas* de las tierras baldías. Estas zonas presentan algún grado de desarrollo de infraestructuras viales que dan acceso a los mercados, lo cual ha estimulado rápidos procesos de concentración de la propiedad territorial [...] tres de cuatro personas son pobres y más de la mitad viven en miseria”. La tercera categoría se denomina zona de *periferia rural marginal*, e incluye las regiones del Pacífico, la Amazonía, y zonas del Guaviare, Vaupés, Casanare, Meta y Antioquia, caracterizadas por:

[...] bajas posibilidades de desarrollar actividades agropecuarias. Las principales fuentes de ingreso son los bosques y la pesca. En algunos se desarrollan la ganadería extensiva y actividades mineras. En la mayoría de los municipios hay presencia de comunidades indígenas [...] presenta bajas tasas de crecimiento demográfico y la densidad es de las más bajas del país. 85% de la población es pobre y 41% vive en la miseria.

Es interesante notar que solamente se señala la existencia de población indígena en el caso del tercero de los tipos, cuando en los departamentos y regiones incluidos en los otros también hay “presencia indígena”. Una de las bolsas de tierras baldías de un departamento como Boyacá puede ser la Tunebia, donde viven los u’was, o en Santander del Norte, la Motilonia, donde viven los baris, ambas “fronteras internas de colonización”. Por su parte, la “periferia rural marginal” se designa por medio de una sumatoria de adjetivos que la caracterizan como periferia de la periferia, como lo más recóndito y arisco. Lo que resulta

⁸⁴ “Evolución de la pobreza y de la calidad de vida rural en Colombia según tipos municipales y regiones, 1972-1992”, 1994, pp. 150 y ss.

curioso es que se les atribuya la categoría de “rural”, que difícilmente se puede adjudicar a lo selvático que es el paisaje que caracteriza las regiones en referencia. Lo rural es quizá el futuro que se prevé para ellas. Además, cuando señala que “las principales fuentes de ingreso son los bosques y la pesca”, hace indudablemente referencia a la vieja categoría colonial de “cazadores-recolectores”, una de las que define la condición de los pueblos salvajes, en la que seguramente se incluyen las poblaciones de ascendencia africana en la región del Pacífico.

Aunque Sarmiento no lo hace explícito en su trabajo, hay una categorización poblacional que subyace a su zonificación: los “indios” y los campesinos desplazados mestizos de “diferentes castas y colores” que en la Frontera se llamarán siempre “colonos”. Éstos, que conforman las comunidades locales, constituyen un segundo plano siempre desplazado por “los héroes”, los verdaderos protagonistas de la Frontera: los oportunistas, los buscadores de fortuna y los rebeldes guerreros. Los indios y los colonos son figuras que aparecen opacas y homogeneizadas, sospechosamente designadas por sus apelativos coloniales. No hace referencia particular a los “negros”, a las comunidades afrocolombianas. En esta categorización se trasluce la tendencia general de los estudios regionales sobre las Fronteras. No sería osado afirmar que en el conocimiento sobre estas regiones se han mantenido aislados, con pocas excepciones, dos campos disciplinarios. Se han visto, ya sea como “territorios étnicos”, representación que sobresale en aquellos lugares que se han convertido en los “terrenos” privilegiados desde el punto de vista etnológico, centrándose en la presencia indígena o negra: es el caso de La Guajira, de la Sierra Nevada de Santa Marta, de la Motilonia, del Chocó-Pacífico, y la zona oriental de la Amazonía y la Orinoquía, que coinciden en buena parte con la “periferia marginal”. Por su parte, el punto de vista sociohistórico y económico ha enfocado los problemas agrarios de la colonización y las economías de enclave, los actores armados y el tráfico de drogas. Este enfoque ha tenido también unos terrenos privilegiados: el Urabá, el Magdalena Medio, el piedemonte oriental y la Amazonía occidental. Aquí, los mismos límites culturales que impone la Frontera se reflejan en los límites disciplinarios. Y, ciertamente, en la zonificación del DNP que Sarmiento retoma.

La identificación explícita en el trabajo de Sarmiento de Frontera-colonización, se ve reforzada por los términos con los que establece las condiciones de pobreza y de miseria. Éstas se miden, como corresponde en todo estudio

económico, de acuerdo con los parámetros de la vida moderna-urbana (ingresos en dinero con relación a la “canasta de bienes básicos”, materiales y configuración de la vivienda, acceso a los servicios públicos, etc.). Termina concluyendo que “los municipios integrados a los centros de desarrollo capitalista presentan un mejoramiento acelerado en las condiciones de vida”, mientras que aquellos no integrados al sector moderno son los municipios con “mayor atraso”.

En el trasfondo de la categorización que utiliza el análisis de Sarmiento, se encuentra implícito el modelo de las zonas concéntricas desarrollado por J. H. von Thünen, en 1826,⁸⁵ de acuerdo con el cual el uso productivo de la tierra se ve determinado por la distancia a un centro urbano y comercial. Lo que se produce en una localidad dada depende primordialmente de dos variables: el costo del transporte al centro urbano y qué tanto están dispuestos los ciudadanos a pagar por el producto. Así, alrededor de los núcleos urbanos se formarían zonas concéntricas en las que la actividad económica va decayendo a medida que aumenta la distancia del centro. La más alejada de estas zonas sería la de la economía de subsistencia y más allá se encontrarían las tierras vírgenes y salvajes. El modelo de Von Thünen fue retomado por W. Christaller para formular su Teoría de los Lugares Centrales, en 1933,⁸⁶ según la cual allí donde una ciudad llega al límite de su área de influencia económicamente viable tendría que surgir un nuevo centro urbano para optimizar y garantizar las actividades económicas. Este surgimiento de nuevos polos urbanos sería lo que garantizaría el desarrollo.

La teoría de los lugares centrales representa, en últimas, la traducción a los términos autoritativos y cuantificables de las ciencias espaciales, de la vieja teoría difusionista de las áreas culturales. Esta noción vigente desde comienzos del siglo XIX, como lo atestiguan los argumentos de Humboldt, fue formalizada por A. Bastian en Alemania⁸⁷ y por el general A. H. L. F. Pitt Rivers en Inglaterra,⁸⁸

⁸⁵ J. H. von Thünen, *The Isolated State*, 1826.

⁸⁶ Cf. W. Christaller, *Central Places in Modern Germany*, 1966.

⁸⁷ Cf. E. Conte, “Aires Culturelles”, 1991.

⁸⁸ W. R. Chapman, “Arranging Ethnology: A. H. L. F. Pitt-Rivers and the Typological Tradition”, 1985.

ambos en la década de 1860. De acuerdo con ella, se puede distinguir en toda distribución de rasgos y comportamientos sociales y culturales, un núcleo central desde donde éstos se difunden hacia la periferia, formando una secuencia de zonas concéntricas a partir del círculo inicial. Este núcleo cultural sería el centro de mayor desarrollo y antigüedad. Por ello, los círculos concéntricos ilustran las fases o etapas de un desarrollo evolutivo hacia el centro. Cada uno de estos círculos representa a la vez un espacio geográfico y su nivel de desarrollo, que va aumentando de acuerdo con su proximidad al centro. Resulta interesante notar que esta noción temporal asociada a la difusión de rasgos culturales en el espacio fue desarrollada a partir de los problemas que presenta la clasificación de objetos en el marco de la colección del museo. Pitt Rivers fue el creador y curador del museo que lleva su nombre en Oxford, donde organizó y clasificó una colección de objetos “primitivos”, adquiridos en su mayor parte por él mismo, de acuerdo con la noción evolucionista de la historia. No dejan de ser significativos, por otra parte, el desarrollo y uso paralelo de las dos versiones en que ha sido formulada esta misma idea: la económica y la cultural.

Para el análisis que presenta Sarmiento, el núcleo central correspondería a aquellos espacios en los que se constatan los rasgos y comportamientos adjudicados a la modernización nacional: servicios públicos, materiales de la vivienda, acceso a las decisiones del Estado, ingreso monetario, nivel de vida, así como cohesión social y formas democráticas, identificación con el proyecto nacional, etc.; y la secuencia de zonas concéntricas a partir del núcleo central, periferia, áreas fronterizas y la periferia de las áreas fronterizas. En este esquema se proyecta en términos geográficos y económicos la misma propuesta evolucionista que une la Frontera de Turner, los lugares centrales de Christaller y el núcleo difusionista de Pitt Rivers y de Bastian. Este aspecto ha sido poco problematizado. De hecho, se asume como un designio. Así lo expresan, por ejemplo, J. J. González y E. Marulanda cuando afirman que “es en la historia de fronteras donde está la infancia y la adolescencia de nuestra sociedad mayor, donde hemos querido hurgar para encontrar en esa especie de psicogénesis social la explicación de algunos de nuestros actuales traumas”.⁸⁹ Cubides, Mora y Jaramillo, lo expresan de manera semejante:

⁸⁹ Óp. cit., p. 17.

Colombia ha sido y continúa siendo un país de regiones [...] su ocupación productiva y la constitución de un poblamiento estable ha sido un proceso desigual y discontinuo expresado en una radical asincronía de historias regionales que tiene como uno de sus efectos la coexistencia, en un mismo espacio nacional, de procesos económicos, sociales y políticos que expresarían *diversos momentos de constitución de agrupamientos sociales estables, así como de creación de un paisaje cultural y de integración al mercado nacional colombiano*.⁹⁰

De allí también la ubicuidad de la idea de que éstas son regiones y territorialidades en construcción, que hacen parte de la nación en construcción, presentes en casi todos los análisis. Están en construcción, como lo explica M. T. Uribe para el caso de Urabá, “pues aún no ha logrado su cohesión y organicidad interna y su articulación con Antioquia, con los departamentos vecinos y con la nación es aún débil y conflictiva”. Por todo ello, “aún no constituye una verdadera región”.⁹¹

El mismo sentido aparece en la caracterización de las Fronteras como zonas donde predomina la lógica de la exclusión. Algunos autores se refieren al “estigma de la exclusión”, definido por

[...] el aislamiento geográfico del resto del departamento y del propio país [...], la discontinuidad respecto del tiempo histórico de las tradiciones de origen (ruptura de nexos familiares y locales de autoridad, de presiones sociales, de normas estandarizadas); la movilidad geográfica, económica y social por ausencia de estratificaciones y de instituciones cohesionadoras; la inestabilidad y la transitoriedad del poder que van logrando los individuos y los grupos sociales, y consecuentemente, la agresividad con la cual es menester defender el inestable poder alcanzado.⁹²

El argumento funciona en círculo: la lógica de la exclusión parte igualmente de la mirada evolucionista que considera que la “construcción territorial” sería

⁹⁰ F. Cubides, L. Mora, J. Jaramillo, *Colonización, coca y guerrilla*, 1986, p. 16 (el énfasis es mío).

⁹¹ Óp .cit., 1992, p. 9.

⁹² C. M. Ortiz, óp. cit., pp. 44-45.

el producto de la paulatina “integración” o “articulación”. Está de más decir que la integración y la articulación, que garantizarían la inclusión, se entienden en términos de los intereses económicos y políticos del centro. La territorialidad sería, entonces, el producto de este proceso, lo que resulta evidente en el análisis de Gouëset:

En general cuando se habla de los frentes de colonización y de las zonas poco pobladas de Colombia, se suele hablar en términos de déficit; déficit de población, déficit de Estado (en cuanto a la inversión pública y al orden público) y déficit de integración económica. Los espacios marginales y poco poblados de Colombia son representativos de *las dificultades de construcción territorial*, esa sutil alquimia que no requiere solamente una inyección de fondos públicos y la realización de infraestructura física sino también *la construcción de una sociedad y de una economía local duraderas, que no estén desarticuladas del resto del país*. Se podría decir, en fin que *buena parte del espacio colombiano padece de un déficit de territorialidad*, lo que es mucho más que una falta de habitantes, de dinero, de escuelas o de policía.⁹³

El concepto de Frontera tiene un efecto reiterativo. Su retórica es especialmente eficaz para naturalizar los supuestos en los que se fundamenta. Un buen ejemplo de ello es la conceptualización de G. Barona, C. Domínguez, y A. Gómez, quienes al caracterizar estas zonas como *territorios ausentes* buscan señalar que “la paradoja consistía en que la ‘ausencia’ no era entendida en relación con la debilidad estructural del estado nacional recién surgido, sino como expresión de la ‘naturaleza’ de los hombres y del medio”; pero, de todas maneras, definen estas zonas precisamente a partir de su ausencia “de [la] vida social regulada eficazmente por el sistema político e institucional que lo caracterizaba, de [las] actividades económicas [...] que al mismo tiempo estuvieran en capacidad de integrarse a la división internacional del trabajo [...] y la ampliación de las redes de mercado al nivel mundial”.⁹⁴ Este mismo efecto se presenta cuando D. Pécaut señala que “no se puede afirmar que la fragmentación regional y la existencia de

⁹³ Óp. cit., p. 81 (énfasis mío).

⁹⁴ “El proceso de construcción territorial de la Orinoquia colombiana en el siglo XIX”, 1998, p. 212.

regiones no sometidas a la autoridad del Estado [así como la formación inacabada de la nación] sean la consecuencia de la barreras geográficas y los espacios vacíos que allí subsisten”.⁹⁵ Aunque en ambos casos se busca evidenciar el carácter determinista y evolucionista implícito en el concepto, el mito logra validarse, en la medida en que no es necesario enunciarlo totalmente, pues al evocar cualquiera de sus relaciones centrales, se moviliza el conjunto del sistema mítico. Así, a través de este efecto retórico, el mito se ve legitimado, y sus categorías fundamentales se ven perpetuadas.

Thongchai Winichakul propone en su estudio sobre la invención del territorio nacional en Tailandia, el concepto de *geo-cuerpo* de la nación. Éste se refiere a la manera en que a través de una serie de operaciones de lo que él llama “la tecnología de la territorialidad” se crean espacialmente la nación y la nacionalidad, generando un territorio como su atributo aparentemente más natural y estable. La idea de geo-cuerpo permite ilustrar cómo el territorio nacional es en efecto producto de ciertos saberes y tecnologías que se basan en una serie de supuestos y premisas comunes. Estas ideas subyacentes pueden ser consideradas como estrategias ya que tienen un alto nivel de efectividad, en el sentido en que producen efectos concretos. Una de estas estrategias es la naturalización de la existencia atemporal del territorio nacional, ignorando totalmente la existencia de otras sociedades y sus territorios, a los que se considera como desechables e irrelevantes. La segunda consiste en situar y concebir el territorio nacional con relación a los poderes occidentales del Orden Mundial, es decir, de la economía colonial-moderna de mercado. Y una tercera estrategia se fundamenta en ver y concebir el territorio nacional desde el punto de vista centralizado de las élites. Es decir, desde el punto de vista de sus intereses económicos y políticos.

El mito-concepto de Frontera sintetiza el conjunto de apelativos históricos con los que estos espacios han sido conceptualizados y categorizados: confines, baldíos, territorios nacionales, y los recubre con el “efecto Montesquieu”. En esa medida, pone en marcha el conjunto de estas estrategias territoriales, legitimando un punto de vista: el punto de vista urbano, modernizante y colonial de las élites, en el que se reformula de manera velada la distinción colonial básica entre lo civilizado y lo salvaje. La puesta en marcha del proyecto geopolítico de

⁹⁵ D. Pécaut, “Presente, pasado y futuro de la violencia”, 1997, pp. 15-16.

la nación en Colombia se ha visto marcado por la inscripción de las Fronteras en el campo semántico de la oposición civilizado-salvaje. Éste es, precisamente, el aspecto que he querido resaltar al destacar su carácter como *territorios salvajes*. En el concepto de la Frontera resulta evidente la manera en que estas regiones se sitúan en la geografía de la evolución unilineal de la historia, como periferia de la periferia, y cómo se ven marcadas en términos de su representación como la naturaleza. En el mito de la Frontera se encuentra el rastro de las principales imágenes que han guiado la relación de la sociedad occidental con lo salvaje y con los salvajes:⁹⁶ la *terra incognita* que hay que “desbravar”, llena de infinitas riquezas que aparecen como mina sin dueño; las vastas soledades que pueden ser descubiertas y explotadas con el mismo gesto de apropiación; la tierra desconocida donde sólo llegan o los locos aventureros (los héroes de la Frontera), o los iniciados dotados de una sensibilidad especial (los naturalistas y letrados); el lugar de resistencia frente al orden establecido, donde viven rudos grupos primitivos en estado de naturaleza o nidos de renegados en rebelión contra el orden establecido.

La mirada que ha reificado y mistificado las Fronteras, se sustenta en una posición de conocimiento que asume y al mismo tiempo legitima los supuestos y los intereses no sólo de las élites, liberales y modernizantes; sino de la metrópolis y de su división del trabajo, sobre la que se erige la riqueza de las naciones. Es decir, la riqueza de aquellas naciones que ocupan un cierto lugar en el mercado. Como posición de conocimiento privilegia la autoridad de una sola tradición de interpretación, basada en los parámetros, supuestos e hipótesis heredados de la experiencia colonial-moderna europea. En éstos se ha perpetuado su concepción de la naturaleza de la realidad, es decir, la forma racional de entender la naturaleza y la historia.

En el vocabulario propio de esta tradición, las instituciones y categorías sociales desarrolladas a partir de la experiencia de la economía moderna en Europa y Norteamérica se ven transformadas en categorías universales (centro, periferia, margen, desarrollo, consumo, crecimiento). Se ven legitimadas al estar enmarcadas en la visión unitaria evolucionista de la historia. A partir

⁹⁶ La bibliografía sobre el imaginario de lo salvaje es enorme. Véanse, por ejemplo, R. Harrison, *óp. cit.*; V. Mudimbe, *óp. cit.*; S. Dalla Bernardina, *L'Utopie de la nature*, 1996; R. Bartra, *El salvaje en el espejo*, 1992; G. Sayre, *Les sauvages américains*, 1997; G. Jahoda, *Images of Savages*, 2001.

de estas categorías se mide, se define y se diagnostica la vida de los múltiples y diversos grupos sociales que se encuentran en el “territorio nacional”. Esta multiplicidad de mundos y de sujetos sociales se concibe de acuerdo con las preguntas y los parámetros de un saber surgido en el marco de una realidad ajena, manejado y orientado por otros. Esta visión, en la que invariablemente se cae en la tentación de compararnos con las etapas anteriores de los “países desarrollados”, queda claramente expresada por C. M. Ortiz cuando afirma que: “la representación que del Estado tiene la mayoría de los habitantes de Urabá, no corresponde a la representación que de él tenemos, así sea cómo deber ser, los sectores medios urbanos del país, aquella que hacemos provenir de las revoluciones de la época moderna y en particular de la Revolución Francesa: con sus caracteres de público, racional, arbitro de intereses en aras del bien común, basado en los derechos humanos fundamentales, equilibrado en su interior mediante el balance de sus tres poderes, etc.”.⁹⁷

Esta visión progresivista se caracteriza por su pretensión de mostrarse totalizante y comprehensiva. Sin embargo, su lógica misma determina la inclusión y la exaltación de ciertos aspectos de su realidad, sacando del panorama otros. A partir del mito y del concepto de la Frontera, se ha privilegiado un conjunto de imágenes y procesos mediante los cuales se describen estos lugares y sus habitantes y a partir de los cuales sus pobladores y paisajes se han visto homogeneizados. En ellos se han fundamentado los diagnósticos, las categorías y conceptos sobre los que se delimita el tipo de relación que es posible establecer con sus sujetos, así como los modos de acción a través de las cuales el Estado nacional ha buscado intervenir e incorporar los territorios salvajes en el geo-cuerpo de la nación.

⁹⁷ Óp. cit., p. 115.

5. La ley del monte

En el conjunto de imágenes y procesos que constituyen tanto el mito como el concepto de la Frontera se da un doble proceso de inversión para crearla como realidad social. El proceso de inversión es aquel mediante el cual se crean una geografía y una etnografía imaginarias, al tomar el inverso de lo cercano y lo familiar, para dar cuenta de lo lejano y diferente.¹ Una primera forma de inversión en el caso de los territorios salvajes es la *proyección*, por medio del cual estas regiones, sus habitantes y sus paisajes se convierten en la pantalla hacia donde se transfieren los miedos, las culpas y las vergüenzas de la nación, todo aquello que se opone a lo que ella debe ser: el clima malsano, el atraso, la anarquía, el “país de cafres”. El segundo es un proceso de *reversión*, por medio del cual se concibe la existencia de estas regiones y sus habitantes en función de la satisfacción de las necesidades de la nación: como fuente de riqueza y como posibilidad de poner en marcha sus experimentos sociales. Lo he llamado así porque en esta mirada, de manera implícita, se revierten los papeles: se supone que las instituciones del Estado deben responder y ajustarse a las demandas y necesidades de la sociedad. En este caso son, sin embargo, un conjunto de sociedades, consideradas

¹ La inversión para dar cuenta del Otro es una particularidad de la tradición europea, como lo ilustran, entre otros, F. Hartog, *óp. cit.*; E. Said, *óp. cit.*; R. Bartra, *óp. cit.*; V. Mudimbe, *óp. cit.*, y G. Jahoda, *óp. cit.* Aquí, sin embargo, retomo el concepto de *doble inversión* que propone L.L. DeMause en *Foundations of Psychohistory*, 1982.

“menores”, por ser “minoritarias”, ilegales o desechables, las que deben plegarse y convertirse en instrumento de los designios y necesidades del Estado, en cuanto representante de una sociedad “mayor” de carácter virtual. A través de esta doble imagen, de proyección y reversión, los territorios no apropiados se ven a la luz, bien de todo aquello que resulta inaceptable, bien de aquello que resulta instrumental. Siempre en función del punto de vista de los requerimientos y aspiraciones de la llamada *sociedad mayor*, de las ventajas que para ésta puedan representar.

El continuo salto de la proyección a la reversión, es decir, la doble inversión, está detrás de la cualidad insólita y excéntrica con la que se concibe la realidad de estos lugares, así como la forma contradictoria en que el Estado y la nación se relacionan con ellos, sin llegar jamás a la menor resolución. Ambos presuponen la homogeneización del conjunto de lugares, paisajes y habitantes que los conforman, pues todos compartirían las características que les son asignadas por medio del doble proceso de inversión. Sobra señalar que la inversión se opera en función del modo occidental (colonial-moderno) de percepción y de imaginación: a través de la doble inversión se reifican los elementos de la proyección y de la reversión. Ello da lugar a que el tratamiento, el “manejo”, de estas regiones y sus habitantes por parte del Estado siga simultáneamente varias lógicas diferentes e incluso opuestas. A que su acción sea siempre ambivalente y contradictoria. En este capítulo se tratan de poner en evidencia los componentes del primero de estos procesos de inversión, el de la *proyección*. Para ello, voy a partir de la Leyenda Negra como referente de análisis, por ser éste uno de los signos privilegiados de la empresa colonial.

La Leyenda Negra

*El teatro fronterizo se nutre de mil muertos
y de un deseo hechizo: cantar en muchos puertos
que aún estamos vivos cercados por pajarones.*²

El proceso de *proyección* se expresa a través de un conjunto de relatos que se centran en la barbarie que se quiere superar para poder “construir una

² J. Olaciregui, *Talía y el Garabato: tragicomedia para tres actores*, 2002.

nación”. Es decir, en las condiciones salvajes que mantienen estos espacios condenados a la ley del monte. Se centran en su cualidad como regiones de violencia, como zonas rojas, de conflicto, explosivas, como territorios en disputa. Uno de estos relatos seminales del proceso de proyección es el que fue denominado *macabrisimo* por el periódico *El Caquetá*, en 1916. Allí se cuenta que “enseñados como estaban nuestros primeros colonos a vivir sin Dios ni ley, ni menos freno alguno que contuviera los instintos feroces que aún en el hombre civilizado suelen desarrollarse cuando habita las tierras salvajes, el *macabrisimo* apenas era un detalle de poca significación en la vida de estas selvas”. El diario se refería a las “escenas de sangre que hasta hace poco eran frecuentes en estas soledades, recorridas por los aventureros que venían por aquí en busca de fortuna o huyendo a las pesquisas de la justicia, y por el indio, hijo natural de las selvas”.³

El “macabrisimo” dista mucho, sin embargo, de ser invención de los medios, pues éste tiene numerosos antecedentes en la historia de la nación. Tal vez una de las imágenes fundacionales de este género, que ha marcado la historia de las fronteras imperiales, es la escena retratada por Theodor de Bry (fig. 9), donde en primer plano aparece un grupo de indios semidesnudos siendo devorados por perros.⁴ La escena parece rodeada de huesos, vísceras y cabezas humanas. En segundo plano, un grupo impasible de conquistadores, vestidos con todas sus galas y armas, observa y comenta, con pose indiferente, la escena de sangre. El epígrafe explica que “Balboa ha soltado los perros a los indios que habían cometido el horrible pecado de la sodomía, para que los descuarticen”.⁵

Con la misma impavidez, el cronista fray Pedro Simón narra en *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme* (1627) la historia de varios perros: Héctor y Fiero, que devoraron vivo al cacique de Chaparral; o la de Amadís, que

³ Citado por Bernardo Tovar, “Selva, mito y colonización: una introducción a la historia de la Amazonia colombiana”, 1995, p. 79.

⁴ *Historia Americae sive novi orbis*, tercer libro, imagen 22, 1593.

⁵ A. F. Bolaños, en *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial*, 1994, señala que el uso de los perros en la Conquista y colonización tenía una larga historia, como lo evidencia la comisión de la reina Isabel de Castilla a Vera Mendoza, un especialista en el empleo de perros en las guerras feudales de España, para que conquistara los rebeldes guanches de la Gran Canaria, en 1483. Cf. p. 59, nota 28.

despedazó un indígena rebelde en la conquista de la Sierra Nevada de Santa Marta, considerado por los españoles como “un perro”, al que “con otro le vamos a hacer la guerra”. Soltaron entonces a Amadís, el que “entróle fortísimamente por un lado, abriéndole un ijar, por donde salieron las tripas, y tras ellas, por otra mayor boca, las entrañas”.⁶



FIG. 9. “Balboa suelta los perros a los indios que habían cometido el horrible pecado de la sodomía para que los descuarticen” Johann Théodore de Bry, *Historia Americae sive novi orbis*. imagen 22, libro tercero, 1593

Se trata de una imagen cuyo eco no termina de resonar. Retumba en los testimonios consignados en los informes a propósito de la explotación cauchera en el Putumayo: “Martinegui (uno de los capataces) tenía un perro llamado Cafre que se comía las cabezas de los indios asesinados, pero que estaba adiestrado especialmente para destrozar las carnes de los indios”.⁷ La tristemente célebre Casa Arana, artífice del holocausto en el Amazonas, como bien lo cali-

⁶ Parte 3, noticia 5, capítulo 3, vol. 6, p. 17, 1981.

⁷ C. Valcárcel, *El proceso del Putumayo*, 1915, citado por R. Pineda, *Holocausto en el Amazonas: una historia social de la Casa Arana*, 2000, p. 135.

fica Roberto Pineda, es un hito que revive la Leyenda Negra. El relato de don Clemente Silva, en *La vorágine*, revela su dimensión:

Un hombre vino a advertirme que el aguardiente lo repartían en las barracas. Y era verdad: por allí desfilaba la multitud presentando jarros y totumas al vigilante que hacía la distribución. Un cuadrillero venático quería chancearse: vertió petróleo en una ponchera y lo ofreció a unos indios. Como ninguno aceptó el engaño, les tiró encima la vasija llena. No sé quien rastrilló unos fósforos; pero al momento una llamarada crepitante achicharró los indígenas, que se abalanzaron sobre el tumulto, con alarida loca, coronados de fuego lívido, abriéndose paso hasta las corrientes, donde se sumergieron agonizando.

Los empresarios de la Chorrera asomaron a la baranda con los naipes de poker en las manos. “¿Qué es esto? ¿Qué es esto?” repetían. El judío Barchilón tomó la palabra: “¡Hola muchachos, no sean patanes! ¡Van a quemarnos el enoropado de los caneyes!” Larragaña calcó la orden de Juancho Vega: “¡No más diversión! ¡No más diversión!”. Y al sentir del hedor de la grasa humana, escupieron sobre la gente y se encerraron impasibles.⁸

Estas imágenes se repiten en las historias de las *guahiberías*, o cacerías de indios en los Llanos, sobre las que existen testimonios como el de la masacre de La Rubiera en la Navidad de 1968, cuando “para darles muerte, los vaqueros invitaron a indígenas a comer y cuando tal hacían, les hicieron fuego con escopetas y revólveres; y sus cadáveres al día siguiente, fueron arrastrados con mulas varios centenares de metros e incinerados; y sus restos revueltos con huesos de vacunos y porcinos”.⁹ O el del taxidermista de Villavicencio, quien corrobora “la existencia de un tráfico de pieles de animales tanto como de indígenas ‘para lo cual existieron varios compradores’. Los declarantes expresaron también que ‘le habían sido enviadas al Presidente de la República dos pieles de indios disecados’ [...]”.¹⁰

⁸ J. E. Rivera, *La vorágine*, 1997 [1924], p. 151.

⁹ Testimonios reseñados y citados por A. Gómez, *Indios, colonos y conflictos: una historia regional de los Llanos Orientales*, 1991, p. 363.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 361.

Lo que caracteriza estas historias de la ubicua leyenda negra es que se centran en las escenas de sangre, en “el cuerpo del condenado”. Al tiempo que muestran el horror del evento, reducen nuevamente la víctima a humo, huesos, vísceras. Se centran en la recreación y amplificación de la agresión. Michael Taussig, evocando a Carlos Fuentes y a José Eustasio Rivera, pone en primer plano la manera en que en el horror que produce lo salvaje se conjugan el miedo que produce la selva y la repulsión que produce la bestialidad de los salvajes. De esta forma, “la destructividad brutal que se imputa a la naturaleza salvaje sirve para dar lugar a relaciones aún más destructivas en la sociedad humana”.¹¹ Ésta es la idea central del “macabrismo”. Taussig muestra la forma en que la tensión entre fascinación y repulsión crea el efecto retórico de hacer la atrocidad inseparable de lo fantástico. Así, tras el velo alucinante del relato, se naturalizan la barbarie y terror para domesticar lo salvaje. De cierta manera, se crea un efecto de normalidad en el que los perpetradores se ven separados de la responsabilidad y de la práctica misma de la violencia. Tal vez por ello, en estos relatos se tiende a destacar la figura del victimario (cada perro por su nombre), reduciendo las víctimas al anonimato de un cuerpo quebrantado por el terror. Llegando, incluso, algunas veces a transformar en víctima al verdugo.¹²

La relación entre el relato y el crimen, como anota Michel Foucault,¹³ hace parte a la vez de su racionalidad y de su demencia. Son consustanciales y, al mismo tiempo, se desplazan el uno al otro. Realizan un intercambio entre lo familiar y lo extraordinario, entre lo cotidiano y lo histórico. Cuentan una historia de eventos delirantes y autónomos, que acaecen bajo las narices del poder y al otro lado de la ley, una historia que se contrapone a los relatos de los crímenes heroicos cubiertos con el manto de lo legal: los de las revoluciones, independencias y pacificaciones oficiales. Crean y reproducen el efecto retórico y reiterativo del equívoco entre lo legal y lo ilegal. “El relato del crimen se sitúa en

¹¹ M. Taussig, *óp. cit.*, 1987, p. 75.

¹² Como ejemplo se puede mencionar que en las entrevistas de Carlos Castaño, jefe de las AUC, en los medios colombianos se recuerda siempre que éste fue víctima de las FARC, sin mencionar el número de homicidios y masacres de las cuales él es responsable. Cf. *El Tiempo*, 1º de julio de 2002.

¹³ M. Foucault, “Les meurtres qu’on raconte”, en *Moi Pierre Rivière, ayant égorgé...*, 1973.

esa región peligrosa de la cual utiliza la reversibilidad: tiende un lazo entre la prohibición y la sumisión, y entre el anonimato y el heroísmo. Por su conducto la infamia alcanza la inmortalidad”.¹⁴

Foucault argumenta que el mecanismo que establece la relación crimen-relato se inscribe en un campo de saber que constituye no tanto la marca o el contenido de la violación, sino su condición de posibilidad. Es de nuevo el signo de lo salvaje, el estado de naturaleza, el que da la clave para develar el campo de saber en el que se inscribe principalmente la leyenda negra. De acuerdo con la concepción unitaria de la historia humana, que ha servido de fundamento a las principales teorías de la historia moderna, una de las características del “estado de naturaleza” es la guerra de todos contra todos. Ello se debe a que los salvajes, en un estado anterior a todo contrato social, se gobiernan a sí mismos de manera individual a partir de “las leyes de la naturaleza”, donde, por medio de la fuerza bruta, se impone la voluntad del más potente.¹⁵ Hannah Arendt señala que Hobbes aporta el mejor fundamento teórico a esta ideología naturalista de la sociedad, al definir la igualdad humana como igualdad en la aptitud para matar, lo que sitúa a todos en la misma situación de inseguridad. En esta “ley de la naturaleza” se condensa nuevamente la dualidad inherente al campo semántico de lo salvaje: por una parte, es expresión de la inocencia y simplicidad de una vida en comunión con la madre natura y, por otra, es la expresión de la anarquía, de la carencia de orden público.

Cuando se habla de la “ley de la selva”, es este último sentido el que se retiene: el de un estado primitivo de violencia, inherente al estado originario de toda humanidad. Según la concepción naturalista progresiva/regresiva de la historia, que se aplica sobre todo a la organización política, la sociedad evolucionaría desde las “hordas” de salvajes regidas por la ley del más fuerte hasta los Estados, regulados por la racionalidad. Así, la ascensión hacia la civilización implicaría, finalmente, llegar a las formas perfeccionadas de gobierno que garantizarían la paz universal, al mismo tiempo que la seguridad y la libertad individuales. En virtud de este marco evolucionista, las formas de vida política que han sido experimentadas por los grupos “primitivos” han sido reducidas a la categoría de “premodernas”

¹⁴ Ibid., p. 328.

¹⁵ Hannah Arendt, *op. cit.*, 1982, cf. pp. 36 y ss.

(Max Weber) y relegadas como “medievales” o como “despotismos orientales” (Karl Wittfogel). Han sido, sobre todo, banalizadas y desvirtuadas en virtud de la deshumanización implícita en su categorización como salvajes, y han terminado siendo rechazadas por la crítica logocentrista como versiones primitivistas del *Ancien Régime*, como bien lo expresa Ashis Nandy.¹⁶ La guerra entre las sociedades consideradas como “primitivas” es, sin embargo, objeto de una compleja codificación. Su desarrollo obedece generalmente a consensos previos entre los adversarios, por medio de los cuales se definen sus diversos aspectos: la duración (a veces de un solo día), el lugar de la confrontación, incluso el número de muertes que se consideran admisibles por las partes: la guerra cesa en el momento en que se llega a esa cifra tope.¹⁷ Estos acuerdos pueden incluir el establecimiento de reglas estrictas para asegurar la protección de las viviendas y cosechas, así como de las mujeres, ancianos, niños, y de quienes no participan en el combate; sobre la suerte de los heridos y de los prisioneros, o sobre la continuidad de los intercambios comerciales entre los grupos enfrentados. Las formas de proceder en el combate van desde reactivaciones periódicas de conflictos inexorables entre enemigos hereditarios hasta modalidades casi lúdicas de confrontación que muchas veces no pasan de ser simulacros.¹⁸

Así, curiosamente, las guerras entre las llamadas sociedades *salvajes*, como las del Amazonas, son una práctica mucho más “civilizada” que las descarnadas guerras de Occidente. Es posible que muchas de sus formas de organización social sean o hayan sido violentas y autoritarias, pero tienen la virtud de no haberse constituido en sistemas de pensamiento totalitarios que justifican el montaje de implacables sistemas de coerción política y social para controlar todas las áreas de la vida cotidiana, en nombre de una supuesta ley inexorable del devenir humano. La puesta en marcha y el mantenimiento de la civilización

¹⁶ A. Nandy, “Estado”, en W. Sachs, *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, 1992.

¹⁷ R. Pineda, óp. cit., destaca el carácter limitado de la agresión en las guerras entre las sociedades indígenas del Putumayo, donde la pérdida de un hombre era ya considerada como un alto costo y este hecho persuadía a los atacantes de retirarse. Cf. pp. 128 y ss.

¹⁸ Ph. Descola y M. Izard, “La Guerre”, en *Dictionnaire de l’Ethnologie et l’Anthropologie*, Bonte, P. e Izard, M. (dirs.), 1991, p. 315.

han implicado, de manera paradójica, hacer cada vez más eficaces y complejas las formas de violencia. En nombre de la civilización se han perpetrado los más macabros genocidios y se han justificado las formas más brutales de dominación. Ello ha implicado también formas cada vez más sofisticadas de legitimar su violencia constitutiva. Y, con el mismo gesto, de ocultarla, por supuesto.

Lo que M. Foucault llama el *dispositivo crimen-relato* muestra el sentido del ocultamiento de la violencia por la violencia. La dimensión estética y fetichizante del crimen-relato logra reificar un mito (el de lo salvaje), al tiempo que lo subvierte (en el macabrisimo: el civilizado, al bestializar al salvaje, se bestializa a sí mismo, se transforma también en salvaje) y lo reproduce (en la violencia salvaje de la acción civilizadora). La violencia en la que se centran los relatos de la leyenda negra, es decir, en la violencia de sus prácticas observables,¹⁹ oculta la violencia fundadora del principio civilizador.

La leyenda negra, que se podría considerar como arquetipo del dispositivo crimen-relato de la violencia civilizadora, se inaugura probablemente con la obra de Bartolomé de las Casas *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* (1552), que se vio ilustrada en la iconografía de la *Relación de Viajes* de Theodor de Bry. Como género, se construye a partir de dos efectos retóricos, que han sido señalados por varios críticos.²⁰ Por medio de estos efectos se construye el carácter particular de *denuncia* que tiene la leyenda negra. El primero es, sin duda, la representación y la exaltación de la violencia de las prácticas conquistadoras. Esta representación se centra en la brutalidad inherente a las formas de conquista y colonización: la depravación del conquistador, la crueldad del colonizador, la bestialización a la que el español somete al indio, tratado como animal, pasmado por el terror, sometido por el dolor. Al mismo tiempo, se muestra el salvajismo inherente a la vida de los salvajes. El segundo efecto radica precisamente en este juego entre varias categorías de la misma violencia que se refuerzan las unas a las otras en un círculo infernal: la de la gesta

¹⁹ De hecho, se ha tendido a reducir a estas expresiones la definición de violencia. Ch. Tilly la define como “la interacción observable en el curso de la cual las personas u objetos se ven despojados o físicamente vulnerados”. Cf. *From Mobilization to Revolution*, 1978, p. 176.

²⁰ Eduardo Subirats, óp. cit.; Á. F. Bolaños óp. cit., o Michèle Duchet et ál., *L'Amérique de Théodore de Bry: Une collection de voyages protestante du XVIe siècle*, 1998.

heroica de la Conquista, la brutalidad de la guerra contra el salvaje en virtud de su humanidad puesta en duda y la del descenso de los civilizadores a la barbarie en su intento por someter la barbarie a la civilización.

La denuncia en la leyenda negra es la denuncia de la irracionalidad. No pone en tela de juicio ni los presupuestos básicos de la relación colonial ni su orden. No cuestiona el supuesto estado inferior de naturaleza del indio ni, por lo tanto, su necesidad de control y tutelaje. Tampoco pone en tela de juicio la noción de la historia que otorga superioridad al colonizador y justifica la guerra, la empresa de ocupación territorial y el vasallaje. Como lo señala Eduardo Subirats, lo que se pone en tela de juicio es más bien su sistema de legitimaciones. La forma misma que asumen la Conquista y el dominio colonial, no su principio. Lo que se denuncia, en últimas, es la ineficacia de la violencia brutal para el logro de los altos objetivos del proyecto civilizador, para el logro de la redención de los salvajes por medio de la conversión y su transformación en sujetos libres, por medio del vasallaje.²¹

“Jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia”²²

Un segundo componente del proceso de *proyección* es el de enfocar la subversión, la rebeldía y la ilegalidad que han definido la existencia de las fronteras desde la ocupación colonial española, satanizándolas. Los relatos e historias que se centran en ellas han marcado indeleblemente el carácter de sus pobladores, señalándolos y estigmatizándolos como gente andariega, rebuscadora, al margen de la ley, proclive a la violencia, sin arraigo. De esta manera, se ha deslegitimado y ocultado el sentido de su insurrección. Su carácter rebelde y violento ha llegando a adquirir en algunos casos la cualidad de rasgo esencial, emblemático y, por lo demás, hereditario. Carlos Guillermo Páramo señala que, para los explotadores y traficantes de esmeraldas en la zona del río Minero (los famosos esmeralderos), su belicosidad tiene origen “en la idiosincrasia de los indios Muzo, primitivos habitantes de la zona. A pesar de que los esmeralderos entrevistados provenían de muchas regiones del país, en varias ocasiones fue recurrente la fórmula que

²¹ E. Subirats, *óp. cit.*, pp. 98-99.

²² Una de las frases con las que comienza su historia Arturo Cova, narrador de *La vorágine*.

achacaba la violencia y el ejercicio de la guerra a una herencia prehispánica caníbal”.²³ Alejo Vargas, usando la misma lógica de los esmeralderos, afirma que “los ancestros combativos de los primeros pobladores del Magdalena Medio [constituyen los] elementos que contribuyen a estructurar un temperamento rebelde en los pobladores de la misma”.²⁴ Ello lo sustenta citando la *Geografía económica de Colombia*, de 1947, donde se afirma que “hay algo, pues, en el ambiente y en la sangre de nuestra raza, que la predispone para la protesta violenta, siempre que se entroniza la injusticia o que se pisotean sus fueros”. Recurre también a la autoridad de Virginia Gutiérrez de Pineda, autora de *Familia y cultura en Colombia* (1975), quien, de acuerdo con Vargas, muestra que “el temperamento relativamente intolerante del santandereano, se desarrolla con las poblaciones indígenas, se proyecta en las guerras civiles, en el comportamiento de los partidos y en general en el desarrollo de los conflictos sociales”.²⁵

Estos mismos rasgos se han atribuido, en general, a la colonización y, en particular, al colono. Su carácter esencial no sólo ha sido poco cuestionado en el marco de los estudios regionales, sino que se ha convertido prácticamente en uno de sus presupuestos. La excepción la constituyen dos casos puntuales: los relatos de la Colonización Antioqueña, un proceso que tuvo como escenario el entorno temperado de las tierras altas —las montañas del Viejo Caldas— y que fue, quizá por ello, idealizado como la gesta civilizadora de una raza.²⁶ El segundo caso es el que describe Medardo Rivas, donde destaca los grandes hechos en la conquista de las vertientes y zonas bajas por parte de “los fundadores de estas haciendas y los creadores de esta riqueza”,²⁷ a quienes él llama

²³ C. G. Páramo, “Civilización y barbarie en el proyecto paramilitar”, 1999, pp. 194-195.

²⁴ A. Vargas, *Magdalena Medio santandereano: colonización y conflicto armado*, 1992, p. 29.

²⁵ *Ibíd.*

²⁶ Ésta, como lo plantea C. LeGrand, “fue sólo un fragmento pequeño y algo excepcional de un proceso más amplio de expansión de frontera que ocurrió a través de la región andina y a lo largo de la costa Caribe en los siglos XIX y XX”, *óp. cit.*, 1994, p. 8.

²⁷ M. Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente*, 1983 [1899], p. 36. A los que responden al concepto usual de trabajadores (peones, terrajeros, amedieros, etc.), Rivas los denomina *calentanos*, cf. p. 41.

trabajadores de tierra caliente. Se narra allí la empresa de ilustres miembros de la élite, empeñados en “desbravar” estos territorios. En ambos casos, los relatos se centran en el carácter industrioso y los valores morales de sus protagonistas y de los fines que los guiaron.

Los estudios regionales sobre la colonización de las fronteras han enfocado, por el contrario, la rebelión, la ilegalidad, el desarraigo y el conflicto. Catherine LeGrand señala que “hay dos interpretaciones de la frontera. Una basada en la colonización antioqueña, que ve la frontera como una alternativa ante el conflicto, mientras que la segunda, enfocada sobre áreas más allá de la zona cafetera central, explica la generación del conflicto social, sólo en términos del desplazamiento de colonos por los nuevos hacendados en regiones de frontera en desarrollo”.²⁸ Y, más específicamente, se han centrado en la relación entre la colonización y la guerrilla.

La asociación colonización-subversión tiene por lo menos dos grandes antecedentes históricos. Uno de ellos es la concepción del colono-desplazado como “enemigo interior”, que prevaleció durante la ocupación colonial. Surge a partir del problema que representan los “arrochelados en las tierras calientes” en el siglo XVIII; es decir, los grupos desplazados que se habían internado en los montes, viviendo “sin Dios ni ley”. Éstos fueron objeto de varias campañas de pacificación, en las que, por medio de incursiones militares, se buscó fundarlos en pueblos donde pudieran ser disciplinados y obligados a tributar. Éstos son descritos de la siguiente manera en la *Relación del Estado del Nuevo Reino de Granada* que hace el arzobispo virrey Antonio Caballero y Góngora a su sucesor, en 1789:

Al mismo tiempo que se pueblan montañas ásperas y estériles de hombres criminosos y forajidos, escapados de la sociedad, por vivir sin ley ni religión. Bastaría delinear un abreviado mapa de la población del Reino para que se conociera *la confusión y el desorden con que viven estos montaraces hombres*, eligiendo a su arbitrio y sin intervención del Gobierno, ni de los jueces subalternos, el lugar de su retiro, tanto mas agradable para ellos cuanto mas apartado de la iglesia de su pueblo [...] estos, que forman el mayor numero de habitantes libres, hacen propiamente *una población vaga y volante*, que obligados a la tiranía de sus

²⁸ Óp. cit., 1994, p. 11.

propietarios, transmigran con la facilidad que les conceden el poco peso de sus muebles, la corta perdida de su rancho y el ningún amor a la pila en que fueron bautizados. Lo mismo tiene donde mueren que donde nacieron, y en cualquier parte hallan lo mismo que dejaron. [...] Tal es el abreviado retrato del Nuevo Reino de Granada. *Con semejante genero de vida, una numerosa población es en realidad un monstruo indomable que a todo lo bueno se resiste, y nada proporcionada para recibir con docilidad las providencias más benéficas del Gobierno [...]*.²⁹

Los arrochelados fueron considerados por la administración colonial como el enemigo interno. En la *Relación del Estado del Virreinato de Santa Fe, Nuevo Reino de Granada*, que el virrey Pedro Messia de la Zerda presenta a su sucesor Manuel Gurior, en 1772, los define así: “pueden dividirse en dos clases los enemigos [interiores], que o son los mismos vasallos inobedientes o los bárbaros rebeldes que habitan en el interior de las provincias. Los primeros que como domésticos y de quienes suele no desconfiarse son más temibles [...] la segunda clase de contrarios es una de las mayores plagas que agitan este Reino y embarazan en mucha parte sus progresos, pues apenas se encuentran algunas de sus provincias que no sufran las vejaciones de los indios bárbaros y los estragos de la barbaridad”.³⁰ Además de los indios “bravos”, que siguen siendo protagonistas de la mitología nacional (como se verá más adelante), y los palenques de los esclavos cimarrones, los “libres de todos los colores”, desplazados por las estructuras de la sociedad colonial, hacen parte de “los enemigos interiores o infieles o bárbaros que por varias partes del reino lo infestan”.³¹ Durante las guerras de independencia la capacidad de resistencia y las aspiraciones de esta “población vaga y volante” fueron aprovechadas en las campañas liberadoras. Los desplazados por la sociedad mayor sólo vuelven a ser estigmatizados —o celebrados— por rebelión a partir de la Violencia.³²

²⁹ G. Colmenares, óp. cit., vol. 1, pp. 410-411 (énfasis mío).

³⁰ *Ibíd.*, pp. 144-145.

³¹ En palabras del virrey José Solís en su “Relación del estado del virreinato de Santafé”, 1760, G. Colmenares, óp. cit., vol. 1, p. 119.

³² Con este nombre se conoce en la historia de Colombia la década del sangriento enfrentamiento entre los partidos Liberal y Conservador, desatado a partir del “Bogotazo” en 1948,

El segundo referente histórico ha sido, indudablemente, la gesta heroica de la “colonización armada”, a la que las ciencias sociales en Colombia han dado un gran protagonismo.³³ Los relatos de los campesinos de la zona andina desplazados por la Violencia, perseguidos por las *hordas chulavitas*,³⁴ que se vieron obligados a conformar “columnas de marcha” protegidas por los hombres armados, se han convertido en una de las historias paradigmáticas de la colonización. Después de ser desplazados principalmente desde el Tolima hacia la región de Sumapaz, comienzan a bajar hacia el piedemonte amazónico: “Al final estaba esta tierra sola, sin patrones ni ejército. Toda para nosotros. Eran baldíos, quedarían para nosotros después de tanto sufrir. Ese era el fin de la lucha, el destino que se nos prometía día y noche.”³⁵ Allí conforman una serie de establecimientos, que fueron tildados por el gobierno del Frente Nacional como “Repúblicas Independientes”. Éstas fueron objeto de enérgicas operaciones punitivas por parte del Ejército nacional. González y Marulanda cuentan así la historia:

Entre septiembre de 1955 y febrero de 1956, más de 5000 familias campesinas que se habían refugiado en las selvas de Galilea, se movilizaron hacia esas “nuevas fronteras”. Algunas familias dispersas tomaron el rumbo del plan del Tolima y otras, organizadas en “columnas de marcha”, siguieron hacia las regiones del Duda, el Ariari, el Guayabero y el Pato llevando consigo el peso de una gran frustración, pero también las inmensas ganas de “encontrar un lugar para vivir”. Allí llegaron como “extraños” e impusieron su ley, la ley de los desplazados, a las pocas familias asentadas en esos lugares con anterioridad, generándose así una nueva red de conflictos que

hasta el establecimiento del acuerdo político entre estos partidos para alternarse el poder, denominado “Frente Nacional”, en 1958.

³³ Cf. A. Molano, “Algunas consideraciones sobre colonización y violencia”, 1994; *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras*, 1989; *Selva adentro: una historia oral de la colonización en el Guaviare*, 1987; J. J. González, óp. cit.

³⁴ Conformadas por la policía del gobierno conservador y por las bandas armadas por ésta.

³⁵ Molano, 1989, p. 145.

más temprano que tarde enfrentó a la comunidad entera de cada una de estas regiones con el Estado y cuyos efectos notorios van a reconocerse, cuando hacia los años 60 empieza a prepararse por parte del recién instaurado gobierno del Frente Nacional, la guerra contra las “Repúblicas Independientes”.³⁶

Víctor Pulido, uno de los protagonistas de esa historia, entrevistado por estos autores, aclara que “la gente que a raíz de la violencia evacuó de Galilea hacia otras áreas, organizó el movimiento agrario para coordinar el proceso de colonización: con base en el fortalecimiento de estas zonas agrarias comienza a llamárselas ‘Repúblicas Independientes’ para dar a entender que estas áreas estaban dirigidas y controladas por ex guerrilleros. Lo que dio pie a que se proyectara una acción militar para combatir y arrasar esas ‘Repúblicas Independientes’ entre las que estaban involucradas las zonas del Guayabero, El Pato, Riochiquito y Marquetalia”.³⁷

Así, J. J. González, señala que “los centenares de migrantes de la guerra de los 50 reivindicaron estas regiones de refugio como *zonas de autodefensa*, desde donde, como verdaderas minorías políticas y territoriales, buscaban resistir al modelo impuesto por el Estado. Éste, por su parte, respondió de acuerdo con la concepción geopolítica que animaba al concepto de *repúblicas independientes*, con la guerra declarada a los territorios en manos del ‘enemigo’, en virtud de la cual se esperaba recuperar la soberanía de la nación”.³⁸ Éste es el relato del origen de las FARC. Su nacimiento, ligado a este proceso de desplazamiento y colonización, es un tema que se destaca en los estudios históricos de estas regiones. Quizá por ello los procesos de colonización en otras zonas, como el Magdalena Medio y el Urabá, se han estudiado en relación con la historia de los movimientos guerrilleros y sus líderes. De la historia de la colonización en estas

³⁶ González y Marulanda, óp. cit., p. 40.

³⁷ *Ibíd.*

³⁸ *Ibíd.*, p. 19. La idea sigue siendo vigente. En los titulares de *El Tiempo* del 9 de junio de 2002 se anuncia el “Despeje ‘a la brava’ en Caquetá, Huila y Putumayo: las FARC buscan crear una República Independiente en el sur. Para conseguirla ahora presionan la salida de todos los funcionarios municipales para sustituir abiertamente al Estado”.

regiones surge lo que González y Marulanda llaman la “ley de colonización”: migración-conflicto-migración.³⁹

La asociación colonización-subversión llega a tener un carácter determinante. María Teresa Uribe lo establece claramente cuando dice que “estas fronteras, más simbólicas que reales, cumplieron la función fundamental de definir un adentro y un afuera, construyendo de esta manera una *territorialidad bélica* al interior de la cual empezaron a operar otros mandatos y autoridades, nuevas normas y prohibiciones que fueron perfilando los órdenes alternativos con pretensiones soberanas”.⁴⁰ De hecho, para muchos autores, es precisamente esta asociación la que define y determina el carácter de estos territorios como regiones. Para los autores de *Colonización, coca y guerrilla*, en el caso del Caquetá, “antes que una homogeneidad económica o social, lo característico de esta región, aquello que permite considerarla en forma diferenciada es el hecho militar y político de que es un territorio en el que ha venido operando con éxito la guerrilla y tal operación exitosa fija límites bien definidos a la región a lo que coadyuvan sus características geográficas”.⁴¹

El estudio de los procesos de colonización en el siglo XX en Colombia no sólo se ha centrado en ciertos “terrenos” que se han visto privilegiados, sino que se ha desarrollado a partir de un método en particular, de acuerdo con el cual se han tipificado y generalizado tanto las características de la colonización como la definición del colono. Es interesante notar cómo con la Violencia se dan procesos masivos de colonización en diversas regiones: en La Guajira, en la Sierra Nevada de Santa Marta, en la serranía del Perijá, en el Catatumbo, en la serranía de San Lucas y el alto Sinú y San Jorge, en Urabá, en el Chocó, en el Pacífico y, en general, en todo el piedemonte de la cordillera Oriental. El caso de la colonización armada fue, mirándolo en este conjunto, un caso único, que ha sido aparentemente el más ampliamente estudiado.⁴² Ello evidencia que el

³⁹ Ibíd., p. 22.

⁴⁰ Óp. cit., 2000, pp. 465-466 (énfasis mío).

⁴¹ Cubides *et al.*, óp. cit., p. 159.

⁴² En el conjunto de la bibliografía seleccionada de estudios regionales, la que evidentemente no es exhaustiva pero puede ser considerada como representativa, de la totalidad de los

interés, más que en la colonización, ha estado en la historia de las guerrillas. Sin embargo, la asociación colono-guerrilla, corolario del concepto de la colonización armada, se ha extrapolado como caracterización de la colonización, y la ley de la colonización se toma como presupuesto generalizador.⁴³ No en todas las regiones se dio el proceso inexorable de migración-conflicto-migración. En la Sierra Nevada de Santa Marta, por ejemplo, la colonización de la Violencia estableció una economía basada en el café, el cacao y los frutales que ha sido relativamente estable, incluso frente a las avalanchas de la marihuana y la coca.⁴⁴ A la Sierra la guerrilla llega a finales de los ochenta, treinta años después de la colonización de la Violencia, y no surge de este proceso. Más bien aparece como una fuerza que se impone a los habitantes del macizo. Por lo demás, desde el punto de vista de la amplitud geográfica del fenómeno, se puede afirmar que la colonización no sólo dista de ser un fenómeno conocido, sino que lo poco que se la conoce se ha convertido en un lente que la distorsiona.

“Tierra sin hombres para hombres sin tierra”⁴⁵

Quizá uno de los autores que más ha influido en la formación de la imagen que se tiene en Colombia del colono y de la colonización es Alfredo Molano, quien ha publicado numerosos libros de amplia divulgación, que juegan con el umbral entre la ficción y lo testimonial. Se trata de recuentos e historias de vida

estudios sobre colonización, 28 trabajos tienen por objeto de estudio el “eje de la colonización armada”; 12, Urabá; 10, el Magdalena Medio, contra 5 en la Sierra Nevada de Santa Marta, 3 en Arauca, 2 en la zona de Perijá y Catatumbo, y para otras regiones (La Guajira, Chocó, Pacífico, Meta y Casanare), 8 trabajos.

⁴³ La generalización del proceso del eje territorial de la colonización armada como a toda la colonización de la Violencia la hacen explícita en sus análisis, por ejemplo, C. LeGrand, *op. cit.*, 1994, p. 12, y D. Fajardo, *La colonización de la frontera agraria colombiana*, 1994, p. 56

⁴⁴ Cf. G. Mertins, *Pisos de asentamiento y cultivo de los colonos e indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta*, 1975; A. Molano et ál., *Contribución a una historia oral de la colonización en la Sierra Nevada de Santa Marta*, 1988; IGAC, *Ocupación del territorio en la Sierra Nevada de Santa Marta*, 1993.

⁴⁵ Valla de la Gobernación del Vaupés en el aeropuerto de Mitú, 1992.

narrados con la voz literaria de los protagonistas de la frontera, con los cuales se busca construir la historia oral de la colonización. Los relatos de Molano no recogen directamente, sin embargo, la voz de estos protagonistas, pues se trata de narraciones construidas por el autor, contadas “a la fresca manera del testimonio popular”. Así lo describe Orlando Fals Borda, quien, en el prólogo de *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras*, explica el procedimiento de “imputación” que usa Molano: “a través de entrevistas, se *escoge*, se *suma* y se *adscribe* a un personaje clave que uno mismo puede bautizar o identificar independientemente”.⁴⁶ Fals ubica el trabajo de Molano “dentro de una tradición de denuncia y protesta social y política”, que se caracteriza por su “empatía con el pueblo trabajador y sus luchas y [por compartir] un compromiso socio-político con las víctimas del capitalismo salvaje”.⁴⁷

Su trabajo se ha convertido, por lo demás, en un modelo casi paradigmático para la investigación de la colonización. De acuerdo con F. Cubides, “Molano no solo ha mostrado las posibilidades de la técnica de la entrevista y de las historias de vida recompuestas, sino que ha impuesto un lenguaje y ha creado escuela”.⁴⁸ Así lo dan a entender también J. J. González y E. Marulanda:

Alfredo Molano, a través de su maravillosa obra, nos hizo ver la posibilidad de utilizar los testimonios orales para la comprensión del proceso histórico. El resultado de este ejercicio es, desde luego, una versión histórica. Pero una “versión” que tiene la magia y el encanto del personaje que cuenta la historia, tiene el inequívoco sello del protagonista, conocido o ignorado, pero en todo caso capaz de convertir la cadena de acontecimientos en historia en ebullición, un poco esquiva a los controles epistemológicos de las ciencias sociales, pero en cambio tejida a mano, a golpes de experiencias.⁴⁹

⁴⁶ P. 14 (énfasis mío).

⁴⁷ *Ibíd.*

⁴⁸ F. Cubides, “Connotaciones metodológicas”, 1999, p. 213.

⁴⁹ *Óp. cit.*, p. 45.

Se ha partido del supuesto de que, en palabras de Cubides, la obra de Molano logra “expresar la mentalidad que guía la acción de los individuos [...] [y] a partir de testimonios e historias de vida individuales construir un personaje que sea representativo de un actor en la sociedad”.⁵⁰ Tal vez ello explica la casi total ausencia de estudios de tipo etnográfico sobre la colonización, a favor de la ubicuidad de los relatos testimoniales de los héroes de la frontera.⁵¹ El tipo de “trabajo de campo” que se usa da cuenta en buena parte de las diferencias de percepción. Mientras que para hacer etnografía, normalmente, el investigador comparte la vida de una localidad durante un período suficiente para lograr sumergirse en el grano de la cotidianidad, lo que puede llegar a tomar años,⁵² para el trabajo de tipo testimonial se requiere un recorrido de tipo lineal relativamente rápido, a lo largo de diversas localidades, donde se realizan entrevistas con los personajes más visibles o disponibles. En este último esquema se reproduce la estructura del “viaje de descubrimiento”.⁵³ El conocimiento del objeto de estudio se estructura como la experiencia de un tránsito, de un pasaje. Por ello, el “objeto” se aprehende mediante técnicas rápidas de captura, en este caso la entrevista, la fotografía, el video, que se producen siempre en relación con un relato de viaje. El haber privilegiado este método ha implicado aquí que “las estrategias adaptativas, lo rutinario, aquella innumerable gama de eventos que no son acontecimientos: la acción cotidiana, resulta opacada por el hecho social”.⁵⁴ Los relatos de Molano, así como los itinerarios de sus expediciones, han cumplido de cierta forma, en la tradición de Humboldt, la función de describir, prescribir y definir “el hecho social” que merece ser visto y escuchado.

⁵⁰ Ibíd.

⁵¹ Sobra decir que ambos métodos presentan ventajas y problemas. Lo que intento señalar aquí es lo significativo de que un método en particular se haya visto privilegiado para el estudio de un problema específico.

⁵² Que permite llegar a realizar lo que Clifford Geertz llama “descripción densa”, *thick description*, que constituye el eje de la etnografía. Cf. *The Interpretation of Cultures*, 1973.

⁵³ Término que históricamente ha sido, por lo demás, un eufemismo para viaje de conquista.

⁵⁴ Tomando prestadas de nuevo las palabras Cubides, óp. cit., 1999, p. 217.

En su trabajo sobre la colonización de la Sierra Nevada de Santa Marta, financiado por las gobernaciones de los departamentos de La Guajira, Cesar y Magdalena, y dirigido a servir de diagnóstico para el diseño de políticas públicas,⁵⁵ Molano caracteriza los colonos de la siguiente manera:

Creemos importante hacer una consideración general sobre el campesino que llegó a buscar refugio en la Sierra Nevada. En primer lugar había sido expulsado por la fuerza, de su lugar de origen, era un desterrado. *Atrás dejaba las lealtades en las que había nacido y en buena medida los valores que había respetado.* Había conocido el rigor de las armas y se había familiarizado con la muerte. Esa en cierta medida un hombre nuevo, o por lo menos muy diferente al de antes de la violencia. En segundo lugar, llegaba a renunciar su vida como refugiado —casi como extranjero— sin tener un centavo en el bolsillo. Traía, sí, el conocimiento empírico de la agricultura y sobre todo la ambición de fundarse en paz, prosperar y sepultar su pasado. *No todos, por lo demás eran víctimas directas de la violencia, había también —y no pocos— victimarios: asesinos, reos, bandidos.* Pero eso no importa. Para unos y otros la Sierra era la oportunidad de comenzar de cero. Esa condición les aportó un valor peculiar para afrontar las dificultades y seguir adelante (p. 20, énfasis mío).

Más adelante afirma que “la violencia en el interior del país creó un colono ‘sin Dios, ni Rey, ni Ley’, familiarizado con la violencia y dispuesto a usarla para alcanzar sus metas. Las organizaciones de colonos nacieron de la violencia y la prolongaron en la Sierra como medio de acción social” (p. 51). Cabe preguntarse si cualquier parecido con el discurso del virrey es mera coincidencia. Finalmente, concluye:

Los colonos de la sierra nacieron de la violencia y vivieron en la violencia; su reacción a la bancarrota era y *es proclive a la utilización de la violencia.* Esto no es una simple reacción, es un medio de acción legitimado por su condición, por los intereses que se le oponen, por el Estado. *No puede, ni sabe evadirla. Tiene*

⁵⁵ “Recuento analítico de la colonización en la Sierra Nevada de Santa Marta”, 1988. Este trabajo se dirigió en particular al PNR (Plan Nacional de Rehabilitación) y al Consejo Regional de Planificación de la Costa Caribe (Corpes).

—además— la experiencia para organizarla y ejercerla socialmente. La guerrilla tiene pues una puerta abierta.⁵⁶

El presupuesto de Molano de que “los colonos de frontera entonces, son gente proclive a tomar las armas, [que] sólo creen en ellas porque no conocen otra forma de relación política”,⁵⁷ se explica, puesto que “el resentimiento, el odio, la rabia contenida ante la violencia ejercida contra [ellos] por las instituciones, generan, necesariamente, violencia. El colono se niega a aceptar, aunque a veces deba hacerlo, el despojo; y en esa negación se gesta su reacción contra las instituciones y los hombres que las gobiernan. Por esta razón, los colonos aceptan, acatan y defienden la guerrilla”.⁵⁸ De cierta manera, su visión contrasta con otras caracterizaciones, como la de Cubides, Mora y Jaramillo, para quienes los colonos constituyen “un tipo de *agrupación comunitaria de base territorial*, que en nuestro país se ha denominado la vereda. Así la vereda constituirá para Colombia la menor unidad *antropogeográfica*”,⁵⁹ para concluir que “desde un punto de vista organizativo, aquellas unidades que parten de la realidad socio geográfica de la vereda, poseerían seguramente un basamento más profundo que puede fundamentarse en la historia común y en la constitución de lazos comunitarios intensos y duraderos, situación que puede ser garantía de una efectiva movilización e interacción colectivas”.⁶⁰

Molano apunta en sus relatos a la denuncia de las condiciones que están en la base del conflicto que confrontan los colonos, cuando describe, en boca de sus narradores ficticios, la economía de la colonización:

Pero poco a poco se analizó que las cosechas decaían: iban de mal en peor y las rastrojeras ya no necesitaban tres años sino cinco para dar la base o más,

⁵⁶ Ibíd., énfasis mío.

⁵⁷ “Colonización y violencia”, citado por C. LeGrand, *óp. cit.*, p. 18.

⁵⁸ *Óp. cit.*, 1994, p. 40.

⁵⁹ Cubides et ál., *óp. cit.*, p. 62.

⁶⁰ Ibíd., p. 95.

quién sabe cuántos años. Y así cada vez era menos lo que la tierra daba después de la ilusión. La tierra no se libraba sola. Por eso había que meterle ganado o abrir más descumbre. Sin embargo a uno lo jodía no sólo la tierra de día en día peor, sino los comerciantes. Si uno vendía en la finca le pagaban como les daba la gana y allá uno solo no tiene defensa. Entonces vendimos en el pueblo pero eso salía casi que peor: el empaque, el flete de las bestias hasta el puerto, la pasada del Ariari, el flete del camión hasta Granada. Cuando uno llegaba al pueblo, todo el mundo llegaba al pueblo: los comerciantes se amanguaban y tas!, llevaba uno del bulto. Tenía que dar el precio que ellos tenían porque no había reverso. Después se cogía una platica y como todos comprábamos al tiempo, la remesa ya era a otro precio. Para la cosecha de año y para la travesía los comerciantes siempre suben los precios: saben que uno va, madrugan y dios les ayuda. Uno llega a desayunar y los otros ya han almorzado.⁶¹

Estas condiciones están en la base del ciclo migración-colonización-conflicto-migración, que es generador de violencia, debido a los continuos conflictos entre colonos y grandes ganaderos, a la incapacidad del Estado, alineado con los terratenientes y comerciantes, y a la influencia de las guerrillas, que defienden los intereses del campesino contra los hacendados. De acuerdo con Molano, encerrado en este ciclo, el colono “es proclive” a responder con violencia y a apoyar la guerrilla:

Un buen día fue apareciendo la otra ley, la ley de los muchachos, la de las guerrillas. La primera vez que nosotros los vimos fue hace como unos dos años. Llegaron una tardecita. Creímos que era la tropa pero cuando vimos mujeres se nos hizo raro. Entonces ellos se dieron cuenta de que nosotros los habíamos pillado y nos explicaron que eran de la guerrilla, que eran el ejército del pueblo, que estaban luchando por la patria, que buscaban era la libertad, que estaban en contra de tanta miseria, de tanta necesidad, en contra de tanto crimen que se cometía y de tanta arbitrariedad que había.⁶²

⁶¹ 1989, p. 215.

⁶² Óp. cit., 1989, p. 284.

La asociación colonización-guerrilla se asume con un carácter casi esencial. C. M. Ortiz, en su trabajo sobre la colonización de Urabá, afirma, por ejemplo, que “son muy importantes las tradiciones culturales, [tanto] como los imaginarios que se transmiten de generación en generación a través de los procesos de socialización del niño y del joven: entre ellas esencialmente la tradición de rebeldía contra el gobierno, sin importar tanto qué gobierno específico, y *más particularmente, la de rebeldía guerrillera*”.⁶³

La historia oral de la colonización forjada por Molano, además de centrarse en la gesta guerrillera, destaca el desarraigo de sus protagonistas y su ilegalidad. El juego de asociaciones que hace contribuye, paradójicamente, a transformar su “empatía con el pueblo trabajador” en un factor de su criminalización. La imagen que aparece en la carátula de su libro *Selva adentro* lo resume bien: muestra la sombra amenazante que proyectaría un hombre con sombrero campesino, armado con un machete y un fusil, sobre el mapa del Caquetá y del Vaupés (fig. 10).



FIG. 10. Portada del libro *Selva adentro*, Alfredo Molano, 1987

⁶³ Óp. cit., p. 110.

Esa misma imagen provocadora se esconde tras la retórica de su libro *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras*.⁶⁴ Aquí Molano presenta seis relatos. El primero es la historia del “Tuerto Giraldo”, uno de los protagonistas de las guerrillas del Llano, ésa sí contada por él mismo. La transcripción directa de la voz del protagonista, en este caso, va seguida de cinco relatos contruidos a partir de la *imputación*. Esta yuxtaposición impone de entrada un efecto de realidad al conjunto del libro. Este efecto se profundiza con el uso del mismo tono y lenguaje con el que se transcribe la vida del Tuerto en los demás relatos, así como el ritmo y la densidad de la narración. Otro factor que multiplica el efecto de realidad es el hecho de que a través de los narradores ficticios de los últimos cinco relatos, se da continuidad a las historias del Tuerto: en estos relatos se enfatizan muchos de los hechos que éste narra, complementando las biografías y los grandes hechos de los héroes de la guerrilla del Llano. Los “guerreros” constituyen el eje que cruza y unifica todos los relatos. Continuamente se insertan páginas que amplían el tema:

[...] en el año 56 llegó a San José Aljure. Venía derrotado de Villavieja, Huila. Había fracasado también en el Caquetá y quería refugiarse en el Guaviare. Era muy inquieto y vanidoso. Como no quiso entregarse cuando le tocaba, tenía que seguir en guerra. Era más bien alto, de bigote. Tenía los ojos rayados y vivía muy nervioso. Llegó de la serranía donde tenía ganado. Aquí lo ayudaban y lo respetaban mucho porque era capitán y era bravo.⁶⁵

El abanico de los protagonistas de los relatos es diciente: el Tuerto Giraldo, aserrador, endeudador de indios, capitán de la guerrilla liberal del Llano; un sobrino de Juan de la Cruz Varela, otro líder de la guerrilla, quien cuenta la travesía de las columnas de marcha; un cauchero y comerciante de ganado; la esposa del patrón, que, más que su vida, narra la del marido: un aventurero que se mete de colono del programa de colonización organizado por radio en el

⁶⁴ Según consta en la presentación de este libro, el trabajo de campo y la publicación de este texto fueron también financiados por dos entidades públicas de planificación: Dainco y CorpoAraracuara.

⁶⁵ P. 195.

Guaviare; un esmeraldero, cómplice de la Policía en negocios ilícitos de armas, curandero, comerciante en San José en plena fiebre de la coca del Guaviare; y, finalmente, un andariego rebuscador que recorre la Amazonía trabajando en todo el ciclo de la droga: *caletero* (que cuida las caletas o lugares donde se almacena y se esconde la mercancía ilícita), *químico* (que trabaja en el procesamiento químico de la hoja de coca para transformarla en cocaína), *raspachín* (que raspa o cosecha la hoja de coca), *capsulador* (el que empaca la coca encapsulándola en bolitas plásticas para ser tragada por las *mulas*, o personas encargadas de transportarla). Cada uno de estos personajes podría responder a la descripción que hace de sí mismo uno de ellos: son todos “gente curtida en las andanzas”.

Las historias se caracterizan, como la vida del Tuerto, por su densidad. Cada una de las vidas que se narran se multiplica, pues los narradores introducen las andanzas de otros personajes, creando un caleidoscopio de múltiples aventuras superpuestas. Los personajes ilustran bien los componentes de la que Molano considera como una estructura social favorable para las economías ilegales, los que constituyen la base de “una cultura donde lo ilícito es legítimo porque la acción del Estado parece detenerse en el piedemonte”.⁶⁶ la proclividad a la violencia, la familiaridad con las armas, la tradición del tráfico por fuera de la ley y el callejón sin salida que representa la economía campesina en las zonas de frontera a la merced de comerciantes, terratenientes y el Estado. “Una cultura, unas formas de organización y una infraestructura que se adaptó rentablemente a la producción y comercialización”⁶⁷ de cultivos como la marihuana, la coca o la amapola.

Los intrincados relatos de Molano multiplican, invariablemente, los elementos clásicos del mito de la frontera, incluso con el toque de realismo mágico necesario para recrear la mistificación de lo salvaje. En ciertos relatos le da un carácter fantasmagórico a la narración, a la manera de Arturo Cova, el protagonista de *La vorágine*, quien cuenta sus desventuras consumido por las fiebres y la alucinación. La candileja que guía a uno de sus narradores en su recorrido por el Llano en una noche en que vaga perdido, que es al tiempo un recorrido por sus memorias de la travesía del Tolima al Duda:

⁶⁶ Óp. cit., 1988, p. 51.

⁶⁷ Ibíd.

Cuando uno está solo siente temor de otro cristiano, así lo esté buscando. Uno quiere encontrarse con otro cuando está perdido, pero cuando se topa con alguien siente que desfallece por dentro. Me fui acercando a las voces, pero no eran voces, eran como ruidos de gente: eran muchos hombres. No sé cuantos. No podía contarlos porque eran muchos. Estaban en fila y andaban, uno detrás de otro, vestidos de blanco y con la cara tapada. Ahora sí estoy muerto —pensé—: son las almas.⁶⁸

La multiplicidad de los relatos contribuye a la creación de esta atmósfera: en ellos aparecen varias páginas sobre el legendario bandolero conocido como *El Siete Colores*, del que el narrador dice que “fue ante todo un hombre valeroso y derecho. Si le tocó matar fue porque se vio obligado”; se cuentan los diversos episodios del capitán Cuervo Araoz, quien en compañía de seis reos del penal de Acacías, en el piedemonte, abre, prácticamente a mano, una trocha para vehículos hasta Mitú, en el Vaupés; o la historia del proyecto impulsado por Radio Capital, “anunciando la colonización de El Retorno y haciéndole fama al Guaviare”. Se cuentan también las historias de las fiebres: las del paludismo y las del caucho, la madera, la *marimba* o la coca; el *tigrilleo* (la caza y tráfico de pieles de tigre), la cacería en los Llanos y la selva; las masacres, muertes, y emboscadas de los *chulavitas*; los bombardeos y planes de rehabilitación del Gobierno; la guerra con el Perú; las compañías caucheras y petroleras; el *endeude*, la plata maldita de la coca, el *boleto*; la Violencia y el Nueve de Abril, la lucha del colono con la selva, los evangélicos, la fumigación, la ley de la guerrilla.

Este proceso de estetización de los personajes de la frontera no se aleja en gran medida de los “tipos” del siglo XIX. Expresa las formas emblemáticas en las que se basa su identificación, es decir, las formas a través de las cuales se representa de manera abstracta e ideográfica la proyección de la que son objeto. Los indígenas aparecen también aquí como parte de esta espectralidad, representados a través de los ojos de los colonos de Molano:

El indio no necesita del blanco, pero el blanco sí necesitaba del indio y por eso lo corrompía y lo mataba. Cosas. Cosas. El guayuco lo hacían con fibra de palo; para cazar tenían flechas y mil trampas. El indio es muy ingenioso. Como es mitad animal

⁶⁸ Ibíd., p. 138.

y mitad humano, sabe cómo son los animales, qué les gusta, cómo piensan y cómo caen; y como también es inteligente, hace las mañas bien hechas, con la cabeza.⁶⁹

El caleidoscopio de experiencias que selecciona Molano ejemplifica bien los fenómenos que se han visto definidos como los problemas centrales en los que se enfocan los estudios sobre los frentes de colonización, las fronteras agrícolas. Darío Fajardo hace una buena síntesis de lo que para esta vertiente de los estudios regionales constituye el hecho social:

[...] la característica de frontera abierta [...], converge con un caudaloso y heterogéneo torrente social, compuesto por individuos, familias y comunidades, que de una u otra forma se han constituido en herederos de las anteriores experiencias de colonización [...] allí están entonces las tradiciones de los sindicatos agrarios de los decenios del 30 y el 40 y la disciplina que hizo posible las marchas de La Galilea, el Sumapaz y el Duda, también los compadrazgos de los mineros de Muzo y Coscuez, entroncados con la organización del narcotráfico, así como las tradiciones de las guerrillas de paz y las vindictas *anticachiporros*, que continúan entrelazadas a muerte con los viejos guerrilleros comunistas.⁷⁰

Los campos minados

*Un teniente del ejército hace las veces de guía turístico por un lugar que de verdad sería un destino ideal para unas vacaciones, por la vegetación exuberante y por la paz que se respira, si no fuera por la tensión de pisar donde no se debe o ser atacados por los guerrilleros que merodean por la zona dejando minas. A continuación viene el plato fuerte del tur [sic]: la destrucción masiva con cargas de dinamita de algunas zonas densamente minadas, las explosiones son aplastantes, retumban en medio de la espesa vegetación.*⁷¹

⁶⁹ Ibíd., p. 186.

⁷⁰ D. Fajardo, óp. cit., p. 59.

⁷¹ “Pisando la muerte”, en revista *Semana* (Bogotá), Núm. 100, 20 de mayo de 1995, p. 18.

A pesar de que la oposición entre lo urbano y lo rural es una oposición ficticia,⁷² en los años recientes se ha consolidado en el sentido común una representación que hace énfasis en la separación entre los cascos urbanos y sus alrededores, donde reinan el orden y el control impuestos por el Estado, y las zonas rojas sembradas de minas, escenario de enfrentamientos armados, sujetos a la disputa por los diversos grupos armados ilegales: se acerca cada vez más a la manera en que en la antigüedad romana se distinguía entre la ciudad, donde reinaban el orden y la *pax romana*, y los espacios salvajes. En los medios masivos de comunicación se sintetiza claramente la manera en que se conceptualiza esta oposición.

En septiembre de 2001 apareció en el diario *El Tiempo* una serie de crónicas sobre el Putumayo escritas por Álvaro Sierra,⁷³ que son un buen resumen de ello. La serie se abre con dos entrevistas a los Señores de la Guerra. Una con “Enrique”, el comandante del Bloque Sur de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), mejor conocidas como los paramilitares o “paras”; la otra, con “Martín Corena”, comandante del Frente 48 de las FARC. Sierra comienza comentando que:

[...] para ver la guerra no hay que ir a Macedonia o a Chechenia. Basta viajar a Putumayo, una región que debía colgar un letrero que dijera: Bienvenido al País de Verdad. Los pocos días que llevaba en el departamento productor de casi la mitad de la coca del mundo, según su gobernador, habían bastado para ver a eufemismos oficiales como “conflicto” y “orden público” languidecer ante la realidad sin cuartel que viven las 300.000 almas que lo pueblan.

De los “paras” cuenta que se “han regado como una mancha de petróleo, por todo el occidente del departamento, donde están los pueblos, las carreteras, el oleoducto y buena parte de los cultivos de coca, desde que se determinó, después de las marchas cocaleras de 1996, constituir un Bloque Sur”. Los describe diciendo que “se les nota que son profesionales de la guerra: atléticos, no

⁷² Como lo han ilustrado, entre otros, R. Williams, *The Country and the City*, 1976, o W. Cronon, *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*, 1992.

⁷³ “Los ‘señores de la guerra’”, 23-09-01; “Pobre Putumayo”, 24-19-01, y “Las crisis de la coca”.

demasiado jóvenes, silenciosos y dispuestos a lo que sea”. Dice que se autodefinen como el “Estado ilegal donde el Estado no tiene presencia”. Describe también las reglas sociales que imponen en la zona que él llama el *para-Putumayo*, las “que pueden ser drásticas”. Cuenta también que “los paras dicen tener un hospital donde regalan droga y atienden pacientes, y participar de las cosas de la política local, como ayudar a arreglar calles o hacer festivales. Cobran ‘impuestos’ al gramaje a campesinos coccaleros y compradores y al comercio: más bajos, según dicen, que los que exigía la guerrilla”.

De su viaje a Piñuña Negro, “la capital de las FARC en el Putumayo”, cuenta que “no se veía ni un solo camuflado deambulando, pero algunos campesinos lucían curiosamente uniformes: todos llevaban sus botas pantaneras relucientes, el pelo al rape y amplias camisas por fuera del pantalón (después verifiqué que ocultaban la pistola que todos llevaban al cinto)”. Más abajo anota que “30 horas de espera, al ritmo campesino característico de las FARC” sirvieron para “un atisbo a la otra sociedad del Putumayo, en donde manda la guerrilla”: la manera como los guerrilleros, “menudos, jóvenes y de aspecto campesino”, administran justicia, dirimen pleitos y cobran impuestos a los comisionistas, los compradores de coca de los *narcos*. Sierra concluye preguntándose: “Cuánto hay de miedo y cuánto de apoyo real entre la población respecto a los grupos armados con los que cohabita, es difícil decirlo. De cada pueblo o vereda cuelga una etiqueta que marca a todos sus habitantes, sin distinguos, para el otro grupo, como potenciales colaboradores del enemigo”.

El estado de cosas en la zona que retratan las crónicas es claro. Parte de que en “la realidad que vive esta triste frontera: poco de nuevo ha añadido la modernidad al siglo XVII en el Putumayo”, la que se mide en términos de las necesidades elementales: la interconexión eléctrica, el sistema de salud, el déficit de vivienda, agua potable. Parece ser que entre el poco desarrollo que se ve, está la reluciente lancha en la que viajan por el río los Médicos sin Fronteras, a quienes la gente ha bautizado “Guardianes de la Bahía”.⁷⁴ Frente a ello, el Estado “prometiéndolo luchar en dos frentes: contra siglos de olvido y abandono y contra el único negocio que a muchos en el Putumayo les ha dado la posibilidad negada a tantos colombianos de ascender socialmente, la coca”. Los proyectos del

⁷⁴ Se refiere a la serie de televisión norteamericana *Baywatch*.

Estado se resumen en el Plan Colombia: “Además de la ofensiva militar contra la coca, este va a representar una masiva inversión en la región”: tres carreteras que ligarán a Putumayo con Ecuador y con el resto de Colombia, programas de sustitución voluntaria de cultivos (los que le dan a cada familia dos millones de pesos [equivalentes a 1000 euros] en ayuda alimentaria para iniciar un proyecto productivo), asistencia humanitaria y obras para la paz. Y, en palabras de uno de los funcionarios citados: “además de las inversiones en infraestructura y volver al Putumayo la vía panamericana, hay que hacer la zona atractiva para el capital; si no éste vuelve y sale”.

El reto para el Estado en el Putumayo, de acuerdo con Sierra, está “entre estas dos apuestas, la de recuperarlo para Colombia o conquistarlo definitivamente contra el establecimiento”. Aparentemente, la opción será la segunda, pues en las crónicas se enfatiza repetidamente la incapacidad del Estado para invertir los recursos y adelantar los proyectos, además del clima de desconfianza que reina: “un especialista del Ministerio del Medio Ambiente opina que todos firmaron los pactos [de erradicación voluntaria de cultivos ilícitos] para ganar tiempo: el gobierno para prepararse para la guerra y los campesinos para parar un poco la ofensiva fumigadora y prepararse a sembrar en otra parte”.

Las crónicas de Sierra resumen, pues, las características del mundo de la frontera como enemigo discursivo: producto de una proyección que lo representa, lo produce, lo implica y lo sustenta discursivamente haciendo énfasis en todo aquello que implica caos, desorden y barbarie. Hace énfasis exactamente en los mismos componentes de la realidad de estas regiones, en los que se centran los estudios regionales: los grandes protagonistas son los “actores armados”. A ellos no sólo se dedica el mayor número de páginas, sino que su voz es la que se destaca por encima de las otras. De igual manera, en repetidas alusiones, se asocia al campesino de las fronteras con las FARC. Por ejemplo, en la descripción ambigua de los personajes que deambulan por Piñuña Negro, donde los campesinos portan camisas largas para ocultar las armas, se los muestra o como guerrilleros o por lo menos como “gente proclive a la violencia”. Los habitantes del pueblo se muestran de una manera incierta, pues aunque Sierra se pregunta hasta dónde apoyan los grupos armados, de todas maneras considera que la disyuntiva está en que pueden ser “conquistados definitivamente contra el establecimiento”.

En las crónicas de Sierra, aparte de las entrevistas con los Señores de la Guerra y con los funcionarios públicos, se presentan tres personajes del pueblo: Miguel, un *comisionista*, comprador de base de coca, a través de quien se nos presentan los pormenores del negocio y la crisis por la que atraviesa en la actualidad; “Paleto”, un *raspachín*, recolector de hoja de coca, del que se narran las aventuras que lo llevan de vendedor de paletas a finquero, gracias al dinero de la coca; y Graciela, una viuda de la guerra que cuenta cómo “todo me lo ha dado la coquita”. Los habitantes del Putumayo se ven silenciados e invisibilizados no sólo tras el protagonismo de los dos problemas de orden público: el de los actores armados y la coca, sino también detrás de la representación que marca el género de los relatos de aventureros andariegos que retoma Molano para contar la Historia Oral de las fronteras. A la gente sólo se la ve en función de estos hitos. Esta representación ha sido, sin embargo, desafiada por los mismos putumayenses.

María Clemencia Ramírez, en su libro sobre el movimiento de los campesinos cocaleros que tuvo lugar en el Putumayo en 1996, el mismo que, según las crónicas de Sierra, dio origen a la creación del Bloque Sur de las AUC, señala la manera en que:

Esta percepción de denigración, negación e invisibilidad atraviesa el discurso cultural y político que se tiene sobre la región. Ser señalado como *colono cocalero* se convierte en una categoría excluyente, que genera resentimiento por cuanto a los campesinos se les adscribe una identidad negativa como gente al margen de la ley y, como tal, *no se les otorga un lugar dentro de la sociedad legal*; peor aún, cuando se les reconoce un lugar se les rotula o categoriza como *auxiliares de la guerrilla* y, como tales, son objeto de violencia sistemática. Por otra parte, el señalamiento por parte del gobierno central de la región del Putumayo y de la baja bota caucana como *zona roja* es algo que para los líderes de la región se convierte en causa de la ausencia del estado, porque los funcionarios públicos o los políticos, nacionales y regionales, tienen miedo de ir a la zona, por su violencia.⁷⁵

⁷⁵ Entre la guerrilla y el Estado: el movimiento cocalero. Identidad y ciudadanía en el Putumayo y la Baja Bota caucana, 2002, p. 150.

Cuenta también cómo, en respuesta, los campesinos fueron atacados por la fuerza pública, y cómo la violación de sus derechos fue legitimada mediante la penalización de los campesinos al considerarlos como parte de los carteles, incluido “el cartel de las FARC”. Sin embargo, María Clemencia Ramírez muestra también de manera contundente que en esas marchas los campesinos “cuestionan el señalamiento y la estigmatización que se hace de ellos como personas al margen de la ley, migrantes que buscan fortuna fácil —antes que personas que buscan mejorar su vida, como ellos lo expresan—, faltos de identidad, sin ningún arraigo en la región amazónica y siempre con el interés individual de beneficiarse para regresar a sus lugares de origen”.⁷⁶ Y añade: “*en este contexto de desconocimiento o reconocimiento distorsionado de los habitantes del Putumayo, Caquetá y Guaviare por parte del estado central, la principal demanda de los cocaleros era la de ser reconocidos como habitantes de la región, interesados en su desarrollo. Por tanto, exigían que se les oyera y tuviera en cuenta cuando se trataran los problemas de su región, tales como la erradicación de la coca*”.⁷⁷

La carta de los campesinos de la vereda Villanueva en la jurisdicción de Mayoyoque (Putumayo), que M. C. Ramírez transcribe, resume bien la situación:

Señores de Corpoamazonia, defensoría del pueblo, agricultura, cómo vamos a sobrevivir los campesinos si el gobierno todo nos fumiga; con los cultivos ilícitos, también nos fumiga los lícitos. Practicamente nos encontramos padeciendo de hambre. Nuestros pastos han sido fumigados junto con el plátano, la yuca, el maíz, el arroz. *Nosotros los campesinos lo que queremos es aserle entender al gobierno que como ustedes también somos humanos que también somos colombianos, que como ustedes también tenemos hijos. La pequeña diferencia que ay entre sus hijos y los nuestros es que de sus hijos nunca escucharán decir tengo hambre como nosotros escuchamos a menudo de los nuestros despues de la fumigación y lo único que podemos responder la cruda verdad: que el Gobierno con todo acabó.*⁷⁸

⁷⁶ P. 128.

⁷⁷ P. 149 (énfasis mío).

⁷⁸ Carta dirigida a la Defensoría del Pueblo, 26 de julio de 1998. Transcripción ortográfica original, p. 150 (énfasis mío).

Este fuerte reclamo de reconocimiento por parte de los coccaleros de que “somos también *colombianos y humanos*”, en primera instancia se presenta como una reacción a la estigmatización que relega al campesino al ámbito de lo no colombiano, de lo no humano, es decir, de lo salvaje. Lo excluye así del ámbito de una nación que se quiere civilizada. Del “pueblo de poetas” de José María Samper. Y suscita al mismo tiempo una pregunta: ¿se lo debe entender como un reclamo para lograr la intervención de ese mismo Estado —el gobierno que con todo acabó— responsable de la situación? ¿O acaso, ante la fatalidad irreversible de su existencia, se reclama un Estado ideal? O, como dijo un poeta, “ni lo uno, ni lo otro, sino todo lo contrario”.

De todas maneras, tres años después, en las mencionadas crónicas de Sierra sobre el Putumayo, aparece la consabida frase: “por primera vez un gobierno planea multimillonarias inversiones en esa región”, el ángel que se aparece con cada programa del Estado. El sentido de la redención lo resume el epígrafe de una de las fotografías que ilustra el “Pobre Putumayo”. Debajo de una imagen del desconchado puerto, con sus planchones, chalupas y canoas, afirma: “El río Putumayo que marca parte de la frontera sur de Colombia, ha visto pasar muchas bonanzas que no han traído la civilización”. En esta inocente frase se resume el juego de la *proyección*. Aquí se revela el sentido de los relatos, crónicas y estudios por medio de los cuales ésta se expresa. Revela el sentido con el que se construye su denuncia.

Tanto las crónicas de Sierra como de los relatos de Molano buscan denunciar la incapacidad y la violencia de las prácticas a través de las cuales el Estado nacional y sus agentes (por acción u omisión) ponen en marcha el proyecto de integración territorial y de articulación de estas regiones a la economía nacional. No se ponen en tela de juicio los presupuestos básicos que hacen ver como necesaria la imposición de la lógica de la economía moderna (ya sea en su versión de derecha o de izquierda) a todas las sociedades y lugares del planeta. No se cuestiona la categorización colonial que se establece para ello sobre sus sujetos, sean negros o indios o colonos, como seres carentes e inacabados; invisibilizándolos tras representaciones estereotipadas y banalizantes; ni la noción de la historia que otorga superioridad a una supuesta sociedad mayor, que justifica la empresa de ocupación territorial en nombre de la integración, y el dominio económico y social en nombre del desarrollo. Lo que este tipo de denuncia

pone en tela de juicio, de manera invisible a sí misma, es, de nuevo, la forma que asume la empresa civilizadora. Se denuncian los medios y la ineficacia que obstaculizan llegar al verdadero desarrollo, al logro de los altos objetivos del proyecto civilizador. Se denuncia todo aquello que se opone a que Puerto Asís aparezca en las fotos como una de las prósperas ciudades del Orinoco construidas con las manos de hombres libres con las que soñaba Humboldt o que nuestra democracia se parezca a la de Francia, como lo quisiera Ortiz, todo ello a nombre de los grupos urbanos.

Como en la leyenda negra, el componente de la denuncia que ha tenido y sigue teniendo mayor resonancia es la “fascinación [por] la guerra, su espectacularidad, sus hechos y sus protagonistas”.⁷⁹ En varios sentidos se reitera en ella la misma retórica que destaca las figuras de los victimarios sobre las víctimas al darles todo el protagonismo a los actores armados. Se multiplica de manera engañosa el juego de la ilegalidad y la legalidad al romantizar y estetizar los hechos y biografías de los héroes de la frontera. Se asocia el sentido de resistencia, de rebelión y de subversión de la búsqueda de una nueva vida en las fronteras, bien sea con el proyecto de los actores armados o con el de los carteles de la droga. Por ello, la denuncia termina convirtiéndose en un factor de su criminalización. Pero, sobre todo, consume un nuevo acto de negación, de no reconocimiento de la realidad cotidiana, social y política de estos grupos sociales. En ello se justifica la necesidad de ejercer control y tutelaje sobre los grupos de colonos o afrocolombianos, o de “indios bravos”, o de cualquiera de las poblaciones locales. La denuncia termina legitimando la intervención militar, social y económica en la vida de estos grupos.

Por último, la denuncia implícita en los relatos de la rebeldía y la resistencia funciona también como un dispositivo para consolidar el proceso de *proyección* en la conciencia misma de los habitantes. Se convierte en uno de los mecanismos más eficaces de interiorización de una serie de elementos negativos como principio básico de la identidad de los mismos grupos que romantiza y estetiza. Esta conciencia negativa se construye a partir del reconocimiento de su forma de vida como ilegal y desarraigada, como “pobre” e incluso miserable, carente y vergonzosa o, como lo resalta María Clemencia Ramírez, como

⁷⁹ En palabras de F. Cubides, óp. cit., 1999, p. 219.

lo sucio y lo oscuro. Aunque hay un desafío al estigma del colono como guerrillero o como “narco”; la tendencia (tanto en los estudios regionales como en el sentido común) a enfatizar y a veces a celebrar la experiencia de resistencia de estos grupos, la ha reducido a la lógica de los actores armados, impidiendo de esta manera que sus reivindicaciones se inserten en lo político. La única salida concreta que implica esta dinámica para los grupos objeto de esta representación, es la de abrazar la identidad de pobres, marginales o carentes, incluso por conveniencia estratégica. La reivindicación de este tipo de identidad negativa es quizá la única posibilidad para muchas poblaciones de relacionarse con el proyecto del Estado y sus propuestas económicas y políticas. En ella se legitima la necesidad de extender la empresa económica colonial-moderna para que se pueda consumir su cobertura ilimitada sobre el planeta, cada vez más allá, en los vastos territorios llenos de riquezas ignotas. Paradójicamente, en esta línea de denuncia, la ideología colonial-moderna encuentra una expresión cada vez más eficaz. Finalmente, esa construcción negativa basada en el desorden, la deshumanización, la violencia, la amenaza, o simplemente en la miseria y el atraso, fue la condición de posibilidad de “la civilización”, como ahora lo es del “desarrollo”.

III
ESCENAS COTIDIANAS EN LOS CONFINES DE LA NACIÓN

6. El paraíso fantasma

—Sire, ya te he hablado de todas las ciudades que conozco.

—Sólo falta una de la que no hablas jamás.

Marco Polo inclinó la cabeza.

—Venecia —dijo el Khan.

Marco sonrió.

—Y ¿de cuál otra crees que te he venido hablando?

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*

En *Cien años de soledad* se narra cómo José Arcadio Buendía, a la cabeza de un grupo de peregrinos, emprendió la temeraria travesía de la Sierra Nevada buscando el mar por el occidente hacia una tierra que nadie les había prometido, para finalmente fundar Macondo. Allí, “Una mañana después de casi dos años fueron los primeros mortales que vieron la vertiente occidental de la sierra. Desde la cumbre nublada contemplaron la inmensa llanura acuática de la Ciénaga Grande, explayada hasta el otro lado del mundo, pero nunca encontraron el mar”. José Arcadio decide fundar Macondo después de haber soñado, como Humboldt, “que en aquel lugar se levantaba una ciudad ruidosa con casas de paredes de espejo”. Así, “al día siguiente convenció a sus hombres de que nunca encontrarían el mar. Les ordenó derribar los árboles para hacer un claro junto al río, en el lugar más fresco de la orilla, y allí fundaron la aldea”.¹ El pueblo

¹ G. García Márquez, *Cien años de soledad*, 1982, p. 25.

nace como fruto de la revelación y el sueño de un hombre obstinado. Fue producto de una empresa delirante e improbable y de un ímpetu inquebrantable capaz de enfrentarse a todos los obstáculos. Macondo surge, pues, en medio del sopor de una naturaleza hostil e inverosímil, aislado en su soledad: “en el mundo están ocurriendo cosas increíbles —le decía [José Arcadio] a Úrsula— ahí mismo, al otro lado del río, hay toda clase de aparatos mágicos, mientras que aquí seguimos viviendo como burros”. De modo que decide también acometer la empresa de conectarse con el mundo: “No faltó quien lo considerara víctima de algún extraño sortilegio. Pero hasta los más convencidos de su locura abandonaron trabajo y familias para seguirlo, cuando se echó al hombro sus herramientas de desmontar y pidió el concurso de todos para poner a Macondo en contacto con los grandes inventos”. Pero sólo lograron confirmar así que Macondo estaba condenado al aislamiento, cercado por las barreras insalvables de una geografía agreste y desconocida, que García Márquez nos muestra por medio de imágenes alucinantes:

El suelo se volvió blando y húmedo como la ceniza volcánica, y la vegetación fue cada vez más insidiosa y se hicieron cada vez más lejanos los gritos de los pájaros y la bullaranga de los monos, y el mundo se volvió triste para siempre. Los hombres de la expedición se sintieron abrumados por sus recuerdos más antiguos en aquel paraíso de humedad y silencio, anterior al pecado original, donde las botas se hundían en pozos de aceites humeantes y los machetes destrozaban lirios sangrientos y salamandras doradas. Durante una semana casi sin hablar, avanzaron como sonámbulos por un universo de pesadumbre, alumbrados apenas por una reverberación de insectos luminosos y con los pulmones agobiados por un sofocante olor a sangre. No podían regresar porque la trocha que iban abriendo a su paso se volvía a cerrar en poco tiempo, con una vegetación nueva que casi veían crecer ante sus ojos.²

A pesar de los sacrificios y penalidades sin cuento, muchos seguirían los pasos de José Arcadio a través de las selvas en busca de algún designio febril, pues la seducción de la aventura y la promesa de la inmensidad de los territorios

² Ibid., p. 15.

“vírgenes” donde construir un “mundo nuevo” van a marcar la relación de la nación con “los más desiertos, salvajes y menos habitados y conocidos”³ territorios de la República. Los entonces llamados “baldíos de la nación”. Estos territorios míticos que, según Codazzi, para mediados del siglo XIX abarcaban aproximadamente el 75% del territorio colombiano,⁴ constituyen desde entonces el país que no alcanza a caber en el mapa:

Clavado está ante mis ojos el mapa de Colombia, ancho y hermoso como un plano estelar, articulado por las cordilleras excelsas, cruzado por una red prodigiosa de carreteras y ferrocarriles, con finos puntos rojos por donde se abrazan los territorios, con raudas flechas de oro que indican los itinerarios de la tierra y el aire, henchido de ciudades, prolífico de aldeas y factorías, poblado de humanos enjambres de riqueza y cultura. Pero en vano busco en el mapa de Colombia el solar fronterizo donde moran las melancólicas tribus del Margüa y del Oirá [...]. *Para el geógrafo mezquino abstraído en el universo estelar, nada significa este trozo de selva y de llanura, adonde no llega el caudaloso rumor de la Patria remota.* Apenas si conocemos, a fuerza de sentir las próximas y vitales, las ciudades donde nacimos, *las capitales visibles de donde irradia la energía de la República, las caudalosas corrientes por donde se desenvuelven la economía y la cultura.* Pero a medida que la línea espacial se aleja de los muros urbanos, la vista se oscurece y opaca, como si el interés geográfico perdiera su eficacia más allá del luminoso horizonte. Tomad como ejemplo esas soleadas regiones del Sarare, arcas de inagotable riqueza, reservas de energía, fuente copiosa de posibilidades futuras. Si os preguntáis qué cosa es el Sarare se os dirá que es un país lejanísimo, con una fauna primordial, donde residen unas tribus morenas, armadas de envenenados dardos.⁵

El territorio de la nación, idealmente trazado en mapas fantasmas —como éste que describe L. A. Páez en la introducción a un estudio sobre las selvas del

³ En palabras de Agustín Codazzi, *Viaje de la Comisión Corográfica por el territorio del Caquetá*, 1857, 1996, p. 151.

⁴ Cf. Catherine LeGrand, 1988, *óp. cit.*, p. 21.

⁵ L. E. Páez, “La geografía desconocida”, 1956, pp. 23-24 (énfasis mío).

Sarare—, se ve desgarrado de la misma manera que el mapa del emperador descrito por Borges: por las fuerzas de la intemperie de aquellos “trozos de selvas y llanuras” adonde “el rumor de la Patria remota” no llega. El espacio real de estos territorios, que desborda el ámbito de la cartografía, hace evidente la manera en que allí se va desdibujando el orden que define nación: “la energía de la República, las corrientes por donde se desenvuelven la economía y la cultura”. La misma preocupación trasnocha a Arturo Cova en *La vorágine*, al imaginar la suerte que podría correr la carta en la que denuncia la situación del Putumayo a las autoridades:

De juro que si bajan hasta Manaos, nuestro Cónsul, al leer mi carta, replicará que *su valimiento y jurisdicción no alcanzan a esas latitudes, o lo que es lo mismo, que no es colombiano sino para contados sitios del país*. Tal vez, al escuchar la relación de don Clemente, extienda sobre la mesa aquel mapa costoso, aparatoso, mentiroso y deficientísimo que trazó la Oficina de Longitudes de Bogotá, y le responda tras de prolija indagación: “¡Aquí no figuran ríos de esos nombres! Quizás pertenezcan a Venezuela. Diríjase usted a Ciudad Bolívar”. Y, muy campante, seguirá atrincherado en su estupidez, porque *a esta pobre patria no la conocen sus propios hijos*, ni siquiera sus geógrafos.⁶

Ambos textos hacen evidentes dos aspectos de la extraña relación a la que da pie la noción de la nación como un territorio que sería el ámbito de su existencia, no sólo geográfica sino institucional —la República—; donde la una depende de la otra. El primero de ellos es el círculo vicioso según el cual la República, es decir, el imperio de la ley, no existe en aquellos lugares invisibles para el “costoso, aparatoso, mentiroso y deficientísimo” mapa oficial de la Oficina de Longitudes de Bogotá, que debe ser el mismo que tiene Páez ante sus ojos. Pero, en la medida en que no haya presencia del orden institucional, “valimiento y jurisdicción”, estos lugares no pueden ser incorporados al geo-cuerpo de la nación. Por otra parte, este matrimonio tiene implícita la metáfora de la nación como “patria”, a la que, en este caso, no conocen “ni sus propios hijos”. Se muestra aquí un segundo aspecto de esta relación, el del sentido patriarcal de

⁶ J. E. Rivera, óp. cit., p. 245 (énfasis mío).

“la República al servicio de todos”. Esta relación de protección, de cuidado, de atención, que la patria teóricamente debe a sus hijos, se ve totalmente revertida en estos “lejanísimos países”. Pues si bien la patria no irradia hacia ellos la “energía de la República”, se espera, en cambio, que de allí se irradian hacia las capitales los bienes de sus “arcas de inagotable riqueza, reservas de energía, fuente copiosa de posibilidades futuras”. La relación se centra en todo aquello que debe dársele a la patria, en lo que está allí disponible para ser apropiado y explotado por ella.

Así, al lado de la proyección de las imágenes de terror que moldean con los propios miedos, horrores y pesadillas los territorios salvajes, se crea una segunda lógica, en la que se revierten estos papeles: los habitantes y paisajes de estos territorios se conciben como dispuestos y disponibles para satisfacer las necesidades y el deseo de la madre-patria que busca incorporarlos. En esta iniciativa de articulación e incorporación no existe el reconocimiento de que las sociedades que habitan las lejanas y apartadas regiones nacionales puedan aspirar a nada diferente a aquello a lo que aspira la sociedad urbana: “las capitales visibles de donde irradia la energía de la República, las caudalosas corrientes por donde se desenvuelven la economía y la cultura”. Es inconcebible la noción de que el Estado, queriendo incorporar y articular estas regiones a la nación, deba, para lograrlo, satisfacer otros designios distintos de los que impone la puesta en marcha de un proyecto político que haga posible una economía nacional. La República avanza convencida de que sólo mediante la consumación de sus pretensiones expansionistas podrá ocupar el lugar que le ha sido prometido en el mundo, llegando al fin al podio de las naciones desarrolladas, más evolucionadas y civilizadas. Esta avanzada la delega el Estado en empresas que tienen un vehículo mítico: las gestas de los idealistas, ambiciosos, aventureros, resentidos e iluminados que siguen un designio febril que guía sus espíritus emprendedores hacia la promesa de un mundo prodigioso. Como José Arcadio Buendía, muchos siguen las trochas y los ríos para no tener que emprender el camino de regreso que sólo puede conducirlos a su pasado: buscan fundar o encontrar un mundo nuevo; la fama o la fortuna en los lugares remotos donde rigen otras lógicas. Los protagonistas temerarios de estas aventuras visionarias, así como sus gestas, están forjados por una estructura mítica a partir de la cual es posible desenredar los hilos con los que se teje la trama de la *reversión*.

La selva escoge a sus hijos

La historia de Julián Gil Torres, “un hombre de leyenda, que luego de haber hecho contacto con una tribu hasta hoy desconocida desapareció en el corazón de la selva”, es un buen ejemplo del paradigma del aventurero visionario. Los hechos a los que debe su celebridad, tal como fueron recogidos en un libro que ha sido objeto de varias ediciones, *Perdido en el Amazonas* (1998),⁷ sucedieron a comienzos de los años setenta. Tuvieron lugar en el río Caquetá y sus afluentes, en la zona de La Pedrera. El relato central fue realizado por Efraín Gil, hermano del protagonista, quien de entrada, al presentar a Julián, pone de relieve su rasgo originario: “Navegaba sin rumbo fijo, sin premura de ninguna clase. Para Julián la verdadera independencia sólo existía en la selva. Allí tenía todo un mundo para andar, sin que nadie le preguntara de dónde venía o para dónde iba. Siempre consideró que en un territorio de más de medio millón de kilómetros cuadrados, como es la Amazonía colombiana, el hombre tenía que ser diferente. Es decir ser libre” [49]. De acuerdo con su hermano, “era un hombre de mucha iniciativa, un hombre independiente, pero a la vez un rebelde de tiempo completo”.

Gil llega al Amazonas como marinero y a la selva como castigo por indisciplina. Había sido trasladado a “un puesto miserable, aislado del resto del mundo y en el cual la escasez de alimentos, el calor sofocante y la nube de mosquitos y enfermedades tropicales parecían el calabozo apropiado para él”. Su estadía allí marcó su destino: recorrió inmensas distancias de selva, y aprendió a conocer sus secretos, estableció contactos con colonos, mestizos e indígenas. Llegó a adquirir fama por su pericia. Según el testimonio de un oficial de la Armada, Gil gozaba de una “extraordinaria fama de rumbero. Rumbero en la selva, es el hombre superdotado para orientarse dentro de ella, para caminar jornadas interminables de veinte días, un mes, dos meses sin detenerse y Gil era conocido

⁷ Su autor, G. Castro Caycedo, aclara que “esta no es una novela sino un reportaje logrado después de ocho meses de investigación sobre un caso de la vida real sucedido en nuestros días. No se han cambiado nombres de personas ni lugares y se conservan situaciones y fechas, tal como lo relataron los protagonistas frente a una grabadora y como aparecen en archivos oficiales”. Las referencias a esta obra en esta sección indican sólo la página y aparecen entre corchetes [].

en Colombia, en la banda ecuatoriana y en la peruana como un gran rumbero” [45]. Contaban los suboficiales y oficiales que lo conocieron por esa época que “llegó a convertirse hasta en partera de aquella franja selvática y olvidada del resto del país”, llegando incluso a organizar a los civiles (indígenas y colonos) para que en caso de necesidad prestaran ayuda al puesto militar. Eso le valió el traslado a la base de Puerto Leguízamo, sobre el Putumayo. “En ese momento Julián comenzaba sin embargo a aborrecer el servicio con su carga de sumisión a decenas de superiores. Decía que se había acostumbrado a ser autónomo en el mando, a realizar las cosas sin que nadie se las ordenara [...] comenzaba a tener problemas, a cometer faltas graves como agredir a sus compañeros, hasta que un buen día resolvió pedir la baja y se quedó definitivamente en la selva” [46].

Se dedicó inicialmente a ser *cacharrero*, “una mezcla de comerciante con gitano que recorre en bote, de arriba abajo, millares de kilómetros de río sin parar”, llevando mercancías varias: *cacharrerías*. Tenía sueños y aspiraciones febriles. Su espíritu emprendedor imaginaba proyectos colosales. Se había dado cuenta de que

[...] en la Amazonía las tierras no tienen precio como en los valles y las montañas del occidente del país. En cambio los brazos sí. Se trata de una lucha en la que no hay alternativa diferente a adueñarse de la fuerza de trabajo a como dé lugar, o a bajar la cabeza y entregarse a producir riqueza para un patrón. Ésta ha sido la ley desde el siglo pasado cuando comenzaron a entrar en estas inmensas selvas los mestizos del interior. Lo hicieron los grandes caucheros peruanos, colombianos y brasileños. Lo hizo también mi general Rafael Reyes, presidente de la República, tratante de indios y esclavista en el sur” [48].

Se empecinó por ello, según su hermano, en “la colonización”: “soñaba con poder, con la fundación de un gran poblado, con descubrir tribus de indios desconocidos para convertirse en su dios” [49]. Uno de sus delirantes proyectos era fundar un poblado más grande que La Pedrera.

Para ello debía “abrir completamente la zona”, es decir, ser amo de indígenas, amarrando su fuerza de trabajo con mercancías. Así, “los primeros pasos fueron dados con base en endeudar indios con la mercancía que tenía entre su canoa. El endeude consiste en darles por adelantado telas, linternas, artículos

raros para ellos. A cambio se les exige que paguen con trabajo. Uno fija los precios de los artículos y a la vez los jornales del indio” [50]. Los hermanos Gil montan una sociedad para establecer el negocio: “Establecimos los precios que nos dieran una ganancia de ciento por ciento [...] en estos territorios es mal negocio vender y el secreto del éxito está en hacer canje por productos de la selva” [64]: por pieles, caucho y animales vivos como tigrillo y tigres: “los pagábamos a 150 pesos la unidad y luego en puerto Julián los vendía a 1.500 pesos cada uno: diez veces más su precio” [81]. O por amarrar el trabajo de los indios. Así, fueron “abriendo” los ríos disputándoselos a otros patrones, como en el caso del Mirití Paraná: “Cuando [Gil] fue por primera vez a esa zona, los indios andaban con guayuco. Ahora sus mujeres andan con vestidos de nylon llevados por él, zapatos de tacón, sostenes. Tal vez lo único que no había entrado fue las medias de seda. Julián les enseñaba a usar todo eso... fue un proceso rápido [...] la era del transistor en esa zona empezó con Julián. Él les llevó los radios y luego mantuvo el control de las baterías: un buen negocio” [156]. “Julián les fiaba buenas cantidades para endeudarlos, y una vez lo logró —porque no es labor difícil—, se apoyó en el propio Corregidor, quien obligó a mucha gente a pagarle con trabajo” [157]. Para aprovechar esa abundante fuente de trabajo Gil “escogió” una enorme propiedad en un punto equidistante entre dos centros de importancia en la selva: la colonia penal de Araracuara y La Pedrera. “La tierra escogida por él estaba sobre la desembocadura del río Cahuinarí en el Caquetá, un monstruo de más de un kilómetro de ancho” [50].

Así, a lo largo de los ríos consiguió indios para que derribaran selva y abrieran campos de labranza y extensos pastizales. Quería levantar allí “una especie de fuerte no en el sentido de guerra, sino como un símbolo del poder con que soñaba” [92]. Construyó una vivienda, a la manera de las barracas de las caucherías, según la descripción: de dos pisos, hecha toda en maderas finas de la región, techada con palma tejida por el arte de los indios, levantada sobre pilotes para tener una baranda desde donde dar órdenes y mantener la distancia social, con una bodega en la planta baja. La casa de Cahuinarí iba a servir de almacén y de sede para su imperio. Cuando terminó la construcción del gran barracón, “inició la de varias casitas a su alrededor. Quería formar allí mismo un pueblo indígena y comenzó trazando calles y dejando espacio para un parque. En uno de sus viajes a Bogotá llevó semillas de naranjo, aguacate, limón, piña,

caña de azúcar, cinco variedades de pastos de las cuales la que más utilizó fue la trencilla que es el que más se opone a la entrada de maleza, y sembró todo esto en sus ochenta hectáreas” [93]. “Además de las sementeras y de los árboles frutales les hizo a los indios campos deportivos, quiso sacarlos de su ambiente y darles otro modo de vida, pero le pagaron mal porque se le *picurieron*” (se le escaparon). “*Su plan era sacarles jugo dentro de lo correcto*” [94] (énfasis mío). Quizá por ello, uno de los narradores anota que “aquí no es posible conseguir un indígena leal, salvo raras excepciones. Pero además, creen que todo lo que el blanco hace por ellos es por obligación. En esta relación no hay ni un gramo de desinterés” [161].

Varios años después de haber iniciado la empresa de “abrir la zona”, Gil tuvo noticias de una tribu ubicada en un área hasta ahora desconocida. A pesar de que se decía que era una tribu “brava y comegente”, se obstinó por un nuevo proyecto, el de construir una trocha monumental de casi doscientos kilómetros de largo en plena selva, para permitir a los comerciantes colombianos un paso al abrigo de la aduana brasilera, que se apropiaba arbitrariamente de las mercancías de todo el que pasara por los ríos de la región. Al tiempo, lograría “abrir” una zona virgen y convertirla en lo que él vislumbraba como futuro centro de abastecimiento de pieles exclusivo para los hermanos Gil, en un momento en que éstas comenzaban a verse agotadas. Sin embargo, Gil había confesado a Natividad Santana Uitoto, la indígena con la que vivía y tenía tres hijos,⁸ que “en el fondo éste era un motivo para buscar una tribu desconocida, la tribu aquella de la cual hasta ella misma le había hablado muchas veces. Quería adueñarse de esos indios, hacerse su jefe. Era el sueño obsesivo de Julián” [19] “—Estoy decidido a coger esa tribu, a hacerme el dueño, a ponerla a trabajar para mí—”, repetía [173]. Era una empresa que, según sus cálculos, tomaría unos cinco años con unos cincuenta indios. “—¿Para qué cree hermano que me gasté años allá dentro llevándoles coloretes y sostenes? Ellos me deben mucho dinero y llegó la hora de cobrar” [169].

⁸ Cabe señalar aquí que desde las épocas de Oliverio Cabrera, propietario de *Campoamor*, el campamento cauchero que existió hasta los años treinta en el río Mirití, los principales patrones de la región tienen mujer indígena, lo que les facilita “asegurarse la propiedad” de su tribu. Como novia formal, Gil tenía en Leticia a una mujer blanca, Edelmira, de la que decía que “es la única mujer que nos va a sacar de la selva” [94-95].

Gil se lanza a la empresa con su usual tenacidad. Durante veinticuatro meses logra descuajar noventa kilómetros de selva en línea recta: “la trocha tenía un ancho de cuatro metros en los cuales habían sido talados desde árboles milenarios y gigantescos hasta la planta más pequeña”. Decide entonces suspender los trabajos para buscar apoyo de las autoridades. Después de un año de gestiones en Leticia para concluir la trocha, logra de la Comisaría del Amazonas la poco generosa suma de diez mil pesos y un contrato donde se habla de la trocha de doscientos kilómetros. A pesar de las advertencias de su hermano, quien le insiste: “—¿Para qué se va a meter usted en esa zona vedada? Todas las tribus circunvecinas concuerdan en decir que no se internan allí porque hay indio bravo que come gente—” [173], no da el brazo a torcer con la trocha. Hasta que un día, dos de los indios que trabajaban para él llegan a avisar que Julián Gil había caído en poder de los indios bravos.

El final de la historia es lamentable. La comisión de rescate, que cuenta con mayor apoyo de las autoridades del que se dio para la construcción de la trocha, no encuentra rastros de Gil. Se topa en cambio con la maloca de la tribu desconocida. Allí, en medio de un oscuro evento, masacran a varios indígenas, entre ellos, mujeres y niños [217 y ss.]. Regresan a La Pedrera con una familia indígena a la que retienen prisionera, “como protección” [246]. En calidad de rehenes, los indígenas son exhibidos como animales de circo en el puesto militar de La Pedrera, donde sufren toda clase de vejaciones y enfermedades. Despiertan el interés de la prensa y de los curas del internado misional de La Pedrera, adonde son trasladados unos meses más tarde. Los frailes catalanes tratan de aprender su idioma, y en medio de los debates sobre qué hacer con ellos, aparece en La Pedrera un periodista francés, Ives Guy Bergués. Según un testimonio, éste “dijo que era etnólogo, antropólogo, que mucho cuidado con él porque la embajada de Francia estaba pendiente de lo que le pasara y que a cualquier problema ellos responderían acusándonos ante el presidente de la República. También dijo que su periódico se vendía en todo el mundo y que si le hacían algo o no le ayudaban, Colombia quedaría muy mal, en cambio que si le colaboraban podía hacer que La Pedrera se convirtiera en centro mundial de la antropología” [274]. El francés se enfrenta con los curas y las autoridades, y después de una serie de enfrentamientos y de cartas que van y vienen entre La Pedrera, París y Bogotá, la narración termina cuando éste “quedó con el camino abierto. Unos

días después partió para la manigua en compañía de la familia indígena” [281]. De Gil no se vuelve a saber más. El hermano resuelve darlo por perdido y decide irse para siempre de la selva. El final deja la duda sobre si lo devoró la manigua, como a Arturo Cova, el antihéroe de *La vorágine*, o si lo devoraron los “indios bravos”.

A partir de la historia de Gil se pueden caracterizar los aventureros-visionarios. Una de sus características centrales es su calidad de “hombre libre” que encuentra en el mundo salvaje el ámbito para ejercer la libertad, su libertad individual. Se trata de un individuo que basa su identidad en una libertad entendida como práctica de la errancia, la búsqueda y la exploración de nuevos horizontes. Ello remite a otra de sus características: su marginalidad con respecto a las normas establecidas, a la estructura social dominante. Se trata de individuos que saben que sólo pueden obtener reconocimiento y estatus, precisamente, por fuera de los cánones y de las vías establecidas. Únicamente construyéndose un ámbito propio podrán llegar donde la normalidad social les impide hacerlo. Ello es posible en la medida en que se trata de individuos que se destacan por su astucia, su sagacidad y, de cierta manera, su picardía. Su especialidad es saber moverse simultáneamente de manera formal e informal, de manera normal e irregular, tanto en el ámbito oficial como en el extraoficial. Tienen la capacidad de ser a un mismo tiempo iniciados, *bricoleurs* y *maquisards*, maestros de lo que llamamos en Colombia el *rebusque*. Ese carácter particular les permite jugar con el orden establecido, moverse en el umbral entre lo legal y lo ilegal e incluso inventar nuevas legalidades.

Son personajes carismáticos, y en la base de ese carisma está precisamente la fuerza irracional de los sueños y aspiraciones que los guían. La locura desproporcionada de sus quimeras es la condición de posibilidad de su capacidad de gestión y de liderazgo. Andan en pos de fantasmas que prometen de alguna manera la salvación, la suya propia, y a veces la de los otros, la del mundo, o la de la humanidad. O bien, pretenden fundar un mundo como piensan que el mundo debe ser, o se empeñan en ver en lo que encuentran todo cuanto quisieran que el mundo fuera. Guiados por un fantasma, van en pos de la utopía.

Lejos de ir desprendidos de todo cálculo material, estos aventureros-visionarios elaboran los proyectos más desatinados como posibilidades inmediatas, teniendo en cuenta cálculos racionales sobre costos y plazos; pues, como lo es

para Gil, la “apertura” al mundo salvaje significa controlar y poseer materialmente lo que éste representa. Tienen la capacidad de acumular los conocimientos prácticos del mundo en que se mueven, que van recogiendo a lo largo de su errancia aventurera. Así, son personajes situados en el umbral entre varios ámbitos: el mundo urbano y los designios de la economía moderna de mercado, el mundo fantasma del mito y la utopía y la vida cotidiana de los mundos “salvajes” que tratan de aprehender y acaparar. Actúan a menudo como mediadores entre ellos, al interpelarlos a todos. En más de un sentido, viven en una frontera múltiple entre diversas realidades.

La faceta central de la identidad de los aventureros-visionarios se construye con base en su empresa de apropiación. Deben su celebridad al éxito o el fracaso de su gesta por poseer ya sea bienes materiales: reliquias y tesoros; o el prometido beneficio de empresas visionarias, o un acervo de saberes: saberes esotéricos o perdidos o en vías de desaparición, o todos los anteriores. La romantización de estos aventureros-visionarios los aproxima de cierta forma a las figuras de los verdugos que protagonizan la leyenda negra, donde cada perro figura con su nombre, en la medida en que su protagonismo contribuye una vez más a la negación y a la invisibilización de realidades que sólo son vistas y concebidas a través de su deseo.

Y, precisamente, el objeto de deseo que dispara la odisea de Julián Gil pone en primer plano una imagen colonial, cuya obstinada persistencia no deja de ser sorprendente: la de los “indios bravos comegente”. El salvaje caníbal, nacido en la Europa medieval,⁹ se caracteriza por su bestialidad, antropofagia y anarquía. Estos tres rasgos fundamentales lo definen como infrahumano. Como opuesto al principio de humanidad con el que se ha creado —y aclamado— la conciencia que Europa —y, por extensión, Occidente— tiene de sí misma.

Ya desde la temprana Edad Media se habían forjado las gentes que Colón iba a encontrar, siglos después, en América: las Amazonas, célebres mujeres guerreras sin marido; los cinocéfalos, medio bestias de quienes se decía que

⁹ R. Bartra, *op. cit.*, señala que “el salvaje es un hombre europeo [...], es un ingrediente original y fundamental de la cultura occidental” (p. 13); “creado para responder las preguntas del hombre civilizado” (p. 189) “expresión del contrapunteo entre la naturaleza y la cultura, cada época elabora su hombre salvaje, con sus peculiaridades distintivas” (p. 192).

hablaban con ladridos; y los andrófagos, que se alimentaban de carne humana.¹⁰ Algunas de ellas habían nacido en la antigua Grecia: las “razas monstruosas” de Plinio. Acechaban al mundo judeocristiano tras las figuras infieles de moros y paganos. Uno de los más conspicuos personajes forjado por las pesadillas cristianas era la criatura salvaje de los bosques, considerada por san Agustín como descendiente del cruce de Caín con la raza de gigantes originarios, de ahí que fueran herederos de la rebeldía del uno y de la piel oscura de los otros.¹¹ El salvaje de los bosques era peludo, bruto, sin habla, y con un apetito sexual desaforado, en particular, las hembras. Por ser medio animal, comparte con ellos los secretos del bosque. Se lo compara con varios animales salvajes, en particular con el simio, que para el siglo XVI se asociaba en Europa con el demonio, la lascivia y la brutalidad.¹² Pero, probablemente, el atributo más poderoso de la salvajería de esta criatura es su canibalismo. Es el signo que marca su exclusión del ámbito de la civilización e, incluso, de la plena humanidad. Surge de la certeza que se tenía en la Edad Media de que dos de las expresiones centrales de bestialidad eran la desnudez y el alimentarse de cosas crudas. Ello, sumado a la idea de comer como metáfora sexual, tuvo como resultado la conjunción de sodomía y canibalismo, cuyo fascinante horror ha sido objeto de un interés que, como señala A. Padgen, ha rayado en la obsesión.¹³ Obsesión que no sólo llega a América, África, Asia y Oceanía, a bordo siempre de los “viajes de descubrimiento”, sino hasta nuestros días. Su larga sombra no ha dejado de opacar con tenacidad a pueblos que, más que ser amenazantes, están amenazados.

Desde el comienzo de la ocupación colonial en América, en la caracterización de los indios se reproducen estas imágenes. Así describe fray Pedro Simón al indio americano en general: “Comían carne humana [...] eran sodomíticos [...]

¹⁰ G. Jahoda, *óp. cit.*, transcribe un texto del obispo de Bremen en el siglo IX, donde se describen estos personajes. Cf. p. 2.

¹¹ Cf. Jahoda, *óp. cit.*, p. 5; H. White, *Tropics of Discourse*, 1978, p. 161.

¹² Jahoda contrasta esta imagen con la que el simio tiene en la tradición japonesa, donde es considerado como mediador entre las divinidades y los humanos, dotado de poderes curativos. *Ibíd.*, p. 7.

¹³ Cf. A. Padgen, *The Fall of Natural Man*, 1982; *European Encounters with the New World*, 1993.

ninguna justicia había entre ellos [...] andaban desnudos y no tenían vergüenza; eran como asnos abobados, alocados e insensatos [...] no guardaban fe ni orden, ni guardaban lealtad maridos a mujeres ni mujeres a maridos, eran hechiceros, cobardes, sucios como puercos. Comían piojos, arañas y gusanos crudos [...]”.¹⁴ El tema de la antropofagia, como lo han señalado diversos autores, fue el que más atención recibió en las crónicas españolas coloniales y ha sido objeto de numerosas polémicas, que no viene al caso repasar. Ha terminado siendo asociado, como los señala Ch. Caillavet, “a grupos étnicos ‘*salvajes*’, asentados en un *hábitat de selva tropical y clima cálido* e integrados en una *organización sociopolítica simple*”.¹⁵

A lo largo de toda la ocupación colonial, los indios bravos, atrincherados en las selvas, se oponen a los “indios mansos”, es decir, los indios “reducidos”, sometidos al orden y a los intereses coloniales. En las relaciones de mando de los virreyes de la Nueva Granada, los indios bravos eran invariablemente los que estaban en pie de guerra, oponiendo resistencia armada, y se los caracteriza como bárbaros, fieros, crueles y pérfidos. A partir de entonces, toda forma de resistencia al orden urbano colonial-moderno se ha visto convertida en barbarie y delincuencia. La obcecada instrumentalidad de este estereotipo ha tenido larga duración.

La figura del salvaje caníbal subyace a nuestra conciencia. Ha representado, a lo largo de la historia de la nación, su lado sucio y oscuro. Durante quinientos años ha dado cuenta de nuestra supuesta inferioridad, incapacidad y violencia constitutivas. Se ha visto privilegiada como explicación, no únicamente en el sentido común. Tanto los historiadores coloniales —todos ellos españoles— como los políticos-geógrafos del siglo XIX —todos ellos criollos—, como sus descendientes intelectuales, han encontrado la explicación de los males de la patria, particularmente, de la violencia, en “nuestros ancestros aborígenes sanguinarios y atroces”, hasta bien entrado el siglo XX. Incluyen, entre otros, a Miguel Jiménez López, en 1916; Laureano Gómez, en 1928; Luis López de Mesa, en 1939; Armando Solano, en 1949; Enrique Gutiérrez Anzola, en 1962; Carlos Mejía Gutiérrez,

¹⁴ Óp. cit., 1, p. 114.

¹⁵ Óp. cit., p. 103 (énfasis mío).

en 1973,¹⁶ o Alejo Vargas, en 1992. He aquí el salvaje como arquetipo del Otro desprovisto de toda humanidad, dispuesto para satisfacer nuestra *necesidad primaria* de descargar todo lo que se opone a nuestra pureza, todo lo repugnante y mancillado¹⁷ que llevamos dentro: el Otro como alcantarilla. Hubo que esperar hasta mediados de siglo para que con el movimiento intelectual y artístico de Los Bachués comenzara a reivindicar positivamente lo indígena.¹⁸

La función procax que tiene la imagen del “indio bravo-comegente” de justificar y legitimar su transformación en seres desechables —úselo y bótelo—, ni siquiera necesita ser evocada por parte del narrador de la historia de Julián Gil. Ser amo de indios o negros salvajes es apenas natural. La inseguridad y el miedo con que se perciben son razón obvia para que se los trate sin misericordia. Por ello, la comisión que fue a rescatar a Gil procedió a matar sin mayores preámbulos. Una situación similar a la que se vivía en medio del horror de los siringales, en las épocas de las casas caucheras, como la de Arana o la de Funes: “*Estaban enfermos de la imaginación* y veían por todas partes ataques de los indios, conjuraciones, traiciones, sublevaciones, etc.; para salvar estos cataclismos fantásticos, para defenderse y no sucumbir, mataban y mataban sin compasión”.¹⁹

Estaban enfermos de la imaginación. Por lo demás, la historia de Gil habla por sí misma. Pone de presente una empresa ejemplar, que aquí aparece en una dimensión casi caricatural. La fuerza irracional de un sueño sirve de ocasión y de condición para impulsar el orden racional y rapaz de la economía moderna de mercado y sus saberes, a través de los cuales se encuentra la salvación. En este caso, la salvación personal que representa acaparar poder y fortuna.

¹⁶ Cf. J. Urueña, “La idea de la heterogeneidad racial en el pensamiento político colombiano”, 1994; J. F. Bolaños, *óp. cit.*, pp. 30 y ss.; Z. Pedraza, “El debate eugenésico: una visión de la modernidad en Colombia”, 1997; C. Uribe Celis, *Los años veinte en Colombia*, 1991.

¹⁷ En el sentido que propone Mary Douglas, *Purity and Danger*, 1966: como una categoría rechazada que pone en juego todo el sistema de orden, aquello que no debe incluirse si se quiere mantenerlo.

¹⁸ Cf. R. Pineda Camacho, “La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano, 1850-1950”, 1984.

¹⁹ Informe de R. Paredes, un juez enviado por el Gobierno a investigar las denuncias del Putumayo. Citado por R. Pineda Camacho, *óp. cit.*, 2000, p. 114 (énfasis mío).

Hay una historia similar detrás de la búsqueda de El Dorado o del inaguantable empuje de cualquiera de las fiebres y bonanzas depredadoras que han marcado la historia de estas “lejanas y apartadas regiones” nacionales. Allí se encuentran también los aventureros visionarios, obstinados por lograr su propia utopía —o distopía—: el Loco Aguirre, el general Reyes, Fitzcarraldo, Julio César Arana. Cada uno de ellos desplegando el mismo ímpetu carismático con el que han movido apostolados de todo tipo, desde las empresas misionales hasta la más reciente gesta de indigenistas y ambientalistas.

**“Un mapamundi donde no aparezca Utopía no merece siquiera ser visto”:
Oscar Wilde**

James Clifford²⁰ llama la atención respecto a la idea del “individualismo posesivo” desarrollada por C. B. Macpherson en su libro *The Political Theory of Possessive Individualism* (1962), en el que rastrea hasta el siglo XVII la aparición de una identidad propia, de un “sí mismo” como poseedor, como propietario: el individuo rodeado de las propiedades y bienes que ha acumulado. Su análisis ilustra cómo un tipo de identidad, ya sea cultural o personal, presupone el acto de acumular posesiones, de coleccionarlas en el marco de sistemas arbitrarios de valores y de significaciones. Basándose en el trabajo de S. Stewart, *On Longing* (1984), señala también que este ímpetu de posesión surge de diversas añoranzas: de reconocimiento, de vida interior, de vida espiritual.

Ese afán de posesión, de apropiación, de colección, guiado por la aspiración a la totalidad, por la pasión de transformar un fantasma en objetos, en una realidad tangible, tiene varios arquetipos en la literatura latinoamericana contemporánea. Uno de ellos es el viejo profesor de arte que, en *El loco de los balcones* de Mario Vargas Llosa (1993), se propone conservar el patrimonio cultural de Lima, recogiendo para salvar de la destrucción los balcones antiguos del casco colonial.²¹ Está también el caso de Bendición Alvarado, la madre del dictador de

²⁰ Óp. cit., pp. 219 y ss.

²¹ Como dato curioso, en la presentación del libro se anota que la idea de los balcones la toma Vargas Llosa de Humboldt, quién señaló que Lima debía su carácter particular a su paisaje de balcones.

El otoño del patriarca de Gabriel García Márquez (1975), que se dedica a hacer una colección fabulosa de pájaros —“pollitos pintados de ruiseñores, tucanes de oro, guacharacas disfrazadas de pavorreales”— que ameritaría ser incluida en la enciclopedia china de Borges; con el fin de recrear su antigua vida en el campo. Otro ejemplo es el narrador de *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier (1954), quien se aventura en la selva tropical para completar una “galería de instrumentos de aborígenes de América”, que tenía como objeto conservarlos, salvarlos de la extinción y, al mismo tiempo, demostrar una teoría de la historia, a partir del origen de la música en las sociedades primitivas.

Estas figuras ponen de presente no sólo el carácter fantasmagórico de la empresa acometida por cada una, sino el hecho de que todas ellas están buscando, por medio de la apropiación, conservar o reconstruir, o ambos, un estado original, ideal. Es aquí donde se hace visible el designio de la *reversión*: sólo se ve, se escoge y se nombra aquello que surge de las quimeras de la imagen fantasmagórica que guía la empresa de apropiación. Transforma esa imagen fantasma en el nuevo contexto que determina qué se ve, cómo y para qué.

Pero estas imágenes fantasmagóricas están urdidas con el mismo material del que están hechas las utopías. Se formulan en términos utópicos.²² La utopía es, parafraseando a L. Wittgenstein, como toda proposición, ante todo una imagen. Es una imagen de una clase particular que da forma al sueño —al deseo— de un mundo perfecto, a la vez que guía y define la acción concreta sobre la realidad para materializarlo. Se trata, por ello, de una imagen móvil. Se propone cada vez a partir de la idea optimista de que es posible mejorar el mundo, el entorno, la sociedad y las personas a través de una intervención racional, voluntariamente dirigida. O de que este tipo de intervenciones permiten conservar o recuperar los mundos perdidos o a punto de perderse. Sus propuestas adoptan la forma de proposiciones aparentemente neutras, inocentes y bien intencionadas que se confunden fácilmente con objetivos y principios universales y naturales. La realización de las imágenes utópicas se

²² En la *Utopía* de Thomas More, publicada en 1616, se ven plasmadas las pautas que van a marcar, en adelante esta línea de pensamiento. Cf. F. Borsi, *Architecture et Utopie*, 1997; F. Manuel y F. Manuel, *Utopian Thought in the Western World*, 1979; J. Georges, *Voyages en Utopia*, 1994; J. Holston, *The Modernist City: An Anthropological Critique of Brasilia*, 1989; L. T. Sargent y R. Schaer, *Utopie: la quête de la société idéale en Occident*, 2000.

ha visto siempre impulsada por la fuerza de sus metáforas y la idealización de sus fines.

Dentro de esta imagen siempre cambiante del mundo ideal hay ciertos rasgos que han caracterizado el pensamiento utópico. Contrariamente a lo que sugiere el retruécano a partir del que More forjó la palabra —*outopos*, un lugar que no existe, y *eutopos*, un lugar afortunado—, las utopías siempre tienen lugar. Generalmente, en sitios lejanos a los que se llega en un viaje —en un viaje de descubrimiento— se sitúan en mundos nuevos. No hay que olvidar que la tradición de la utopía se nutrió de los relatos de viajes de los exploradores, misioneros y naturalistas que Europa lanzó a todos los mares. Parten todas de la evocación de un mito fundacional —como el de la edad de oro o el de la Arcadia—, y en nombre de unos ideales éticos y estéticos —los de Occidente—; la utopía prescribe o describe un orden institucional y espacial sistemático y racional. La utopía planifica y define formas ideales para la familia, la comunidad y el gobierno; codifica totalitariamente la vida cotidiana en nombre del bien colectivo. Funda ciudades, distribuye funciones, crea minuciosamente espacios ordenados. Su premisa básica es que la existencia de este orden físico e institucional sería garante, en sí mismo, de la armonía social y natural.

Esta idea constituye, sin embargo, un supuesto determinista terriblemente ingenuo. Por ello, las utopías, en la práctica, terminan pervirtiendo de maneras contradictorias los objetivos que se proponen. Se ha ilustrado ampliamente que este efecto paradójico se produce, fundamentalmente, porque las propuestas utópicas descontextualizan y deshistorizan los procesos sobre los que pretenden actuar.²³ No obstante, más que descontextualizar, la prescripción utópica pone en marcha una operación de recontextualización de su objeto, al adjudicarle significados y valores definidos y cerrados por su misma lógica ciega.

El diseño de la *reversión* es el de convertir poblaciones y paisajes en materia plástica para la puesta en marcha de proyectos utópicos. Las personas, animales, plantas y minerales que conforman los territorios salvajes se ven reducidos por igual a ser “recursos”, “potenciales”, “reservas”. Son materia

²³ Entre la extensa literatura acerca de los efectos concretos de la puesta en marcha de las fórmulas utópicas se destacan: J. Holston, *óp. cit.*; T. Mitchell, *Colonizing Egypt*, 1988; P. Rabinow, *French Modern: Norms and Forms of the Social Environment*, 1989; M. Berman, *All that Is Solid Melts into Air: The Experience of Modernity*, 1983.

prima abiertamente disponible para la creación, para la realización de los distintos fantasmas utópicos de la “sociedad mayor”: generar riqueza, articularse a la economía global, civilizar, construir mundos nuevos o conservar mundos ideales.

Los huérfanos de la patria

Entre febrero y marzo de 1947 monseñor Miguel Ángel Builes, obispo de Santa Rosa de Osos, visitó a los tunebos, hoy mejor conocidos como uwas: “Los ví con mis ojos y su mirada y su fisonomía y todo su continente retratan el dolor por la persecución de que fueron víctimas sus antepasados y lo son ellos todavía: y la penumbra y la profundidad de la selva impenetrable aparece en sus pupilas lánguidas y envueltas en sombras. ¡Pobres tunebitos!”.²⁴ Esta referencia continua en el relato de monseñor a los “pobres tunebitos hasta ayer irredentos, pero que ahora ven la mano del misionero tendida amorosamente para redimirlos y traerlos al tibio regazo de la iglesia de Cristo donde está el amor”, de inmediato evoca y da legitimidad (al autorizarla con sus ojos de testigo) a una imagen gestada en el marco de la polémica que suscitó la sangrienta conquista de América: la del salvaje infantil.

Para algunos de los participantes en la controversia sobre la naturaleza de los indios americanos, como para Las Casas, éstos eran inocentes como niños. Para otros, como Cornelius de Pauw, los indios americanos “eran como niños idiotas, incurablemente perezosos e incapaces de cualquier progreso mental”.²⁵ La idea del salvaje-niño, evidentemente, surge de la noción unitaria de la historia, según la cual hay una evolución continua de lo salvaje a lo civilizado comparable a la evolución desde la infancia hasta la edad adulta. Se ha señalado extensivamente el hecho de que ello implicó situar a las sociedades indígenas en el pasado de la humanidad, atrás en el tiempo.²⁶ Ir donde los pueblos

²⁴ M. A. Builes (Mons.), *Por el Sarare*, 1947, p. 9.

²⁵ Citado por A. Gerbi, *óp. cit.*, p. 55.

²⁶ Cf. M. Duchet, *óp. cit.*, 1985; N. Thomas, *Out of Time*, 1996.

primitivos es como viajar en el tiempo: es ir al pasado. Pero es a partir del siglo XIX que la imagen del salvaje-infante adquiere cuerpo y se generaliza. En particular, a partir de las propuestas del evolucionismo social y los desarrollos de la psicología. Herbert Spencer, en los *Principios de Sociología*, de 1877, muestra cómo el salvaje es como un niño, de la misma manera en que el niño es un salvaje:

Durante la infancia y la vida en la guardería se da una absorción constante de sensaciones y percepciones similar a la que presenta el salvaje [...] los niños están siempre imitando la vida de los adultos; de igual manera, los salvajes, en medio de sus peculiares ademanes, imitan todo cuanto hacen sus visitantes civilizados. La falta total de capacidad para discriminar los hechos con base en su utilidad caracteriza tanto a la mente juvenil como a la mente del hombre primitivo [...] la mente del niño, como la del salvaje, comienza a desvariar rápidamente, de pura extenuación, apenas se ve enfrentada al manejo de afirmaciones generalizadoras y de sus proposiciones implícitas [...] tanto el niño como el salvaje cuentan con muy pocas palabras que tengan un nivel de abstracción básico y carecen por completo de un vocabulario de mayor nivel abstracto. [...] La extrema credibilidad del niño, similar a la del salvaje, resulta indudablemente del hecho de que sus nociones de causalidad y de generalidad están muy subdesarrolladas.²⁷

Este tipo de comparaciones dio a la caracterización del salvaje como niño un conjunto nuevo de sentidos, que categorizan de una manera nueva al salvaje-infante en relación con su capacidad intelectual. O, más precisamente, con su incapacidad intelectual y con todo el conjunto de atributos de carácter que se asocia a ella, como la inmadurez, que implica la impulsividad, la emocionalidad, la falta de concentración, los caprichos y berrinches, el gusto por los cuentos y las fantasías, la falta de sentido moral, la proclividad al juego y la irresponsabilidad. Freud asegura que “la debilidad de las habilidades mentales, la carencia de control emocional, la incapacidad para la moderación y el sosiego, la inclinación a exceder cada límite en la expresión de emociones y a

²⁷ Citado por G. Jahoda, óp. cit., p. 135.

desahogarla completamente a través de la acción y otros rasgos similares, son reflejo inequívoco de la regresión de la actividad mental a una etapa temprana como la que encontramos, sin sorpresa, en niños y salvajes”.²⁸

La asociación niño-salvaje se ha visto generalizada: se puede aplicar a cualquier niño o a cualquier salvaje, partiendo del principio implícito según el que cuanto más primitivas son las personas, más se parecen entre sí. Se ha visto también prolongada a todos aquellos personajes a los que se les atribuyen bajos niveles de desarrollo y, por lo tanto, capacidades intelectuales reducidas y rasgos infantiles de carácter. Con esta base se ha establecido una homología entre niño-salvaje-negro-mujer-clases bajas-sujetos del Tercer Mundo. Constituye toda una cadena semántica que apunta a que ninguno de estos personajes es realmente confiable ni coherente: todos ellos necesitan ayuda para crecer y desarrollarse. Requieren ser controlados, dirigidos, orientados. Puesto que son todos incapaces e impredecibles, requieren de la guía y la tutela del padre, evidentemente personificado en el Hombre, adulto, blanco, letrado y su proyecto cultural y económico.

La historia de la relación de este padre con el niño —y, en realidad, con cualquiera de sus homólogos— ha sido una verdadera pesadilla. La idea de la infancia feliz y despreocupada ha sido una flagrante mentira a lo largo de la historia de Europa. DeMause²⁹ muestra en su historia de la infancia el grado de brutalidad al que la educación occidental ha sometido a los niños: “La letra con sangre entra”. Detrás de la idealización y la romantización de la infancia se esconde una larga historia de abusos, efectivamente comparable a la que han sido sometidos los salvajes. DeMause señala que uno de los indicios más claros que presenta un niño brutalizado es su permanente solicitud y disposición para responder a las necesidades y demandas de los padres. Esta “domesticación” se realiza en nombre del amor. “Me duele más a mí”.

Quizá por ello, lo primero que hace el obispo después de presentarnos a los “pobres tunebitos” es mostrarnos tiernas escenas de amor: “Pude ver con mis ojos cuatro tunebos [... que] a medio vestir sonríen ante los cariños del Sr.

²⁸ *Group Psychology* (1921), citado por Jahoda óp. cit., p. 138.

²⁹ Ph. Ariés, *L'enfance et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, 1960; Ll. DeMause, óp. cit.

Prefecto y de las Madres Teresitas”.³⁰ Más adelante, “vemos a distancia un grupo de tunebos mojicones que nos tienden los brazos y gritan en su lenguaje un saludo al Reverendísimo Padre Prefecto. Es que ya ha corrido la fama entre las diversas tribus sobre la bondad sin límites de su corazón y el inmenso amor que profesa a todos los indígenas de su prefectura y los indígenas le aman”.³¹ Monseñor ha venido a ver, con sus ojos, hasta dónde ha llegado el trabajo de la Prefectura Apostólica.

Uno de los frutos del trabajo misional que destaca monseñor Builes en el Sarare, es “el matrimonio formado por Mariano Eudes Tamarán, descendiente directo del cacique Tamarán [que] casó con una blanca [...] [ella] aceptó el matrimonio con Tamarán, para buscar la manera de atraer a los tunebos, huidizos y temerosos, al seno del cristianismo. Noble mujer, su gesto heroico tendrá un día su premio [...] Esta piadosa mujer que vive de Dios en esa oscura maraña me conmovió hondamente”.³² También lo conmueven las “misas, salves, bendiciones, vía crucis: voces tunebas cantaban a Dios en el corazón de la selva. Yo sentía escalofrío, me estremecía, ahogábase mi garganta y se humedecían mis ojos. Era la Gloria del Sarare, la soñada Tunebia”.³³ Sin embargo, esa “soñada Tunebia” se encuentra todavía lejos, pues el obispo encuentra que, a pesar de tanto amor, “el Tunebo huye y sigue huyendo como sus ancestros. A Santa Librada no viene jamás. Tienen miedo”. Concluye entonces que:

[...] *el único medio de reducirlos es la fundación de ciudades.* Esto hemos pensado y sobre nuestras mulas nos internamos en el puro corazón de la Tunebia. Vamos a buscar el lugar para fundar la primera ciudad sarareña [...]. A poco, encontramos una explanada ideal ligeramente inclinada que mira a los lejanos cañones del Cobaría, del Cobugón y del Arauca, y desde el cual se contempla la extensa cordillera que linda con Boyacá, con sus altísimas cumbres y su vestido de nieblas y de humo azul. Este es el lugar. Aquí fundaremos a Santa

³⁰ Ibíd., p. 9.

³¹ Ibíd., p. 14.

³² Ibíd., pp. 10-11.

³³ Ibíd., p. 11.

Teresita de Tamarán. *Estamos felices como si hubiéramos encontrado un depósito de oro [...].* Siete leguas más adelante se fundará una segunda ciudad, San Luis de Chucarina [...] más tarde se edificarán otras ciudades en las riquísimas comarcas que de Chucarima van hasta el Arauca y *tras esas fundaciones vendrá la reducción total de nuestros bien amados tunebos.*³⁴

Por ser amados, serán reducidos. La empresa que el obispo Builes se propone no es ni remotamente novedosa. La pauta la habían marcado desde el siglo XVII los jesuitas, a quienes la administración colonial encomendó la tarea de colonizar los Llanos:

El Estado hizo algunos aportes como dar una subvención anual por cada misionero, otorgar títulos sobre tierras realengas (baldías) para los hatos de los jesuitas y ademas enviar y sostener escoltas de soldados [...] como protección contra los feroces caribes. Por sí solos estos aportes eran insuficientes y fueron los Jesuitas quienes construyeron la infraestructura para llevar a cabo con entusiasmo, consagración, disciplina y eficacia la tarea colonizadora en los llanos.³⁵

Los jesuitas fundan pueblos de indios sometidos al régimen de doctrina, a lo largo del piedemonte, que con el tiempo terminan convirtiéndose en parroquias de españoles. Simultáneamente, se dedican a establecer, con el trabajo de los indios, un conjunto de haciendas complementado por una vasta red de comunicaciones que se convierte en el verdadero pivote de su acción colonizadora. Para el siglo XVIII los jesuitas tienden a dejar los pueblos en manos de clérigos o de autoridades civiles y se concentran en las haciendas. Éstas funcionaban como una empresa autosuficiente que conformaba un verdadero sistema espacial, económico y administrativo. Su principal producto era la ganadería, que con el tiempo se convirtió en la principal fuente económica de los Llanos. Las haciendas estaban regidas por un sistema de salarios en raciones, es decir, un

³⁴ Ibíd., p. 13 (énfasis mío).

³⁵ R. de la Pedraja, *Los Llanos: colonización y economía*, 1984, pp. 3-4.

sistema formal de endeude.³⁶ La prosperidad del sistema de haciendas jesuitas en los Llanos fue proverbial, y, además de engrosar sus arcas, sentó las bases de un sistema moderno de catequización y civilización basado en el esquema de fundación de pueblos-colonización-haciendas misionales altamente eficiente.

Este mismo esquema fue implementado por fray Fidel de Montclar, un capuchino catalán que en los primeros años del siglo XX monta una enorme y lucrativa empresa de catequización-civilización-haciendas en el valle del Sibundoy. Funda pueblos y abre caminos. Su mayor obra fue la apertura de la carretera de Pasto a Mocoa, que iba a ser el camino de la redención de los indios de las selvas amazónicas. El genio de fray Fidel añade un nuevo ingrediente al esquema de los jesuitas:

Una idea en particular iba a revolucionar el sistema de control misionero en los territorios a ellos encomendados, los “orfelinatos” para niños y niñas indígenas, comenzados a organizar a partir de 1910. Los monjes razonaron, con certeza, que en la medida en que la estructura familiar aborigen permaneciera intacta, todo su celo misionero y sus intentos de civilizar a los indios se verían frustrados. Había entonces que desbaratar las familias indígenas mediante la remoción forzada de los infantes a una tierna edad, para así educarlos sin influencias perturbadoras y bajo el control total de los religiosos en sitios especiales, los orfelinatos, un nombre que además de ser un galicismo, implicaba desde luego que los indígenas eran huérfanos, por no ser cristianos [...]. En palabras del historiador capuchino Fray Eugenio de Valencia, a los niños y niñas “redimidos” en los orfelinatos “se les enseñaba todo lo necesario para formar una sociedad nueva, perfectamente cristiana, uniéndolos en matrimonio al llegar a la edad núbil, formando así los hogares cristianos”.³⁷

Así, los orfelinatos pasan a ser la punta de lanza de la empresa de fundación de pueblos y colonización sustentada por el sistema de haciendas misionales. Los hoy conocidos como internados indígenas son los herederos de este

³⁶ Cf. A. Gómez, *Indios, colonos y conflictos: una historia regional de los Llanos Orientales, 1870-1970*, 1991, pp. 39 y ss.

³⁷ C. A. Uribe, “Una perspectiva histórica de la Sierra Nevada de Santa Marta”, 1988, p. 25.

esquema que se vio generalizado desde entonces. La institución de los orfelinatos, que al apresar a los niños indígenas impedía que las familias se alejaran de los pueblos fundados por los misioneros, se convirtió en el centro de un sistema de servidumbre. Se “educaba” tanto a los niños indígenas como a los indígenas niños para ser sirvientes, para que vivieran siempre al tanto de las necesidades de los padres y las madres de la Iglesia. O de la patria. Y con los mismos métodos. Siguiendo el principio de que a los indios hay que tratarlos como “niños malcriados, llenos de malas inclinaciones”, el sistema de trabajo forzado impuesto por la misión se hacía cumplir, manteniendo a los niños como rehenes, con cepo y látigo.³⁸ Por los mismos años en que los capuchinos montaban su empresa en el Sibundoy y en el alto Putumayo, un poco más abajo, selva adentro, la Casa Arana montaba su sistema de explotación siringuera, aplicando crudamente, y sin discurso alguno, los mismos principios básicos de servidumbre-esclavitud: rehenes, cepo y látigo, que rápidamente degeneraron en un holocausto. A cambio no ofrecían la salvación eterna, sólo mercancías: la salvación material.

Este sistema misional de catequización se vio formalizado por el *Convenio de Misiones*, suscrito entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y la Santa Sede,³⁹ mediante el cual se delegaba a las órdenes misioneras “poderes extraordinarios para ejercer la autoridad civil, penal y judicial”, con el cargo de jefes superiores de policía en todos los territorios habitados por las tribus nómades o habitantes de las selvas vírgenes. A diferencia de las tribus ya reducidas a la vida civil, para las que regían otras disposiciones.⁴⁰ Se da cumplimiento de esta forma a la Constitución, que determina que los territorios “habitados por salvajes” quedan bajo la tutela de la Iglesia. De cierta manera, con estas medidas se da continuidad al sistema colonial de la *doctrina*, que era una concesión de territorio en donde el *padre doctrinero* era a la vez jefe espiritual y material de los indios. La doctrina funcionaba en la práctica como una versión eclesiástica

³⁸ Tal como lo establecen los 48 artículos del “Reglamento para el Gobierno de los Indios” redactado por fray Fidel en 1908. Cf. V. D. Bonilla, óp. cit., pp. 87 y ss.

³⁹ El primer convenio fue suscrito en 1888, con base en la Constitución de 1886. Ha sido revisado y en la actualidad sigue teniendo vigencia bajo el nombre de “Educación Contratada”.

⁴⁰ La ley 89 de 1890, que estuvo vigente hasta la expedición de la Constitución de 1991.

de la *encomienda*.⁴¹ El convenio se alcanzó a ver cuestionado a raíz del escándalo provocado por el informe de Roger Casement sobre las atrocidades cometidas por la Casa Arana en el territorio delegado para su control a las misiones. Cuando el Estado civil colombiano pidió cuentas a la Iglesia se encontró con su ignorancia —o su silencio— respecto a los hechos que tuvieron lugar prácticamente en las narices de las prefecturas.⁴² El hecho fue ocasión de una encíclica del papa Pío X, *Lacrimabili Statu* (1912), dirigida al episcopado latinoamericano. El convenio y el sistema de misiones se mantuvieron, sin embargo, impávidos.

La labor misional que encuentra monseñor Builes en su visita al Sarare, se había centrado hasta ese momento en los internados indígenas de Santa Librada y Labateca. Su soñada Tunebia hace eco a la visión de fray Fidel para el Putumayo. Víctor Daniel Bonilla, cuenta como éste, a quien llama el “Gran Cruzado”, acometió su lucrativa empresa guiado por un sueño que transformó en plegaria: “Señor, con la misma facilidad con las que has poblado de árboles y provisto los cursos de los ríos en estas inmensidades, *puedes hacer surgir de estos bosques poblados por salvajes, de estos vastos desiertos llenos de fieras y antropófagos, pueblos civilizados y ciudades opulentas* donde mañana serás adorado y tu nombre será bendecido”.⁴³

Esta ubicua visión de prósperas ciudades que brotan y desplazan las breñas y las selvas ha unido en una misma causa a los conquistadores armados con perros, a los frailes armados con látigo, a los criollos preclaros con mapas, al Barón von Humboldt armado de instrumentos y pinceles, a Julián Gil con mercancías y a los técnicos con estadísticas. Se trata de una visión que no en vano monseñor Builes formula destacándola frente a la selva, contra la cual ella se yergue: “Me acordé del inimitable canto a la selva de Eustasio Rivera en su inmortal *Vorágine* y vi entonces que no era simple poesía del bardo incomparable sino una asombrosa realidad que en sus oscuros abismos provoca un misterioso atractivo, el vértigo de la penumbra selvática”. Y confiesa:

⁴¹ V. D. Bonilla, *óp. cit.*, pp. 12 y ss.

⁴² *Ibíd.*, p. 99.

⁴³ Citado por V. D. Bonilla, *Ibíd.*, p. 76 (énfasis mío).

Yo siento en mí cierta fascinación de la selva; no por la atracción de la ruda poesía que la envuelve, ni por sus ríos clandestinos ni por si [sic] maraña inviolada, ni por sus tigres y serpientes, que también tiene sus atractivos, ni por las riquezas de su flora y de su fauna, ni por los preciosos metales que pudieran hallarse en sus entrañas, sino por esos desgraciados que habitan en bohíos dispersos situados en los claroscuros de la selva, que se suceden a lo largo de los ríos, en las faldas que no se acaban o en las crestas heladas de las montañas: son los tunebos los que me fascinan.⁴⁴

Esta fascinación por los tunebos de monseñor Builes, que es finalmente la misma que impulsó a Julián Gil hacia los indios bravos-comegente, ha inspirado también la mirada voyerista de los medios, que no ocultan su interés científico por lo exótico, para poder preservar para la posteridad, en las imágenes del cine, la televisión y la prensa, a los últimos pueblos salvajes que todavía a finales del siglo XX, insisten en aparecer.

Los últimos nómadas verdes⁴⁵

Una mañana de 1988, en un pequeño poblado de colonos llamado Calamar, en la Amazonía colombiana, un grupo de 43 indios formado por mujeres, jóvenes y niños desnudos apareció de repente. No hablaban una sola palabra de castellano y era la primera vez que en ese pueblo los veían. Su aparición atrajo a los medios de comunicación y se convirtió en un suceso que fue ampliamente cubierto, con un cierto tono documental, por la prensa, las revistas, la televisión. La imagen de los nukak makús desnudos, extraños y desconocidos, removió a la opinión pública, al medio académico y a la administración pública colombiana. Suscitaron un gran debate en los medios de comunicación sobre quiénes eran, de dónde venían, qué hacer con ellos. A partir de entonces los nukaks siguen siendo tema de interés. Han sido protagonistas de una serie de anuncios publicitarios, de documentales y videos que muestran imágenes que han causado

⁴⁴ Óp. cit., p. 10.

⁴⁵ Título de la película documental sobre los nukaks realizada por Audiovisuales (Colombia) y AVC Rainbow (Bélgica), dirigida por J. C. Lamy, 1993.

profunda conmoción, y por ello son recordadas por el público, como la de una mujer nukaks amamantando a un miquito.

En realidad, cuando hicieron su aparición mediática en el Guaviare, los nukaks no eran tan desconocidos. Esta idea hace parte del mito que ubica a los salvajes fuera del tiempo y los desvincula de la historia colonial. Ya desde los primeros años de la conquista de América los indios se representan como los últimos sobrevivientes de una raza a punto de desaparecer, traicionando así los motivos subyacentes al impulso civilizador. Stephen Hugh-Jones señala que en su mayoría los relatos sobre los indígenas de la Amazonía “están llenos de frases como: tribus no contactadas; el primer hombre blanco que alguna vez hubieran visto; donde ningún hombre blanco había pisado antes”,⁴⁶ y menciona que desde la época de la ocupación colonial se tiene noticia de los grupos makús, en especial, cuando la presión por el trabajo de los indios transformó su estatus como seres inferiores frente a los grupos de maloca, convirtiéndolos en esclavos vendibles que podían ser capturados, lo que se generalizó, en particular, durante la explotación cauchera. En general, los grupos makús se han considerado, en el marco de la visión unitaria de la historia, como representantes de la etapa cultural arcaica, en comparación con sus más sofisticados vecinos, y su existencia ha servido para documentar teorías tanto de difusión cultural como de regresión cultural, en relación con el poblamiento de la Amazonía.

En las imágenes aparecidas en los medios, los nukaks son retratados haciendo simultáneamente referencia a dos conjuntos de ideas. Por una parte, se hace énfasis en su caracterización como la “cultura más antigua de la Amazonía”,⁴⁷ como un verdadero “misterio antropológico”, puesto que aparentemente se trata de “una tribu de muy incipiente desarrollo, sobreviviente del paleolítico”.⁴⁸ Se los muestra prácticamente como especímenes animados sacados de un museo, afirmando que son “recolectores pues se ha podido comprobar que solo se alimentan de frutos que recogen y van guardando en unas especies de canastos tejidos con hojas de palma, utilizan cerbatanas y hasta donde se ha podido comprobar viven

⁴⁶ S. Hugh-Jones, “Historia del Vaupés”, 1981, p. 29.

⁴⁷ Diario *El Espectador* (Bogotá), 22 de mayo de 1988.

⁴⁸ Revista *Semana* (Bogotá), 17 de mayo de 1988.

en chozas fabricadas con hojas de platanillo [...] van completamente desnudos”, y se propone recurrentemente la pregunta sobre qué hacer para que “este fantasma del pasado pueda seguir viviendo sin perder del todo su identidad”. Por otra parte, se reconoce “el mundo al desnudo” de los nukaks como “la esencia misma de la historia selvática”, haciendo énfasis en que éstos son los verdaderos “depositarios de la sabiduría botánica, ecológica y filosófica de la selva”.⁴⁹

La imagen de los nukaks en los medios es un claro ejemplo del nuevo giro que ha tomado la vieja idea de los “habitantes de las selvas vírgenes” como inherentemente naturales. Primero, fueron “expulsados del teatro de la humanidad por su carencia aparente de instituciones políticas y simultáneamente incorporados en el campo de la Historia natural”.⁵⁰ Después, en virtud de las ideas ecologistas, de acuerdo con las cuales, por estar inherentemente compenetrados con la naturaleza, sus culturas pasaron a ser consideradas como verdaderos sistemas homeostáticos de adaptación al medio. Es decir, llegaron a ser vistos como naturalistas.

En cuanto naturales, los nukaks se consideran a veces como un recurso, en particular, un recurso genético, como el que documenta el diario *El Tiempo* en el artículo “Hallazgos en los genes de los nukak”,⁵¹ donde informa que los “genetistas del Instituto Nacional de Salud estudian las variantes genéticas de los indígenas nukaks. También trabajan en un proyecto con los monos *Aotus*”. Es claro que, desde ese punto de vista, los nukaks comparten con los *Aotus* el mismo estatus de especie prometedora de la biodiversidad de la selva. En esa medida, están en vía de extinción y franco proceso de deterioro, por lo que hay que protegerlos y conservarlos, pues “constituyen uno de los baluartes del patrimonio etnológico del país y del mundo”.⁵²

En cuanto naturalistas, los nukaks han pasado a ser considerados como un recurso de otro tipo: como un acervo de conocimientos. Ésta es precisamente

⁴⁹ *El Espectador*, 19 de septiembre de 1992.

⁵⁰ Como lo plantea Ph. Descola, “De l’Indien naturalisé à l’Indien naturaliste : sociétés amazoniennes sous le regard de l’Occident”, 1985, p. 225.

⁵¹ 3 de diciembre de 1994.

⁵² *El Tiempo*, 28 de noviembre de 1993.

la idea que exalta el documental *Los últimos nómadas verdes*. En el artículo “Los nukak de Luna a Sol” aparecido en *El Tiempo*,⁵³ se recoge el punto de vista de los realizadores de la película. Éstos enfatizan que “no se trata de una película más sobre los indios, sino de mostrar todo lo que tenemos que aprender de los Nukak Maku [...] [quienes] llevan un sistema de vida natural, que se repite de generación en generación, dentro de la convivencia con el bosque y el desarrollo de su medicina tradicional”. Precisamente, validan las prácticas “naturalistas” y “ecologistas” de los nukaks a partir de su condición de naturales. El aprovechamiento práctico del acervo de sus conocimientos naturales no se hizo esperar: un par de años más tarde el mismo diario anuncia que los “Indígenas enseñan a los soldados a comer gusanos”. El artículo cuenta cómo el Ejército colombiano está empezando a conocer “una jungla llena de misterios, guiado por los indígenas Nukak Maku. Ellos están enseñando a los soldados su malicia y su sabiduría para conocer la selva. La idea es que se puedan internar varias semanas en la selva y perseguir por tierra a la narco-subversión que se quiere camuflar jungla adentro [...] aplicando tecnología nacional: malicia indígena”.⁵⁴ El acervo de saberes nukaks (su malicia y su sabiduría) pasa a ser valorado como “tecnología nacional”. Se hace con ésta, lo que se haría con cualquier tecnología: se le buscan aplicaciones militares y comerciales.⁵⁵ Obviamente, en la lógica perversa del conflicto armado colombiano esta muestra de reconocimiento nacionalista fue poco apreciada por la guerrilla, lo que ocasionó la necesidad de que la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC) publicara unos días más tarde un comunicado público negando cualquier vínculo de los indígenas con el conflicto armado y “denunciando la utilización del nombre del pueblo indígena Nukak-Makú para fines militares”.⁵⁶ El parafrasear de esta manera el lenguaje de las patentes comerciales no deja de ser diciente.

⁵³ 18 de mayo de 1993.

⁵⁴ *El Tiempo*, 19 de mayo de 1997.

⁵⁵ El yagé o ayahuasca, por ejemplo, llegó tener una patente comercial otorgada a nombre de un investigador norteamericano. Cf. A. Ulloa, “El nativo ecológico: movimientos indígenas y medio ambiente en Colombia”, 2001, p. 298.

⁵⁶ *El Espectador*, 2 de junio de 1997, p. 9A.

La lucha por el reconocimiento de los saberes colectivos indígenas, que no viene al caso repasar aquí, ha implicado esta valoración del indio como “nativo ecológico”, que ha tenido sin duda gran importancia política para el reconocimiento y la capacidad de maniobra de las organizaciones indígenas en Colombia y, en general, en el mundo. Astrid Ulloa lo documenta ampliamente en su artículo publicado con ese título, y señala que al mismo tiempo ello les ha impuesto “la tarea histórica de salvar el planeta Tierra manteniendo y preservando [sus] sistemas tradicionales ecológicos ideales”.⁵⁷ Esta tarea de salvar el planeta va, sin embargo, más allá de preservar los sistemas ecológicos por medio de los saberes tradicionales. Hay una enigmática descripción de los nukaks que nos remite a otra dimensión de esta tarea de redención que esperamos de los indígenas. Cuando en uno de los artículos aparecidos en la prensa se afirma que “la magia de los Nukak radica en su belleza y su belleza es sobrenatural”,⁵⁸ se evoca el hecho de que la compenetración con la naturaleza, su carácter natural, se entiende también como una relación mágica y misteriosa con el cosmos.

“Si John Lennon viviera sería mamo”⁵⁹

Hernán, uno de los *hippies* que fundaron una comuna en la Sierra Nevada de Santa Marta en los años setenta buscando acercarse a los indios koguis, expresa así esta filosofía de retorno a la espiritualidad y a la naturaleza: “ellos aman la naturaleza, viven para ella, saben que la búsqueda espiritual es más importante que sus vidas”. De allí su búsqueda de la sabiduría de estos grupos que, alejados de la civilización, se han mantenido al margen de su polución y salvaguardado sus formas de vida cercanas a la naturaleza, así como sus lazos colectivos y comunitarios, conservando en sus tradiciones ancestrales la sabiduría de la madre tierra. En este empeño, este grupo de *hippies* de todas partes del mundo, lleva ya cerca de treinta años viviendo y criando a sus hijos a la

⁵⁷ A. Ulloa, óp. cit., p. 309.

⁵⁸ *El Tiempo*, 11 de noviembre de 1993.

⁵⁹ Título de la entrevista con Hernán, “Mamo de los hippies de la Sierra Nevada de Santa Marta”, aparecida en *Revista Lumbral*, Bogotá, INCCA, año 1, Núm. 2, 1991.

manera indígena. Lo que Hernán llama su “búsqueda mística” parte de los mismos presupuestos con los que se han forjado las imágenes del salvaje:

[...] estar aquí es encontrarse en este mismo planeta pero hace muchos cientos de años atrás, es como ir a otro planeta. Los indios funcionan como hace quinientos años [...] Los Mamos velan por el mundo, hacen pagos para que se sostenga el equilibrio del mundo [...] Todo el tiempo trabajan espiritualmente [...] Yo me siento atraído por el estudio de la ley Mamo y trato de seguir esa línea. Lo cual no quiere decir que los indios me consideren como un Mamo para ellos. Simplemente les gusta jugar conmigo. Parecen niños.

Aparte de hacer referencia a la ingenuidad infantil con la que se ha categorizado históricamente a los indios, Hernán trae al centro de atención otro de los rasgos explícitos del estado de naturaleza: el de la relación mimética con la naturaleza que la enmarca en la dimensión de lo sagrado. Éste constituye uno de los lugares centrales en los que se ubica la oposición civilizado-salvaje. Se considera que las sociedades que se encuentran en las primeras etapas históricas de la humanidad “viven en un Cosmos sacralizado y participan de la sacralidad cósmica que se manifiesta tanto en el mundo animal como en el mundo vegetal”, como lo plantea Mircea Eliade, quien las opone explícitamente a las “sociedades modernas que viven en un Cosmos desacralizado”.⁶⁰

Aunque este conjunto de nociones aparece coloquialmente asociado a la tendencia del fin de siglo conocida como New Age, no es nuevo. Uno de los antecedentes más cercanos de la asociación pueblos naturales-relación sagrada con el cosmos es, sin duda, el movimiento romántico del siglo XIX. Son varios los aspectos que recalca la sensibilidad romántica en la conciencia de Occidente al valorar el “alma popular” inmersa en los mitos y los cuentos tradicionales, al apreciar la cultura como visión del mundo y considerarla inherente a la lengua materna. Al mismo tiempo, como lo señala Isaiah Berlin,⁶¹ el movimiento romántico busca recuperar toda la dimensión de la vida que el pensamiento racional ha enviado a un lugar secundario: el emocionalismo,

⁶⁰ Como lo expresa M. Eliade, *Le sacré et le profane*, 1967 [1956], p. 22.

⁶¹ *Las raíces del Romanticismo*, 2000 [1965].

lo primitivo y lo remoto —en el tiempo y en el espacio—, el anhelo por lo infinito, lo extraño, lo exótico, lo auténtico, lo misterioso y sobrenatural, el sentido de pertenencia a una tradición, a lo antiguo, lo histórico y, además, la ilusión de lograr lo novedoso, el cambio revolucionario, el presente fugaz, el deseo de vivir el momento. Este ímpetu adquiere fuerza a partir de la crisis del *Ancien Régime*, con la noción de que han sido la sociedad y sus artificios, es decir, los valores y formalismos que se imponen en la sociedad a partir del espectáculo de la Corte, los que corrompen a la humanidad. La naturaleza, en su estado puro e intacto, se ve entonces como la posibilidad de recuperar la armonía y de reencontrar la felicidad; la libertad humana se ve asociada a la libertad del estado de naturaleza, y la relación armónica con la naturaleza se ve también como la posibilidad de una relación armónica con nosotros mismos. Se proyecta así sobre las sociedades lejanas en el tiempo y el espacio la vieja idea judeocristiana que ve en la naturaleza la expresión del orden y la armonía divinas, que entiende la Creación como el teatro de lo sagrado (*théatron hierótaton*), como un edificio que proclama la obra de su arquitecto, o una obra de arte por la cual aprendemos a conocer a Dios.⁶²

Esta cara positiva, por así decirlo, del estado de naturaleza surge de la nostalgia por dos modos de construcción de lo real: la experiencia de lo *numinoso* o lo sagrado, y la de *mímesis*, que en el Renacimiento se vieron desplazados por la idea del hombre como sujeto trascendente, como lo señala Eduardo Subirats. Por una parte, “la experiencia que designaba aquella relación de inmediatez o participación con la naturaleza, en el sentido de una experiencia sagrada de lo real, [era] una relación sagrada de afinidad y *mímesis* del sujeto y el objeto. Por otra parte, el *numen* que en la Antigüedad designaba la energía espiritual que recorría indistintamente al ser humano y las cosas”⁶³ y se caracterizaba por “lo extraño notable y diferente, lo que se distingue por el carácter de lo maravilloso, aquello que posee y confiere una fuerza extraordinaria, lo que se teme y al mismo tiempo se adora”. Así, “lo que posee aquella fuerza espiritual que en la Antigüedad no se separaba de la realidad física y sensible de las cosas, ni

⁶² Cf. las obras de Filón, *Sobre la Creación* o el *Hexaemerón* de San Basilio, revisados y citados por C. Glacken, *Huellas en la playa de Rodas*, 1996, pp. 196 y ss.

⁶³ Óp. cit., p. 193.

del impulso vital, constituye la forma arquetípica y originaria de la experiencia religiosa de lo sagrado”.⁶⁴ No resulta sorprendente que a las sociedades indígenas, homologables a la Antigüedad europea, se les atribuya este tipo de pensamiento y que a través de ellas se busque restaurar la relación mimética-sagrada de la humanidad con la naturaleza; y se trate de restituir el concepto armonioso del mundo como unidad animada, como “conciencia cósmica”. Lo que sí resulta paradójico es que el carácter de este tipo de experiencia, que Rudolf Otto describe como *ganz andere*, como singular e inefable, se reduzca a un rasgo que se hace generalizable a toda una clasificación de la humanidad: a todos aquellos grupos que se homologan con el pasado arquetípico del mundo moderno. Quizá se deba a que la definición de lo numinoso implica una experiencia marcada por el hecho de que se abstrae de todo elemento moral o racional.⁶⁵

En esta misma paradoja se encuentran inspirados y ensimismados, y, a veces, también atrapados, muchos de los movimientos étnicos y empresas indigenistas. Marcados quizá por las pautas de la antropología clásica, se han aposentado cómodamente en el uso de conceptos y categorías ideológicamente “cargados”, por estar contruidos a partir de supuestos evolucionistas, y por el tipo de propuesta de universalidad que éstos tienen implícito: mito, chamanismo, magia, deidades, rito, nomadismo. Son las mismas categorías que se gestaron en medio de la discusión sobre la realidad y la mentalidad primitivas: es decir, partiendo de que las culturas del resto del planeta se consideraban (aunque quizá este verbo no deba quedar en pasado) “sociedades menos complejas”, estadios “en vías de desarrollo”, comparables a los estadios anteriores de Occidente y homologables a su infancia. Con ellas se buscaba responder a las preguntas de tipo psicopatológico del siglo XIX, cuyo efecto de realidad recubre la asociación primitivo-niño-mujer-loco-clases bajas-etc. Pero, sobre todo, son categorías que se establecieron proyectando sobre las otras sociedades la relación epistemológica occidental que opone el sujeto y el objeto, y, por lo tanto, la naturaleza y la cultura. De hecho, las cosmologías primitivas se interpretaron en términos del esfuerzo humano por comprender y manejar la naturaleza, que,

⁶⁴ Ibid., p. 188.

⁶⁵ R. Otto, *Le sacré: L'élément non rationnel dans l'idée du divin et sa relation avec le rationnel*, 2001 [1917], p. 26.

como lo señala Ph. Descola, como dominio ontológico, en realidad, se podría afirmar que sólo existe en Occidente.

Se toman entonces también como presupuestos toda la serie de dicotomías que de allí surgen (sagrado-profano, espiritual-material, inmortal-mortal, cuerpo-alma, individuo-sociedad, etc.), y que el punto de vista occidental naturaliza. Son categorías que se establecieron dentro de cadenas unilineales de evolución de lo simple a lo complejo: ya sea en el campo de lo religioso (manismo-animismo-noción de alma-noción de espíritu de la naturaleza/mimetismo-divinidades/panteísmo-monoteísmo); en el del campo del saber (la oposición mito-historia, que presupone la cadena secuencial magia-religión-ciencia); o en el de la organización social (hordas-matriarcado-patriarcado); sólo por mencionar unos ejemplos. Aparte de que estos estadios prehistóricos se caracterizaron a partir de construcciones ficticias la diversidad en este marco es apenas aparente: las diferentes formas de vida social creadas por la humanidad terminan reducidas a una sola, la moderna, a ser variaciones —gradaciones— de sí misma, como lo resalta Lévi-Strauss. Terminan condenadas a ser sociedades premodernas y, por lo tanto, a ser sociedades carentes. La carga que trae consigo este conjunto de categorías y conceptos reproduce el efecto Montesquieu; se moviliza a través de él la totalidad del sistema mítico que sustenta la diferencia colonial. Con él se constituyen la retórica de la alteridad moderna y el saber, la tradición de interpretación, en el marco del cual Occidente reconoce las otras cosmologías. En él se define la mirada universal de la razón, cuya capacidad de aproximarse a los particularismos se reduce a su capacidad para estetizarlos y erotizarlos. Es decir, para recontextualizarlos como lo periférico, para situarlos como más allá de sus límites, en un espacio marginal dispuesto y disponible para ser incorporado, penetrado, civilizado.

Si bien las teorías antropológicas contemporáneas han venido deconstruyendo y reconstruyendo todas estas cadenas y nociones, tratando de dejar de lado las conceptualizaciones ajenas a lo que significan en sí mismas en el marco particular en cada sociedad, como el trabajo de Lévi-Strauss sobre el totemismo; y de establecer tipologías, ya no evolucionistas, reconociendo que las formas mediante las cuales la humanidad ha resuelto estos problemas no son infinitas, el sentido común sigue atado a ellas. Estas categorías proponen dudas fundamentales. ¿Cuándo se habla de religión, de mito, de chamán, de

dioses, se está hablando siempre de lo mismo? ¿Hay realmente leyes universales que rigen el sentido de lo sagrado? ¿Tienen los relatos que se caracterizan como mitos una función similar o comparable en todas las sociedades? Son preguntas vigentes. Quizá para poder aproximarse a esta dimensión de lo sagrado haya incluso que hacer nuevas preguntas.

Por lo demás, la reivindicación del carácter espiritual-religioso del modo de vida y del pensamiento indígena —o de los grupos de ascendencia africana o, en general, de los grupos locales en muchas partes del globo— se ha convertido en los últimos años en un eje estratégico de reclamaciones identitarias. Esto ha traído como consecuencia que el carácter de lo sagrado ha sido incorporado en el repertorio de rasgos emblemáticos con los que éstas se ponen en escena. De hecho, las organizaciones ambientalistas e incluso el Banco Mundial comienzan a incorporar la dimensión de “lo espiritual” dentro de sus políticas de acción en territorios indígenas.⁶⁶ Este proceso implica una objetivación de lo espiritual y sagrado, a través de un proceso de “cientifización”, similar al que deben ser sometidos los saberes tradicionales, para poder ser incorporados dentro del marco de prácticas técnicas y objetivas de la planeación y el desarrollo.⁶⁷ Se trata de un proceso que necesariamente implica su reificación y su reducción, buscando explicaciones a través de analogías y homologías con los principios y conceptos del conocimiento moderno, al tiempo que las demás cosmologías se han visto como opuestas a la filosofía, de la misma forma en que lo tradicional se ha opuesto a lo moderno, como bien señala Valentin Mudimbe. Así, los conceptos y las categorías del conocimiento occidental se han tomado como el vehículo de su comprensión. A pesar de ello, éste se ha convertido en los últimos años en uno de los ejes más importantes de los discursos étnicos e indigenistas, que invocan de diversas maneras categorías como la de la madre tierra, los

⁶⁶ Véase, por ejemplo, Banco Mundial, “Documento preliminar revisado de la política sobre pueblos indígenas” (Documento preliminar revisado OP 4.10), 2004, donde se hace referencia a la importancia de preservar tanto los valores espirituales como los sitios sagrados. Esta relación se recalca en los discursos ambientalistas. Cf. “Religion, Spirituality and the Environment: A Key Component for Johannesburg (WSSD)”, 2002, publicado en http://www.worldcivilsociety.org/REPORT/EN/06/17-jul-02/summ_17.33.html.

⁶⁷ Arjun Agrawal propone el concepto de cientifización y describe en detalle este proceso en su artículo “Indigenous Knowledge and the Politics of Classification”, 2002.

sitios sagrados y los territorios ancestrales; haciendo énfasis en el misticismo, el chamanismo, la cura espiritual, las medicinas y los saberes tradicionales. Las categorías ancestral y espiritual se esgrimen como sinónimos, y el poder de la magia que evocan no deja de ser sorprendente. En este aspecto se centra precisamente la actual representación del pueblo que conmovió a monseñor Builes, los tunebos, mejor conocidos como uwas. Su imagen ha dado la vuelta al mundo por haber confrontado la explotación petrolera en su territorio con una amenaza de suicidio colectivo:

Los U'wa son uno de los pueblos mas *remotos y místicos* de América del Sur. Han vivido en las laderas y los bosques de nieblas de los Andes, creen ellos, desde que el mundo comenzó y *casi no han tenido contacto* con el mundo externo hasta hace 40 años [...] *Le atribuyen a todo un valor espiritual*. Creen que son el centro de una tierra viviente y que perpetúan la vida al protegerla. Haciendo eco a la teoría de Gaia de J. Lovelock, y a la ciencia radical que propone que la tierra es un organismo viviente, los U'wa dicen que todo —desde tierra, árbol y roca hasta río, cielo y lugar— está vivo y es por lo tanto sagrado.⁶⁸

El pueblo uwa se representa como ejemplo viviente de la teoría de Gaia, es decir, como un pueblo natural-naturalista y, por lo tanto, como un pueblo que ha mantenido su relación sagrada con el cosmos gracias a que se mantuvo aislado del contagio occidental. Se invoca, en cierto sentido, la gran culpa por la expulsión del paraíso que la tradición judeocristiana ha inoculado en Occidente: por todo aquello que perdimos en algún momento de la historia. Se invoca al mismo tiempo un ideal que representa todo aquello que los ambientalistas e indigenistas quisieran que fuera sagrado, respetado y, sobre todo, coherente. De nuevo, la experiencia de un grupo en particular, como los uwas, queda opacada —como un teatro de sombras— tras este afán idealizante y totalizador cuya única visión, en el fondo, es el fantasma de sí mismo.

Resulta importante señalar que este proceso de reivindicación política de la relación sagrada con la naturaleza tampoco es nuevo. Subirats, en su análisis

⁶⁸ “A Tribe’s Suicide Pact”, *The Guardian*, 20-09-1997, reproducido en <http://arcweb.org-campaigns/uwa> (énfasis mío).

sobre *Los Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, señala que el proyecto que éste se propone, de construir una realidad nueva a partir de los dos mundos —el indio y el europeo— que chocaban, “lo basó Garcilaso en dos tradiciones. La primera era política y la halló en el propio pasado inca, que *Los Comentarios* exponen en los términos de una filosofía política del buen gobierno [...] La segunda tradición era filosófica. Tenía que ver con las enseñanzas neoplatónicas de Eros como principio organizador del mundo en su sentido a la vez cosmogónico y social”.⁶⁹ Lo que Garcilaso traduce aquí al lenguaje histórico de Occidente, es precisamente el sentido sagrado y espiritual de la tradición inca. El análisis de Subirats pone en evidencia la apropiación estratégica que hace Garcilaso de esta tradición filosófica no sólo para identificar con ella su tradición cosmológica, sino para proponer una crítica al dominio colonial y, a la vez, una posibilidad de acción y entendimiento basados en “un principio ontológico de diálogo universal y armonía a la vez cosmológica y social”.⁷⁰ Esta impactante lectura que hace Subirats de Garcilaso pone de presente la dimensión del extraño juego de espejos en el que estamos perdidos: el salvaje dispuesto para devolver una imagen que resulta de la manera en que él entiende la comprensión que los blancos tienen de él. Que representa, por lo demás, el único intersticio estratégico para ser visto y escuchado. Y viceversa.

Los cargueros

Quizá la imagen que resume con mayor fuerza el proceso de *reversión* es la que retrató Alexander von Humboldt en las *Vistas y monumentos*, en el *Passage du Quindiu dans la Cordillère des Andes*. Allí nos muestra la vista lejana de un camino que atraviesa las vertientes de un valle rodeado de altas montañas, por donde transitan en fila varias pequeñas figuritas de caminantes. El primero de la fila, que aparece en primer plano con el fondo de las imponentes montañas, es un hombre medio desnudo que carga en su espalda una silla donde va acomodado un hombre vestido y con sombrero (fig. 11).

⁶⁹ E. Subirats óp. cit., p. 254.

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 260.



FIG. 11. “El paso del Quindío”, Alexandre von Humboldt, *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l’Amérique*, 1816

Humboldt cuenta que:

[...] pocas personas de medios tienen en estos climas el hábito de viajar a pié por trochas tan difíciles durante quince o veinte días seguidos, por lo que se hacen cargar por hombres que los llevan en sillas que se ajustan a la espalda, pues dado el estado actual del paso del Quindío, sería imposible hacerlo en mula. En esta región se oye generalizadamente la expresión “andar en carguero” como quien habla de ir a caballo.⁷¹

Varios pasos de la quebrada topografía del país se cruzaron, hasta ya entrado el siglo XX, *a lomo de indio*, pues originalmente eran los indios los que “acostumbrados a traficar por estas fragosísimas sierras”, cargaban en sus espaldas el peso de los colonizadores. La dependencia en la pericia del nativo, en sus conocimientos y en su experiencia es un requisito para penetrar los lugares que

⁷¹ A. von Humboldt, 1816, óp. cit., p. 77.

aparecen hostiles a los ojos del viajero. Éste, como lo plantea Agustín Codazzi, “tiene que abandonar su vida a voluntad de estos seres salvajes”, atravesando un sitio “que nadie osaría cruzar en un país civilizado, que sin embargo es frecuentado por estos bárbaros”.⁷²

La imagen del carguero, que se ha convertido en una de las imágenes clásicas, y quizá una de las más reproducidas de las *Vistas y monumentos* de Humboldt, indudablemente representa bien la relación parasítica implícita en la práctica del “viaje de descubrimiento”, donde el *savante* occidental se aprovecha del indígena: el “saber local”. Éste no solamente es crucial para su supervivencia misma, que depende de la eficacia técnica del indígena en esa hostil geografía, sino para ver, identificar, distinguir y desarrollar su objeto de estudio. Al mismo tiempo, esta imagen introduce una cierta ambigüedad al paisaje de la naturaleza exuberante de la nación: a la manera en que se caracteriza la geografía de la nación como despoblada y deshumanizada. El carguero con el viajero a cuestas, subiendo una empinada pendiente, recuerda el poblamiento invisible de las vertientes andinas cruzadas de caminos construidos para los pies de los indios y no para las mulas ni para los caballos de los europeos (fig. 12). Recuerda el poblamiento indio que ha sido desdeñado y su agricultura itinerante que ha sido desechada como monte. Recuerda el poblamiento americano, arrancado de la historia precisamente por los ojos de los viajeros ilustrados y los de sus émulos en la *Ciudad Letrada*. Así, el carguero, mudo, va con la mirada fija en el camino del indio, “sembrado de piedras”, que “junta el valle con las estrellas” (como lo canta Atahualpa Yupanqui), mientras el naturalista europeo sobre su espalda, mirando en dirección opuesta, otea la lejanía y esboza los trazos del fabuloso paisaje tropical.

En el paso del Quindío, los hombres que estaban disponibles para cargar a los viajeros con sus equipajes, sus instrumentos y su mercancía no eran, sin embargo, indios. Humboldt cuenta que se trataba de una población flotante de mestizos, y señala que “es difícil imaginar cómo este oficio de carguero, uno de los más penosos a los que se pueda alguien dedicar, sea escogido voluntariamente por cuanto joven robusto que viva al pie de estas montañas. El gusto por la vida errante y vagabunda, la idea de tener independencia en medio de

⁷² Agustín Codazzi, 1996, óp. cit., p. 192 (énfasis mío).

las selvas hacen esta penosa ocupación preferible a los trabajos sedentarios y monótonos que ofrecen las ciudades”.⁷³ Humboldt muestra aquí los rasgos centrales que definen la proyección a la que este grupo de mestizos, libres de todos colores, de vagabundos y errantes, siempre desplazado, ha estado sujeto. Sobre esta “población superflua” se opera un desplazamiento de términos, en la medida en que, por una parte, frente a la sociedad mayor, central y urbana, ésta representa una población marginal, atrasada, ignorante y disponible. Comparten el estatus de cargueros, con el indio, o con el negro. Son meros instrumentos para las necesidades de su proyecto: mano de obra barata, carne de cañón para las guerras, soldados rasos para el ejército. Dispuestos para consumir así los intereses de la nación. Se los considera también un poco como salvajes: niños-atrasados,⁷⁴ y aunque comparten de cierta manera su estatus de naturalistas-conocedores del medio, no cuentan, sin embargo, con la magia de las tradiciones ancestrales.

Pero, al mismo tiempo, frente al indio o frente al negro representan al blanco. El colono es, finalmente, un representante de la sociedad civilizadora. Así, hay una oposición entre el indio y el colono, donde el indio aparece como salvaje-natural frente al colono civilizado, lo que ha tenido connotaciones positivas (el colono como punta de lanza que limpia el monte y abre el camino) y negativas (el colono depredador —malo— frente al indio conservador de la naturaleza —bueno—). De esta población superflua surgen quienes, como Julián Gil, cansados de hacer parte de los marginados, quieren hacer parte de los patrones, o quienes simplemente quieren fundar una nueva vida a la que puedan pertenecer. Los colonos son tal vez la figura más patética de los territorios salvajes. Su vida depende de una lucha titánica contra la selva y la topografía que siempre le resulta infructuosa, y de la esperanza de poder contar con la “ciudad letrada”, que ni lo reconoce, ni lo adopta. Su presencia pone de relieve el carácter fantasmal del mundo colonial: un mundo que aparece como

⁷³ Ibid., p. 78.

⁷⁴ Salomón Kalmanovitz señala que en el estatuto legal que perpetuó el sistema de la hacienda, el campesino se consideró como un niño o como una persona sin plenas capacidades mentales. Cf. *El desarrollo tardío del capitalismo: un enfoque crítico de la teoría de la dependencia*, 1986, pp. 53-55.

el espejismo de posibilidades ilimitadas donde se pueden lograr los sueños, las utopías y la riqueza en medio de una atmósfera opaca donde se diluye el umbral entre lo moral y lo inmoral, entre lo legal y lo ilegal.

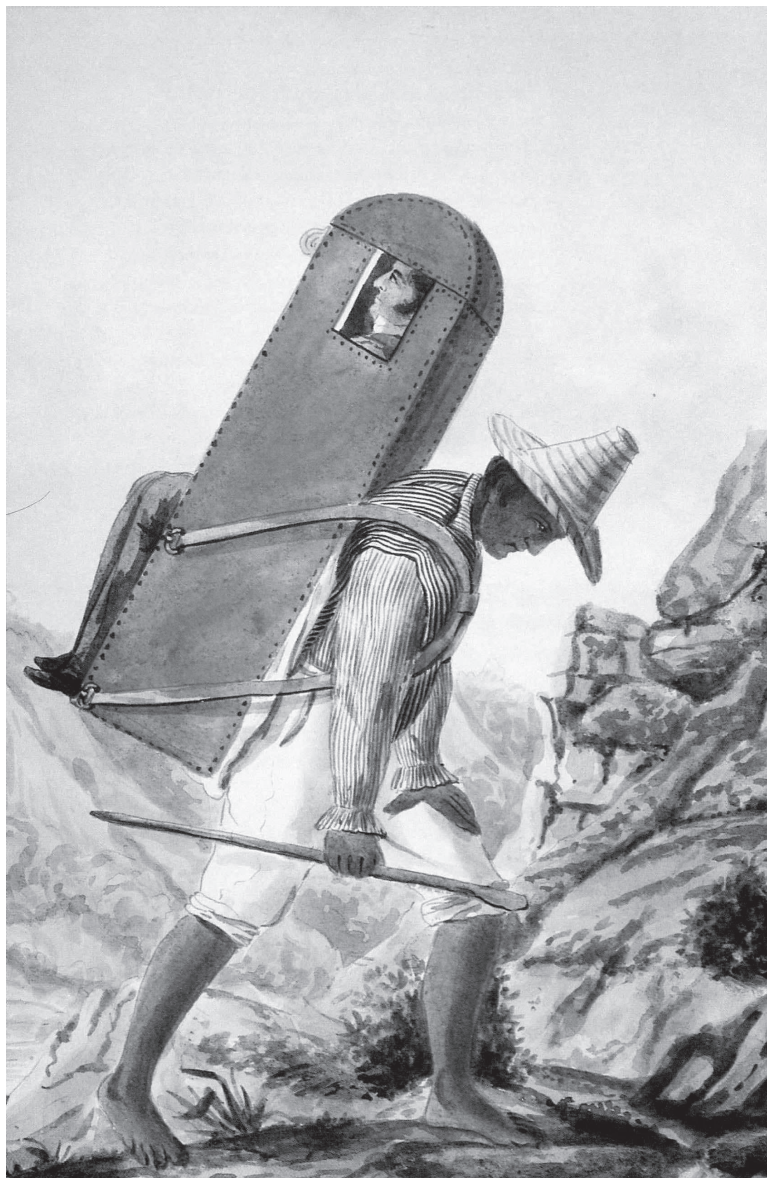


FIG. 12. Sin título. Auguste Le Moyne, ca. 1828, *Voyages et séjours dans l'Amérique du Sud, la Nouvelle Grenade, Santiago de Cuba, la Jamaïque et l'Isthme de Panama par le Chevalier A. Le Moyne, ancien ministre plénipotentiaire*, 1880

7. La política del enclave

A partir de la visión de América forjada por la ocupación colonial y tejida con los argumentos de la que Antonello Gerbi ha llamado “la disputa de América”, se gesta uno de los relatos fundacionales de la nación: el de la naturaleza exuberante como rasgo esencial de su territorio. Así, se define a Colombia como el producto de una geografía que fragmenta el país en un caleidoscopio de regiones aisladas por vastos territorios cubiertos de una naturaleza tropical, rica y abundante. Tras la magia de esta imagen aparentemente inocente se esconde una multiplicidad de supuestos y de hipótesis que dan una sorprendente continuidad histórica al carácter de la América equinoccial como frontera imperial. Lo primero que se destaca es la opulenta y desconocida geografía nacional, cruzada por formidables obstáculos. Las murallas que oponen las tres cordilleras, los llanos y las selvas han marcado un conjunto de regiones con el sino de las tierras bajas, manteniéndolas como naturales, deshumanizadas, imaginándolas completamente despobladas o muy débilmente ocupadas. Esta geografía fabulosa ha sido uno de los mayores obstáculos para la integración del país y para la puesta en marcha de una economía nacional, que se entiende sobre todo como la explotación, de acuerdo con las formas modernas de producción, de las enormes riquezas sin dueño que esconde su pródiga naturaleza. La fragmentación, el aislamiento y la exuberancia de los paisajes tropicales son los principales factores de la división de la sociedad, de las confrontaciones históricas y, sin duda, de su “subdesarrollo”. La abundancia de esta desocupada geografía sigue siendo una de las principales promesas sobre las que se

construirá un día la felicidad de la nación. Esta vasta naturaleza, que define al territorio nacional como un “país de regiones”, es a la vez su principal obstáculo y su principal patrimonio.

El diálogo con Humboldt, los políticos geógrafos del siglo XIX dan legitimidad científica y política a esta noción, sobre la que se habían fundado la conquista y el genocidio de América, y ahora se concibe como base de la integración nacional. En esta idea está implícito el acto central de la Conquista: la negación de la historia de quienes la ocupan y de su punto de vista. La magia de los paisajes tropicales celebra precisamente la ilusión de que éstos son naturaleza prístina, salvaje y disponible, poblada de seres desechables, que apenas si aparecen como un teatro de sombras. El hecho de que en realidad la vasta geografía del país estaba ampliamente articulada y, en muchos casos, densamente poblada en el momento de la Conquista, y que las regiones consideradas como vacíos en el mapa socioeconómico contemporáneo siguen estándolo, continúa siendo negado de manera empecinada. Marco Palacios y Frank Safford, dos reconocidos historiadores, comienzan su reciente libro, *Colombia: Fragmented Land, Divided Society*, partiendo precisamente de este relato fundacional. Abren el primer capítulo, “Continuidad y cambio en la geografía económica de Colombia”, evocando el aislamiento de Macondo en *Cien años de soledad*. Señalan que éste constituye “uno de los principales rasgos de la geografía física y social de Colombia” y apuntan que:

Durante la mayor parte de su historia, la población colombiana ha sido relativamente escasa y ha estado diseminada en pequeñas comunidades desconectadas. Los escasos relatos de viajeros del siglo XVIII y los más numerosos del siglo XIX muestran claramente que grandes franjas del territorio han estado levemente pobladas o incluso casi vacías de gente. Esta escasez y la dispersión de gran parte de la población han tendido a impedir el desarrollo, el transporte y, por lo tanto, la integración económica de Colombia.¹

Al igual que Palacios y Safford, el punto de vista que el Estado y la nación han privilegiado para concebir la geografía nacional, su naturaleza y la naturaleza de

¹ Marco Palacios y Frank Safford, *Colombia: Fragmented Land, Divided Society*, 2002, p. 1.

sus habitantes es el de los “ojos imperiales” de los viajeros europeos. Esta visión de la Geografía de la nación sólo es posible desde un punto de vista y desde la autoridad de su posición: el de la metrópolis, y constituye, por lo demás, la condición de posibilidad de su apropiación y expoliación rapaz.

Estas ricas e inhóspitas regiones se han convertido a lo largo de la historia en el lugar de refugio de poblaciones sobre las que se ha operado un proceso de doble inversión, gracias al cual sólo se las reconoce, o como potencial de conflicto, de ilegalidad y desafío, o como instrumento para el logro de los ideales de la sociedad urbana ilustrada y sus intereses. O bien como sociedades cuyo potencial de violencia pone en peligro cualquier posibilidad de imprimir el orden de la nación en todo su territorio. O como instrumentos de ese mismo orden, cuyos designios, por estar más allá de su comprensión, deben acatar sin cuestionar ni resistir. Evidentemente, el designio lo erigen quienes poseen la iluminación de la ciencia, de la técnica, de la economía: las clases urbanas ilustradas, el “pueblo de poetas” que se atribuye a sí mismo la herencia de los ojos imperiales. El doble proceso de inversión pone en evidencia que la diferencia es producto de la relación de dominación (y no al contrario). Se trata de un proceso que define las identidades, la naturaleza de los sujetos, en función de una lógica que reivindica un punto de vista particular que niega a las poblaciones su propia continuidad geográfica e histórica y las inserta en lo real ubicándolas dentro de un contexto en particular: el de la empresa fundacional de la nación y del sistema de conocimiento que ha privilegiado para lograr la integración de una economía nacional articulada al sistema global moderno, que, como señala Wallerstein, surge con la incorporación de las Américas al circuito comercial europeo en el siglo XVI.

Los principios que guían la intervención del Estado nacional sobre las “grandes franjas del territorio, levemente pobladas o incluso casi vacías de gente”, dirigidos a poner en marcha “el desarrollo, el transporte y, por lo tanto, la integración económica de Colombia” se han visto ocultos por la poderosa representación de los territorios salvajes como Fronteras sobre las que se busca consolidar el orden de la nación. Esta noción sólo es posible dentro de la perspectiva expansionista del orden metropolitano. A través de ella se consuma el proceso de recontextualización de poblaciones y paisajes en el orden de la historia occidental, y sobre todo en el de la racionalidad de su economía. La situación de Frontera es la condición de posibilidad de unas formas de relación

particulares, que se definen en el marco de la reversión, y de unas prácticas y modos de relación particulares.

El “desanclar” una serie de paisajes y de grupos sociales y resituarlos en el marco de un contexto específico, es decir, en el marco de una situación dramática particular, da lugar a una serie de relaciones y de intervenciones que sólo allí son posibles y tolerables, que sólo en medio de su opacidad se pueden llevar a cabo. Éste es uno de los temas que explora Lars von Triers en su película *Dogville* (2003), donde muestra el tipo de relaciones y prácticas que se hacen posibles al situar a una persona —una extraña que llega a un pueblo— en un contexto definido por la estrategia de quienes la buscan: los carteles que la señalan como posible prófuga de la justicia. Aunque esta posibilidad contradice la experiencia directa que la gente del pueblo tiene con la extraña, se relacionan con ella a partir de los postulados abstractos a los que los carteles hacen referencia implícitamente, es decir, a partir de la situación dramática que evocan y las reglas que de ella se derivan. Lo mismo sucede en el caso de los empleados de ciertas empresas que, en el contexto de su “cultura empresarial”, se ven dispuestos a aceptar como parte de su vida diaria medidas de tipo totalitario (como la imposición de rígidas jerarquías, de modos de hacer autoritarios, de códigos de vestir y de hablar, de comportamientos sexuales, etc.), que jamás aceptarían en otros contextos. Que nunca aceptarían, por ejemplo, de un dirigente político en el contexto de la “cultura democrática”.

Así, después de haber mostrado a través de las imágenes del paraíso fantasma las formas de relación que concibe el designio de la reversión, en este capítulo me propongo poner en evidencia los modos de intervención estatal y privada que se hacen posibles en el marco de la Frontera: esa forma particular de contextualizar todo un conjunto de grupos y territorios. Al lado de la idea de que lo que define estas regiones y a sus gentes es la “ausencia del Estado”, el reconocer el carácter contradictorio, oscuro y, a veces, aparentemente errático de la acción estatal en los confines de la nación es también un lugar común. Lo es igualmente la idea de que “al mismo tiempo, lo que hace con una mano a partir de una política ilustrada, con la otra o lo arrasa con la espada o lo desbarata con maquinaciones políticas”.² Esta esquizofrenia del Estado expresa la doble

² Para usar las mismas palabras con las que Frank Safford, óp. cit., 1976, p. 230, se refiere a la empresa civilizadora de las élites del siglo XIX.

coerción (o *double bind*, para usar el concepto propuesto por Gregory Bateson) que implica el hecho de establecer una relación que se muestra a la vez como una dominación autoritaria y como un acto de redención. Éste es el carácter inherente a la empresa modernizadora desde sus comienzos, cuando la “redención y emancipación de los indios” fue entendida como una *guerra justa* que hacía necesarios su sujeción y su avasallamiento.

La fluctuación entre distintas lógicas que caracteriza la acción del Estado en sus territorios salvajes responde, precisamente, al juego permanente entre la *proyección* y la *reversión*. Estos modos de acción, que sólo son posibles gracias a la eficacia de la recontextualización de poblaciones y paisajes, son a la vez el vehículo a través del cual ésta se impone. Dicho en otras palabras, este juego no es meramente consecuencia de una visión de la naturaleza y de la naturaleza de las cosas, es parte constituyente de ella. La imaginación geopolítica del territorio que sustenta esta doble coerción es la base de un sistema de apropiación y de administración que se resume en la *política del enclave*: la forma de intervención que ha sido privilegiada para integrar los territorios salvajes a la nación, y con el mismo gesto, al mercado global. El enclave sintetiza las políticas de explotación y de pacificación que han caracterizado históricamente la intervención metropolitana en las regiones de “frontera”.

La hojarasca

*De pronto, como si un remolino hubiera echado raíces en el centro del pueblo,
llegó la compañía bananera perseguida por la hojarasca.*

*Era una hojarasca revuelta, alborotada,
formada por los desperdicios humanos y materiales de otros pueblos.*

Gabriel García Márquez, *La hojarasca*

El enclave es la forma de organización social y espacial que asumen las “avanzadas del progreso”, es decir, aquellas empresas de gran envergadura, que han constituido históricamente la punta de lanza y uno de los principales instrumentos del colonialismo, del desarrollo, y hoy, bajo el nombre de megaproyectos, de la llamada globalización. Resulta significativo que la “ciudad global” contemporánea haya sido descrita como un sistema de enclaves interconectados, pues en el uso de este símil se pone en evidencia la lógica que sustenta el enclave, en la

medida en que se trata de proyectos que, guiados por visiones utópicas, tienen por objeto la transformación radical —tanto social como biogeográfica— de ciertos paisajes históricos. Hacen parte del impulso de *destrucción creativa* que caracteriza los procesos de modernización y que es la piedra angular de la “tragedia del desarrollo”. Se trata de empresas faustianas que requieren no sólo de grandes inversiones de capital y energía, sino del control de vastas extensiones de territorio y de un gran número de gentes,³ que arrasan el mundo existente, vaciándolo de sentido para crear un entorno radicalmente nuevo.

El sistema de enclave surge con las primeras avanzadas de la conquista de América y se consolida desde mediados del siglo XIX, durante la que se conoce como fase imperial de la expansión colonial. El enclave se impone mediante un sistema de “concesiones” a las empresas (privadas y públicas) de los centros metropolitanos que tenían como fin facilitar la extracción intensiva y extensiva de los recursos naturales en los países y regiones salvajes de la periferia del imperio. No es difícil ver en el esquema de concesiones la lógica de apropiación y explotación de los recursos, naturales y humanos, que caracterizó figuras como la de las *reparticiones*, las *mercedes de tierras* o las *encomiendas* de las épocas de la ocupación colonial. Los territorios cedidos en concesión se han visto transformados en “zonas de ocupación donde las empresas extrajeras actuaban como poderes independientes, aunque obviamente contando con la complicidad de las clases dominantes del país donde se instalaban”.⁴ El enclave, en estricto sentido, se ha definido a partir de un principio de soberanía: como un área rodeada y encerrada por territorios que pertenecen a un régimen distinto.

El enclave materializa “la implantación del capital y su economía en un espacio determinado (localizado) a fin de aprovechar unos recursos o condiciones naturales allí presentes de manera totalmente desarticulada del resto de la economía”.⁵ Este tipo de explotación se hace posible, sin embargo, precisamente porque para la “economía nacional” resulta teóricamente provechosa su

³ Marshall Berman, óp. cit. Véase en el capítulo 1 la lectura que propone sobre el Fausto de Goethe.

⁴ R. Vega, *Gente muy rebelde*, 2002, vol. 1, p. 191.

⁵ F. Dureau y C. Flórez, *Aguaitacaminos: las transformaciones de las ciudades de Yopal, Aguazul y Turamena durante la explotación petrolera de Cusiana-Cupiagua*, 2000, p. xvii.

existencia (en términos de regalías, de beneficios fiscales, de balanza de pagos). Para ello se busca generar condiciones que garanticen a las empresas la rentabilidad de la operación, minimizando los costos y proveyendo el máximo de ventajas comparativas. Se conciben como “polos de desarrollo” que se implantan en medio de los paisajes agrestes de las regiones que se quiere civilizar: “transforman los paisajes con rapidez, deliberadamente y de manera ostensible y exigen aplicaciones coordinadas de capital y poder estatal”.⁶ Incluyen, además de la extracción y explotación de recursos naturales (como minerales, petróleo, gas, maderas, quinas, caucho), los sistemas de producción intensiva y extensiva (como en el caso de las plantaciones agroindustriales de banano o palma africana), el montaje de la infraestructura considerada como necesaria para la expansión y estabilidad del sistema urbano-comercial (puertos, canales, oleoductos, bases militares, vías de “penetración” e, incluso, centros penitenciarios) y, recientemente, desarrollos para un tipo de consumo en particular: el de la naturaleza “virgen”, en la forma de reservas, parques nacionales e instalaciones para el turismo de aventura o el ecoturismo.⁷

La particularidad del enclave radica en que, puesto que se concibe y se realiza como una verdadera avanzada del progreso en medio de estas regiones de *finis terrae*, se construye a la defensiva. El enclave se basa, entonces, en la delimitación de un área donde se va a centrar “el desarrollo”, que se aísla del resto de las zonas adyacentes definidas por su “muy bajo progreso”: las tierras que hay que desbravar. Este tipo de emplazamiento requiere de una muralla defensiva, de un aislamiento para contener por fuera de sus límites las condiciones adversas del mundo exterior que se busca transformar. Se organizan espacial e institucionalmente, por un lado, para protegerse del medio hostil que los rodea y, por otro, como un frente, como una vanguardia de guerra para vencer los antagonismos que la “enfermedad de la imaginación” imputa al medio en el cual se emplazan. Dado que se conciben como verdaderas hazañas en territorio enemigo, se estima que su éxito depende en buena medida de la protección de hombres armados, por lo que muchos terminan equipándose de verdaderos

⁶ P. K. Gellert y B. Lynch, “Megaprojects as Biophysical and Social Displacement”, 2003, p. 12.

⁷ Cf. Dalla Bernardina, óp. cit.; Ch. Geisler, “Expulsiones del paraíso terrenal: un nuevo tipo de problema”, 2003.

ejércitos privados. Se puede afirmar de manera general que cualquier empresa en los territorios salvajes se ha concebido como una hazaña que requiere de hombres armados: ya se trate de construir una carretera, establecer un fundo, sembrar palma africana o extraer petróleo, e incluso, de realizar investigaciones arqueológicas.⁸ El enclave se configura como una trinchera defensiva, a pesar de que su finalidad y su justificación es la transformación que traerían sus efectos benéficos a la globalidad de la región o del país.

En sus instalaciones se reproduce el esquema del campo de concentración, donde, tras una valla de cerramiento con torres de vigilancia, se organizan los espacios y se guardan, de manera cuidadosa, las distancias de las jerarquías del campamento. Se transcribe en ellos el sistema de secesiones de la sociedad que los genera: de clase, de raza, de género. El campamento se organiza espacialmente a partir del viejo sistema mítico de oposiciones: blancos y nativos, extranjeros —según el país de origen de la corporación involucrada— y nacionales, administradores y peones. Este sistema de diferencias se refleja en la organización zonal del campamento, donde aparecen áreas cuidadosamente delimitadas para trabajadores, capataces, administradores, empleados de alto nivel, invitados especiales; cada una con sus sitios de recreación, de comisariatos, oficinas, etcétera, dotadas con los acabados y las comodidades (o la carencia de éstos) que corresponden a cada rango. Su viabilidad depende del mantenimiento de un sistema disciplinario, en el que se reproduce y a veces se exacerba este sistema de segregaciones. Estos sistemas disciplinarios han llegado, en algunos casos, a extremos inconfesables. De esta manera, el enclave se pone en marcha a través de lo que ha sido caracterizado por algunos como el montaje de verdaderas “repúblicas independientes”,⁹ donde impera el orden de quienes explotan un determinado territorio, y a sus habitantes. Esta caracterización no resulta exagerada si se tiene en cuenta el tipo de funcionamiento de estas empresas con las que históricamente se han puesto

⁸ El proyecto arqueológico del Buritaca, en la Sierra Nevada de Santa Marta (más conocido como Ciudad Perdida), ha mantenido desde que se inició, a mediados de los años setenta (cuando no había guerrilla en la región), un grupo de hombres del Ejército o de la Policía nacional, “para seguridad”.

⁹ Cf. A. Avellaneda, *Petróleo, colonización y medio ambiente en Colombia: de la Tora a Cusiana*, 1998; R. Vega y M. Aguilera, *Obreros, colonos y motilones: una historia social de la Concesión Barco, 1930-1960*, 1995.

en marcha las explotaciones petroleras, minerales y agroindustriales, con las que paradójicamente se pretende lograr el desarrollo y la integración nacional. Vega y Aguilera lo resumen así:

Un enclave funcionaba más o menos de la siguiente manera: una compañía [...] detectaba un recurso agrícola o mineral clave. [...] Conocida la localización del recurso se trasladaba a la región del país donde se encontraba dicho producto y allí se instalaba. Iniciaba la explotación acondicionando una planta física, una infraestructura indispensable y sojuzgando violentamente la fuerza de trabajo nativa. El enclave colocaba la técnica y los métodos productivos y el país aportaba los recursos naturales y humanos. Las compañías podían esquilmar hasta el agotamiento el recurso natural. Sometían a duras condiciones de trabajo a los pobladores locales: burlaban las más elementales normas de seguridad laboral, no respetaban las jornadas de trabajo [...] recurrían a métodos de sub-contratación de los obreros para no reconocerles ningún tipo de garantías sociales ni económicas y se apoyaban en la represión violenta, cuando los mecanismos de cohesión y control social no funcionaban.¹⁰

No resulta por ello sorprendente que las primeras luchas de los trabajadores latinoamericanos y africanos se dieran en el marco de este tipo de explotaciones,¹¹ al igual que los hechos más sangrientos de represión laboral de que se tenga noticia en la historia de los obreros en nuestro continente, como el caso de la huelga bananera de 1928, que terminó con la tristemente célebre masacre de Ciénaga, en Colombia, en diciembre de ese año.¹² Esta forma caníbal de explotación laboral ha sido objeto de varias novelas, entre las que se

¹⁰ Ibid., p. 82.

¹¹ En el caso colombiano, el movimiento obrero y sindical surge específicamente en el marco de los enclaves bananero (cf. LeGrand, *óp. cit.*, 1988) y petrolero (cf. G. Almario, *Historia de los trabajadores petroleros*, 1984; C. N. Hernández y J. Yunis, *Barrancabermeja: nacimiento de la clase obrera*, 1985; M. Archila, *Aquí nadie es forastero*, 1987).

¹² La cifra de víctimas de esta masacre ha sido objeto de enormes discrepancias. Varía entre trece y ochocientas víctimas. Cf. M. Buchelli, *Empresas multinacionales y enclaves agrícolas: el caso de la United Fruit en Magdalena y Urabá, Colombia (1948-1968)*, 1994, p. 24.

destacan *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera y *Toá* (1933) de César Uribe Piedrahíta, que denuncian la violencia de la explotación cauchera de las casas de Arana y de Funes, en el Amazonas. En el caso de la explotación petrolera, *Barrancabermeja* (1934) de Rafael Jaramillo Arango y *Mancha de aceite* (1935) de César Uribe Piedrahíta narran los abusos a los que eran sometidos los peones y los trabajadores de base, tratados como animales de carga, desechables. Por su parte, Daniel Samper Ortega, en *La obsesión* (1926), y Diego Castrillón Arboleda, en *José Tombé* (1942), exponen la violencia de los sistemas de explotación agraria. Estas novelas de denuncia ilustran cómo el montaje de economías de enclave implicó la puesta en marcha de formas de trabajo basadas en condiciones de cautiverio, de servidumbre e, incluso, de esclavitud. Aunque con frecuencia este tipo de prácticas se atribuyen a sistemas premodernos y se consideran “características de muchas agriculturas tradicionales” que es necesario sustituir por sistemas basados en la libertad de contrato,¹³ es importante subrayar que, contrariamente, estas formas de trabajo surgen, soterradamente, de la mano con la implantación del sistema colonial moderno y hacen parte, específicamente, de su política de enclave.

Está de más señalar que las explotaciones de enclave han contado con el apoyo incondicional de los gobiernos/élites nacionales y locales, gracias al poder de corrupción de las empresas, que continuamente compran y sobornan funcionarios.¹⁴ Sin embargo, el elemento determinante es el poder relativo que las compañías pueden llegar a tener sobre el total de la economía nacional, en la medida en que no sólo tienen control de un porcentaje significativo (a veces determinante) de la economía,¹⁵ sino que son ellas quienes regulan la oferta

¹³ Cf. como lo afirma A. Sen en su célebre obra *Desarrollo y libertad*, 2000, p. 46.

¹⁴ En el caso del banano, por ejemplo, en los años setenta fueron notorios los escándalos en los que se vio envuelta la United Fruit Co. por sobornos a altos funcionarios del gobierno de Honduras, entre los que estaba incluido el presidente mismo. Cf. Buchelli, óp. cit., p. 14.

¹⁵ Con respecto al banano en Honduras, la United Fruit era la empresa más importante del país, manejaba dos tercios de las exportaciones nacionales, operaba un puerto, dos ferrocarriles, el servicio telefónico nacional y las comunicaciones con el exterior; era, además, el empleador de 30.000 de los 1.500.000 habitantes del país: una verdadera “república bananera”. *Ibíd.*, p. 20.

mundial del producto y los niveles de producción. Este apoyo de los gobiernos facilita la adopción de dudosos mecanismos jurídicos y argucias administrativas que permiten a las compañías actuar sin restricciones ni control. Gracias a ello, no dan cuenta de la verdadera magnitud de la explotación ni de los beneficios que obtienen, evaden impuestos y pueden (en el caso de las empresas multinacionales) repatriar fácilmente las utilidades hacia sus países de origen burlando controles monetarios y fiscales. Para la operación local, pueden implantar un poder omnímodo en el territorio del enclave,¹⁶ donde dejan de tener vigencia, en la práctica, las leyes nacionales. La tan invocada soberanía nacional queda suspendida cuando se trata proyectos de este tipo, que se conciben para “integrar la nación” y garantizar su desarrollo.

Numerosos analistas han señalado que el impacto de este tipo de explotaciones sobre las economías de los países “huéspedes”, contrariamente a lo que se pretende, es altamente negativo.¹⁷ Por una parte, a las empresas extractoras no les interesa fortalecer la infraestructura o el mercado interno: su principal interés es el lucro de sus inversionistas (*stockholders*); para ello necesitan extraer o cultivar el producto en el menor tiempo y a los más bajos costos posibles. De ahí que la infraestructura que los enclaves dejan como legado a la nación no responda en lo más mínimo a las necesidades de articulación local o regional, o siquiera nacional. Responden a las necesidades de la explotación. Un buen ejemplo de ello es la fragmentada e inútil infraestructura férrea que le quedó al país después del agotamiento total de los recursos en la Concesión Barco.¹⁸ Como lo señala Renán Vega para el caso del Magdalena Medio, allí se produjo “una transformación total del espacio y de la sociedad donde se implantó la economía de enclave. Las necesidades del capital imperial, con sus acelerados ritmos de tiempo, la introducción a gran escala de trabajo asalariado,

¹⁶ La Colombian Petroleum Company (Colpet) prohibía el paso no sólo a las zonas de la explotación sino a las 187.000 ha que el Estado colombiano le había adjudicado en el contrato Chaux-Folson.

¹⁷ Cf. T. L. Karl, *The Paradox of Plenty: Oil Booms And Petro-states*, 1997; K. Chaudry, *The Price of Wealth: Economies and Institutions in the Middle East*, 1997, quienes hacen un amplio recuento de los análisis que se han propuesto desde diversas perspectivas.

¹⁸ R. Vega y M. Aguilera, *óp. cit.*, p. 83.

la construcción de obras de infraestructura y la explotación intensiva [en este caso del petróleo], produjeron un reordenamiento espacial y demográfico”.¹⁹

La heroica empresa de implantación de enclaves ha implicado la remoción de los inmensos obstáculos que opone la naturaleza salvaje. No sólo se han tumbado selvas, abierto carreteras, salvado cauces de caudalosos ríos; se ha acometido también la exterminación masiva de los grupos indígenas que los habitaban, que han sido perseguidos, esclavizados, torturados y exterminados en nombre de estas avanzadas del progreso.²⁰ La promesa de su prosperidad, por otra parte, no ha dejado de atraer a numerosos colonos, aventureros y trabajadores que llegan sedientos a beber de la bonanza. Su suerte no ha sido tampoco brillante. Los trabajadores son enganchados al destajo por un capataz que representa al patrón invisible que nunca es la compañía dueña del contrato de explotación, pues ésta se las arregla para subcontratar y dividirse en empresas contratistas y subcontratistas. Ese camuflaje le permite evadir, por medio de intrincados vericuetos, las responsabilidades fiscales y administrativas, y, sobre todo, las responsabilidades laborales y sociales con los trabajadores. De hecho, este régimen ha facilitado la implantación de diversas formas de esclavitud, como la del endeude y el reclutamiento forzado —tanto de adultos como de menores— cuyo uso generalizado se ha dado por parte de empresas diversas, que van desde la de ganadería²¹ hasta la de los cultivos ilícitos.²²

A pesar de ello, la imagen de los campamentos de las compañías, con luz eléctrica y aire acondicionado, víveres importados que llegan por avión y fuentes que riegan los jardines, no ha dejado de atraer procesos masivos de colonización, desatados a veces tan sólo por el rumor de la bonanza. Además de la gente

¹⁹ R. Vega, *óp. cit.*, p. 199.

²⁰ Véanse, por ejemplo, en el caso del caucho, R. Pineda, 2000, *óp. cit.*, y Taussig, 1987 *óp. cit.*, o en el caso del petróleo, R. Vega y M. Aguilera. *óp. cit.* y R. Vega, *óp. cit.*, por no citar sino algunos ejemplos.

²¹ Como en el caso de los indígenas zenúes o chimilas; cf. Informes de Monitoreo y Evaluación, Programa Indígena Red-PMA. Véase también “El Magdalena, bajo el dominio de los señores”, *El Tiempo*, 19 de octubre de 2003.

²² Véase, por ejemplo, “Esclavitud en el Catatumbo”, *El Tiempo*, 5 de octubre de 2001.

que llega esperando ser enganchado, llega también la que espera poder vivir del movimiento que genera la explotación y aprovechar la apertura de carreteras que abren camino al establecimiento de “mejoras” y de fincas. Las compañías se han esforzado en darle la espalda a la colonización, pensando así en tratar de disuadirla. La presencia de colonos implica costos en términos de servicios asistenciales y de seguridad social que las compañías, si difícilmente se los ha dado los trabajadores, no están dispuestas a asumirlos para los colonos.

A la sombra de los alambrados electrificados acampan las hordas que atrae el *boom*: aventureros, campesinos, desplazados, comerciantes de cachivaches, contrabandistas de licor y cigarrillos, tahúres profesionales y, evidentemente, prostitutas, pues aquí, como lo señalan Vega y Aguilera, “la mujer es una mercancía que se cotiza muy alto”. Al igual que frente a la colonización, las compañías han tenido una actitud ambigua frente a la prostitución. Se ha prohibido y perseguido a las “mujeres de vida alegre” por miedo a las epidemias venéreas pero, por otra parte, simultáneamente, se permite la prostitución para controlar la fuerza de trabajo. Al tiempo que oficialmente se las niega, de hecho, se las tolera, se las fomenta y, en algunos casos, incluso, se las celebra.²³ De acuerdo con Vega, se podría afirmar que la prostitución es un elemento estructural de las economías de enclave.²⁴ Y es quizá la economía ilícita más ubicuamente aceptada. De hecho, mueve cifras comparables a las del narcotráfico,²⁵ y a pesar de que se reconoce como una forma de esclavitud, se la permite, confinada en zonas de tolerancia.

La relación ambigua con la prostitución pone en primer plano que la rapacidad del enclave no se ha limitado a la explotación indiscriminada de los recursos naturales o a los abusos laborales. La puesta en marcha del sistema del enclave ha venido acompañada de un régimen confuso de prohibición y tolerancia, marcado por un juego de legalidades e ilegalidades difusas que impera

²³ R. Vega y M. Aguilera, *óp. cit.*, cuentan la historia de las mujeres que en el Catatumbo ejercían “la profesión más antigua del mundo”, que llegaron a ser verdaderas leyendas en la región: las más conocidas eran “la Gabarra”, la “Siete Cartuchos”, “la Piel de Tigre”, la “Mona Girón” y “la Cuatrocientos”.

²⁴ *Óp. cit.*, p. 205.

²⁵ Cf. “Desvertebradas 204 redes de prostitución”, *El Tiempo*, 17 de diciembre de 2002.

en las explotaciones. Las compañías hasta hace pocos años se apropiaban de los terrenos de la concesión, donde no sólo explotaban el recurso objetivo de la concesión, como el petróleo, sino todos los demás recursos que estuvieran a su alcance, en particular, las maderas. Todo ello facilitado por la incapacidad absoluta por parte del Estado para imponer controles: las reglas las ponían las compañías y el Estado se limitaba a conceder, con tal de que entraran el capital y el porcentaje acordado de regalías. Este manejo contó siempre con la anuencia del Estado, que en su afán por “crear condiciones favorables a la inversión”, se hizo el de la vista gorda, al igual que lo hizo con el exterminio de las poblaciones indígenas y con los asuntos laborales, permitiendo a las compañías toda clase de abusos.

Como se señaló atrás, el desarrollo de la empresa extractivista en general y de las explotaciones de enclave se considera de interés nacional. Lo es tanto para los países donde las empresas que invierten tienen radicado su capital como para los países “huéspedes”. Los intereses comerciales de las grandes compañías se han considerado siempre, por parte de los gobiernos metropolitanos, como intereses que llegan a ser incluso de seguridad nacional, partiendo de la premisa expresada una vez por el presidente Eisenhower cuando decía que “what’s good for our country is good for General Motors, and viceversa”.²⁶ Sus intereses son también cruciales para los países productores, gracias al peso de su incidencia sobre las economías nacionales. La idea es que en nombre de la nación y de los dudosos beneficios que ésta recibe, se pueda llegar a la elusiva prosperidad económica liderada por la empresa privada, de cuyo crecimiento se desprendería el de la nación en general. Para garantizar su prosperidad, se espera que el Estado establezca unas reglas de juego favorables (reducción de los niveles de protección arancelaria, medidas fiscales y monetarias adecuadas, condiciones laborales favorables a las empresas, etcétera).

Sin embargo, hasta el mismo Banco Mundial ha comenzado a admitir que este tipo de explotación (*“site specific” exploitation*) de productos primarios puede exacerbar, más que reducir, los conflictos sociales.²⁷ Por lo demás, de acuerdo con estos análisis, las explotaciones tipo enclave no contribuyen ni

²⁶ Citado por S. Buck-Morss, “Envisioning Capital: Political Economy on Display”, 1995, p. 113.

²⁷ P. Collier y A. Hoeffler, World Bank Policy Research Paper 2355, 2000.

a aumentar la capacidad del Estado ni el ingreso per cápita. Aparte de que en las economías (nacionales o locales) centradas en la extracción de un recurso primario se deterioran aceleradamente los demás sectores de la economía, produciéndose lo que los economistas llaman “la enfermedad holandesa”, la experiencia ha mostrado sobradamente que este tipo de actividades económicas de enclave y extracción no se traduce en beneficios ni locales, ni regionales, ni se elevan los niveles de vida de las poblaciones. Su efecto es más bien el opuesto: dejan detrás de sí pobreza, desolación, corrupción, y en vez de reforzar las políticas fiscales, que es su última justificación, se ha mostrado que terminan produciendo serios descalabros macroeconómicos:²⁸ “Todo lo había traído la hojarasca y todo se lo había llevado”.

La otra paradoja de este esquema es que la economía global se entiende aquí como el mecanismo mediador para establecer la pertenencia a la nación. Se trata de una mediación a través de la cual tanto la nación como sus “fronteras internas” se ven ubicadas en el contexto de la periferia (e, incluso, en la periferia de la periferia). Por ello, en su economía política se reproduce una figura paradigmática y recurrente en la historia colonial de América Latina: la visión de sus gentes y sus paisajes como *tierras de nadie*, como minas sin dueño. Desde el descubrimiento de los primeros yacimientos de plata en el cerro de Potosí, las regiones de *finis terrae*, para ser integradas, son subastadas en el mercado mundial a través de un ciclo exportador.²⁹ Así, la forma que se ha privilegiado tanto para articular la economía de la nación como para integrarla territorialmente ha consistido en transformar sus gentes y sus paisajes en mercancía para el mercado global. En una mercancía fetichizada por la magia de su imagen. Una imagen ambigua, que celebra, por un lado, la promesa de su riqueza salvaje, exótica e, incluso, mística, y, por el otro, se centra en la amenaza del desorden y la rebelión, pues las regiones de extracción se han conocido siempre como “tierras de bandidaje y miedo”. Por ello, aquí *business is war*, literalmente.

²⁸ Ibid.

²⁹ Cf. E. Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, 1996 [1971]; E. Wolf y E. Hansen, *The Human Condition in Latin America*, 1972, pp. 7-27 y 118-204.

Seguridad e ilegalidad

Sabemos que “seguridad” se entiende en el mundo contemporáneo, más que como cuidado y protección, como control coercitivo. Así entendida, se ha convertido en una “necesidad” de primer orden y un requisito sine qua non del desarrollo industrial. Quizá el impacto más nocivo de la política del enclave es la incontrolable violencia que conlleva su paso: las regiones salvajes, cuyo “desarrollo” se ha centrado en explotaciones de tipo enclave, se cuentan entre las que tienen las más altas tasas de homicidios en Colombia: Arauca, Putumayo, el Magdalena Medio, en el caso del petróleo; o Ciénaga y Urabá, en el caso del banano; el Cesar y el sur de La Guajira, en el caso del carbón, por mencionar sólo algunos ejemplos.³⁰

La seguridad de las inversiones privadas ha sido, sin embargo, un área en la que se tiene una larga experiencia y que tiene antecedentes esclarecedores en la época de la ocupación colonial. Uno de ellos es el esfuerzo de los virreyes borbónicos por delegar en manos de empresarios privados la pacificación de las regiones, de manera que éstos garantizaran y defendieran sus intereses particulares. Así lo evidencia el siguiente aparte de la *Relación de Mando* del Virrey Solís:

En el particular de la seguridad de los enemigos interiores o infieles o bárbaros que por varias partes del reino lo infestan, merece el principal lugar *la contrata celebrada por D. Bernardo Ruiz de Noriega, de conquistar los goajiros y demás naciones que median desde el lago de Maracaibo hasta el río de Hacha*, que aunque muchos años ha estado mandada a hacer por S. M., no había tenido efecto por falta de sujeto que se encargase de ella [...] *Sobre contener a los motilones [...] se consultó a SM cierto proyecto a que ofreció concurrir la Compañía Guipuzcoana de Caracas*, y hasta hoy no ha habido resolución, aunque sobre los daños que causan estos bárbaros se han hecho algunos informes a la corte. Y en ínterin está dada la providencia de que en los lugares principales de aquella provincia *se hagan con los esclavos y gentes de servicio de los hacendados, las rondas que antiguamente se practicaban* [...] Al valle de Cúcuta, bajo de ciertas

³⁰ Cf. Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos, *Colombia: conflicto armado, regiones, derechos humanos y DIH*, 2002; C. Echandía, *El conflicto armado y las manifestaciones de violencia en las regiones de Colombia*, 1999.

capitulaciones también se le ha concedido hacer sus entradas y cerrerías contra estos mismos indios y se le han librado todos los auxilios que ha pedido.³¹

El mencionado Bernardo Ruiz de Noriega era un “asentista de negocios y víveres” a quien se le concedió el título de “pacificador”. De acuerdo con el trato, debía sufragar los costos de la pacificación de los guajiros, y, como contraprestación, podía disponer de los territorios pacificados, lo que significaba que tenía la facultad de repartir tierras e indios a los soldados de la hueste que participaran en la campaña, y tendría, además, el asiento de los víveres en toda la provincia del Hacha. Entre las facultades que se le concedían se contemplaba, incluso, que podía nombrar funcionarios de justicia, lo que generó conflictos de soberanía con los funcionarios de la administración colonial en los niveles local y regional.³²

El uso de ejércitos privados se vio extendido no solamente para pacificar a los indígenas, sino para el control de la producción, en particular, la extracción de oro. Incluso, durante el siglo XIX,

[...] la inversión liberada en los esclavos que ya no se compraban, va a ser destinada a la ampliación territorial de la hacienda con el fin de despojar a los colonos del acceso legal o de hecho a tierras que les permitieran la supervivencia de manera independiente [...] las *bandas armadas privadas* y *el uso del aparato estatal local*, hacían el resto. El propósito central de los terratenientes que venían siguiendo la vanguardia expansiva de los arrojados era despojarlos de sus tierras, con frecuencia concentrarlos en poblados, exigirles el pago de arrendamientos, de impuestos y otros servicios, y *tenerlos como mano de obra disponible* para el funcionamiento económico de las haciendas.³³

³¹ Relación del Estado del Virreinato de Santafé, hecha por el Excmo. Dr. D. José Solís, al Excmo. Sr. de la Zerda, año de 1760, en G. Colmenares (comp.), óp. cit., vol. I, p. 119 (énfasis mío).

³² Cf. J. Polo Acuña, “Contrabando y pacificación indígena en una frontera del Caribe colombiano: La Guajira, 1750-1800”, 2000, pp. 56-57.

³³ L. Cuervo y S. Jaramillo, óp. cit., p. 310 (énfasis mío); cf. A. Meissel, “Esclavitud, mestizaje y haciendas en la provincia de Cartagena: 1533-1851”, 1988.

Los recursos militares, privados y públicos se usaron no sólo para forzar el trabajo de los arrojados en los campos, sino el de los “vagos” en las ciudades, aplicando los mismos principios básicos de servidumbre-esclavitud, fundados durante la ocupación colonial: rehenes, cepo y látigo. Como ha sido señalado en el caso del tabaco, el uso de los métodos violentos de producción fue uno de los obstáculos para garantizar cualquier tipo de control de la calidad o de mejoramiento en los sistemas productivos, que incidió en la sobreexplotación de las tierras.³⁴

En el caso de la extracción de la quina, las compañías extractoras montaron ejércitos privados con el fin de garantizar la seguridad de arrieros y trabajadores frente a la resistencia armada que oponían algunos grupos indígenas, como los yariguíes en el Carare-Opón, y de controlar los caminos de acceso y los bosques. Las bandas armadas de las compañías quíneras, en varios casos, terminaron enfrentadas entre sí para robarse la quina extraída, los víveres, las armas, etcétera, convirtiendo las zonas de explotación quínera en verdaderos campos de batalla. Este halo de violencia iba acompañado de la persecución de la corteza, que se iba desplazando a medida que se arrasaba y se agotaba completamente el recurso.³⁵ El caso del holocausto cauchero, al que se ha dedicado una extensa bibliografía,³⁶ desborda los límites de la descripción.

Estas prácticas se conocen como “capitalismo salvaje” y se fundan en el principio colonial de maximizar la rápida obtención de beneficios. Con base en ellas se ha establecido una tradición de manejo coercitivo de la mano de obra, que ha incluido prácticas que van desde la esclavización y el látigo hasta sangrientas masacres. Desde el punto de vista de las élites urbanas, la fuerza indiferenciada de trabajo se considera conformada, como lo ilustra C. Rojas,³⁷ por las

³⁴ Cf. J. A. Ocampo, *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*, 1984.

³⁵ Cf. C. Echandía y Y. Sandoval, “La historia de la quina desde una perspectiva regional: Colombia, 1850-1882”, 1985; C. Domínguez y A. Gómez, *La economía extractiva en la Amazonia colombiana, 1850-1930*, 1990.

³⁶ Cf. R. Casement, *Putumayo, caucho y sangre: relación al Parlamento inglés, 1911*, 1985; R. Pineda, 2000, *óp. cit.*; M. Taussig, 1986, *óp. cit.*

³⁷ C. Rojas, *Civilization and Violence: Regimes of Representation in Nineteenth Century Colombia*, 2001, pp. 100 y ss.

castas inferiores de esclavos y siervos “naturales” que es necesario civilizar: los indios, los negros y, en general, los trabajadores calentanos. Todos igualmente ignorantes, inmorales, traicioneros y perezosos.³⁸ Los métodos disciplinarios y la organización social de la producción se articularon en cada región de acuerdo con esta categorización racial y social. Entre las medidas represivas para controlar la fuerza de trabajo ha habido mecanismos públicos, hoy en desuso, como la ley de vagos, el reclutamiento militar como castigo y como mecanismo para colonizar nuevas regiones, así como el trabajo forzado para los reclusos, vagos e infractores. Ha habido también un conjunto de prácticas de manejo privado, como el endeude, la prohibición de moverse por fuera de un territorio determinado, la coerción y el uso del castigo corporal y de la violencia directa, todo ello implementado por medio del terror, a cargo de las bandas armadas a servicio del patrón. Estas prácticas siguen vigentes en los territorios salvajes. Con base en estos principios funciona hoy no sólo la economía de las drogas, sino la ganadería, en sitios como el sur del Magdalena y el Cesar o en las sabanas de Córdoba y Sucre; el banano en Ciénaga y Urabá o la extracción de oro en el Vaupés.

La creación de estos imperios privados no se ha limitado en los territorios salvajes a las economías de enclave o a la empresa extractivista. Han sido un ingrediente fundamental para el establecimiento de redes para el comercio ilegal. Las tierras de nadie han sido escenario privilegiado de contrabando de todo tipo: de esclavos, de alimentos, de licor, de tabaco y de cigarrillos, de drogas y de armas. Aunque se ha creado la imagen romantizada de que el contrabando es cosa de aventureros, las élites regionales y los funcionarios locales han participado, fomentado y, sobre todo, se han lucrado de él. Un claro ejemplo de ello es el caso de una las más prósperas rutas de contrabando que se ha mantenido desde las épocas de la ocupación colonial. Se desarrolló sobre el camino precolonial utilizado por los indios cuanaos para el comercio de sal, que conectaba la península de La Guajira con el Valle de Upar y el río Magdalena, a lo largo del corredor entre la Sierra Nevada de Santa Marta y la serranía del Perijá.³⁹ Desde

³⁸ Sin ir más lejos, la manera como se trata a las empleadas del servicio doméstico hoy sigue siendo evidencia de ello. Cf. “Domésticas a la fuerza”, *El Tiempo*, 24 de octubre de 2001.

³⁹ W. Guerra, “Historia del poblamiento de La Guajira”, 1992.

temprano, en el siglo XVI, se vio convertida en una de las principales rutas para el comercio ilegal.⁴⁰

La Guajira era una temida frontera militar para los españoles, debido a la fiera resistencia bélica que oponían los wayús, que han mantenido cierta autonomía hasta la actualidad. La explotación de dos productos en particular, las perlas y el palo brasil, se convirtió en la punta de lanza de un próspero comercio, a espaldas de la Corona española, con los ingleses y los holandeses en las costas y bahías de La Guajira. Si bien los guajiros en un comienzo no participaban directamente en este negocio, *la resistencia que oponían y su independencia eran necesarias* para que los contrabandistas, en su mayoría comerciantes españoles, pudieran extraer las perlas y el palo de tinte sin intervención de los funcionarios reales.⁴¹ Pronto, los indígenas, comenzaron a participar en el contrabando, lo que afianzó su capacidad de resistencia frente a los reiterados intentos de reducción de la Corona.⁴² Éstos resultaron siempre infructuosos, debido a que las autoridades locales se lucraban directamente del tráfico, por lo que *no les convenía la pacificación* de los indios. La práctica se apuntalaba gracias a la capacidad de corrupción del dinero del contrabando: las autoridades encargadas de controlarlo terminaban generalmente involucradas en él.

Las autoridades españolas conservaban la ficción jurídica del monopolio comercial, para no perder las ventajas que recibían como intermediarios, y que eran las únicas a las que podían aspirar. Insistían obstinadamente en mantener sobre sus dominios americanos un rígido control comercial y altas cargas tributarias.⁴³ Sin embargo, el monopolio comercial español había sido roto en la práctica gracias a la expansión creciente del comercio ilícito, es decir, de las actividades

⁴⁰ La que ha sido celebrada por más de un canto vallenato, como el de Rafael Escalona: "allá en La Guajira arriba, donde nace el contrabando...".

⁴¹ R. de la Pedraja, "La Guajira en el siglo XIX: indígenas, contrabando y carbón", 1988, p. 6.

⁴² La articulación de resistencia y contrabando en La Guajira dista de ser un caso aislado. Se dieron alianzas similares entre indígenas en pie de guerra y contrabandistas; por ejemplo, en el caso de los miskitos, en la costa Caribe de Nicaragua; de los araucanos, en Chile, o de los tupinambas, en el noroeste brasileiro. Cf. J. Polo Acuña, *óp. cit.*

⁴³ Cf. E. Zuleta, *Conferencias sobre historia económica de Colombia*, s. f., pp. 69-17.

comerciales que no pagaban el debido arancel a la Corona española, práctica que había logrado un cierto grado de legitimidad y tolerancia en la cuenca del Caribe.⁴⁴ Durante los siglos XVI y XVII, el contrabando se realizó, bajo la forma de piratería armada, con el apoyo militar de los países interesados en subvertir el orden comercial impuesto por España. Así, para el siglo XVIII, cuando España comienza poner en marcha las reformas borbónicas, Inglaterra, Francia y Holanda habían consolidado su posicionamiento en el Caribe. Gracias a la piratería habían arrebatado al imperio español una serie de puntos de avanzada, como las Guayanas, y varias islas, como Jamaica, Martinica o Curazao. Éstas se vuelven centros de mercancías en busca de mercados: adquieren el estatus de “puertos libres”, en los que se centra el tráfico en el Caribe, y desde donde aprovechan la existencia de territorios por fuera del control imperial, como La Guajira, la Misquitia, el Darién, o el alto Orinoco, para abrir los accesos comerciales que necesitaban.⁴⁵ El contrabando fue, de hecho, la punta de lanza de las nuevas formas comerciales del *laissez faire*. Para su puesta en marcha y para su viabilidad, se contaba abiertamente con la complicidad de las autoridades en el ámbito local.

Las potencias extranjeras establecieron pactos directos con los indígenas alzados en armas, a quienes suministraban armas y entrenamiento militar,⁴⁶ *manteniendo así la situación de anarquía necesaria* para circular enormes volúmenes de mercancías inglesas, francesas y holandesas. El contrabando de esclavos llegó a tener dimensiones alarmantes. En Cartagena, el puerto negrero oficial, se recibía sólo una parte de los “cargamentos”. Según Juan de Orozco, ya desde 1631, “si traen cuatrocientas piezas, no traen registrados más de cien”.⁴⁷ El verdadero comercio de esclavos tenía lugar en Mompox, centro del contrabando, donde confluían las principales rutas de comercio ilegal que se habían consolidado en el norte del país: además de la de La Guajira, la del Darién-alto

⁴⁴ Cf. J. Polo Acuña, *óp. cit.*, p. 42.

⁴⁵ En palabras de J. Polo, *óp. cit.*, ocuparon aquellos “territorios fronterizos” (p. 41) “que España tenía en relativo abandono, ya porque fueran inhóspitos, estériles, o porque sus belicosos habitantes no los dejaban poblar, o porque no poseían metales preciosos”, p. 45.

⁴⁶ J. Polo, *óp. cit.*, p. 48.

⁴⁷ Citado por T. Miranda, *La Gobernación de Santa Marta, 1570-1670*, 1976, p. 75.

Sinú y San Jorge, la del Carare-Opón, la de Maracaibo-Perijá-Valle de Upar. Todas ellas seguían un mismo patrón: *aprovechaban y fortalecían la resistencia armada* (indígena, cimarrona, y de los libres de todos los colores), y se servían de rutas tradicionales de intercambio precolonial.⁴⁸ Vale la pena señalar que en su mayoría las rutas de comercio indígenas habían sido desechadas por el poblamiento colonial, no únicamente porque no estaban construidas para el paso de caballos y ganados, sino porque su lógica espacial era otra. Contrariamente a las rutas españolas, que privilegiaron los ejes sur-norte de comunicación con los puertos y con la metrópolis, estas rutas articulaban internamente el territorio. Este factor las hizo bastante convenientes para el contrabando.

Mompox se convirtió en un importante centro económico, gracias al comercio ilícito, a partir del cual se extendió el intrincado sistema de haciendas ganaderas y explotaciones auríferas. El imperio de los señores momposinos se lucró —con el poder de un complejo sistema de capataces, mayordomos y administradores armados de látigos, perros y armas de fuego— del trabajo de un ejército de esclavos y de colonos y terrajeros “libres de todos los colores”. Su prosperidad les permitió adquirir costosísimos títulos nobiliarios, con lo cual terminaron revirtiendo a la Corona las ganancias de las que la habían privado con el comercio ilegal.⁴⁹ Las facilidades que esta red ofrecía para un contrabando ya no limitado a la región, sino extendiéndose al interior del país, empezaron a manifestarse durante la guerra de 1796-1801, cuando el comercio con España sufrió una interrupción casi completa por el bloqueo naval inglés. Cuando Mompox decae en el siglo XIX, los comerciantes criollos tenían ya establecida una infraestructura paralela de comercio ilegal que aprovechó el interés de los ingleses durante la guerra por el ganado, y por el oro, la exportación más importante del país, recibiendo a cambio telas y otros textiles, que constituían la mayor parte de las importaciones del país.⁵⁰ El tráfico por esta red de contrabando ha “pasado” durante el siglo XX productos que van desde oro, maderas, tabaco, café y ron hasta electrodomésticos, cigarrillos, marihuana, coca y armas.

⁴⁸ M. Serje, E. Rey y G. Rodríguez, *Mapa cultural del Caribe colombiano*, 1992.

⁴⁹ Cf. O. Fals Borda, *Historia doble de la Costa*, vol.1, *Mompox y Loba*, 1979.

⁵⁰ De la Pedraja, 1988, óp. cit., pp. 11 y ss.

La rebelión y la resistencia armada han sido aprovechadas para el montaje de empresas ilegales que hacen posible la obtención de grandes ganancias. Ya se trate de indios en pie de guerra, de cimarrones, o de las poblaciones superfluas que llegan detrás del espejismo de cualquier fiebre o bonanza, el manejo de esa fuerza rebelde ha sido siempre ambiguo. Genera de manera particular el sentimiento de “cría cuervos y te sacarán los ojos”; pero al lado del “miedo al pueblo” está la ventaja de mantener una situación de confusión y caos donde se permiten todos los excesos.

La explotación de los territorios salvajes y de las tierras de nadie, siempre a través de economías extractivas y de enclave, se ha visto enmarcada en el complejo juego de legalidades e ilegalidades ligado a sus formas particulares de producción y comercialización: la usurpación, el esclavismo, la servidumbre, el “endeude”. Formas que han requerido siempre la imposición de la fuerza y la violencia. Su ámbito de desarrollo ha sido el del contrabando, o el tráfico, vía que permite obviar cualquier intento de regulación, *para lo cual se han fortalecido, aprovechado y provocado los movimientos de resistencia armada*. Su condición de posibilidad es precisamente el hecho de ser margen, periferia, frontera: el estar al otro lado del espejo, en aquel lugar donde las normas de lo establecido siguen otra lógica, donde se superponen múltiples códigos. Es allí donde es posible imponer la vieja máxima de la Colonia: “Dios está en el Cielo, el Rey está en Castilla y yo estoy aquí”.

Lo que ha conducido al actual estado de cosas en los territorios salvajes ha sido el afán de aprovechamiento rapaz por parte de las élites, es decir, el mantenimiento de la forma colonial de explotación por excelencia. Ello ha sido posible mediante un complicado juego de equilibrio, por un lado, entre una resistencia armada al establecimiento, sostenida y a veces propiciada; y, por el otro, el mantenimiento de un poder militar privado que se le oponga y equilibre, garantizando así un cierto control que permita sacar provecho de la situación. Este círculo infernal es el panorama que estas regiones presentan hoy, donde la guerra es una empresa particularmente lucrativa, precisamente porque reproduce la opacidad de esos espacios donde todo puede ser posible, pues el desorden legitima cualquier tipo de intervención.

Pacificación

Los distintos intentos de pacificación de los guajiros durante los tres siglos de ocupación colonial resultan curiosamente ilustrativos de los modos normales de intervención estatal en los confines de la nación. Como ha sido señalado, el principal problema que implicaba la resistencia guajira, era el del tráfico ilegal. Para la Corona española era prioritario resolver el problema del contrabando. José Polo señala que las estrategias de pacificación coloniales pueden resumirse en tres tipos: la primera, basada en el viejo sistema de catequización, estuvo a cargo de los misioneros capuchinos; la segunda, de tipo persuasivo, estuvo orientada a la intervención política en la sociedad wayú y buscó cooptar a las autoridades y líderes indígenas; y la tercera, basada en la fuerza, se centró en una serie de expediciones militares. Las tres estrategias, no está de sobra señalarlo, no se concebían de manera excluyente, sino más bien complementaria.

La labor de catequización de los misioneros capuchinos en La Guajira se ha desarrollado siguiendo el mismo esquema de fundación de pueblos e inter-nados, que ha sido descrita atrás. Cada uno de los pacificadores, al tiempo que montaba y fortalecía sus milicias, se esforzaba por entrar en negociaciones con los indígenas. En el caso de La Guajira hubo dos pacificadores: el primero, Bernardo Ruiz Noriega, cuyo nombramiento hacía parte de un contrato comercial, y Antonio de Arévalo, un ingeniero militar. Ruiz Noriega comenzó nombrando a un cacique indígena padrino de óleos de una hija suya e intentó por su intermedio hacer pactos con los líderes indígenas, que, como lo anota Polo, tenían “sabor a capitulaciones”. Los indios debían reconocer la religión católica, recibir sus misioneros y, en general, negar sus prácticas y costumbres diabólicas, acatar las leyes y reconocer la autoridad del rey. Con el fin de avanzar en estas negociaciones crearon el cargo de cacique mayor de la nación guajira. Pronto se dieron cuenta de que este cacique no podía representarlos, ni hablar a nombre del conjunto de los diferentes grupos que constituyen la sociedad wayú ni imponer su autoridad sobre éstos; por lo que crearon los cargos de capitanes de parcialidades. La manera de cooptar a estas autoridades implicó no sólo el establecimiento de relaciones como el compadrazgo, sino la compra de alianzas con dádivas, regalos y privilegios a los caciques y capitanes.

Por su parte, el ingeniero Antonio de Arévalo ejemplifica bien la estrategia de expediciones militares, que eran parte de un plan defensivo para controlar el comercio en todo el Caribe.⁵¹ Sus esfuerzos se dedicaron primero a adecuar el aparato militar, al tiempo que dialogaba con los indígenas y les entregaba regalos. Su intervención se orientó a focalizar la acción militar y delimitarla en un espacio estratégico, fortificarlo y, desde allí, reducir por las armas, castigando a ciertos grupos indígenas, como los de la serranía de la Macuira, considerados como los más activos en la resistencia. Para ello propuso la fundación de cuatro poblaciones en puntos clave del territorio guajiro y un cruce de rutas de comunicación que las articulara. Desde estas posiciones fortificadas procedería a estrangular la resistencia indígena. Significativamente, el factor decisivo que impidió el éxito de la empresa pacificadora fue que a las autoridades locales no les convenía la sujeción de los indígenas, pues de ello dependía la lucrativa actividad del contrabando.⁵²

Si se miran en conjunto las políticas de pacificación durante la ocupación colonial, es posible resumirlas en dos grandes ejes de acción: *la construcción de consentimiento y la contención*. Por una parte, las labores de colonización-catequización y la centralización de la autoridad indígena mediante la creación de cacicazgos y capitanías, acompañada de mecanismos como las dádivas y el compadrazgo, considerados ambos como condiciones para “negociar”. Por otra parte, las intervenciones de tipo militar, en las que se conjuga la acción de un brazo armado público y otro privado. La acción de este aparato militar se ve complementada y acompañada de un proceso de ordenamiento territorial que incluye la fijación de la población indígena itinerante en asentamientos estables, donde puedan ser contados censados y normalizados, y la apertura y construcción de vías de penetración. Finalmente, se genera con ello una regulación zonal de las actividades ilícitas, que se ven “contenidas” en el marco de unas fronteras específicas. De las fronteras de la normalidad.

Mirada en su conjunto, la acción colonial de pacificación guarda grandes similitudes con las líneas de intervención actual del Estado en los territorios

⁵¹ Los planes de Arévalo aparecen consignados en su informe sobre la provincia de Riohacha, en 1773, Archivo General de la Nación, Bogotá, Milicias y Marina 119, ff. 450-456.

⁵² Cf. J. Polo óp. cit.; R. de la Pedraja, 1988, óp. cit.

salvajes. En particular, en lo que se refiere a la “construcción de consentimiento”, que se refleja en un conjunto de políticas orientadas a propiciar la inclusión democrática de sus pobladores a través de una serie de espacios de *participación*. Se trata de prácticas en las que se adopta una lógica escolar y disciplinaria donde los representantes comunitarios que van a ser consultados se ven transformados en el público receptivo de una secuencia de exposiciones de tipo magistral. Además de poner en evidencia la verdadera posición de los consultados como receptores o, en el mejor de los casos, como alumnos a quienes se intenta infundir un discurso, se revela aquí muy bien el tipo de comunicación que los representantes de un Estado urbano, que se quiere tecnocrático, pueden establecer: se trata de una práctica donde sólo se oyen las voces de quienes dominan cierto vocabulario y ciertas formas de retórica, donde el universo de lo que es posible discutir y resolver está definido de antemano en el marco de categorías y formulas “técnicas” y donde sólo se pueden tomar decisiones de acuerdo con la lógica y la racionalidad de aquellos que presiden la reunión, quienes de esta manera imponen y delimitan las reglas del juego.⁵³ La lógica subyacente a los consejos, talleres y demás “espacios de participación” determina y restringe, de manera invisible, las posibilidades de diálogo a la lógica de una de las partes. Al concebir la participación como un ejercicio institucional e institucionalizado de intervención dentro de un marco predeterminado de prácticas, conceptos y vocabularios, sólo se da cabida a las opiniones de los participantes sobre el conjunto limitado de temas y de opciones que definen los técnicos para orientar las vidas de todos y se dejan de lado los significados que los distintos aspectos de la vida cotidiana, sus lugares y sus paisajes tienen para los ciudadanos. Estas prácticas han terminado “empoderando”, más que a las comunidades locales, a la de los técnicos y expertos: es decir, a la comunidad epistémica⁵⁴ que sustenta el Proyecto Nacional. Este hecho ha sido desafiado

⁵³ Este tema lo he desarrollado ampliamente en “La utopía de la participación”, donde propongo un análisis detallado de estas prácticas. En M. Serje, M. C. Suaza y R. Pineda (eds.), 2002, *Palabras para desarmar*. Por lo demás, el reconocimiento del carácter paradójico de las prácticas de participación es cada vez más generalizado. Cf. B. Cook y U. Kothari (eds.), *Participation: The New Tyranny?*, 2002.

⁵⁴ P. Haas, “Do Regimes Matter?: Epistemic Communities and Mediterranean Pollution Control”, 1989.

insistentemente por diversos grupos, que han llegado incluso a proponerles a las administraciones la necesidad de crear “comisiones de seguimiento” que vivan por lo menos un mes con ellas para saber realmente cómo es la comunidad, qué necesita, qué espera.⁵⁵

Entre enero y julio de 1998 tuve la oportunidad de hacer parte del Comité Interinstitucional para reglamentar el proceso de consulta previa, un mecanismo destinado a consultar con los grupos indígenas cualquier medida estatal que se considere que pueda afectar su integridad económica, social o cultural. La consulta previa es un precepto constitucional que ya ha sido objeto de numerosos debates y conflictos entre los indígenas y los funcionarios del Estado, y entre las distintas instituciones involucradas: la Dirección General de Asuntos Indígenas (hoy Dirección de Etnias del Ministerio del Interior), el Ministerio del Ambiente y el de Minas y Energía. Desde el punto de vista de los representantes de estas instituciones, en el debate sobre la consulta estaban en contención dos formas de entenderla: para unos consultar quiere decir informar y para otros consultar implica tener en cuenta el punto de vista del otro, reservándose la facultad de decidir.

Para los indígenas, consultar se entiende como concertar o acordar e, incluso, como reconocer al consultado la facultad de decidir: “en nuestra consulta fijamos nuestra posición *con base en el amplio consenso*”. Aún más, si se tiene en cuenta que, a partir de la Constitución del 91, el Estado colombiano ha reconocido a las autoridades indígenas como parte del Estado.⁵⁶ Invocan además la ley que reglamenta el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) que establece que su finalidad es llegar a un acuerdo para obtener el consentimiento de los afectados. Sin embargo, el punto de vista de los indígenas se consideró completamente fuera de cuestión por parte de los funcionarios.

⁵⁵ Cf. por ejemplo, el caso de las comunidades del alto Atrato, documentado por E. Pacheco y M. Serje, Proyecto Gobernabilidad en América Latina, PNUD, 2003. Se puede consultar en www.logos.undp.org/logosis.

⁵⁶ Las autoridades tradicionales y los cabildos están reconocidos constitucionalmente como entidades públicas de carácter especial, a las que se reconoce autonomía política y administrativa (art. 330), y se delegan en ellas varias funciones estatales, como la prestación de los servicios básicos de salud y la educación (arts. 68 y 357), y funciones jurisdiccionales (art. 246). A los resguardos se les reconoce el estatus de entidades territoriales (arts. 286 y 357).

En medio de las acaloradas discusiones sobre qué correspondía a cada institución, había entre los funcionarios de las distintas entidades una noción que era objeto de consenso unánime: la de que “una consulta amplia les quita soberanía a las instituciones”. Por ello, cualquier reglamentación de la consulta previa debía impedir que se pusiera en cuestión el que la decisión final sobre el desarrollo está en manos de las instituciones del Estado. Ello pone en evidencia que no tiene la menor relevancia el hecho de que la afirmación “el Estado no puede ceder su soberanía a los indígenas” esté en franca contradicción con los principios democráticos que suponen que “la soberanía emana del pueblo”. O que en el marco de la democracia el sentido de la participación es que las decisiones sean el resultado de un proceso de deliberación en el que toman parte los ciudadanos.

El concebir que la soberanía de la nación esté en juego en la consulta revela tres aspectos cruciales. El primero de ellos es que éste es un mecanismo que efectivamente se articula a la puesta en marcha del proyecto de integración de la nación, de lograr que el orden institucional reine en todo el territorio, estableciendo al tiempo los únicos términos en que ésta puede darse. De cierta manera, se reproduce aquí el mismo principio que regía las Capitulaciones coloniales. La disposición de la consulta previa se dirige exclusivamente a los grupos indígenas y a las comunidades negras contempladas en la ley 70 de 1993, conocida como la Ley de Negritudes, que no se refiere a los grupos urbanos sino a aquellos que ocupan territorios étnicos, significativamente considerados por la ley como baldíos. En una ley similar, la de Reservas Campesinas (ley 60 de 1994), que busca proteger la pequeña propiedad campesina de los procesos de concentración de tenencia de la tierra, especialmente pensada para las zonas de colonización, se contempla un instrumento semejante. Este tipo de mecanismo de “participación” está entonces dirigido específicamente a los grupos ubicados en los territorios salvajes. Es decir, a los grupos que están en proceso de ser integrados a la economía nacional, a ser tomados por la mano invisible de la racionalidad de la producción moderna y del desarrollo. Es por ello que se considera que está aquí en juego la soberanía.

El segundo aspecto aquí evidente es que el conjunto de grupos sociales a quienes se dirige el mecanismo de consulta, aunque son reconocidos por la Constitución como ciudadanos, de hecho, en la práctica, no se los considera

como tales, pues no se admiten como parte del pueblo del cual emana la soberanía. En el inconsciente político de la nación —es decir, de aquellos que fungen en nombre del Estado— sigue estando vigente la idea de que el pueblo sólo puede ser “el pueblo de poetas” de José María Samper. Es decir, el pueblo letrado y urbano, capaz de entender e impulsar la racionalidad del orden moderno. En la medida en que estos grupos pueden participar sólo si dan su consentimiento y únicamente pueden hacerlo en los términos previstos por el Estado, se desconoce y se deslegitima la manera de entender la naturaleza y la naturaleza de las cosas de estos grupos, desechando todo aquello que se aparte de los designios y prioridades de la racionalidad moderna y de su economía política.

Y el tercer aspecto que se destaca es la profunda desconfianza y temor que inspiran los grupos que se ubican más allá de las fronteras de la civilización. Al ser objeto del proceso de *proyección*, se asume que estas poblaciones son “proclives a la violencia”, viven en la ilegalidad, no tienen valores. Tienen un modo de vida, una forma de pensar y unas expectativas ignorantes, atrasadas y, por lo demás, absurdas. Por todo ello, se consideran potencialmente conflictivos y rebeldes (se asocian invariablemente a las guerrillas: sus líderes, patrocinadores y defensores son auxiliares de éstas); aparecen como un obstáculo al progreso del país (los intereses particulares de unos miles de indios no pueden primar sobre los de la nación, como se ha argumentado recurrentemente tanto en el caso de la confrontación de los uwas con el desarrollo petrolero como en la de los emberas frente al desarrollo hidroeléctrico), y ello los convierte inmediatamente en opositores del régimen (pues si no son colaboradores e informantes del Estado y sus aliados, lo son de la guerrilla). Fundamentalmente, esta concepción no se aleja mucho de la concepción que tienen Codazzi o los virreyes borbónicos de los indios bravos.

En virtud del proceso de *reversión*, se considera que estos grupos deben plegarse y sumisamente pasar a ser instrumentos del proceso de integración nacional. No se concibe siquiera que puedan tener una visión propia, opuesta o distinta al “desarrollo de la nación”, y, en caso de que la tengan, ésta no es válida. Puede rápidamente ser desechada (no podemos volver atrás en la historia y vivir como indios, como negros o como pobres). Los que se oponen a la racionalidad del desarrollo tienen dos opciones, las mismas que han tenido a lo largo de toda la historia colonial: o se disponen a ser poseídos por ella o serán aniquilados.

Se articula y se justifica así la necesidad de un ejercicio de gobierno de tipo abiertamente autoritario, pues estos grupos no están llamados a decidir siquiera el destino de sus vidas o sus territorios, ya no digamos de la nación. Se requiere “mano tendida”, es decir, poner en marcha un esquema de “participación democrática” en el que la única alternativa que tienen es dar de buena manera su consentimiento, para que se genere la ilusión de que se los tiene en cuenta. Y, en caso de que se movilicen para protestar, como ya se han visto criminalizados de antemano, lo que se necesita entonces es “pulso firme”: la Fuerza Pública hará realidad la soberanía de la nación en estas tierras de nadie.

El autoritarismo del Estado frente a los grupos indígenas y afrocolombianos se concretó en la expedición de un decreto de reglamentación de la consulta previa,⁵⁷ en el que, a pesar del marco constitucional, o seguramente gracias a él, se entiende por *consulta* un proceso excluyente donde se imponen la lógica disciplinaria y el universo de categorías aplicado por la tecnocracia, y donde, finalmente, la decisión última la tiene el Estado. Es decir, la tiene un ente virtual y abstracto que, como ventrílocuo, habla a través de sus funcionarios, es decir, de un grupo social particular conformado por técnicos, en el mejor de los casos, y en su mayoría, por miembros de la clientela y su “familiocracia”.

El decreto sobre la consulta ha sido interpretado como una agresión directa a los derechos de los indígenas y afrocolombianos. Niega la posibilidad de buscar acuerdos y consensos, pues establece que ante cualquier desacuerdo la autoridad competente se reserva el derecho de decidir. Restringe el objeto de la consulta al análisis del impacto ambiental, al tiempo que confirma una disposición establecida en la Ley del Ambiente, que “obliga” a la empresa ejecutora del proyecto a financiar y realizar los estudios de impacto. Da así la voz y la autoridad para identificar y valorar las consecuencias sociales, ambientales y económicas de los proyectos de desarrollo, de la economía de enclave, a una de las partes: a la que los provoca, a la que reconoce así como juez y parte. La participación queda aquí institucionalizada como una verdadera parodia, pues el mecanismo de consulta desconoce tanto el principio básico de cualquier intento de comunicación, que es el de buscar formas y herramientas de conversación que sean aceptables para las partes, como la posibilidad de llegar

⁵⁷ Decreto 1320 de 1998.

a acuerdos y consensos. El derecho al veto al desarrollo ni siquiera se contempla como posible: el sometimiento al “proyecto nacional” es incuestionable.

Se ve aquí en acción uno de los principios sobre los que se erige el orden colonial-moderno que el Estado representa: el principio de la *negación sarcástica*. El principio de exponer y decir exactamente lo contrario de lo que se es o de lo que se hace. Este principio, que va mucho más allá del eufemismo, es innumerable. No hay palabras en el vocabulario cotidiano para precisarlo. Ha sido, sin embargo, bien descrito por George Orwell en 1984, donde lo pone en evidencia particularmente con el lenguaje del Estado totalitario del *Big Brother*, que se sintetiza en los lemas del ministerio de la verdad: “la guerra es la paz”, “la libertad es la esclavitud”, “la ignorancia es la fuerza”. Es el mismo principio que está detrás de la famosa frase “*Arbeit macht frei*” que exhibían los campos de exterminio del régimen nazi, no casualmente contruidos a la imagen y semejanza del campamento de enclave. O el nombre del “Estado Libre del Congo”, bajo el cual ese país fue administrado como propiedad privada de Leopoldo II de Bélgica. Estas descripciones, que ponen en evidencia su funcionamiento en el marco de sistemas totalitarios, exponen al mismo tiempo el sustrato autoritario de muchas de las prácticas consideradas normales en el mundo moderno.

Este mismo principio rige en general la participación, cuyas prácticas están diseñadas precisamente para impedirla. El que se suponga que el hecho de adelantar un proceso como el de la consulta sea garantía de participación hace parte del mismo supuesto según el cual reconocer a todos los habitantes como iguales ante la ley ya es garantía suficiente de su estatus como ciudadanos. La normatividad liberal se ha establecido históricamente de manera utópica, es decir, partiendo del supuesto de que en la realidad en la que se inserta se da una situación fundamental de equidad. Esta situación de equidad sería, al mismo tiempo, generada y garantizada por la promulgación misma de esa normatividad, como lo señala Catherine MacKinnon.⁵⁸ Se supone aquí que la promulgación misma de la ley tendría, de hecho, una fuerza ilocutoria, es decir, que mediante el acto mismo de enunciación, se realiza la acción que se enuncia. Lo que se genera es una especie de círculo vicioso que termina perpetuando y naturalizando la situación de inequidad.

⁵⁸ C. MacKinnon, óp. cit., 1989, p. 264.

Conservación y desarrollo

Los íconos privilegiados de la América equinoccial: los picos nevados, las selvas y las extensas sabanas, están todos en franco proceso de extinción. Comparten el extraño sino de muerte que ha acompañado la larga tradición de poner lo exótico en exhibición: el paisaje tropical transformado en espectáculo y los mudos especímenes que lo habitan dispuestos para ser expuestos, para ser consumidos. En primer plano se evidencian las complejas conexiones que entrelazan los paisajes y los cuerpos exóticos. Ambos saturados de naturaleza y dispuestos abiertamente a ser transformados.⁵⁹ No gratuitamente la literatura de viajes coloniales está llena de metáforas sexuales con las que se describen tanto el encuentro y la conquista como los paisajes tropicales voluptuosos y accesibles como sus sensuales y despreocupados habitantes. Su *consumo visual*, tanto como *su posesión y su uso a través de la intrusión*, es un rasgo central de su definición social como naturales, inferiores y femeninos. Es un rasgo central de la ambigüedad de su naturaleza salvaje que representa una amenaza y a la vez una promesa. De su naturaleza infantil e inerte, por lo que nunca se duda que deben estar bajo la tutela y responsabilidad de la mirada civilizadora.

Una de las líneas más visibles de esta tutela es la *cientifización* de las “ecologías tradicionales”. Ya desde la Cumbre de la Tierra, celebrada en Río de Janeiro en 1992, se ha venido insistiendo de manera cada vez más generalizada en la importancia de los conocimientos indígenas en el campo de los saberes sobre la naturaleza y a propósito del reconocimiento de impactos y evaluaciones ambientales.⁶⁰ Se ha resaltado el alcance y el carácter innovador e interdisciplinario de los conocimientos indígenas en materia de evaluaciones ambientales, así como el dinamismo de esos conocimientos y su gran capacidad para emitir pronósticos. Este reconocimiento ha sido posible, paradójicamente, precisamente gracias a la concepción que naturaliza al indígena como salvaje, que lo

⁵⁹ J. y J. Comaroff ilustran esta compleja conexión en su discusión sobre los cuerpos africanos. Cf. *Of Revelation and Revolution: Christianity, Colonialism, and Consciousness in South Africa*, 1991.

⁶⁰ Cf. los diversos artículos publicados en el número especial “El conocimiento indígena”, en el *International Social Science Journal*, núm. 173, septiembre de 2002.

ve como “natural”, como inmerso en las leyes de la naturaleza. En ello se basa la noción, como se ha señalado atrás, de que los pueblos indígenas o tradicionales “conservan” una relación sagrada con la naturaleza y viven en un universo “sociocósmico” del que ellos mismos son un elemento integrante, por lo que su pensamiento es inseparable de una ética del medio ambiente. El esfuerzo por encontrar en las cosmologías “no occidentales” respuestas, alternativas, nuevas recetas para recuperar lo que se perdió mediante el pase mágico de desencantar la naturaleza, ha implicado traducir, o mejor, reducir la “armonía con la naturaleza” a los lenguajes lógicos y confiables del conocimiento racional y transformarlos en ecología, en inventarios y clasificaciones de biodiversidad, en bancos genéticos, en pautas de manejo del medio.⁶¹

Así, una de las principales líneas de la política de enclave a comienzos del siglo XXI es la que se dirige al manejo y mantenimiento de uno de los principales recursos que el trópico ofrece a los ojos metropolitanos: el de la profusión de su naturaleza, que hoy recoge la noción de biodiversidad. Su conservación *in situ* se entiende en términos de la creación de áreas protegidas y contenidas para preservar los paisajes exóticos, la naturaleza salvaje, y, por ende, a las comunidades tradicionales —naturales— que habitan en ellas. Esta política se basa en un ejercicio de planificación del paisaje que asume la forma de una macrozonificación, que determina qué actividades humanas son permisibles y dónde pueden desarrollarse. Se establece así una serie de zonas de resguardos, parques naturales, reservas, santuarios y “de amortiguación”. Crear áreas protegidas ha tenido en Colombia el efecto paradójico de transformarse en estímulo para la colonización y, sobre todo, la explotación acelerada e indiscriminada de los bosques. Teóricamente, de acuerdo con la ley, estas áreas deben ser saneadas, por cuanto la propiedad privada queda excluida dentro de su perímetro. Ello significa que en algún momento se destinarán recursos públicos para comprar las “mejoras” de quienes se hayan establecido o hayan explotado esos predios. Por mejoras se entienden, en la buena tradición colonial europea, las áreas ortogonales de cultivos organizados en eras, las cercas y los pastos para la cría de ganados. Por ello, a la voz de resguardo o de parque la gente se apresura a abrir mejoras, en espera de que en algún momento el Estado pague por

⁶¹ Véase A. Agrawal, *óp. cit.*

ellas, como lo establece la ley. La manera más expedita de hacerlo es tumbar el bosque, quemar y sembrar pasto. Paradójicamente, la declaratoria de áreas de conservación o de resguardo terminan siendo un llamado a convertirse en exactamente lo contrario: en vez de conservar el bosque y la biodiversidad, fomentan su transformación en potreros.⁶² Por lo demás, los recursos para sanear y los procedimientos para hacerlo, si aparecen alguna vez, toman años para que se concreten. Así, la declaratoria de áreas protegidas fomenta en la práctica su apropiación por las vías de hecho por parte de foráneos.

Por otra parte, las actividades económicas articuladas a la conservación, como el ecoturismo, la reforestación, los llamados “productos no tradicionales”, o los “servicios verdes”, ponen de presente que la conservación ha pasado a convertirse en un tipo particular de proyecto de desarrollo: “Un desarrollo adaptado a las regiones del mundo que poseen ventajas comparativas en cuanto a diversidad biológica, belleza de los paisajes y singularidad de hábitats o ecosistemas”, como lo señala Charles Geisler, quien además añade que:

[...] el desarrollo de áreas protegidas por entidades oficiales y no gubernamentales requiere prestamos y movilización de capitales, planificación en gran escala y nuevas infraestructuras, más expectativas de ingresos y/o beneficios no comerciales para generaciones presentes y futuras. Este tipo de desarrollo puede parecer menos dinámico que el desarrollo regional consistente en construir plantas hidroeléctricas, carreteras o zonas industriales, pero tiene igualmente un gran potencial de perturbar la cultura, desalojar personas y modificar el valor de los bienes y las pautas de propiedad.⁶³

Las áreas protegidas esconden tras de sí una cara más amigable —una máscara—, la tradición moderna iniciada en el siglo XVII de cerrar y privatizar los comunes. Para conservarlos, se están cerrando y privatizando hoy los

⁶² En los seis años siguientes a la declaratoria en 1994 como área de resguardo del piedemonte entre los ríos Don Diego y Palomino, en la Sierra Nevada de Santa Marta, la cobertura de bosques disminuyó en esa zona en más de un 40%. Cf. Informe Evaluación Ecológica Rápida, Fundación Pro-Sierra, 2000.

⁶³ Ch. Geisler, óp. cit., 2003, p. 82.

recursos vitales del planeta: agua, oxígeno, biodiversidad. No sobra señalar que la empresa conservacionista adopta en la práctica, para su emplazamiento, el esquema del enclave: los parques nacionales, santuarios y reservas se organizan y se relacionan con el entorno, de acuerdo con sus pautas.

De cualquier modo, paralelamente a las empresas de conservación, se continúa favoreciendo el desarrollo “más tradicional”, que a la vez complementa y hace posible la política del enclave. El punto de partida es la certeza incuestionada de que lo que el desarrollo ofrece es exactamente lo que la gente quiere, lo que la gente necesita. Este mito, que justifica su razón de ser y naturaliza sus propuestas, se ve reproducido y legitimado en el extraño supuesto de que sólo mediante inversión en desarrollo social se pueden resolver los problemas que genera la intrusión del desarrollo “duro”. Lo que en últimas equivale a reconocer que se necesitan medidas paliativas para los impactos de la política del enclave. Se cierra así el círculo. Para consumir la articulación a la nación y a la economía metropolitana, se recomienda la inversión paralela en las líneas más sociales de desarrollo y participación. En las fronteras agrícolas éstos se concretan en programas de desarrollo agropecuario con crédito y asistencia técnica, para resolver así su condición de territorios “huérfanos de trayectoria agrícola y ganadera”.

Los créditos y la asistencia técnica tienen como objetivo garantizar que los beneficiarios orienten su producción al mercado. Hacia el único sistema de mercado que hoy se considera viable: el mercado moderno regulado por precios, que tiene por objeto la maximización de rentabilidad y la reproducción del capital. Así, se espera que los diferentes grupos, indígenas, campesinos, colonos, afrocolombianos, se centren en la producción de especies que tienen salida en el mercado. La gente se ve “embarcada” —como lo expresara un “beneficiario”— en créditos diseñados para que su pago sólo pueda ser viable en la medida en que la producción tenga ciertos niveles de rentabilidad. Para ello, en palabras de un grupo campesino en Arauca, “hay que venderle el alma al diablo”. Hay que adoptar sistemas disciplinarios de trabajo, hay que supeditar la vida cotidiana a las demandas de la producción y hay que hundirse en el círculo infernal del endeude, pues los productos rentables dependen de semillas mejoradas y de insumos que desbordan los parámetros de los créditos campesinos. Eso para no hablar de las vicisitudes de la comercialización, pues la rentabilidad de los

productos, como lo expresaron los mismos campesinos, hace unos años dependía de colocar los productos en el mercado local o regional; hoy no: hoy la rentabilidad depende de su posición en el mercado nacional e internacional. El problema, decían, es que los créditos y la asistencia técnica sólo se dirigen a los productos “favorecidos para la comercialización”. Es decir, a los productos que son buenos en *el mercado*, esa instancia abstracta que ya nada tiene que ver con la plaza, donde los negocios e intercambios se sellaban con una cerveza, y si no había plata, pues se cambiaban por otros.

Este proceso de definición de especies adecuadas para el mercado —que resulta, por lo demás, ilustrativo del destino que tiene la celebrada biodiversidad en el marco del sistema de producción moderno— reduce las posibilidades, no sólo de otro tipo de intercambios, sino de la seguridad alimentaria. En el caso de la papa, por ejemplo, la especie más común es *Solanum tuberosum*, de la que hay más de seis especies propias de Colombia (v. gr. *Solanum andigenum*; *S. valenzuelae* Pal.; *S. Jugladiifolium* Dun; *S. Colombianum* Dun; o *S. Rybinii*). De esta última existen las variedades *bogotense*, *boyacense*, *popayanum* y *pastoense*, que son las famosas papas criollas o chauchas. De *S. andigenum* se han identificado variedades que se conocen en Cauca y Nariño con nombres comunes como papa blanca, ojona, negra, morada, guata, chimbala blanca, tantaquilla, etcétera; en Cundinamarca y Boyacá se han identificado cerca de 60 variedades, como sabanera, tocana, paramuna, lisaraza, quicha, tuquerreña, arbolona, gulupa, argentina, piedra, etcétera.⁶⁴ Esta enorme diversidad de papas existe hoy únicamente en las chagras indígenas y en las huertas caseras campesinas destinadas al autoconsumo, pues “la mano invisible del mercado” ha determinado que sólo diez variedades se coticen en el mercado nacional, y únicamente cuatro en los supermercados de Bogotá. Se ha impuesto una diferenciación de los productos con base en marcas que los distinguen de acuerdo con su “calidad”: homogeneizando su forma, peso, limpieza y empaque. Los casos del fríjol (tres especies americanas: *Phaseolus lunatus* L., *P. vulgaris* L. y *P. multiflorus* W., más de 130 variedades de *Phaseolus*) o el maíz (*Zea mays* L.) son mucho más complejos en cuanto a especies, subespecies y variedades, dada la multiplicidad

⁶⁴ Luis Alfredo Londoño, asesor del sector agropecuario, programa indígena Red-PMA (comunicación personal).

de sus usos. Por no mencionar el caso de las yucas amazónicas. Esta enorme diversidad de especies es cada vez menos viable para sus productores.

Los programas de crédito y asistencia técnica van acompañados muchas veces de pequeños proyectos, como construcción de estanques piscícolas, cría de especies menores y establecimiento de cultivos de pancoger. Los técnicos estimulan a la gente a abrir huecos y a criar alevinos, que deben comprar y traer desde las ciudades donde se producen, al igual que el concentrado con el que se alimentan. Por algo se encuentran en los rincones más inesperados de Colombia —incluso al lado de ríos con pesca todavía abundante como el Vaupés— estanques llenos de sapos y renacuajos, poco comestibles. En cuanto a las especies menores, se importan gallinas y marranos de engorde, especies perfectamente adaptadas a la vida de criadero y al alimento concentrado, que una vez en el monte sufren de las dolencias más increíbles, como el caso de las gallinas atacadas por el mal conocido como meteorismo espumoso: se llenaron de gas y explotaron ante la incredulidad de los indígenas “beneficiarios” de un proyecto en el Amazonas. No es realismo mágico, es la triste realidad del desarrollo.

De cualquier modo, la asistencia técnica y el acompañamiento a los proyectos se esfuman más temprano que tarde: por cambios en la administración, en las prioridades de la política, etcétera. La gente termina manejando simultáneamente dos sistemas de producción: el de las chagras en el caso indígena o el de las huertas familiares y “patios” en el caso campesino, para el autoconsumo, del que viven y del que dependen para su sustento cotidiano. Y, por otro lado, unos lotes para el mercado, que son una lotería. Casi nunca son rentables, por lo que la gente termina endeudada y ahogada con créditos impagables para compra de insumos agropecuarios. Por ello, muchas veces pierden las tierras y se ven obligados a transformarse en peones asalariados o en raspadores de coca y articularse así a la economía nacional, que es finalmente de lo que se trata. Aunque es cierto que se hacen desesperados esfuerzos, por parte de los funcionarios en el nivel regional, para adecuar los proyectos a las realidades locales, el absurdo es a veces tal, que la gente muchas veces piensa que “es preferible que se roben la plata” y no se adelanten ciertos proyectos, que de llegar a realizarse sería para los “beneficiarios” (o, más bien, los “afectados”, como se describió a sí mismo un grupo de usuarios de un programa de desarrollo) un desastre en

sus vidas cotidianas. La reacción de un beneficiario frente a uno de los típicos proyectos resulta ilustrativa:

Nosotros lo que podemos opinar es que respetamos lo que digan las leyes y lo que digan las autoridades y lo que digan nuestros asesores. Pero en lo que sí hay que hacer hincapié es en que la persona que dirige el programa [...] primero *tendría que meterse en el medio para ver si el proyecto que nos ha enviado, que nos quieren imponer, en este medio beneficia* [...] porque no es igual una persona que conoce el sol guajiro a otra que, estando en su oficina lo imagina a base informaciones. *Las informaciones no pueden ir completas, las que son completas las da la práctica* y son mejores que la teoría.⁶⁵

No sólo se ha venido produciendo un enorme corpus de trabajos críticos sobre el desarrollo,⁶⁶ numerosos grupos han comenzado activamente a rechazar sus “beneficios”. Se puede citar el caso de los yukunas, en la Amazonía, a quienes una cadena inglesa propuso comprar la mayor cantidad posible del aceite de palma de seje que éstos producen. Los indígenas sólo accedieron a extraer un número reducido de galones que les permitiera obtener una cierta cantidad de dinero necesaria para adquirir unos artículos específicos del mercado urbano (motores, gasolina, pilas, y ciertas herramientas). Expresaron que

⁶⁵ Informe de Monitoreo, Reunirse-Red de Solidaridad Social, 1997 (énfasis mío).

⁶⁶ La literatura sobre los efectos perversos del desarrollo es enorme y sigue aumentando. Cf. C. Lévi-Strauss, “Les discontinuités culturelles et le développement économique et social”, 1973; E. F. Schumacher, *Small is Beautiful: A Study of Economics as if People Mattered*, 1973; F. Fanon, *Les damnés de la terre*, 1963; P. Freire, *Pedagogía del oprimido*, 1970; P. González Casanova, “Internal Colonialism and National Development”, 1965; D. Lal, *The Poverty of “Development Economics”*, 1985; A. Escobar, *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*, 1995; M. Taussig, *The Devil and Commodity Fetishism in South America*, 1980; W. Sachs (ed.), *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power* 1992; J. C. Scott, *Seeing like a State*, 1998; I. Illich, *Celebration of Awareness*, 1970; J. Ferguson, *The Anti-politics Machine: “Development”, Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho*, 1994; A. Escobar y A. Pedrosa (eds.), *Pacífico: ¿desarrollo o diversidad?*, 1996; P. Chatterjee, *The Nation and Its Fragments*, 1993; A. Rivera, “El desarrollo como una manera de construir la realidad”, 1990; M. Rahnema y V. Bawtree (eds.), *The Post-Development Reader*, 1999; M. Serje, M. C. Suaza y R. Pineda (eds.), óp. cit., 2002.

no estaban dispuestos a invertir ni todo su territorio ni todo su tiempo para obtener las ganancias económicas que prometía el negocio. O el caso del proyecto de apoyo a la comercialización de café en la Sierra Nevada de Santa Marta, cuyo objetivo, después de la deliberación de los beneficiarios, quedó definido como “disminuir la cantidad de dinero que entra al resguardo Kogui-Arsario”, con argumentos similares a los de los yukunas. Algunos meses más tarde, el Consejo de Autoridades Indígenas de la Sierra Nevada rechazó enfáticamente la implementación de un enorme proyecto de desarrollo propuesto por el Banco Mundial y la Fundación Pro-Sierra Nevada. Y no sólo se trata de indígenas, de quienes se puede esperar más fácilmente este rechazo, también de comunidades campesinas y urbanas. Se puede mencionar el caso de un grupo de campesinos en Sucre, que rechazó un programa de crédito y asistencia técnica argumentando que la rentabilidad económica que prometía el proyecto no compensaba el hipotecar sus tierras en un crédito, con el que sabían que iban a “quedar enganchados”. O el caso de las mujeres ahorradoras de Leticia y de Barrancabermeja (estas últimas agrupadas en la asociación “Merquemos Juntas”), que han insistido, pese a las presiones de diversos organismos internacionales, en mantener no sólo la escala de su ahorro, sino su organización informal, y donde las ganancias que obtienen no se destinan a la reproducción del capital financiero sino al apoyo solidario: los beneficios se reinvierten en apoyar a los desplazados, en programas de vivienda solidaria, etcétera.⁶⁷ Estos casos (entre muchos otros) demuestran de manera cada vez contundente que los presupuestos del mercado moderno (lo que queremos todos, si tenemos la oportunidad, es tener cada vez más ganancias económicas) y del desarrollo (su oferta es exactamente lo que la gente quiere y necesita) deben ser puestos en cuestión.

El fracaso de este modelo de “desarrollo social” en estas regiones es evidente,⁶⁸ tan evidente como la resistencia cada vez mayor que ha venido

⁶⁷ Estos casos han sido documentados por el Programa Indígena Red de Solidaridad (PMA), PNUD, Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, Fundación Pro-Sierra Nevada de Santa Marta, Fundación Gaia Amazonas.

⁶⁸ Como ejemplo se pueden comparar los indicadores de desarrollo socioeconómico que presentaba en 1988 la Sierra Nevada de Santa Marta, con los que se presenta en 2003. Después

generando. Su decepción ha sido la base para radicalizar, en los últimos años, el ímpetu del enclave. En particular, en las tierras de nadie. Es interesante notar que es precisamente allí, en los “últimos bastiones” de recursos naturales, de agua y biodiversidad, donde se vive de manera más contundente la transformación de la tenencia de las tierras y el paisaje. Las selvas de la Sierra Nevada, del Chocó, del Catatumbo, del Sarare, del Pacífico y de la Amazonía se están viendo transformadas, en función de la penetración de las economías de enclave de plantaciones y explotaciones madereras, petroleras, de oro, que pasan por encima tanto del fuero de los territorios étnicos como de las normas ambientales de sus “áreas protegidas”. Los indígenas y las comunidades afrodescendientes⁶⁹ que las habitan están siendo sistemáticamente perseguidos (el 39% de los desplazados en Colombia son minorías étnicas; sólo en los cuatro primeros meses de 2003, 106 líderes indígenas han sido asesinados,⁷⁰ y se ha presentado una ola sin precedentes de suicidios de adolescentes). A los ojos de estas comunidades, no han sido única ni principalmente la expansión de la guerrilla y la de los cultivos de uso ilícito la causa de este proceso: tanto para el PCN (el Movimiento Negro del Pacífico Colombiano) como para los movimientos campesinos del Catatumbo y el Sarare, así como para organizaciones indígenas como Opiac (Organización de Pueblos Indígenas del Amazonas), el Consejo de Autoridades Indígenas de la Sierra Nevada, las autoridades Embera o AsoUwa, el principal factor que se asocia con el desplazamiento es la realización de grandes proyectos de desarrollo, en detrimento de sus bosques cultivados y de sus jardines salvajes. Para ellos, ha sido la existencia de ricos recursos naturales (oro, madera, petróleo, agua, sitios ideales para el turismo) la que sustenta, a la par con los cultivos de uso ilícito,

de veinticinco años de inversiones “especiales” e “intensivas” a través de programas impulsados por el DRI, PNR, Fundación Pro-Sierra, GTZ, Red de Solidaridad, PMA, PNUD, Banco Mundial, entre otros, éstos no han cambiado sustancialmente y, en algunos casos, han incluso desmejorado.

⁶⁹ Cf. J. Arocha, “Desterrar afrocolombianos para patentar chontaduros”, *UN Periódico*, 27 de febrero de 2005; A. Escobar, “Displacement, Development and Modernity in the Colombian Pacific”, 2003.

⁷⁰ Declaración de Enrique Valbuena, de la ONIC en la celebración del Día Internacional de las Poblaciones Indígenas, 9 de agosto de 2003.

el conflicto armado y, a su sombra, la política del terror. De hecho, tal como lo afirman estas organizaciones, tanto los desplazamientos como la violencia intensiva están asociados a los grandes proyectos de desarrollo, donde son los inversionistas quienes, directa o indirectamente, han financiado esta estrategia, por ejemplo, en el caso de la extensión de la agroindustria de la palma africana, de la madera o del banano.

De la mano de la estrategia del desplazamiento va la del confinamiento forzado. De hecho, las cifras de desplazamiento habrían sido mayores sin la generalización de un fenómeno tan preocupante como el del desplazamiento. Numerosas regiones de Colombia han sufrido los rigores del confinamiento y del bloqueo que las partes del conflicto armado ejercen sobre las comunidades, que se ven sujetas a la restricción total del tránsito de personas, mensajes, alimentos, medicinas e insumos. Sólo en el caso de los indígenas, se habla de cerca de 22.000 personas sitiadas. Hay casos donde la totalidad de los miembros de una etnia está cercada por la guerra. Los coreguajes, en la Amazonía; los kankuamos, en la Sierra Nevada de Santa Marta, o los chimilas, en el valle del Magdalena, están encerrados por un cerco paramilitar, que ha transformado sus resguardos en verdaderos campos de concentración, donde por medio del terror y la coacción se controla a la población, en últimas, para garantizarla como mano de obra barata e incluso como mano de obra esclava a través del endeude por parte de la hacienda y sus descendientes: los proyectos agroindustriales.

Pierre Bourdieu, en su documental *La sociologie est un sport de combat* (2002), señala que el Estado, con “la mano derecha”, propone una serie de medidas que invalidan, y muchas veces, contradicen lo que hace con la “mano izquierda”. Esta imagen, que se puede tomar como representación de la esquizofrenia del Estado en los confines de la nación, se hace más compleja si se reconoce que las medidas que toma con la mano izquierda son muchas veces expresión de la lógica perversa de la “negación sarcástica”. Como el caso del reconocimiento de las organizaciones indígenas o comunitarias a través de mecanismos como la consulta o la participación, que están lejos de acoger las formas históricas de vida y de organización social de estos grupos. Por su parte, la mano derecha, obsesionada con el problema de la “seguridad”, pone en marcha estrategias de intrusión militares (públicas y privadas) que mantienen los

niveles de violencia que garantizan la viabilidad de la política del enclave. Ello pone de presente que si la suspensión del orden y las normas establecidas en estos territorios se debe a la exclusión económica y social de sus pobladores, al mismo tiempo este estado de transgresión del orden social es, a su vez, el principal factor de la marginalidad. Esta aporía se encubre a sí misma como instrumento de dominación, pues es precisamente mediante la existencia y el mantenimiento de espacios donde reina el “orden de lo arbitrario” que se hace posible reproducir de maneras perversas la racionalidad —y la rapacidad— del orden económico moderno. Se esconde así de manera eficaz que su existencia misma como “territorios salvajes” —como espacios que tienen que ser domados, penetrados y domesticados— constituye tanto la condición de posibilidad como la justificación moral de las formas particulares de explotación de los recursos y de los seres humanos, características de las economías de enclave (lícitas o ilícitas, precisamente, allí poco importa).

Se consolida así un orden a la vez simbólico y espacial que brutalmente divide el territorio nacional (y, como en un juego infinito de espejos, las ciudades, los continentes, el globo) en centros-fortalezas sitiados donde se atrinchera la riqueza, y zonas de terror donde se contiene y se reprime a las poblaciones criminalizadas que en la imaginación de las clases medias urbanas, desconocedoras de las condiciones y la situación de las “regiones”, se ven como una amenaza magnificada a través del lente satanizador. Hablar de los ejes del mal no resulta hoy del todo desactualizado.

8. En el país del espejo

*—Ahora, si me prestas atención y no hablas tanto, te voy a contar lo que pienso
de la casa del espejo. Primero, está ese cuarto que vemos al otro lado.
Es exactamente igual al salón de nuestra casa, sólo que todas las cosas están
invertidas [...]
¿Cómo será vivir en la casa del otro del lado espejo? Me pregunto si allá también
tienen leche [...]
Es muy posible que la leche al otro lado del espejo sea mala para tomar..
Alicia en A través del espejo de Lewis Carroll*

La existencia de vastas y conflictivas fronteras interiores que constituyen el escenario y, en buena parte, la razón de ser de la intensa situación de violencia que se vive en Colombia es una idea generalizada en el sentido común. Parece haber un consenso alrededor de la noción de que

[...] en Colombia existe un Estado legítimo y que después de la Constitución del 91 hay una democracia mucho más plural e incluyente, [sin embargo] esta es una realidad que se vive en el país de los centros urbanos. Ahí funciona el Estado, se mueve la economía, la vida es cosmopolita y los colombianos viven en el siglo XXI. Pero a medida que se alejan de ese país urbano se entra a otro país. Un país marginal, rural, abandonado, anclado en el siglo XVII y controlado por los señores de la guerra.¹

¹ Revista *Semana*, “Sí hay guerra, señor presidente”, 7 de febrero de 2005.

Este argumento, legitimado por la lectura que introducen instancias de reconocido peso técnico, consolida la idea de que en el país se vive una “guerra en la periferia”, un conflicto que se ubica en la “otra Colombia”.² Se trata de una explicación que parte de que la conflictiva situación nacional responde a realidades que son externas al alcance del Estado y su proyecto, a realidades que se ubican más allá de sus márgenes: en sus territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie. Son problemáticas, justamente, porque están por fuera de su ámbito, porque “todavía” no se han incorporado a su orden.

Esta visión de la geografía de la nación, de su naturaleza y de la naturaleza de sus habitantes se ha generalizado y convertido en un supuesto a través del cual se universalizan el punto de vista metropolitano de la “ciudad letrada” y la autoridad de su posición. Esta concepción cultural de la nación constituye un claro ejemplo del efecto Montesquieu, en el que una lectura elaborada con la legitimidad de la ciencia recubre con su racionalidad la dimensión fantasmagórica sobre la que se funda. Aquí la naturaleza misma de la nación se ve convertida en objeto de un proceso de mistificación, marcado por la tradición de las geografías imperiales y su “impulso cartográfico”. La imaginación geopolítica sobre la que se construye el proyecto nacional se estructura alrededor de los supuestos y premisas de esta tradición de conocimiento e interpretación, que se basa en las ideas historicistas del evolucionismo social y del difusionismo, su correlato geográfico. Esta tradición ha impregnado de manera invisible los estudios regionales, que reproducen muchos de sus rasgos y los proyectan en la “visión sinóptica” del Estado. El aura técnica y científica de esta manera particular de describir, que ha sido privilegiada como la forma legítima y verdadera de contextualizar la “construcción de la nación”, recubre su dimensión mítica. Recubre su mito fundacional.

Se trata de un mito tan eficaz que se ha visto naturalizado en nuestro sentido común. Hace parte del relato poético de la naturaleza de la geografía y de los habitantes de la nación. De acuerdo con este relato fundador, uno de los atributos “naturales” de la nación es su vasto y exuberante territorio. Su portentosa

² Así lo formula el Informe Nacional de Desarrollo Humano de Colombia 2003 realizado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, *El conflicto, callejón con salida*. Cf. el aparte “Entender para cambiar las raíces del conflicto”, Documento preliminar, Argumento Básico, INDH-PNUD.

geografía aparece cruzada y dividida por insalvables obstáculos que separan las tierras altas, que, como la Europa temperada, son el hábitat natural de la civilización, del progreso y el desarrollo; y las tierras bajas, pobladas de salvajes, negros y zambos calentanos, sumidos en el atraso y la pereza. Paradójicamente, es la poética de este relato —en el que se opone el carácter sano, ordenado e industrioso de la región andina al carácter voluptuoso, febril y sensual de las costas, selvas y llanuras— la que sustenta y perpetúa el proyecto de construir una nación mestiza de “americanos por nacimiento y europeos por derecho” y de gestar su soberanía.

Este poderoso mito sirve a la vez de telón de fondo a otro de los relatos centrales de la nacionalidad: el del “país de regiones”. La identidad nacional colombiana pasa invariablemente por las identidades regionales que surgieron, como se vio atrás, de la repartición del botín colonial. Esta configuración regional se ha visto potenciada por el hecho de que se considera como un fenómeno a la vez natural y humano, pues al tiempo en que “las regiones” se han naturalizado como unidades biogeográficas —el Caribe, la región andina (los Santanderes, el altiplano cundiboyacense, el Viejo Caldas, Nariño), el Valle, el Pacífico, los Llanos de la Orinoquía, el Amazonas— se les atribuye un carácter, un *ethos*, un *genio de lugar* específico a cada una, como lo expresan bien Orlando Fals Borda o Cristina Rojas. Las regiones se nos presentan como producto de la empresa —y a veces, incluso, de una verdadera hazaña— de unos grupos tutelares, que han marcado así su perfil. En la definición de sus singularidades se retoma implícitamente el viejo concepto colonial de los temperamentos para caracterizarlas. Sin duda, la delimitación y clasificación de las identidades regionales no traicionan en ningún momento la división horizontal de fondo que subyace a la concepción nacional del territorio: el país andino opuesto a la tierra caliente. El mundo de la civilización, en la montaña, frente al mundo de los libres de todos los colores y de los salvajes, en las zonas bajas. La colonización de las vertientes logró apenas matizar esta visión.

Por otra parte, este relato atemporal de la pródiga y fragmentada geografía de la nación se presenta como si tuviera un origen espontáneo y natural, como una condición pura que está en la naturaleza misma de la nación y de sus habitantes. Al tiempo en que en él se deshistorizan las condiciones de su formulación y su función social, se reproducen los principales motivos con los que se

creó la América colonial en el momento de la Conquista, cuando se consolida, como lo ha señalado I. Wallerstein, el sistema mundial moderno. Este mito es precisamente una de las condiciones de posibilidad de este orden global que comienza a articularse con la incorporación de las Américas como su periferia, como frontera colonial.

Por medio de un conjunto de convenciones retóricas y visuales, se estetiza y erotiza en este mito el rasgo crucial que define su existencia en cuanto periferia, en cuanto margen de la metrópolis: el de la naturalización de sus habitantes y sus paisajes. La América equinoccial se ve transformada, mediante poderosos artificios estéticos, en una vasta y pródiga geografía salvaje, despoblada o escasamente poblada, o mejor, desechablemente poblada por seres en estado de naturaleza. De esta forma, no sólo se deshumaniza la geografía americana, convirtiéndola en “espacios vacíos”, “huérfanos de toda tradición agrícola y ganadera”; se deshumaniza, sobre todo, a sus habitantes, al reducirlos al “estado de naturaleza”, y a ser “formas atrasadas de organización económica, social y política”.

Esta deshumanización de los paisajes y los habitantes los reduce a pura representación. A un conjunto de nociones estereotipadas que precede y determina la experiencia que se tiene de ellos. Se esencializa su condición salvaje al ubicarlos en el campo semántico de la naturaleza como opuesta a la cultura, a la racionalidad, al orden; al definirlos como lo pasivo, servil y femenino. El mito de América como frontera imperial se ve permanentemente proyectado en los territorios salvajes y las tierras de nadie que marcan los límites del proyecto nacional. De esta manera, no solamente los “naturales, a quienes hay que disputar los títulos de posesión”, van a estar marcados por este estigma; también lo será cualquiera de los habitantes de las Fronteras, pues se deshumaniza por igual a los habitantes “primitivos” y quienes llegan a civilizarlos. El blanco que se “salvajiza” en medio de la barbarie y las que Hannah Arendt ha llamado “poblaciones superfluas”, es decir, el “excedente de población” que el centro produce, al tiempo que genera excedentes de capital.

Se constituye así “la otra Colombia”, sobre la que recaerá el sino de la periferia. Sus habitantes sólo pueden existir como un verdadero “teatro de sombras”, donde se transforman a un mismo tiempo en objeto de la sensibilidad romántica y en objeto instrumental de deseo y posesión. Se proyectan sobre ellos,

reducidos a ser una mera pantalla, sueños y pesadillas por igual. En el marco de este teatro de sombras se estetizan, ya como poseedores de los secretos de la naturaleza y de las religiones ancestrales, ya como románticos aventureros en busca de causas perdidas, de sueños y utopías. Se celebra la resistencia, la ilegalidad y el desafío, se destacan las figuras de los protagonistas de la guerra y los hechos de violencia, mientras los grupos de habitantes quedan, como las víctimas, silenciados. La poética de este mito que recubre el designio de deshumanización encubre el principio de la civilización que transforma a todos estos grupos en una masa pobre, disponible, carne de cañón, ignorante y retrasada. Población que se desprecia y se teme.

El margen, al ser entendido también como margen de lo humano, se transforma en un paisaje del terror habitado por seres oscuros y amenazantes, presos en el estado de barbarie (barbarie que llega a abarcar desde la incapacidad de ejercer la ciudadanía descrita por Bolívar hasta prácticas horribles como la mutilación o el abandono de mellizos). Pero el miedo y el desprecio que producen los habitantes de la Frontera transforman a su vez al centro en sociedades “enfermas de la imaginación”, esperando permanentemente ser atacadas, timadas, robadas, agredidas. Verdaderas sociedades del temor, donde “primero se dispara y después se pregunta”. En sociedades atrapadas en condiciones extremas de extrañeza, tratando al mismo tiempo que todo parezca normal y natural. El miedo, recubierto por el afán de mantener la normalidad y el espejismo de la seguridad, ha guiado la relación con la periferia.

El teatro de la guerra

Se ha propuesto reiteradamente que lo que impide a las Fronteras articularse a la nación, a su orden estético y económico, son sus condiciones de violencia interior. Sin embargo, una mirada rápida a la historia de esta incorporación —es decir, a los modos de relación y al tipo de intervención con los que ha tomado forma este proceso— resulta ilustrativa de la violencia inherente en los costos sociales y ambientales de la “articulación a la economía moderna”. De hecho, a partir de las prácticas “normales” de la política del enclave (tierra arrasada, corrupción, coacción, terror, milicias privadas, prostitución) se puede afirmar lo contrario: el factor principal de su violencia interna, de su

situación de desorden, es precisamente la forma de articulación a la economía nacional de estas sociedades y regiones en cuanto periferias. Se ha mostrado cómo desde las épocas de la ocupación colonial se ha tolerado y fomentado todo tipo de intervenciones arbitrarias que asumen, y en esa medida permiten, provocan y celebran la resistencia y la ilegalidad, pues es precisamente en el contexto de estos espacios opacos donde reinan la transgresión y la rebelión, donde se hace posible poner en marcha de manera legítima el canibalismo de las formas más salvajes de la economía moderna: extracción rapaz, enclaves, explotaciones intensivas, contrabando, endeude, servidumbre, esclavitud. Las regiones de Frontera se han mantenido y manejado como vastas “zonas de tolerancia”, donde la violación no sólo se permite: se regula. Las regiones salvajes son un eje de quiebre, en la medida en que los excesos que allí se cometen traicionan el inconsciente de los objetivos racionales en nombre de los cuales son perpetrados.

La mayor parte de los analistas propone la hipótesis de que la dificultad del Estado colombiano para imponer su autoridad en el territorio ha tenido dos factores principales: uno, la formidable y hostil geografía, y el otro, la resistencia opuesta por los grupos conflictivos que la habitan, que se sale de las manos y de la capacidad de las fuerzas oficiales, por lo cual las élites regionales se han visto obligadas a tomar la seguridad en sus manos. Aquí se ha buscado, sin embargo, llamar la atención al hecho de que las élites regionales y su Estado han mantenido históricamente, con sus propios grupos armados, una situación de desorden en estas Fronteras de la civilización, que les ha permitido lucrarse simultáneamente de las economías legales y de las ilegales. Para ello, las han mantenido como espacios de miedo, incontrolados, que constituyen una verdadera cortina de humo detrás de la cual cualquier cosa está permitida. El mito de geografía agreste, vasta y desértica ha sido aprovechado para consolidar un nivel mínimo de articulación y un velo de opacidad detrás de la cual se hace posible la imposición de otros órdenes. Con el pretexto de tener seguridad en un medio agreste, las armas y las milicias han sido la garantía de viabilidad de las empresas en los confines de la nación. No es gratuito que coincidan geográficamente las fronteras militares de resistencia armada y los corredores de contrabando de la época de la ocupación colonial con las “fronteras internas” contemporáneas.

De esta forma, tanto las políticas de “integración” como las acciones de “pacificación” han contribuido al mantenimiento de esta cortina de desorden: con la consolidación de los “extensos territorios de bosques, selvas y montañas que forman áreas claramente definidas de influencia de narcotraficantes o grupos armados, donde según las autoridades locales la presencia del Estado es prácticamente inexistente”, como los caracteriza el vicepresidente Bell. Precisamente, ese estado opaco es el que permite todo el conjunto de prácticas que hacen posible el voraz enriquecimiento del “capitalismo salvaje”: esclavitud, endeude, contrabando, prostitución, explotación intensiva y extensiva de recursos, producción y comercialización de ilícitos y “dinero caliente” para ampliar y reproducir el esquema. Allí se vale todo.

Las poblaciones y paisajes que “se quedaron atrás” en el orden global se conciben como un recurso que debe plegarse a la constante expansión de su economía. Se trata de poner en marcha una cruzada civilizadora —encubierta tras diversos apelativos: progreso, desarrollo, competitividad— que transforme a los habitantes de las Fronteras y sus paisajes en función de las necesidades instrumentales de la economía global moderna y sus sistemas de producción. Estos grupos se convierten entonces en población-objeto, en repositorio de medidas dirigidas a garantizar su incorporación al sistema moderno, es decir, su reclutamiento en los ejércitos disciplinados que se necesitan para mantener sus niveles de producción y de consumo. Resulta por ello posible destacar la continuidad de la lógica del proyecto que ha desplazado, categorizando como margen, al conjunto de sociedades históricas marcadas por la alteridad —cuya cifra es la deshumanización— que cumplen una función particular en el marco del orden mundial que comienza a consolidarse desde el siglo XVI: la de fronteras imperiales.

Así, el complejo sistema mítico que estructura la Frontera y el conjunto de metáforas que la definen tienen implícita la determinación de transformar las “otras” formas de vida social y económicas y sus paisajes en las formas occidentales deseadas de vida social; de allí que se consideren sociedades “en construcción”, designio que se define de manera instrumental. Los habitantes y paisajes de la Frontera, estetizados y romantizados, se entienden también como una mina sin dueño que debe plegarse a las formas racionales de vida social. Este *double bind* de redención y sujeción hace posible una serie de intervenciones

que tienen aparentemente un carácter esquizofrénico, en las que se conjugan el reconocimiento y la conservación con la violación, la represión y la coacción. Este conjunto de intervenciones aparentemente caóticas y contradictorias hace parte, sin embargo, de la lógica específica y consistente que ha acompañado siempre a la expansión de la frontera colonial. Se trata del conjunto de intervenciones que conforman lo que se ha caracterizado aquí como la política del enclave.

Por lo demás, la dimensión internacional de la conflictiva realidad que se vive en las Fronteras no puede ser reducida a los tráficó ilícitos y contrabandos de drogas, combustibles o armas, ignorando que es precisamente el modo particular de incorporación al mercado global —a través de las formas de explotación del enclave— el que transforma las regiones de la periferia en escenario del “teatro de la guerra”. Desde esta perspectiva, es imposible mantener la ficción de ignorar la responsabilidad que tiene la metrópolis en la dinámica de la violencia que allí se vive. Se pone así también de presente que el nuevo orden mundial se configura más que nunca a partir de la división carcelaria entre centros metropolitanos y fronteras salvajes. El conjunto de metáforas que define la periferia encierra en un mismo campo semántico realidades sociales tan disímiles como Cachemira, la Amazonía, los *barren lands* del norte de Canadá o el Tercer Mundo en general. Quizá esta división se haya complejizado territorialmente: Skid Row, en el centro de Los Ángeles, es una Frontera, en el mismo sentido en que lo es Afganistán, así como los enclaves financieros y artísticos de Medellín hacen parte de los centros metropolitanos. Más que haberse fragmentado, estos espacios se han fractalizado: tanto los centros como las periferias salvajes se han expandido, penetrándose mutuamente hasta en los lugares más recónditos. A pesar de (o tal vez a causa de) los procesos de “desterritorialización” en el mundo contemporáneo, esta división se inscribe cada vez más nítidamente en el espacio y en los cuerpos de las personas.³ Separa los habitantes de estos dos universos interdependientes que constituyen el “orden global”. Se separan ciudades, países y regiones en enclaves de seguridad manteniendo a raya los espacios del desorden donde se confina la humanidad deshumanizada

³ El proceso de desterritorialización se puede entender también como un proceso de recontextualización que despoja la experiencia de sus significaciones históricas.

(los pobres de aquí, los inmigrantes de allá). Esta obsesión por la seguridad, con sus sistemas policivos de control y separación, ha mantenido los mundos de Frontera —*comunidades, favelas, inner cities, cités, las zonas rojas*— como verdaderas zonas de tolerancia, que son hoy el teatro de la guerra donde se despliega, de manera cada vez más contundente, el poderío militar del centro.

La aporía de lo salvaje

Africa is to Europe as the picture is to Dorian Gray—a carrier onto whom the master unloads his physical and moral deformities so that he may go forward, erect and immaculate.

Chinua Achebe, *An Image of Africa*

Las brutales intervenciones a las que se someten los márgenes y periferias se ven legitimadas por la quimera siempre inalcanzable de su transformación, de su incorporación al centro. Quinientos años de permanente postergación no han logrado borrar esta promesa. La posibilidad de poder llegar a hacer parte del lado brillante del mundo colonial-moderno ha impedido reconocer la mutua interdependencia y complementariedad entre estos dos ámbitos equivalentes dentro de la misma lógica. La comparación de nuestra situación de desorden (nuestra “democracia en formación”) con la infancia de las instituciones políticas metropolitanas, tentación en la que caen recurrentemente muchos analistas, nos hace consolarnos con la idea de que estamos viviendo las etapas de caos y violencia necesarias que nos llevarán un día a lograr el orden y progreso que hoy despliegan las democracias avanzadas. Que estamos avanzando en el arduo camino de su construcción.

El ahondar en el mito de la Frontera revela inmediatamente la banalidad y la perversidad de esta convicción. En esta noción se traslapan dos registros. En primer plano, tras la idea de “periferia” (que designa no sólo las realidades problemáticas en el espacio nacional, sino también la realidad nacional en el concierto internacional) se esconde el continente de prácticas y artefactos discursivos asociado a la idea de lo salvaje. En el marco de la imaginación simbólica y geopolítica de la nación en Colombia, esta idea recubre todo un campo semántico que abarca desde selvas y baldíos hasta confines, fronteras y zonas

rojas, englobando el conjunto de significados que se sintetizaron en la noción de unos “territorios nacionales”. Este conjunto de significados materializa de diversos modos la oposición naturaleza-cultura, haciendo de lo salvaje, más que un concepto o una categoría, un verdadero dominio epistemológico, a través del cual se hace posible visualizar la forma en que la alteridad se produce espacialmente, a través de un proceso de estetización y de erotización de lo local, de lo territorial.

En un segundo plano, la nación y el Estado, así como el territorio y la soberanía, como proyectos “en construcción” o “en disputa”, donde se parte de que los límites de estos designios están marcados precisamente por la existencia de grupos, paisajes y territorios —salvajes— que aún no han sido alcanzados por su orden. Se considera que las fronteras y territorios salvajes son regiones atrasadas con respecto al resto del país y que su rezago se debe a su aislamiento en el momento en que el centro del país se integra económicamente, se moderniza y pasa de una estructura colonial de castas a una de clases, en particular, con el auge de la economía cafetera. Este aislamiento y la hostilidad del medio en las zonas periféricas tenían como consecuencia la escasez de mano de obra y las agrestes condiciones sociales que hacían de cualquier empresa en estas regiones algo increíblemente costoso. Sólo la locura visionaria de quienes, como el general Reyes o Julio César Arana, se embarcan en empresas descabelladas hace posibles las “avanzadas del progreso”. Por ello, el desarrollo en estas regiones se ha caracterizado por las economías de tipo extractivo. Es decir, que por sus condiciones geográficas, naturales y sociales, estas zonas han quedado condenadas y atrapadas en el sistema extractivo típico del siglo XIX.

A partir de esta idea, el problema se reduce a la ausencia del Estado, al hecho de que no se ejerce plenamente la soberanía. Esta ausencia ha mostrado ser, sin embargo, más que una expresión de la debilidad o de la disfuncionalidad del Estado (incapacidad, baja cobertura, corrupción, etcétera), la forma particular que ha caracterizado históricamente su acción frente al conjunto de realidades que ha sido considerado como fronteras internas: el país anclado en el pasado y en el desorden, que espera ser redimido por la llegada del progreso para poder así ingresar a la nación y hacer parte de la historia. El concebir las realidades fronterizas de manera autorreferencial, como externas a la nación, e

incluso como opuestas a ella, impide reconocerlas como producto de un mismo devenir, de un mismo contexto: ha contribuido a su reificación, al tiempo que oculta los procesos mediante los cuales se establecen y se decretan su diferencia y su separación. Por lo demás, desde la perspectiva de su relación con la periferia resulta inocultable que el proyecto nacional se ha visto reducido a su incorporación a la economía metropolitana, es decir, a los sistemas económicos y militares necesarios para garantizar la explotación intensiva y extensiva de sus poblaciones y paisajes.

El caso de la Sierra Nevada de Santa Marta es claramente ilustrativo. El macizo ha sido objeto de tres grandes avanzadas del progreso. Con cada una de ellas se ha venido incrementando y consolidando la presencia de diversas instituciones del Estado (el colonial, el “republicano” y el moderno), así como de otros agentes comprometidos con la puesta en marcha del proyecto nacional; se han establecido vías y frentes de penetración para posibilitar economías de extracción y explotación (lícitas e ilícitas) y se ha profundizado en las formas de normalización y pacificación de sus habitantes. Todos estos procesos se han dado acompañados de la formalización de modos particulares de conocimiento sobre el macizo y de transformaciones radicales en el paisaje a través de los cuales se ha consumado un proceso de recontextualización, que ha implicado modos particulares de violencia.⁴

La primera avanzada del progreso tiene lugar con la ocupación colonial, mediante el establecimiento de pueblos de indios y de haciendas en las cuencas medias y bajas del macizo, acompañando la extracción de productos como el palo brasil y otras maderas preciosas y de oro, así como el contrabando de productos como tabaco, esclavos, y el establecimiento de paisajes ganaderos para el montaje de hatos. En las *crónicas* se recogen datos etnográficos de los indígenas que están siendo sujetos a la catequización y al trabajo forzado. Este proceso se ve apuntalado con las campañas de redoblamiento de fines del siglo XVIII, en la vertiente suroccidental. La segunda avanzada del progreso se inicia a finales del siglo XIX, cuando se busca transformar las tierras altas de la Sierra en una nueva Suiza, para recibir inmigración extranjera, al tiempo que el

⁴ Para este breve recuento del proceso de articulación al proyecto nacional de la Sierra Nevada de Santa Marta me baso en mi trabajo “Historia del poblamiento de la Sierra Nevada”, 1992, que posteriormente profundicé como estudio de caso para mi tesis doctoral (inédito).

contrabando cobra cada vez más auge gracias a las guerras. Se introducen las primeras empresas agrícolas con las plantaciones de café en las cuencas medias y de banano en el piedemonte de la vertiente occidental, estas últimas tristemente recordadas gracias a la masacre de Ciénaga. Con los primeros censos y la introducción de los orfanatos misionales se consolidan nuevas formas de normalización y pacificación de los habitantes. Este proceso se da paralelamente con un auge de exploraciones geográficas (Reclus, Strieffler, Isaacs) y arqueológicas y etnográficas (que van de Mason a Reichel) que producen relatos de viaje y monografías en la vieja tradición de las geografías imperiales. Muchos de estos trabajos se orientan a servir de base para el montaje de experimentos utópicos o de programas de colonización y, evidentemente, el rescate de los mundos tradicionales que están en vías de desaparecer.

La última de las avanzadas se impulsa a comienzos de los setenta con la apertura de la Troncal del Caribe y de la red vial que circunda el macizo. Entran en escena la marihuana y el tráfico de guacas, actividades que atraen a un enorme contingente de colonos desplazados de otras regiones del país, así como a varias comunas de *hippies*. Ambos grupos establecen proyectos utópicos: los unos buscando la sabiduría ancestral indígena y la “energía del corazón del mundo”, y los otros, simplemente, un mundo donde poder vivir. Paralelamente con el incremento constante en los últimos veinticinco años de la presencia en el macizo de empresas privadas, organismos multilaterales, ONG, organizaciones y movimientos sociales, han aparecido y crecido los “actores armados”, las economías ilícitas se han multiplicado y diversificado, incrementándose notoriamente los niveles de conflicto y violencia, de desplazamiento y confinamiento, de pobreza y degradación ambiental. En las cuencas medias y altas del macizo predominaba, a mediados de los setenta, el paisaje indígena de bosques cultivados y jardines salvajes y el paisaje colono de la pequeña economía campesina basada en café y frutales. A comienzos del siglo XXI predomina el paisaje erosionado —característico de la explotación intensiva de vertientes basada en potreros y monocultivos— generado por la agroindustria de productos lícitos (café, ganado, maderas, entre otros) e ilícitos (cocaína, heroína y marihuana). La Sierra se vuelve, desde entonces, objeto de numerosos programas de rehabilitación y desarrollo, que se sustentan en cuantiosos diagnósticos y estudios regionales, impulsados en sus inicios por el Plan Nacional de Rehabilitación y la

Fundación Pro-Sierra. Se trata de un paquete completo: la expansión del frente de incorporación a la nación. La historia de la incorporación del que fuera el Territorio de la Nevada y Motilones pone de presente que la realidad de Frontera y su violencia son inherentes a la avanzada del frente de expansión nacional-metropolitano. Así, los territorios nacionales (a pesar de que este apelativo respondía más bien al efecto de la negación sarcástica) son tan nacionales como el país urbano y andino: ambos son producto de un mismo proyecto, aunque este proyecto esté, ciertamente, siempre en disputa y siempre en construcción.

Alteridad y resistencia

Quizá el rasgo más intrigante del vasto campo semántico de lo salvaje en el que confluye finalmente el conjunto de metáforas de la periferia y la Frontera, es el hecho de que en él se conjugan de manera permanente el infierno y el paraíso. Al tiempo que se ha desplazado allí el “eje del mal”, se tiene la certeza de que en los misteriosos mundos que se ubican todavía más allá de los márgenes de la civilización se encuentran las claves para nuestra salvación: al lado del agua y la biodiversidad, estos mundos encarnan, en fin, el principio de la relación sagrada con la naturaleza que Occidente perdió en algún momento de su historia. Esta relación sagrada debe ser salvada y preservada a toda costa, de la misma manera en que deben serlo los retazos de naturaleza prístina que esos mismos mundos han hecho posible. Ahora, después de haber colonizado los conocimientos tradicionales sobre la naturaleza, se pretende colonizar también su dimensión espiritual. Este lado amigable de la poética de lo salvaje no trasciende, sin embargo, el signo de la deshumanización; al contrario, lo encubre y lo profundiza. Entre un Otro reducido a ser recipiente de la suciedad, la miseria y la malasangre, convertido en masa disponible para el trabajo esclavo y la servidumbre, y un Otro vulnerable e inocente como un niño, depositario de saberes y tradiciones ancestrales que representan la idea de la relación primitiva y mágica con lo natural y sobrenatural (igualmente disponible para la normalización y la sujeción), no hay una diferencia de principio. En ambos casos ese Otro, deshumanizado, es visto como objeto que debe ser puesto al servicio de la creación, preservación o reconstrucción de órdenes ideales. El afán por recuperar estos ideales se ha convertido en una búsqueda que al mismo tiempo

subordina y destruye, pues este rescate es sólo un aspecto, quizá el más invisible, del intento de sometimiento de todo el planeta a la lógica racional del modo de producción moderno. Esta permanente fluctuación entre el horror y la fascinación cobra toda su dimensión en cuanto se revela como empresa de recontextualización, es decir, como empresa de apropiación, de posesión. Por medio de esta mutilación, las realidades “otras” se convierten en realidades de “frontera”. Se ven sujetas a la pulsión del *double bind*, enmarcadas en relatos de amor y odio, presas en el falso dilema de la salvación y el avasallamiento. Falso en cuanto que el acto central de dominación ha sido ya consumado en la negación de su continuidad histórica y geográfica, de su contexto.

No casualmente, la mirada imperial del visionario ha sido la que se ha privilegiado para interpretar la realidad de los márgenes, confines, baldíos y fronteras. El aventurero-visionario encarna la capacidad de mediación de Occidente: el es agente de su designio. Es por ello que en estas figuras se pueden leer los diferentes matices de esta empresa, y su carácter utópico. Representado en figuras como la del Fausto modernizador, en él convergen los catequizadores y reformadores, los buscadores de El Dorado, los caucheros y, quizá de manera menos obvia, quienes buscan preservar verdades y sabidurías ancestrales y llevar “ayuda y asistencia” a sus desposeídos depositarios. En él convergen Heródoto y el mismo Garcilaso de la Vega, en la medida en que se esfuerzan por reflejar una imagen del otro en la que a su vez se refleja el Otro ideal y utópico que constituye el objeto de su propia búsqueda. Es en virtud de la necesidad de encontrar salidas a la alarmante e implacable crisis civilizatoria que la fantasmagoría de lo salvaje se proyecta sobre el Otro y se ve apropiada, profesada y a veces, incluso, literalizada por éste como mecanismo de interpelación en el marco de esta extraña relación. Las culturas y sociedades que la experiencia colonial moderna ha producido como otras, se han travestido, convirtiéndose en identidades hiperreales,⁵ dispuestas para representar ideales que respondan a todo lo que nuestra sociedad quisiera que fuera coherente, a todo lo que se quisiera que fuera sagrado: tradición, equidad, transparencia, solidaridad comunitaria, arraigo a la madre tierra, laboriosidad e integridad. La ironía es que, al estar inscritas en el contexto del mercado moderno, estas identidades

⁵ Como las caracteriza Alcida Ramos, “The Hyperreal Indian”, 1994.

terminan reducidas a imágenes, a la magia de su fetichismo. En el marco lógico de su economía política no pueden ser sino simulacros. Se consuma así el acto fundacional de dominación que es el arrancar al Otro la propia historia y la propia significación. Arrancar incluso su derecho a constituir una realidad histórica. Este designio no ha dejado jamás de ser subvertido, transgredido y resistido. Ni ha dejado tampoco de subvertir a sus agentes.

Efectivamente, la tenacidad de las formas de vida locales y de sus culturas ha representado siempre una especie de inconsciente freudiano que no ha dejado de acechar al sistema colonial-moderno.⁶ La mera existencia de los grupos llamados tradicionales, locales, vernaculares, en fin, de los grupos que históricamente han vivido aprisionados en las regiones y lugares periféricos del planeta, ha puesto en evidencia que la expansión del progreso y el desarrollo (así como “la construcción de nación”) no es más que un efecto de *negación sarcástica* que acompaña la violencia del proyecto civilizatorio implícito en la articulación de una economía global. Al mismo tiempo, la demanda permanente de restauración de su dignidad hace evidente que si bien es cierto que estos grupos (locales, de clase, de mujeres, indígenas, de gais, minorías, incluso gremios) resisten de muchas maneras y, como muchos autores lo han señalado, resignifican y reinterpretan estas prácticas, también es cierto que se han visto históricamente forzados a organizarse para el intercambio mercantil y para las formas políticas que impone la lógica del Estado-nación, siempre desde una posición de marginalidad.

Resulta significativo que los proyectos dirigidos al empoderamiento (*empowerment*) de las comunidades, ni siquiera se proponen abordar los factores centrales de esa asimetría: ni la transformación de las estructuras de concentración de la riqueza, el capital y el acceso a las decisiones del Estado, ni la visión patriarcal que el Estado y la sociedad hegemónica tienen de los grupos marginales se contemplan como objetivos de los celebrados planes de desarrollo o de los recurrentes procesos participativos. Los doscientos años de políticas de integración, progreso, seguridad y desarrollo, que constituyen la *raison d'être* del Estado, han mantenido históricamente a estos grupos siempre en una

⁶ Parafraseo aquí a Ashish Nandy: “cultures have come to return, like Freud’s unconscious, to haunt the modern system of nation-states”. “State”, en *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, 1992, W. Sachs (ed.), p. 264.

posición de marginalidad. En la historia del Estado-nación esta relación no se ha visto siquiera resquebrajada. Quizá por ello, el más notorio impacto de las prácticas que se enmarcan en esta imaginación geopolítica, y donde radica su eficacia práctica y discursiva, ha sido justamente su capacidad para mantener históricamente la asimetría de esta condición subalterna. La capacidad de dominación de este proyecto se sustenta en la extraña tensión que surge entre su afán de incorporar a la totalidad de población en su lógica de producción, a través del consumo cultural, paralelamente con la configuración de una alteridad radical que deshumaniza a los grupos que ubica en los márgenes, condenándolos simultáneamente a la subalternidad y a la subversión. Se basa, en buena parte, en el hecho de que su forma particular de producir alteridad incorpora, estetizándolo, el impulso de resistencia. Así, *la alteridad se produce a la vez como resistencia*.

En otras palabras, la resistencia se ha convertido en uno de los signos esenciales y emblemáticos de la alteridad. Aparece como un rasgo que se origina en la imagen de una población deshumanizada y presocial, en el sentido de un “estado de naturaleza” en el sentido de Hobbes, y se representa atado a un conjunto de lugares específicos en el orden espacial que impone la imaginación geopolítica global. Se produce como una realidad de Frontera, como una realidad marginal y salvaje: al otro lado del espejo, en medio del juego de la doble inversión. En la invención de la tradición de los mundos de la Frontera se enfocan y examinan minuciosamente las expresiones de reacción, agresión, digresión, confrontación, negación, o incluso de silencio y ocultamiento de los grupos que se rehúsan a verse deshumanizados, a ser docilizados y avasallados, mostrándolos como tierras de nadie: como zonas de desorden e ilegalidad. La resistencia se incorpora así en los modos de ser característicos de las realidades periféricas y se convierte en su principio de inteligibilidad más importante. El escrutinio de las formas de resistencia, al tiempo que produce un efecto de realidad analítica, funciona como un eje de penetración. Su celebración, en este sentido, no ha dejado de tener efectos perversos. La centralidad de los relatos de resistencia, al formar parte de la dimensión esencial e instrumental de las identidades “otras”, sustenta el supuesto de que ésta constituye un comportamiento siempre presente y activo que las caracteriza como amenazantes y las convierte en blanco obvio para ser objeto de intervención. De esta manera, contribuye

a naturalizar la violencia de intervenciones de tipo militar, así como de las más brutales avanzadas del progreso. Al tiempo que justifica la necesidad de domar por la fuerza, se convierte en la condición de posibilidad de la puesta en marcha de la política del enclave. Su principal efecto es, quizá, que arranca de manera eficaz los argumentos y reivindicaciones de los movimientos sociales del ámbito político y los ubica en el campo de la irracionalidad.

El hecho de haber normalizado la existencia de estas zonas de tolerancia, y que la experiencia de quienes viven cotidianamente atrapados en ellas se vea de cierta manera banalizada, hacen que lo político no pueda entenderse aquí de una manera total y coherente, sino como un juego opaco y fantasmagórico donde se esgrimen esencialismos estratégicos. Así, en el movimiento de los campesinos cocaleros, al tiempo que se rechaza el estigma de la ilegalidad (que los reduce a ser “terroristas” o colaboradores de la guerrilla, y no se oyen sus voces sino las de los protagonistas de la guerra), se asume otra identidad negativa: la del carente; la del que Iván Illich ha llamado el *Homo miserabilis*. El movimiento u'wa retoma las banderas de la etnicidad, la tradición y la espiritualidad, encerrándose tras una máscara de esencialismos que lo amordaza y lo banaliza.⁷ En esta misma paradoja se ven encerradas muchas de las denuncias y las críticas más apasionadas del designio de la exclusión. La celebración permanente de la resistencia y la subversión se puede entender como lo que D. Harvey describe como un proceso de estetización de la política,⁸ es decir, como un proceso de mistificación, en el sentido de Marx, que controla y configura los espacios políticos en la imaginación, y, a través de la imaginación y de esta forma, oculta los mecanismos de dominación que definen cuáles son sus ámbitos legítimos. La resistencia se convierte así también en objeto del proceso de descontextualización, de desanclaje, que es el fundamento de la naturalización y estetización de las realidades de Frontera, de los mundos de la “brecha”.

Por lo demás, la celebración de la resistencia armada, el contrabando y las economías ilícitas se ha convertido en el factor de la criminalización de grupos enteros de personas y de regiones no únicamente en Colombia, sino en el mundo

⁷ Describo este proceso en detalle en mi artículo “ONG, indios y petróleo: el caso u'wa a través de los mapas del territorio en disputa”, 2003.

⁸ D. Harvey, *óp. cit.*, 1989, p. 110.

entero (se habla hoy de “semilleros de terrorismo global”, de “ejes del mal”), y de la legitimación de la intrusión violenta para imponer la integración a la economía moderna. Los mundos de Frontera están, sin duda, en el ojo del huracán de uno de los mercados globales más pujantes: el de la guerra, que genera enormes ganancias pues “in devastation there is opportunity”.⁹ La actual guerra global se entreteje a través de múltiples conflictos locales asociados a la expansión predatoria de la política del enclave que aparecen dispersos en los escenarios más diversos: la Amazonía, el golfo Pérsico, el África central...

El dilema se hace evidente en el hecho cada vez mas abrumador de que la resistencia no sólo se ha venido subsumiendo como uno de los elementos centrales de la producción de alteridad; se ha venido transformando, para ponerlo en los términos de Rita Laura Segato, en parte de la oferta emblemática global para la generación de identidades hiperreales, en motivo casi obligado del proceso de “auto-clasificación mecánica y objetivadora”.¹⁰ Se ha convertido de manera cada vez más radical en el vehículo mediador de las relaciones entre grupos sociales, en la medida en que marca contundentemente brechas, ejes del mal, territorios de miedo, geografías de terror. Lo que se señala aquí es la necesidad de desactivar este poderoso campo minado de mediaciones semánticas y epistemológicas y de imaginar nuevas formas de abordar “las artes de hacer” (según la fórmula de De Certeau)¹¹ de las gentes. Resulta crucial preguntarse, por lo menos, por la función social que ha cumplido el centrar la atención en los procesos de resistencia. Es decir, preguntarse si realmente el discurso crítico que ha buscado dar protagonismo a los procesos de resistencia ha funcionado como parte de un proceso para potenciarla, para romper las estructuras y formas de saber que ésta confronta, o si, por el contrario, este discurso ha hecho parte de esos mismos mecanismos de poder, que es lo que se sugiere aquí. Queda como una pregunta abierta.

⁹ “Hay oportunidades [de negocio] en la devastación”. Situación que aparece ampliamente ilustrada en el documental *The Corporation*, 2003, de M. Achbar, J. Abott y J. Bakan.

¹⁰ R. L. Segato, “Identidades políticas/alteridades históricas: una crítica a las certezas del pluralismo global”, 1999, p. 143.

¹¹ M. de Certeau, *The Practice of Everyday Life*, 1984.

Mi propuesta (que no deja de ser optimista) ha consistido en explorar una posible ventana: la que abre la capacidad de movilización subjetiva implícita en la experiencia etnográfica. Una de las certezas que quedan después de abordar este problema a partir del potencial crítico de la antropología es que resulta crucial recuperar el poder de la situación de margen. La desmistificación de los supuestos e hipótesis culturales que sustentan el proyecto nacional hace imposible sostener el espejismo de la seguridad y el orden que impulsa el Estado en su afán de ser cada vez más moderno, así como engañarse con la ficción de la neutralidad, la ingenuidad y la transparencia de sus propuestas técnicas de desarrollo y democracia. Desde la perspectiva de la relación que establece con sus periferias, este proyecto aparece “naturalmente” deconstruido, se revela como ficción. Se da así un proceso de “aculturación inversa” que es diferente de la que Fernando Ortiz llama “transculturación”, en la medida en que, además de un flujo y un intercambio de elementos de una realidad a la otra, lo que se da aquí es un cuestionamiento de los fundamentos del propio orden. Ello constituye el meollo de la experiencia del margen.

Índice de figuras y mapas

Figuras

FIG. 1.	“América” Grabado de Theodor Galle, según el dibujo de Jan van der Straet (Stradamus), ca. 1580	89
FIG. 2.	“Cuadro de la geografía de las plantas equinocciales: tableau physique des Andes et pays voisins, dresé sur les observations et mesures faits sur les lieux en 1799-1803”, Alexandre von Humboldt, 1805, publicado en el <i>Semanario del Nuevo Reyno de Granada</i> , 1849	91
FIG. 3.	“Falls of Eternal Despair” (anónimo), 1895	93
FIG. 4a.	“Nivelación de treinta especies de plantas puestas sobre la vista occidental del Ymbabura, montaña en las cercanías de Ibarra”, Francisco José de Caldas, 1803	95
FIG. 4b.	“Géographie des plantes près de l’Ecuateur”, Alexandre von Humboldt, 1804	96
FIG. 5.	“Siembra en caracol, Sibundoy”, Margarita Serje, basado en Loraine Vollmer, “Etnobotánica y agricultura en el Alto Putumayo”, 1997	102
FIG. 6.	“Vista del volcán de Cayambe”, Alexandre von Humboldt, <i>Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l’Amérique</i> , 1816	110
FIG. 7a.	“Los puentes naturales de Icononzo”, Alexandre von Humboldt, <i>Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l’Amérique</i> , 1816	112

- FIG. 7b. “Ponts naturels d’Icononzo”, Cesar Samin, *L’Univers ou description de tous les peuples, de leurs religions, mœurs, coutumes, industries etc: Histoire des Indes Orientales anciennes et modernes*, 1840 113
- FIG. 8. “Coutumes, Colombie” Cesar Samin, *L’Univers ou description de tous les peuples, de leurs religions, mœurs, coutumes, industries etc: Histoire des Indes Orientales anciennes et modernes*, 1840 120
- FIG. 9. “Balboa suelta los perros a los indios que habían cometido el horrible pecado de la sodomía para que los descuarticen”, Johann Théodore de Bry, *Historia Americae sive novi orbis*, imagen 22, libro tercero, 1593 180
- FIG. 10. Portada del libro *Selva adentro*, Alfredo Molano, 1987 199
- FIG. 11. “El paso del Quindío”, Alexandre von Humboldt, *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l’Amérique*, 1816 253
- FIG. 12. Sin título. Auguste Le Moyne, ca. 1828, *Voyages et séjours dans l’Amérique du Sud, la Nouvelle Grenade, Santiago de Cuba, la Jamaïque et l’Isthme de Panama par le Chevalier A. Le Moyne, ancien ministre plénipotentiaire*, 1880 256

Mapas

- Mapa 1. “Los territorios salvajes de la administración misional”, Víctor Daniel Bonilla, *Siervos de Dios y amos de indios*, 1969 17
- Mapa 2. Colombia: ubicación de las localidades mencionadas en el texto, Fernando Salazar, 2002 75
- Mapa 3. “Territorio del clan Cobaría dibujado por Luceli, Sierra Nevada del Cocuy”, publicado en Berichá-Esperanza Aguablanca, *Tengo los pies en la cabeza*, 1992 99
- Mapa 4. “Plan geográfico del virreynato de Santafé de Bogotá, Nuevo Reyno de Granada, que manifiesta su demarcación territorial, islas, ríos principales, provincias y plazas de armas”, 1772 142
- Mapa 5. “Carta de la república de Colombia dividida en departamentos”, Agustín Codazzi, *Atlas físico y político de la republica de Venezuela dedicado por su autor, el Coronel de Ingenieros Agustín Codazzi al congreso constituyente de 1830, Caracas 1840* 143

Bibliografía *

Adorno, Theodor W.

- 2002 “Le plus léger avec le plus profond (Quasi una fantasia)”, en *Carmen*, Opéra National de Paris, pp. 87-91.

Adorno, Theodor W. y Horkheimer, Max

- 2001 *La dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta S. A. [1944].

Aguirre Beltrán, Gonzalo

- 1967 *Las regiones de refugio: el desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizo-América*. México: Instituto Nacional Indigenista.

Agrawal, Arjun

- 2002 “Indigenous Knowledge and the Politics of Classification”, *International Social Science Journal*, núm. 173, pp. 287-297.

Almario, Gustavo

- 1984 *Historia de los trabajadores petroleros*. Bogotá: Cedetrabajo.

Alpers, Svetlana

- 1987 *El arte de describir: el arte holandés en el siglo XVII*. Madrid: Hermann Blume [1983].

Anderson, Benedict

- 1991 *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Colonialism*. Londres: Verso.

* No se incluyen aquí las referencias de las obras que aparecen en el anexo “Bibliografía sobre estudios regionales en Colombia”.

Annino, Antonio

- 1994 "Soberanías en lucha", en *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*. Zaragoza: Ibercaja.

Arendt, Hannah

- 1982 *L'Imperialisme: les origines du totalitarisme*. París: Fayard [1951].

Ariés, Philippe

- 1960 *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Regime*. París: Plon.

Balandier, Georges

- 1994 *Le Pouvoir sur Scènes*. Collection Fondements. París: Balland [c. 1992].

Balibar, Etienne

- 1991 "The Nation Form: History and Ideology", en *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*. E. Balibar e I. Wallerstein. Nueva York: Verso, pp. 86-106.

Barthes, Roland

- 1970 *Mythologies*. París: Editions du Seuil [1957].

Bartra, Roger

- 1992 *El salvaje en el espejo*. México: Era.

Bataille, Georges

- 1957 *L'Erotisme*. París: Éditions de Minuit.
1970 *Le problème de l'Etat et la structure du fascisme*. París: Gallimard.

Bateson, Gregory

- 1973 *Steps Towards an Ecology of Mind: Collected Essays in Anthropology, Psychiatry, Evolution and Epistemology*. St Albans: Paladin.

Baudelaire, Charles

- 1994 *Poemas en prosa*. Bogotá: El Áncora.

Berlin, Isaiah

- 2000 *Las raíces del romanticismo*, H. Hardy (ed.). Madrid: Taurus. [1965]

Berman, Marshall

- 1983 *All that is Solid Melts into Air: The Experience of Modernity*. Londres: Verso.

Bolaños, Álvaro Félix

- 1994 *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios pijaos de fray Pedro Simón*. Bogotá: Cerec.

Bonte, Pierre e Izard, Michel (dirs.)

- 1991 *Dictionnaire de l'Ethnologie et l'Anthropologie*. París: PUF.

Borsi, Franco

1997 *Architecture et Utopie*. París: Hazan.

Bourdieu, Pierre

1980 "Le Nord et le Midi: Contribution à une analyse de l'effet Montesquieu", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* [París], núm. 35 (L'Identité), pp. 21-25.

1998 *On Television*, Nueva York: The New Press.

Buci-Glucksmann, Christine

1986 *La folie du voir : De l'esthétique baroque*. París: Galilée.

1996 *L'œil cartographique de l'Art*, París: Galilée.

Buck-Morss, Susan

1995 "Envisioning Capital: Political Economy on Display", en *Visual Display: Culture beyond Appearances*. L. Cooke y P. Wollen (eds.), Dia Center for Contemporary Culture, núm. 10, Nueva York: The New Press.

Burke, Edmund

1990 *A Philosophical Enquiry into the Origin of Our Ideas of the Sublime and the Beautiful*. Oxford: Oxford University Press [1757].

Cabrera, Gabriel, Mahecha, Dany y Franky, Carlos

1999 *Los Nukak: nómadas de la Amazonia colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Fundación GAIA.

Caillavet, Chantal y Pachón, Ximena

1996 *Frontera y poblamiento: estudios historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Bogotá: IFEA, Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas-Universidad de los Andes.

Carpentier, Alejo

2002 *Los pasos perdidos*. Bogotá: Biblioteca El Tiempo [1954].

Carrera Damas, Germán

1983 "Sobre la cuestión regional y el proyecto nacional venezolano en la mitad del siglo XIX", en *La unidad nacional en América Latina: del regionalismo hacia la nacionalidad*. M. Palacios (comp.). México: Colegio de México, pp. 11-19.

Carrizosa, Julio

2001 "Vías de comunicación y cobertura arbórea en la historia ambiental de Colombia", en *Naturaleza en disputa: ensayos de historia ambiental de Colombia, 1850-1995*. G. Palacio (ed.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Casement, Robert

1985 *Putumayo, caucho y sangre: relación al Parlamento inglés. 1911*. Quito: Abya-Yala.

Castrillón Arboleda, Diego

1942 *José Tombé*. Bogotá: Editorial Antena.

Castro Caycedo, Germán

1998 *Perdido en el Amazonas*. Bogotá: Planeta.

Castro Gómez, Santiago

2000 "Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la 'invención del otro'", en *La colonialidad del saber. Etnocentrismo y ciencias sociales: perspectivas latinoamericanas*. Edgardo Lander (comp.). Quito: Flacso-Unesco.

Chapman, William Ryan

1985 "Arranging Ethnology: A.H.L.F. Pitt Rivers and the Typological Tradition", en *Objects and Others. History of Anthropology*, Vol. 3, Stocking, G. W. (ed.). Madison: University of Wisconsin Press, pp. 15-48.

Chatterjee, Partha

1993 *The Nation and its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*. Princeton: Princeton University Press.

Chaudry, Kiren Aziz

1997 *The Price of Wealth: Economies and Institutions in the Middle East*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.

Christaller, Walter

1966 *Central Places in Modern Germany*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice Hall [1933].

Clifford, James

1987 *Maurice Leenhardt : personne et mythe en Nouvelle Calédonie*. París: Cahiers Gradiva, Jean Michel Place.

1988 *The Predicament of Culture: Twentieth Century Ethnography, Literature and Art*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.

Colmenares, Germán (comp.)

1969 *Las haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada, S. XVIII*. Bogotá: Banco Popular.

1989 *Relaciones e informes de los gobernantes de Nueva Granada*. Dos vols. Bogotá: Banco Popular.

Comaroff, Jean y Comaroff, John

- 1991 *Of Revelation and Revolution: Christianity, Colonialism, and Consciousness in South Africa*. Chicago: University of Chicago Press.

Conrad, Joseph

- 1971 *Heart of Darkness*. Nueva York: Norton [1899].

Conte, E.

- 1991 "Aires Culturelles", en *Dictionnaire de l'Ethnologie et l'Anthropologie*. París: PUF.

Cook, Bill y Kothari, Uma (eds.)

- 2002 *Participation: The New Tyranny?* Nueva York: Zed Books.

Cronon, William

- 1992 *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*. Nueva York-Londres: W. W. Norton.

Crosby, Alfred

- 1988 *Imperialismo ecológico: la expansión de Europa, 900-1900*. Barcelona: Editorial Crítica [1986].

Cubides, Fernando

- 1999 "Connotaciones metodológicas", en *Ciencias Sociales en la Amazonia Colombiana*. Bogotá: Comisión Regional de Ciencia y Tecnología de la Amazonia.

Dalla Bernardina, Sergio

- 1996 *L'Utopie de la Nature*. París: Imago.

Davies, Mike

- 1998 *Ecology of Fear: Los Angeles and the Imagination of Disaster*. Nueva York: H. Holt.

Deas, Malcolm

- 1993 *Del poder y la gramática*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

De Bry, Johann Théodore

- 1634 *Historia Americae sive novi orbis*. Fráncfort: Merianus [1590-1634].

De Certeau, Michel.

- 1984 *The Practice of Everyday Life*. Berkeley: University of California Press.

Debord, Guy

- 1992 *La société du spectacle*. París: Gallimard [1967].

Défert, Daniel

- 1982 "The Collection of the World: Accounts of Voyages from the XVII to XVIII Centuries", *Dialectical Anthropology*, 7, pp. 11-20.

De la Pedraja, René

- 1993 *Petróleo, electricidad, carbón y política en Colombia*. Bogotá: El Áncora.

De las Casas, Bartolomé, fray

- 1977 *Brevísima relación de la destrucción de Indias*. Madrid: Fundación Universitaria Española [1533].

DeMause, Lloyd

- 1982 "The Evolution of Childhood", en *Foundations of Psychohistory*. Nueva York: Creative Roots Inc., pp. 1-83.

De Oviedo, Vicente, fray

- 1990 *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada*. Bucaramanga: Colección Memoria Regional Gobernación de Santander [1761].

Descola, Philippe

- 1985 "De l'Indien Naturalisé à l'Indien Naturaliste: Sociétés amazoniennes sous le regard d'occident", en *Protection de la nature : Histoire et idéologie, De la nature à l'environnement*. A. Cadoret (ed.), París: L'Harmattan, pp. 221-235.
1986 *La Nature Domestique*. París: MSH.

Dilley, Roy (ed.)

- 1999 *The Problem of Context*. Nueva York-Oxford: Bergham Books.

Douglas, Mary

- 1966 *Purity and Danger: An Analysis of Concepts of Pollution and Taboo*. Londres: Routledge and Paul Kegan.

Drouin, Jean-Marc

- 1993 *L'Ecologie et son histoire: Réinventer la nature*. París: Champs-Flammarion.

Duchet, Michèle

- 1985 *Le partage des savoirs: Discours historique, discours ethnologique*. París: La Découverte.

Duchet, Michèle, et ál.

- 1998 *L'Amérique de Théodore de Bry: Une collection de voyages protestante du XVIe siècle*. París: Éditions du CNRS.

Duranti, Alessandro y Goodwin, Charles (eds.)

- 1992 *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*. (Studies in the Social and Cultural Foundations of Language). Cambridge: Cambridge University Press.

Eden, Michael J., Bray, Warwick, Herrera, Leonor y McEwan, Colin

- 1984 "Terra Preta Soils and Their Archaeological Context in the Caqueta Basin of Southeast Colombia", *American Antiquity*, vol. 49, núm. 1 (enero), pp. 125-140.

Eliade, Mircea

- 1967 *Le sacré et le profane*. París: Gallimard [1956].

Escobar, Arturo

- 1995 *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.
- 2003 "Displacement, Development and Modernity in the Colombian Pacific", *International Social Science Journal*, núm. 175.

Fabian, Johannes

- 1983 *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*. Nueva York: Columbia University Press.

Fanon, Franz

- 1963 *Les damnés de la terre*. París: Maspero.

Febvre, Lucien

- 1973 "Civilization: Evolution of a Word and a Group of Ideas" [1930], en *A New Kind of History from the Writings of Febvre*. P. Burke (ed.). Londres: Routledge and Keagan.

Ferguson, James

- 1994 *The Anti-politics Machine: 'Development', Depolitization and Bureaucratic Power in Lesotho*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Foucault, Michel

- 1966 *Les mots et les choses: Une archéologie des sciences humaines*. París: Gallimard.
- 1973 "Les meurtres qu'on raconte", en *Moi Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma sœur et mon frère... Un cas de parricide au XIXe siècle*. Michel Foucault et ál. París: Gallimard, pp. 321-324.
- 1979 *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Nueva York: Vintage Books [1975].
- 1991 "Governmentality", en *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*. G. Burchell, C. Graham y P. Miller (eds.), pp. 87-104 [1978].
- 1997 "Of Other Spaces: Utopias and Heterotopias", en *Rethinking Architecture*. N. Leach (ed.). Londres: Routledge, pp. 350-637 [1984].

Freire, Paulo

1970 *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Tierra Nueva.

Frye, Northrop

1965 *The Return of Eden: Five Essays on Milton's Epics*. Toronto: University of Toronto Press.

Galeano, Eduardo

1996 *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI [1971].

García Márquez, Gabriel

1982 *Cien años de soledad*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.

1975 *El otoño del patriarca*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.

2003 *La hojarasca*. Barcelona: Contemporánea de Bolsillo.

Geertz, Clifford

1973 *The Interpretation of Cultures*. Nueva York: Basic Books.

Geisler, Charles

2003 "Expulsiones del paraíso terrenal: un nuevo tipo de problema", *International Social Science Journal*, 175, (Spanish Language Edition), pp. 30-42.

Gellert, Paul K. y D. Lynch, Barbara

2003 "Megaprojects as Biophysical and Social Displacement", *International Social Science Journal*, núm. 175 (marzo):15-25.

Georges, Jean

1994 *Voyages en Utopie*. París: Découvertes Gallimard.

Gerbi, Antonello

1973 *The Dispute of the New World: The History of a Polemic*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press [1955].

1985 *Nature in the New World*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press [1975].

Giddens, Anthony

1994 *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid: Alianza Editorial [1990].

Glacken, Clarence

1996 *Huellas en la playa de Rodas: naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII*. Barcelona: Ediciones del Serbal [1967].

Goffman, Erving

1973 *La mise en scène de la vie quotidienne* (dos vols.). París: Minuit.

1974 *Frame Analysis: An Essay in the Organization of Experience*. Nueva York: Harper and Row.

Gómez Buendía, Hernando (comp.)

1999 *¿Para dónde va Colombia? Un coloquio abierto*. Bogotá: Tercer Mundo.

González, Beatriz

2000 "La escuela de Humboldt: los pintores viajeros y la nueva concepción del paisaje", *Revista Credencial Historia* (Bogotá), núm. 122.

González Casanova, Pablo

1965 "Internal Colonialism and National Development", *Studies in Comparative International Development*, vol. 1, núm. 4, pp. 27-37.

Gramsci, Antonio

1992 *Prison Notebooks*. Nueva York: Columbia Press. [1944]

Gumperz, John J.

1999 *Discourse Strategies: Studies in Interactional Sociolinguistics*. Cambridge: Cambridge University Press [1982].

Gupta, Akhil

1995 "Blurred Boundaries: The Discourse of Corruption, the Culture of Politics and the Imagined State", *American Ethnologist*, vol. 22, núm. 2, pp. 375-402.

Gupta, Akhil y Ferguson, James

2002 "Spatializing States: Toward an Ethnography of Neoliberal Governmentality", *American Ethnologist*, vol. 29, núm. 4, pp. 375-402.

Gutiérrez de Pineda, Virginia

1975 *Familia y cultura en Colombia*. Bogotá: Colcultura-Biblioteca Básica Colombiana.

Haas, Peter M.

1989 "Do Regimes Matter?: Epistemic Communities and Mediterranean Pollution Control", *International Organisation*, vol. 43, núm. 3, pp. 377-401.

Habermas, Jürgen

1988 *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Editorial Tecnos.

Hardt, Michael y Negri, Antonio

2001 *Empire*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Harley, John B.

1989 "Deconstructing the Map", *Cartographica*, vol. 26, núm. 2, pp. 1-20.

Harrison, Robert P.

1992 *Forêts : Essai sur l'imaginaire occidental*. París: Flammarion.

Hartog François

- 1991 *Le miroir d'Hérodote : Essai sur la représentation de l'autre*. París: Gallimard [1980].

Harvey, David

- 1989 *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford: Blackwell.

Hennessy, Alistair

- 1978 *The Frontier in Latin American History*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Hobart, Mark

- 1999 "As They Like It: Overinterpretation and Hyporeality in Bali", en *The Problem of Context*. R. Dilley (ed.). Nueva York-Oxford: Berghahn Books, pp. 105-144.

Holston, James.

- 1989 *The Modernist City: An Anthropological Critique of Brasilia*. Chicago: Chicago University Press.

Illich, Ivan

- 1970 *Celebration of Awareness: A Call for Institutional Revolution*. Garden City, Nueva York: Doubleday.

Jahoda, Gustav

- 2001 *Images of Savages: Ancient Roots of Modern Prejudice in Western Culture*. Londres: Routledge.

Jaramillo Arango, Rafael

- 1934 *Barrancabermeja*. Bogotá: ESB.

Jay, Martin

- 1994 *Downcast Eyes: The Denigration of Vision in Twentieth Century French Thought*. Berkeley: University of California Press.

Jomini, Antoine-Henri

- 1977 *Précis de l'Art de la Guerre ou nouveau tableau analytique des principales combinaisons de la stratégie, de la grande tactique et de la politique militaire*. París: Champ Libre-Gérard Lebovia [1855].

Kalmanovitz, Salomón

- 1985 *Economía y Nación: una breve historia de Colombia*. Bogotá: Siglo XXI.
1986 *El desarrollo tardío del capitalismo: un enfoque crítico de la teoría de la dependencia*. Bogotá: Siglo XXI.

Karl, Terry Lynn

1997 *The Paradox of Plenty: Oil Booms and Petro-States*. Berkeley: University of California Press.

1999 "The Perils of the Petro-State: Reflections on the Paradox of Plenty", *Journal of International Affaires*, vol. 53, núm. 1.

Kendon, Adam

1997 "The Negociation of Context in Face to Face Interaction", en *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*. A. Duranti y Ch. Goodwin, (eds.). Cambridge: Cambridge University Press, pp. 335-359.

Klor de Alva, Jorge

1992 "Colonialism and Post Colonialism as (Latin) American Mirages", *Colonial Latin American Review*, 1-2, pp. 3-24.

Lal, Deepak

1985 *The Poverty of "Development Economics"*. Londres: Institute of Economic Affaires

Lakoff, George y Johnson, Mark

1980 *Metaphors We Live By*. Chicago: The University of Chicago Press.

Langebaek, Carl

1985 "Tres formas de acceso a productos en territorios de los cacicazgos sujetos al Cocuy, siglo XVI", *Boletín del Museo del Oro* (Bogotá), núm.18, pp. 29-45.

1998 "Los Andes y el Oriente: un caso de construcción colonial en los Andes del norte de Colombia", en *Intercambio y comercio entre costa, Andes y selva: arqueología y etnohistoria de Suramérica*, Felipe Cárdenas y Támara. L. Bray (eds.). Bogotá: Ediciones Uniandes.

2000 *Por los caminos del piedemonte: una historia de las comunicaciones entre los Andes Orientales y los Llanos, siglos XVI a XIX*. Bogotá: Ediciones Uniandes.

Latour, Bruno y Woolgar, Steven

1988 *La vie de laboratoire: La production des faits scientifiques*. París: La Découverte.

Leenhardt, Jacques

1973 *Lecture Politique du Roman: La Jalousie d'Alain Robbe-Grillet*. París: Editions de Minuit.

Leenhardt, Maurice

1937 *Do Kamo: La personne et le mythe dans le monde mélanésien*. París: Gallimard.

Lenclud, Gérard

- 1992 "Le grand partage ou la tentation ethnologique", en *Vers une ethnologie du présent*, bajo la dirección de Gérard Althabe, Daniel Fabre y Gérard Lenclud. París: MSH, pp. 9-37.

Lévi-Strauss, Claude

- 1973a "Les discontinuités culturelles et le développement économique et social I", en *Anthropologie Structurale Deux*. París: Plon, pp. 365-376.
 1973b "Race et Histoire", en *Anthropologie structurale deux*. París: Plon, pp. 376-423.

Lockhart, James y Schwartz, Stewart B.

- 1983 *Early Latin America. A History of Colonial Spanish America and Brazil*. Cambridge: Cambridge University Press.

MacKinnon, Catherine

- 1989 *Towards a Feminist Theory of the State*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Macpherson, Crawford B.

- 1962 *The Political Theory of Possessive Individualism*. Oxford: Oxford University Press.

Malinowski, Bronislaw

- 1935 *Coral Gardens and Their Magic: A Study of the Methods of Tilling the Soil and of Agricultural Rites in the Trobriand Islands*. Londres: Allen and Unwin.
 1938 "The Problem of Meaning in Primitive Languages", en *The Meaning of Meaning: A Study of the Influence of Language upon Thought and on the Science of Symbolism* (with Supplementary Essays by B. Malinowski and F. G. Crookshank). C.K. Ogden, I.A. Richards. Nueva York: Hartcourt Brace [1923].
 1961 *Argonauts of the Western Pacific: An Account of Native Enterprise and Adventure in the Archipelagoes of Melanesian New Guinea*. Nueva York: E.P. Dutton [1922].

Manuel Frank E. y Manuel, Fritzie P.

- 1979 *Utopian Thought in the Western World*. Cambridge, Mass.: Belknap Press.

Marx, Karl

- 1974 *El capital: crítica de la economía política*. México: Fondo de Cultura Económica [1867].

Mauss, Marcel

- 1923 "Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés primitives", *l'Année Sociologique, seconde série, 1923-1924*.

Meisel, Adolfo

- 1988 "Esclavitud, mestizaje y haciendas en la provincia de Cartagena: 1533-1851", en *El Caribe colombiano: selección de textos históricos*. Gustavo Bell (comp.). Barranquilla: Ediciones Uninorte.

Mignolo, Walter

- 2000 *Local Histories/Global Designs, Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press.

Mitchell, Timothy

- 1988 *Colonizing Egypt*. Cambridge: Cambridge University Press.

Mitchell, W.J. Thomas

- 1986 *Iconology: Image, Text, Ideology*. Chicago: Chicago University Press.

Montrose, Louise

- 1993 "The Work of Gender in the Discourse of Discovery", en *New World Encounters*. S. Greenblatt (ed.). Berkeley: University of California Press.

Mudimbe, Valentin

- 1994 *The Idea of Africa*. Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press-Londres: James Currey.

Múnera, Alfonso

- 1996 "El Caribe colombiano en la República andina: identidad y autonomía política en el siglo XIX", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XXXIII, núm. 41.

Murra, John

- 1975 "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas", en *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 59-117.

Nietzsche, Friedrich

- 2002 "Une musique méditerranéenne (Le cas Wagner)", en *Carmen*. Opéra National de Paris, pp. 84-85.

Ocampo, José Antonio

- 1984 *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*. Bogotá: Siglo XXI.

Orwell, George

- 1979 *Nineteen Eighty-Four*. Londres: Penguin Books.

Osborn, Ann

- 1995 *Las cuatro estaciones: mitología y estructura social entre los U'wa*, Bogotá: Banco de la República, Museo del Oro.

Otto, Rudolf

- 2001 *Le sacré. L'élément non rationnel dans l'idée du divin et sa relation avec le rationnel*. París: Éditions Payot [1917].

Palacios, Marco

- 2000 *De populistas, mandarines y violencias*. Bogotá: Planeta.

Padgen, Anthony

- 1982 *The Fall of Natural Man*. Cambridge: Cambridge University Press.
1993 *European Encounters with the New World*. New Haven: Yale University Press.

Pedraza, Zandra

- 1997 "El debate eugenésico: una visión de la modernidad en Colombia", *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. IX, núm. 9 (1-2), pp. 115-160.

Pineda Camacho, Roberto

- 1984 "La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano, 1850-1950", en *Cien años de investigación social en Colombia*. N. de Friedemann y J. Arocha (eds.), Bogotá: Ethnos.

Polanyi, Karl

- 2001 *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press [1944].

Politis, Gustavo

- 1996 *Nukak*. Bogotá: Ediciones Instituto Sinchi.

Pratt, Marie Louise

- 1992 *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Londres: Routledge.

Quijano, Aníbal

- 1997 "Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina", en *Pensar en los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. S. Castro, O. Guardiola y C. Millán (eds.). Bogotá: CEJA, 1999, pp. 99-110.

Rabinow, Paul

- 1989 *French Modern: Norms and Forms of the Social Environment*. Cambridge Mass.: MIT Press.

Rahnema, Mahid y Bawtree, Victoria (eds.)

- 1999 *The Post-development Reader*. Londres: Zed Books.

Rama, Ángel

- 1984 *La ciudad letrada*. Hannover, Nuevo Hampshire: Ediciones del Norte.

Ramos, Alcida

1994 "The Hyperreal Indian", *Critique of Anthropology*, vol. 14, núm. 2, pp. 153-71.

Reis, Elisa P.

1988 "O Estado Nacional como Ideologia: O caso Brasileiro", *Estudios Historicos* (Río de Janeiro), vol.1, núm. 2, pp. 187-203.

Reynal, Guillaume-Thomas

1776 *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes*, vol. 2, La Haya: Gosse Fils.

Rival, Laura

1998 "Domestication as an Historical and Symbolic Process: Wild Gardens and Cultivated Forests in the Ecuadorian Amazon", en *Advances in Historical Ecology*. W. Balée (ed.). Nueva York: Columbia University Press, pp. 232-252.

Rivera, Alberto

1990 "El desarrollo como una manera de construir la realidad", en *La Guajira: de la memoria al porvenir. Una visión antropológica*. Gerardo Ardila (ed.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Rivera, José Eustasio

1997 *La vorágine*. Bogotá: Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República [1924].

Roger, Alain

1997 *Court traité du paysage*. París: Gallimard.

Rojas, Cristina

2001 *Civilization and Violence: Regimes of Representation in Nineteenth Century Colombia*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Rousseau, Jean-Jacques

1996 *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*. París: La Découverte [1754].

Sachs, Wolfgang (ed.)

1992 *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*. Londres: Zed.

Safford, Frank

1976 *The Ideal of the Practical: Colombia's Struggle to Form a Technical Elite*. Austin: University of Texas Press.

1991 "Race, Integration and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia, 1750-1870", *Hispanic American Review*, 71, núm.1.

Said, Edward

1979 *Orientalism*. Nueva York: Vintage Books.

Samper Ortega, Daniel

1936 *La obsesión*. Bogotá: Editorial Minerva.

Sánchez, Efraín

1999 *Gobierno y Geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica en la Nueva Granada*. Bogotá: Banco de la República.

Sargent, Lyman Tower y Schaer, Roland (bajo la dirección de)

2000 *Utopie: La quête de la société idéale en Occident*. París: BNF-Fayard.

Sayre, Gordon M.

1997 *Les Sauvages Américains: Representations of Native Americans in French and English Colonial Literature*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Scharfstein, Ben-Ami

1989 *The Dilemma of Context*. Nueva York and Londres: New York University Press.

Schumacher, Ernst F.

1973 *Small is Beautiful: A Study of Economics as if People Mattered*. Londres: Blond and Briggs.

Schwartzberg, Roger-Gérard

1977 *L'État spectacle: essai sur et contre le star system en politique*. París: Flammarion.

Scott, James C.

1990 *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press.

1998 *Seeing like a State*. New Haven: Yale University Press.

Segalen, Victor

1985 *Trahison fidèle: correspondance 1907-1918*. París: Éditions du Seuil.

Segato, Rita Laura

1999 "Identidades políticas/alteridades históricas: una crítica a las certezas del pluralismo global", *Maguaré*, núm. 14, pp. 114-147.

Sen, Amartya

2000 *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.

Serje, Margarita

1984 *Organización urbana en Ciudad Perdida*. Bogotá: Escala, Cuadernos de Arquitectura núm. 9.

- 1987 "Arquitectura y urbanismo en la cultura Tairona", *Boletín del Museo del Oro*, núm. 19, pp. 87-96.
- 2003 "ONG, indios y petróleo: el caso U'wa a través de los mapas del territorio en disputa", *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 32 (1), pp. 101-131.
- Serje, Margarita, Pineda Camacho, Roberto y Suaza, María Cristina (eds.)
2002 *Palabras para desarmar. Una aproximación crítica al vocabulario del reconocimiento cultural en Colombia*. Bogotá: ICANH-Ministerio de Cultura.
- Shapin Steven y Schaffer, Simon
1993 *Léviathan et la pompe à air. Hobbes et Boyle entre science et politique*. París: La Découverte.
- Simón, Pedro fray
1981 *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias occidentales*, J. Friede (comp.). Bogotá: Biblioteca del Banco Popular [1627].
- Stewart, Susan A.
1984 *On Longing: Narratives of the Miniature, the Gigantic, the Souvenir, the Collection*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Stocking, George Ward
1985 *Objects and Others*. History of Anthropology, vol. 3, Madison: University of Wisconsin Press.
- Stoeltje, Beverly J.
1987 "Making the Frontier Myth: Folklore Process in Modern Nation", *Western Folklore*, núm. 46, pp. 235-253.
- Strathern, Marylin
1987 "Out of Context: The Persuasive Fictions of Anthropology", *Current Anthropology*, vol. 28, núm, 3, pp. 251-281.
1995 *Shifting Contexts: Transformations in Anthropological Knowledge*. Londres: Routledge.
- Subirats, Eduardo
1994 *El continente vacío: la conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*. México: Siglo XXI.
- Tabakowska, Elzbieta
1999 "New Paradigm Thinking in Linguistics: Meaning is the Context", en *The Problem of Context*. R. Dilley (ed.). Nueva York-Oxford: Berghahn Books.

Taussig, Michael

1980 *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. Chapel Hill: UNC Press.

1987 *Shamanism, Colonialism and the Wild Man: A Study in Terror and Healing*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

1992 *The Nervous System*. Londres and Nueva York: Routledge.

Thomas, Nicholas

1996 *Out of Time: History and Evolution in Anthropological Discourse*. Ann Arbor: University of Michigan Press

Thongchai, Winichakul

1994 *Siam Mapped: A History of the Geo-body of a Nation*. Honolulu: University of Hawaii Press.

Tilly, Charles.

1978 *From Mobilization to Revolution*. Reading, Mass.: Addison Wesley Pub. Co.

Tuan, Yi-Fu

1979 *Landscapes of Fear*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Tully, James

1995 *Strange Multiplicity: Constitutionalism in an Age of Diversity*. Cambridge: Cambridge University Press.

Turner, Frederick Jackson

1962 *The Frontier in American History*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston [1920].

Ulloa, Astrid

2001 "El nativo ecológico: movimientos indígenas y medio ambiente en Colombia", en *Movimientos sociales, estado y democracia en Colombia*. Archila, M. y Pardo, M. (eds.), pp. 286-320. Bogotá: CES/Universidad Nacional-ICANH.

Uribe Celis, Carlos

1991 *Los años veinte en Colombia. Ideología y cultura*. Bogotá: Ediciones Alborada.

Uribe, María Victoria

1990 "Matar, rematar y contramatar: las masacres de la Violencia en el Tolima, 1948-1964", *Controversia*, núm. 159-160. Bogotá: Cinep.

Uribe Piedrahíta, César

1935 *Mancha de aceite*. Bogotá: Editorial Renacimiento.

1942 *Toá: narraciones de caucherías*. Buenos Aires: Espasa Calpe [1933].

Urueña, Jaime

- 1994 "La idea de la heterogeneidad racial en el pensamiento político colombiano", *Análisis Político*, núm. 22, pp. 5-25.

Van der Hammen, María Clara

- 1992 *El manejo del mundo: naturaleza y sociedad entre los Yukuna de la Amazonia colombiana*. Bogotá: Tropenbos y Tercer Mundo Editores.

Vargas Llosa, Mario

- 1993 *El loco de los balcones: teatro*. Barcelona: Seix Barral.

Vega Cantor, Renán

- 2002 *Gente muy rebelde*. Cuatro vols. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.

Villaveces, Santiago

- 2001 "Convolutated Histories: The Role of "Violentologists" in the Colombian Conflict (1980-2000)", ponencia presentada en el seminario *New Approaches to the Study of Social Conflict in Colombia*, University of Wisconsin-Madison, 23 de marzo del 2001.

Vollmer, Loraine

- 1997 "Etnobotánica de los sistemas de producción agrícola en el valle del Sibundoy", Programa Indígena Red de Solidaridad Social-PMA-PNUD, Bogotá, ms.

Von Humboldt, Alexandre

- 1816 *Vues des cordillères et Monuments des Peuples Indigènes de l'Amérique*. París: Librairie Grecque-Latine-Allemande.
- 1995 *Personal Narrative of a Journey to the Equinoctial Regions of the New Continent*. Londres: Penguin [1814].
- 1997 *Cosmos: A Sketch of a Physical Description of the Universe*. vol. 1, Baltimore and Londres: The Johns Hopkins University Press.

Von Thünen, Johann-Heinrich

- 1966 *The Isolated State*. Nueva York: Pergamon Press [1826].

Wallerstein, Immanuel.

- 2003 *El moderno sistema mundial II: El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*. México: Siglo XXI. [1974]

Well, Robin

- 1973 "Frontiers Systems as a Sociocultural Type", *Papers in Anthropology*, vol. 14, Oklahoma Norman, pp. 6-15.

White, Hayden

1978 *Tropics of Discourse*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Williams, Raymond

1976 *The Country and the City*. Nueva York: Oxford University Press.

Wittgenstein, Ludwig

1958 *Philosophical Investigations*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice Hall.

Wright, John K.

1947 "Terrae incognitae: The Place of the Imagination in Geography", *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 37, núm. 1, pp. 1-15.

Wolf, Eric y Hansen, Edward C.

1972 *The Human Condition in Latin America*. Nueva York: Oxford University Press.

Zambrano, Fabio

1989 "El miedo al pueblo", en *Análisis: conflicto social y violencia en Colombia, Documentos Ocasionales*, núm. 53, Bogotá: Cinep.

Zuleta, Estanislao

[s. f.] *Conferencias sobre historia económica de Colombia*. Bogotá: Ediciones Tiempo Crítico.

c. 1976 *La tierra en Colombia*. Medellín: Oveja Negra.

Anexo

Bibliografía sobre estudios regionales en Colombia

Siglo XIX

André, Edouard y Saffray, Charles

- 1990 *Fabulous Colombia's Geography, The New Grenade as Seen by Two French Travelers of the XIX Century*. E. Acevedo L. (comp.). Bogotá: Litografía Arco [1879].

Ancízar, Manuel

- 1984 *La peregrinación de Alpha*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular [1850-51].

Bolívar, Simón

- 1971 *Escritos políticos*. G. Soriano (ed.). Madrid: Alianza Editorial.

Caldas, Francisco José de

- 1849 “Estado de la Geografía del Virreinato de Santa Fé de Bogotá, con relación a la economía y al comercio” y “El influjo del clima sobre los seres organizados”, *Semanario del Nuevo Reino de Granada, Miscelánea de Ciencias, Literatura, Artes e Industria publicada por una sociedad de patriotas Granadinos bajo la dirección de Francisco José de Caldas, Nueva Edición anotada y adornada con su retrato y con el cuadro original de la Geografía de las Plantas del Barón de Humboldt*. París: Lasserre 1849, pp. 1-33 y 110-154 [1808].

- 1941 *Estudios varios de Francisco José de Caldas*. Bogotá: Colcultura.

Cochrane, Charles

- 1825 *Journal of Residence and Travels in Colombia During the Years of 1823 and 1824*. Dos vols. Londres: Colburn.

Codazzi, Agustín

- 1856 *Geografía Física y Política de la Nueva Granada, provincias de Socorro. Vélez, Tunja i Tundama*. Bogotá: s. n.
- 1959 *Jeografía física y política de las provincias de la Nueva Granada, por la Comisión Corográfica bajo la dirección de Agustín Codazzi*. Bogotá: Imprenta del Banco de la República, 1957-1959.
- 1996 *Viaje de la Comisión Corográfica por el Territorio del Caquetá, 1857: Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*. G. Barona, A. Gómez y C. Domínguez (eds.). Bogotá: Coama-Fondo FEN-IGAC.
- 2000 *Viaje de la Comisión Corográfica por el Territorio del Casanare, 1856: Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, G. Barona, A. Gómez y C. Domínguez (eds.). Bogotá: Colciencias-Coama-Fundación Puerto Rastrojo.

Codazzi, Agustín, Pérez, Felipe y Paz, Manuel María

- 1889 *Atlas Geográfico de la República de Colombia, Antigua Nueva Granada el cual comprende las Repúblicas de Venezuela y Ecuador*. París: A Lohure.

Díaz Escobar, Joaquín

- 1879 *Bosquejo estadístico de la región oriental de Colombia: Medios económicos para su conquista, sometimiento i desarrollo industrial i político*. Bogotá: Imprenta de Ignacio Borda.

Lleras, Lorenzo María

- 1837 *República de Colombia, Noticias de sus límites, extensión, montañas, ríos, comercio, población, ... publicada en la séptima edición de la Enciclopedia Británica*. Bogotá: Imprenta Nicomedes Lora.

Mosquera, Tomás Cipriano de

- 1866 *Geografía general, política, física y especial de los Estados Unidos de Colombia dedicado al Congreso General de la Unión*. Londres: Imprenta Inglesa y Extranjera de H. C. Panzer.

Pérez, Felipe

- 1862 *Jeografía General Física i Política de los Estados Unidos de Colombia*. Bogotá [s. n.]

Rivas, Medardo

- 1983 *Los trabajadores de tierra caliente*. Bogotá: Editorial Incunables [1899].

Samin, C.

- 1840 *L'Univers ou description de tous les peuples, de leurs religions, mœurs, coutumes, industries etc. Histoire des Indes Orientales anciennes et modernes*, 11 vol. París: Firmin Didot, 1838-1846.

Samper, José María

1859a “Notice Biographique sur le Général Codazzi”, *Bulletin de la Société Géographique* [París], 4^{ème} série, t. XVIII, pp. 49-53.

1859b “La Confédération Grenadine: Son territoire et sa population à la fin de 1858”, *Bulletin de la Société Géographique*, 4^{ème} série, t. XVII, pp. 207-211.

1861 *Ensayo sobre las revoluciones políticas i la condición social de las Repúblicas colombianas (Hispanoamericanas)*. París: Imprenta E. Thunot y C.

1953 “Discurso de Recepción en la Academia Colombiana”, *Selección de Escritos de J. M. Samper*. Bogotá: Ministerio de Educación [1860].

Vergara y Velasco, Francisco Javier

1974 *Nueva Geografía de Colombia: Relieve del terreno, circulación de las aguas, rocas del terruño, clima, raza y población, explotación del territorio, comercio y producción, poblados y paisajes, pasado y porvenir*. Bogotá: Banco de la República. Tres vols. [1829].

Zea, Francisco

1822 *Colombia: Relación geográfica, topográfica, agrícola, comercial, política de este País*. Londres: Baldwin Cradock.

Generales

Acosta Ayerbe, Alejandro

1975 “Aspectos generales de los Territorios Nacionales: perspectivas y requisitos para absorber un volumen grande de población”, *Enfoques colombianos*, núm. 2, pp. 44-80.

Almario, Óscar

1994 “Subregiones políticas y subregiones culturales”, en *Historia del Gran Cauca*, núm. 9. Cali: Universidad del Valle.

Andrade, Francisco

1965 “Demarcación de las fronteras de Colombia”, en *Historia extensa de Colombia*, vol. XII. Bogotá: Academia Colombiana de Historia-Editorial Lerner.

Avellaneda, Alfonso.

1998 *Petróleo, colonización y medio ambiente en Colombia: de Tora a Cusiana*. Bogotá: ECOE.

Bahamón Dussan, Augusto (Crl.)

- 1989 *Colombia, geografía y destino: visión geopolítica de sus regiones naturales*. Bogotá: Publicaciones de las Fuerzas Militares.

Bejarano, Jesús A.

- 1986 "Orígenes del problema agrario", en *La agricultura colombiana en el siglo XIX*. Bogotá: Colcultura.
- 1987 *Ensayos de historia agraria colombiana*. Bogotá: Cerec.

Bell, Gustavo

- 1988 "Conflictos regionales y centralismo", en G. Bell (comp.), *El Caribe colombiano*. Barranquilla: Ediciones Universidad del Norte, pp. 39-48.

Bernal, Segundo

- 1977 *Las regiones colombianas y sus estructuras espaciales*. Bogotá: Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Colombia.

Botero Villa, Juan José

- 1994 *Adjudicación, explotación y comercialización de baldíos y bosques nacionales: evolución histórico-legislativa, 1830-1930*. Bogotá: Banco de la República.

Bushnell, David

- 1993 *The Making of Modern Colombia. A Nation in Spite of Itself*. Berkeley: University of California Press.

COA

- [s. f.] *La colonización del bosque húmedo tropical*. Bogotá: COA-Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular.

Cubides, Fernando y Domínguez, Camilo

- 1999 *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Bogotá: Observatorio Sociopolítico y Cultural-Centro de Estudios Sociales.

Cuervo, Luis Mauricio y Jaramillo, Samuel

- 1987 *La configuración del espacio regional en Colombia: tres ensayos*. Bogotá: CEDE, Universidad de los Andes.

Echandía, Camilo

- 1999 *El conflicto armado y las manifestaciones de violencia en las regiones de Colombia*. Bogotá: Presidencia de la República-Oficina del Alto Comisionado para la Paz, Observatorio de la Violencia.

Echandía, Camilo y Escobedo, Rodolfo

- 1994 *Violencia y desarrollo en el municipio colombiano*. Bogotá: Presidencia de la República.

Fajardo, Darío

- 1990 *Espacio y sociedad: formación de las regiones agrarias en Colombia*. Bogotá: COA.
- 1994 “La colonización de la frontera agraria colombiana”, en *El agro y la cuestión social*. Bogotá: Tercer Mundo Editores-Banco Ganadero-Caja Agraria-Vecol, pp. 42-59.
- 1996 “Fronteras, colonizaciones y construcción social del espacio”, en *Frontera y poblamiento: historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Ch. Cavaillet y X. Pachón (comp.). Bogotá: IFEA-Sinchi-Ediciones Uniandes, pp. 244-282.

Fals-Borda, Orlando

- 1975 *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Bogotá: Fundación Rosca de Investigación y Acción Social.
- 1976 *Capitalismo, hacienda y poblamiento: su desarrollo en la Costa Atlántica*. Bogotá: Punta de Lanza.
- 1979-1986 *Historia doble de la Costa*. Tres vols. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- 2000 “El ordenamiento territorial: perspectivas después de la Constitución de 1991”, en *Territorialidad indígena y ordenamiento en la Amazonia*. J. J. Vieco, C. E. Franky y J. A. Echeverri (eds.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-GAIA, pp. 151-158.

Fornaguera, Miguel y Guhl, Ernesto

- 1969 *Colombia: ordenación del territorio con base en el epicentrismo regional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, ms.

Forero, Clemente

- 2000 “Descentralización y ordenamiento territorial”, en *Territorialidad indígena y ordenamiento en la Amazonía*. J. J. Vieco, C. E. Franky y J. A. Echeverri (eds.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-GAIA, pp. 139-150.

Ghilodes, Pierre

- 1989 “La cuestión agraria en Colombia”, en *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta.

González, Fernán E.

- 1989 “Un país en construcción” en *Un país en construcción: poblamiento, problema agrario y conflicto social, Controversia*, núm. 151-152. Bogotá: Cinep.
- 1990 “Espacios vacíos y control social a fines de la Colonia”, *Conflicto Social y Violencia en Colombia*, núm. 4, Documentos Ocasionales núm. 60, Cinep, Bogotá.

1994 "Poblamiento y conflicto social en la historia de Colombia", en *Territorios, regiones, sociedades*, Renán Silva (ed.). Bogotá: Universidad del Valle-Cerec, pp. 13-33.

1997 *Poderes enfrentados: Iglesia y Estado en Colombia*. Bogotá: Cinep.

Gouëset, Vincent

1999 "El territorio colombiano y sus márgenes", *Territorios: Revista de estudios regionales y urbanos*, agosto de 1998-enero de 1999, pp. 77-94.

Guhl, Ernesto

1975 *Colombia: bosquejo de su geografía tropical*. Bogotá: Colcultura.

1991 *Las fronteras políticas y los límites naturales*. Bogotá: Fondo FEN.

1992 "Visión histórica, económica, sociogeográfica y política: los territorios estatales periféricos y su desarrollo, el caso de Urabá", en *Colonización del bosque húmedo tropical*. Corporación Araracuara (ed.). Bogotá: Banco Popular-COA.

Gutiérrez de Pineda, Virginia

1975 *Familia y cultura en Colombia*. Bogotá: Colcultura-Biblioteca Básica Colombiana.

IGAC

1986a "Situación y análisis del proceso colonizador en Colombia", *Análisis Geográficos*, núm. 10.

1986b "Estructura urbano-regional colombiana", *Análisis Geográficos*, núm. 17.

Incora

1973 *La colonización en Colombia*. Bogotá, dos vols.

LeGrand, Catherine

1988 *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*. Bogotá: Ediciones Universidad Nacional de Colombia.

1994 "Colonización y violencia en Colombia: perspectivas y debate", en *El agro y la cuestión social*, A. Machado (ed.). Bogotá: Tercer Mundo Editores-Banco Ganadero-Caja Agraria-Vecol, pp. 3-26.

Londoño, Julio

1967 *La Integración del territorio colombiano*. Bogotá: Imprenta Nacional

Machado, Absalón (comp.)

1994 *El agro y la cuestión social*. Bogotá: Banco Ganadero-Caja Agraria-Vecol-Tercer Mundo.

Meertens, Donny, y Sánchez, Gonzalo

1983 *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá: El Áncora.

Melo, Jorge Orlando

1987 “Las vicisitudes del modelo liberal (1850-1899)”, en *Historia económica de Colombia*. J. A. Ocampo (comp.), Bogotá: Fedesarrollo-Tercer Mundo, pp. 119-172.

Molano, Alfredo

1978 “Capitalismo y agricultura: un modelo hipotético sobre las relaciones de producción y circulación”, *Estudios Rurales Latinoamericanos*, vol. 1, núm. 3, pp. 34-67.

1990 “Reflexiones sobre la historia oral”, *Gaceta*, núm. 7, pp. 11-12.

1994 “Algunas consideraciones sobre colonización y violencia”, en *El agro y la cuestión social*. A. Machado (ed.). Bogotá: Tercer Mundo-Banco Ganadero-Caja Agraria-Veol, pp. 27-41.

Molano, Joaquín

1968 “Los Territorios Nacionales”, *Revista Javeriana*, vol. 69, núm. 344, p. 409.

Montaña Cuéllar, Darío

1977 *Colombia: país formal y país real*. Bogotá: Editorial Latina.

Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos

2002 *Colombia: conflicto armado, regiones, Derechos Humanos y DIH*. Bogotá: Vicepresidencia de la República.

Palacio, Germán (ed.)

2001 *Naturaleza en disputa: ensayos de historia ambiental de Colombia, 1850-1995*. Bogotá: ICANH-Universidad Nacional de Colombia.

Palacios, Marco

1980 “La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLII, núm. 4, pp. 1663-1689.

1983a (ed.) *La unidad nacional en América Latina: del regionalismo a la nacionalidad*. México.

1983b *El café en Colombia, 1850-1970: una historia social y política*. Bogotá: El Áncora.

2000 *De gamonales, mandarines y violencia*. Bogotá: Planeta.

Palacios, Marco y Safford, Frank

2001 *Colombia: Fragmented Land, Divided Society*. Nueva York-Oxford: Oxford University Press.

Pécaut, Daniel

- 1997 "Presente, pasado y futuro de la violencia", *Análisis Político*, núm. 30, pp. 3-36.

Plazas Olarte, Guillermo

- 1944 *Los territorios nacionales*. Bogotá: Pax.

Proyecto ONIC- Cecoin -GhK

- 1995 *Tierra profanada: grandes proyectos en territorios indígenas de Colombia*. Bogotá: Disloque Editores.

Reyes, Alejandro

- 1992 "Conflicto y territorio en Colombia", en *Colonización del bosque húmedo en Colombia*. Corporación Araracuara (ed.). Bogotá: Banco Popular-COA.
- 1994 "Territorios de la violencia en Colombia", en *El agro y la cuestión social*. Bogotá: Tercer Mundo-Banco Ganadero-Caja Agraria-Vecol

Reyes Alejandro y Bejarano, Ana María

- 1988 "Conflictos agrarios y luchas armadas en la Colombia contemporánea: una visión geográfica", *Análisis Político*, núm. 5, pp. 6-27.
- 1991 *Geografía de la violencia en Colombia*. Bogotá: Iepri, Universidad Nacional de Colombia.

Sánchez, Gonzalo

- 1989 "Tierra y violencia: el desarrollo desigual de las regiones", *Análisis Político*, núm. 6.
- 1991 *Guerra y política en la sociedad colombiana*. Bogotá: El Áncora.

Sarmiento, Libardo

- 1994 "Evolución de la pobreza y de la calidad de vida rural en Colombia según tipos municipales y regiones, 1972-1992", *El agro y la cuestión social*. A. Machado (ed.). Bogotá: Tercer Mundo-Banco Ganadero-Caja Agraria-Vecol.

Serje, Margarita

- 1992 "Invisible Regions: A Geography of Resistance in Colombia's Caribbean", Hubert H. Humphrey Papers, Dept. of City and Regional Planning, UNC at Chapel Hill.

Serje, Margarita, Rey, Edgar y Rodríguez, Guillermo Enrique (comp.).

- 1992 *Mapa cultural del Caribe colombiano*. Bogotá: Corpes Costa Atlántica-Tercer Mundo.

Silva, Renán (ed.)

- 1994 *Territorios, regiones, sociedades*. Bogotá: Universidad del Valle-Cerec.

Tovar, Hermes

1993 “La coca y las economías exportadoras en América Latina”, *Análisis Político*, núm. 18.

1994 *Que nos tengan en cuenta: colonos, empresarios y aldeas, Colombia 1800-1900*. Bogotá: Colcultura.

Zambrano, Fabio

1989 “Ocupación del territorio y conflictos sociales en Colombia”, en *Un país en construcción: poblamiento, problema agrario y conflicto social, Controversia*, núms. 151-152. Bogotá: Cinep.

Zambrano, Fabio y Bernard, Olivier

1993 *Ciudad y territorio: el proceso de poblamiento en Colombia*. Bogotá: Academia de Historia de Bogotá-IFEA-Misión Colombia.

Zambrano, Marta y Suzanne Wilson

1994 “Cocaína, capitalismo e imperio: encadenamientos globales y política del narcotráfico”, *Análisis Político*, núm. 24, pp. 5-21.

La Guajira

Ardila, Gerardo (ed.)

1990 *La Guajira. De la memoria al porvenir: una visión antropológica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-FEN.

Barrera, Eduardo

1988 “Las guerras Hispano-Wayuu del siglo XVIII”, *Universitas Humanistica*, vol. 17, núm. 29, pp. 123-143.

2000 *Mestizaje, comercio y resistencia: La Guajira durante la segunda mitad del siglo XVIII*. Bogotá: ICANH.

Bernier, Agustín

1911 *Datos sobre el territorio guajiro (Colombia)*. Riohacha: Imprenta de La Frontera.

Correa, Hernán Darío

1994 “La sal nuestra de cada día: interculturalidad y medio ambiente en un conflicto social”. Bogotá: Colcultura, Subdirección de Artes.

Covo, Javier

1987 *La Guajira: pueblo y destino*. Bogotá: Carvajal.

Chaves, Milciades

- 1953 “La Guajira: una región y una cultura de Colombia”, *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 1, pp. 123-195.

De la Pedraja, René

- 1988 “La Guajira en el siglo XIX: indígenas, contrabando y carbón”, en *El Caribe colombiano: selección de textos históricos*. G. Bell (comp.). Barranquilla: Ediciones Universidad del Norte, pp. 1-38.

Grisales, Germán

- 1995 “Guajira: fronteras de papel”, *Colombia Hoy*, vol. 16, núm. 136, pp. 16-23.

Guerra, Wielder

- 1992 “Historia del poblamiento de La Guajira”, *Proyecto Mapa Cultural del Caribe Colombiano*. Santa Marta: Corpes C. A.
- 1997 “Los conflictos intrafamiliares Wayuu”, *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. 9, núms. 1 y 2, pp. 81-92.

Guhl, Ernesto et ál.

- 1963 *Indios y blancos en La Guajira*. Bogotá: Tercer Mundo.

Langebaek, Carl, Cuéllar, Andrea y Dever, Alejandro

- 1998 *Medio ambiente y poblamiento en La Guajira: investigaciones arqueológicas en el Ranchería medio*. Bogotá: Ediciones Uniandes.

Ministerio de Guerra (Colombia)

- 1944 *Diccionario geográfico de La Guajira*. Bogotá: Imprenta del Estado Mayor General.

Palacio, Pepe

- 1996 *La Guajira: realidad mágica*. Barranquilla: Antillas.

Pichón, Francisco

- 1947 *Geografía de la península de La Guajira*. Santa Marta: Tipografía Escofet.

Polo Acuña, José

- 2000 “Contrabando y pacificación indígena en una frontera del Caribe: La Guajira, 1750-1880”, *Revista Aguaita*, núm. 3, pp. 41-62.
- 2002 “Identidad étnica y cultural en una frontera del Caribe: La Guajira 1700-1800”, *Revista Aguaita*, núm. 8.

Posada-Carbó, Eduardo

- 1988 “Estado, región y Nación en la historia de la Costa Atlántica colombiana”, en *El Caribe Colombiano*. Bell, G. (ed.). Barranquilla: Ediciones Universidad del Norte, pp. 49-67.

- 1998 *El Caribe colombiano: una historia regional (1850-1950)*. Bogotá: Banco de la República.

Rivera, Alberto

- 1984 "Exxon and the Guajira", *Cultural Survival Quarterly*, núm. 8, pp. 73-84.
 1986 *Material Life and Social Metaphor: Change and Local Models among the Wayuu Indians of Colombia and Venezuela*. Ph. D. Dissertation: University of Michigan Ann Arbor.

Valdeblánquez, José María

- 1964 *Historia del departamento del Magdalena y del territorio de La Guajira, desde el año de 1895 hasta el de 1963*. Bogotá: Editorial El Voto Nacional.

Vásquez, Socorro

- 1983 "Aproximación a la historia regional de La Guajira", *Universitas Humanistica*, vol. 12, núm. 19, pp. 7-17.

Sierra Nevada de Santa Marta (Chimila)

Barragán, Julio Marino

- 1999 "De La Nevada viene un barco cargado de...", *Revista Aguaita*, núm. 1, pp. 72-77.

Castaño, Carlos et ál.

- 1984 *La Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Mayr y Cabal.

Colajanni, Antonino (ed.)

- 1997 *El Pueblo de la Montaña Sagrada: tradición y cambio*. Santa Marta: Ricerca e Cooperazione-Organización Gonawindua-DGAI.

Coronel, Valeria

- 2000 "Conversión de una región periférica en localidad global: actores e implicaciones del proyecto culturalista de la Sierra Nevada de Santa Marta", en *Antropologías transeúntes*. M. V. Uribe y E. Restrepo (eds.). Bogotá: ICANH.

Fals Borda, Orlando et ál.

- 1989 *Proyecto de reordenamiento territorial de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Iepri.

IGAC

- 1993 *Ocupación del territorio en la Sierra Nevada de Santa Marta*. Serie Monografías. Bogotá: IGAC.

Krogzemis, James

- 1967 *A Historical Geography of the Santa Marta Area, Colombia*. Ph. D. Dissertation, Dept. of Geography, University of California at Berkeley.

LeGrand, Catherine

- 1988 "Campesinos y asalariados en la Zona Bananera de Santa Marta, 1900-1935", en *El Caribe colombiano, selección de textos históricos*. Bell, G. (comp.). Barranquilla: Ediciones Uninorte, pp. 183-197.

Mertins, Günter

- 1975 "Pisos de asentamiento y cultivo de los colonos e indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta", 40 Congreso de Geógrafos Alemanes, Innsbruck., ms.

Miranda, Trinidad

- 1976 *La Gobernación de Santa Marta, 1570-1670*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

Molano, Alfredo

- 1988 "Recuento analítico de la colonización en la Sierra Nevada de Santa Marta", en *Diagnóstico integral de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Santa Marta: Gobernación del Magdalena, CorpoGuajira, CorpoCesar, Fundación Pro-Sierra Nevada de Santa Marta.

Molano, Alfredo et ál.

- 1988 "Aproximación a una historia oral de la colonización en la Sierra Nevada de Santa Marta", en *Diagnóstico integral de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Santa Marta: Gobernación del Magdalena, Corpoguajira, Corpocesar, Fundación Pro-Sierra Nevada de Santa Marta.

Nichols, Theodore

- 1973 *Tres puertos de Colombia, estudios sobre el desarrollo de Cartagena, Santa Marta y Barranquilla*. Bogotá: Fondo Cultural del Banco Popular.

Patridge, William L.

- 1979 "Cannabis and a Cultural Group in a Colombian Municipio", en *Peasants, Primitives and Proletariats, The Struggle for Identity in South America*. Den Haag: Mouton.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

- 1982 "Cultural Change And Environmental Awareness: A Case Study of the Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia", *Mountain Research and Development*, vol. 2, núm. 3, pp. 289-296.

- 1985a *Los Kogui: una tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia*. Bogotá: Procultura-Fondo de Cultura Económica [1949-50].
- 1985b “Cambio cultural y conciencia del medio ambiente: un estudio característico de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia”, en *Informes sobre los conocimientos actuales de los Ecosistemas Andinos*. Tres vols. Montevideo: Unesco.
- 1991 *Los Ijka, Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Dussan de Reichel, Alicia
- 1961 *The People of Aritama: The Cultural Personality of a Colombian Mestizo Village*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Salazar, Fernando (dir.)
- 1998 *Evaluación ecológica rápida: definición de áreas críticas para la conservación en la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Fundación Pro-Sierra Nevada de Santa Marta-MinAmbiente-Usaid.
- Serje, Margarita
- 1992 “Historia del poblamiento de la Sierra Nevada de Santa Marta”, Proyecto Mapa Cultural del Caribe Colombiano, ms. Santa Marta: Corpes C. A.
- Uhlig, Harald y Mertins, Günter
- 1968 “La Sierra Nevada de Santa Marta: una vista geográfica general”, *Revista Geográfica*, núm. 68, pp. 33-62.
- Uribe, Carlos Alberto
- 1977 “La rebelión Chimila en la Provincia de Santa Marta”, *Estudios Andinos* (Lima), vol. 7, núm. 13, pp. 113-165.
- 1986 “La antropología de Gerardo Reichel: una perspectiva desde la Sierra Nevada de Santa Marta”, *Revista de Antropología*, vol. 2, núms. 1-2.
- 1988a “Una perspectiva histórica de la Sierra Nevada de Santa Marta”, en *Diagnóstico integral de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Santa Marta: Gobernación del Magdalena, Corpogujaira, Corpocesar, Fundación Pro-Sierra Nevada de Santa Marta.
- 1988b “De la Sierra Nevada de Santa Marta: sus ecosistemas, indígenas y antropólogos”, *Revista de Antropología*, vol. 4 núm. 1, pp. 7-35.
- 1998 “De la vitalidad de nuestros hermanos mayores de la Nevada”, *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. 10, núm. 2, pp. 9-92.

Perijá-Catatumbo

Beckerman, Stephen

- 1979 *Datos etnohistóricos acerca de los Bari (Motilones)*. Caracas: Universidad Andrés Bello.

Concha, Álvaro

- 1981 *La Concesión Barco: síntesis histórica de la explotación petrolera en el Catatumbo*. Bogotá: El Áncora.

Galvis, Hortensia

- 1995 *Somos Bari*. Bogotá: Presencia.

Jaulin, Robert

- 1973 *La paz blanca: introducción al etnocidio*. Buenos Aires: Ediciones Tiempo Contemporáneo.

Meléndez, Jorge

- 1971 *La colonización del Catatumbo: estudio socio-económico y Plan Integral de Desarrollo*. Bogotá: Corporación Minuto de Dios.
- 1982 *Aniquilamiento o pacificación: historia de la rebeldía motilona, de la avanzada blanca y de la frontera colombo-venezolana*. Bogotá: Gráficas Margal.
- 1999 *Alto Catatumbo: región y ambiente*. Bogotá: Códice-Corporación Minuto de Dios.

Ministerio del Ambiente (Colombia)

- 2000 *Plan de vida del pueblo Bari-La gente*. Cúcuta: Sina-Corponor-Minambiente.

Neglia, Angelo y Olsen, Bruce

- 1974 *Una raza bravía*. Bogotá: Instituto de Desarrollo de la Comunidad-Corporación Minuto de Dios.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

- 1946 "Informe sobre las investigaciones preliminares de la comisión etnológica al Catatumbo", *Boletín de Arqueología*, vol. 2, núm. 4, pp. 381-392.

Sociedad de Ciencias Naturales La Salle.

- 1953 *La región de Perijá y sus habitantes*. Caracas: Universidad del Zulia.

Vega, Renán y Aguilera, Mario

- 1995 *Obreros, colonos y Motilones: una historia social de la Concesión Barco, 1930-1960*. Bogotá: CISF-Fedepetrol.

Magdalena Medio (Serranía de San Lucas, Carare-Opón, Río Minero)

Alonso, Manuel Alberto

1997 *Conflicto armado y configuración regional*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Archila, Mauricio

1987 *Aquí nadie es forastero*. Bogotá: Cinep.

Arenas, Martha

1999 *Cerrandofronteras: historias contadas del Magdalena Medio*. Barrancabermeja: PDPMM.

Eugenio, María Á.

1973 “El puerto y el camino del Carare en la Nueva Granada”, *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, núm. 30, pp. 263-294.

Gómez-Picón, Rafael

1983 *Magdalena, río de Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo.

Hernández, Carlos Nicolás y José Yunis

1985 *Barrancabermeja: nacimiento de la clase obrera*. Bogotá: Tres Culturas Editores.

Medina, Carlos

1990 *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia: el caso “Puerto Boyacá”*. Bogotá: Documentos Periodísticos.

Murillo, Amparo

1994 (ed.) *Un mundo que se mueve como el río: historia regional del Magdalena Medio*. Bogotá: PNR-ICAN-Colcultura.

1999 “Historia y sociedad en el Magdalena Medio”, *Controversia*, núm. 174, pp. 41-62.

Murillo, Amparo y Arcila, María Teresa

1991 “Historia del poblamiento del sur de Bolívar”, Proyecto Mapa Cultural del Caribe colombiano. Santa Marta: Corpes C. A.

Páramo, Carlos Guillermo

[s. f.] *La Guerra Verde: historia y arquetipos de identidad esmeraldera en Colombia* [s. l.], [s. n.].

1999 “Civilización y barbarie en el proyecto paramilitar”, en *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Cubides, F. y Domínguez, C. (eds.). Bogotá: CES-Universidad Nacional de Colombia, pp. 195-204.

Peñas, David Ernesto

1988 *Los bogas de Mompox: historia del zambaje*. Bogotá: Tercer Mundo.

Posada-Carbó, Eduardo

1989 "Bongos, champanes y vapores en la navegación fluvial colombiana del siglo XIX", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, Bogotá, vol. XXVI, núm. 21.

Suárez, Ivonne

1990 *Oro y sociedad en Antioquia, 1575-1700*. Medellín: IDEA.

Ramos, Arístides

1999 *Los caminos al río Magdalena: la frontera del Carare-Opón*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

Uribe, María Victoria

1991 "Matar, rematar y contramatar: las masacres en el Tolima 1948-1964", *Controversia* núm. 159-160. Bogotá: Cinep.

1992 *Limpiar la tierra: guerra y poder entre esmeralderos*. Bogotá: Cinep.

Vargas, Alejo

1989 "Tres momentos de la violencia política en San Vicente de Chucurí", *Análisis Político*, núm. 8, pp. 30-47.

1992 *Magdalena Medio santandereano: colonización y conflicto armado*. Bogotá: Cinep.

Urabá

Botero Herrera, Fernando

1990 *Urabá: colonización, violencia y crisis de Estado*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Buchelli, Marcelo

1994 *Empresas multinacionales y enclaves agrícolas: el caso de la United Fruit en Magdalena y Urabá, Colombia (1948-1968)*. Bogotá: Universidad de los Andes, Monografías Facultad de Administración, núm. 40.

García, Clara Inés

1996 *Urabá, región, actores y conflicto: 1960-1990*. Bogotá-Medellín: Cerec-INER-Universidad de Antioquia.

Ortiz, Carlos Miguel

1999 *Urabá: tras las huellas de los inmigrantes*. Bogotá: Icfes.

Parsons, James

1996 *Urabá: salida de Antioquia al mar. Geografía e historia de su colonización*. Bogotá: Banco de la República-El Áncora [1967].

1997 *La Colonización Antioqueña en el Occidente de Colombia*. Bogotá: Banco de la República-El Áncora [1979].

Ramírez, William

1997 *Urabá: los inciertos caminos de una crisis*. Bogotá: Planeta.

Roldán, Mary

1998 “Violencia, colonización y la geografía de la diferencia cultural en Colombia”, *Análisis Político*, núm. 35, pp. 3-25.

Steiner, Claudia

[s. f.] “Urabá: un cruce de caminos”, en *Colonización del bosque húmedo tropical*. Bogotá: Coa-Banco Popular.

1994 “Héroes y banano en el golfo de Urabá: la construcción de una nueva frontera conflictiva”, en *Territorios, regiones, sociedades*. R. Silva (ed.). Bogotá: Universidad del Valle-Cerec, pp. 137-149.

2000 *Imaginación y poder: el encuentro del interior con la costa en Urabá, 1900-1860*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Uribe de Hincapié, María Teresa

1992 *Urabá: región o territorio. Un análisis en el contexto de la política, la historia, y la etnicidad*. Medellín: Corpourabá, INER, Universidad de Antioquia.

2000 “Las soberanías en disputa, conflicto de identidades o de derechos”, en *Museo, memoria y Nación: misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Sánchez, G. y Wills, M. E. (comp.). Bogotá: Ministerio de Cultura, PNUD, Museo Nacional, Iepri, ICANH, pp. 457-483.

Vargas, Patricia

1993 *Los Embera y los Cuna, impacto y reacción ante la ocupación española, siglos XVI y XVII*. Bogotá: Cerec.

Chocó-Pacífico

Aprile-Gnisset, Jacques

1991 “La colonización del Chocó (apuntes)”, en *Colonización del bosque húmedo tropical*. Bogotá: COA-Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, pp. 249-274.

- 1993 *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*. Cali: Universidad del Valle.
- Arocha, Jaime
- 1991 "La ensenada de Tumaco: invisibilidad, incertidumbre y la inventiva", en *Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia: regiones, ciudades y violencia*. Bogotá: Colcultura, pp. 198-225.
- Arocha, Jaime y de Friedemann, Nina
- 1986 *De sol a sol: génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Bogotá: Planeta.
- Castrillón, Héctor
- 1982 *Chocó indio*. Medellín: Centro Pastoral Indígena.
- Escalante, Aquiles
- [s. f.] *La minería del hambre: Condoto y el Chocó Pacífico*. Ediciones Universidad Simón Bolívar.
- Escobar, Arturo, Pedrosa Álvaro (eds.)
- 1996 *Pacífico: ¿desarrollo o diversidad?* Bogotá: Ecofondo-Cerec.
- Friedemann, Nina de
- 1974 "Minería del oro y descendencia: Guelembí, Nariño", *Revista Colombiana de Antropología*, Bogotá, núm. 16, pp. 9-86.
- 1993 *La saga del negro: presencia africana en Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Jimeno, Myriam, Sotomayor, María Lucía y Valderrama, Luz María
- 1995 *Chocó: diversidad cultural y medio ambiente*. Bogotá: Fondo FEN.
- Leal, Claudia
- 1997 *Barbacoas: The Illusion of Urban Life in the Forest*. MSc Thesis, Dept. of Geography, U. C. Berkeley, ms.
- Leyva, Pablo (ed.)
- 1991 *Colombia-Pacífico*. Bogotá: Fondo FEN.
- Medina, Ana María et ál.
- 1996 *Los renacientes del Guandal: "Grupos negros" de los ríos Satinga y Sanquianga*. Bogotá: Biopacífico-Universidad Nacional de Colombia.
- Mina, Mateo
- 1975 *Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca*. Bogotá: La Rosca.
- Molano, Alfredo
- 1996 *Tapón del Darién: diario de una travesía*. Bogotá: El Sello Editores.

Sharp, William Frederick

- 1976 *Slavery on the Spanish Frontier: The Colombian Chocó, 1680-1810*. Norman, Oklahoma: University of Oklahoma Press.

Wade, Peter

- 1993 "The Cultural Politics of Blackness in Colombia", *American Ethnologist*, vol. 22, núm. 2, pp. 341-357.
- 1997 *Gente negra, nación mestiza: dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Universidad de Antioquia-ICANH-Ediciones Uniandes-Siglo del Hombre.

West, Robert

- 2001 *Las tierras bajas del Pacífico*. Bogotá: ICANH [1957].

Whitten, Norman E.

- 1986 *Black Frontiersmen: Afrohispanic Culture of Ecuador and Colombia*. Prospect Heights, Illinois: Waveland Press.

Zuluaga, Francisco.

- 1993 *Guerrilla y sociedad en el Patía*. Cali: Universidad del Valle- Colciencias.

Amazonía (Bota Caucana)

Acosta, Luis Eduardo

- 1993 *Guaviare: puente a la Amazonia*. Bogotá: Corporación Araracuara.

Ariza, Eduardo y Ramírez, María Clemencia

- 1998 *Atlas cultural de la Amazonia colombiana: historia de la construcción del territorio amazónico colombiano, siglo XX*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología-Corpes de la Amazonia.

Artunduaga, Félix

- 1984 *Historia general del Caquetá*. Florencia: [s. n.].

Brucher, Wolfgang

- 1974 *La colonización de la selva pluvial en el piedemonte amazónico de Colombia*. Bogotá: IGAC.

Bonilla, Víctor Daniel

- 1969 *Siervos de Dios y amos de indios: el Estado y la Misión Capuchina en el Putumayo*. Bogotá: [s. n.].

Cipolletti, María S.

- 1988 “El tráfico de curare en la región amazónica (siglos XVIII y XIX)”, *Anthropos*, núm. 83.

Cubides, Fernando

- 1992 “Poblamiento y sociedad en la Amazonia Colombiana”, en *Amazonia Colombiana: diversidad y conflicto*. Bogotá: Comisión Nacional de Investigaciones Históricas.

Cubides, Fernando, Mora, Leónidas y Jaramillo, Jaime Eduardo

- 1986 *Colonización, coca y guerrilla*. Bogotá: Alianza Editorial.

Domínguez, Camilo

- 1995 “Geografía política del caucho durante la Segunda Guerra Mundial”, *Cuadernos de Geografía*, vol. V, núm. 2, pp. 107-123.
- 1999 “Petróleo y reordenamiento territorial en la Orinoquia y la Amazonia”, en *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Cubides, F. y Domínguez, C. (eds.). Bogotá: CES-Universidad Nacional de Colombia, pp. 41-56.

Domínguez, Camilo y Gómez, Augusto

- 1990 *La economía extractiva en la Amazonia colombiana (1850-1930)*. Bogotá: Tropenbos Colombia-COA.
- 1994 *Nación y etnias: los conflictos territoriales en la Amazonia, 1850-1930*. Bogotá: Coama.

Echandía, Camilo y Sandoval, Yesid

- 1985 “La historia de la quina desde una perspectiva regional: Colombia, 1850-1882”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núms. 13-14, p. 153.

Fajardo, Darío

- 1994 “Territorialidad y Estado en la Amazonia colombiana”, en *Territorios, regiones y sociedades*. Renán Silva (ed.). Bogotá: Universidad del Valle-Cerec, pp. 79-96.

Friede, Juan

- 1953 *Los Andaki: historia de la aculturación de una tribu selvática*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gómez Picón, Rafael

- 1977 *La Amazonia, olvidada página del Génesis*. Bogotá: Consigna.

Gómez, Augusto, Lesmes, Ana María y Rocha, Claudia

- 1995 *Caucherías y conflicto colombo-peruano: testimonios, 1904-1934*. Bogotá: Disloque.

González, José Jairo et ál.

1998 *Conflictos regionales en Amazonía y Orinoquia*. Bogotá: IEPRI-Fescol.

Hugh-Jones, Stephen

1981 "Historia del Vaupés", *Revista Maguaré*, vol. 1, núm. 1, pp. 29-51.

Jaramillo, Jaime Eduardo

1988 *Estado, sociedad y campesinos*. Bogotá: Tercer Mundo.

Llanos, Héctor

1987 "Tiempos y espacios coloniales amazónicos", en *Colombia amazónica*. Bogotá: Universidad Nacional-Fondo FEN, pp. 155-180.

Llanos, Héctor y Pineda Camacho, Roberto

1982 *Etnohistoria del Gran Caquetá (siglos XVI-XIX)*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas.

Meertens, Donny

1988 "Mujer y colonización en el Guaviare", *Revista Colombia Amazónica*, vol. 3, núm. 2, pp. 21-56.

Molano, Alfredo

1987 *Selva adentro: una historia oral de la colonización en el Guaviare*. Bogotá: El Áncora.

1989 *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras*. Bogotá: El Áncora.

1990 *Aguas arriba: entre la coca y el oro*. Bogotá: El Áncora.

1993 *Así mismo: relatos*. Bogotá: Los Cuatro Elementos.

Molano, Alfredo y Ramírez, William

1994 *Trochas y fusiles*. Bogotá: Iepri-El Áncora.

Palacios, Marco

1987 "Miedo, mito y colonialismo", en *Colombia amazónica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-FEN, pp. 19-22.

Pineda Camacho, Roberto

1985 *Historia oral y proceso esclavista en el Caquetá*. Bogotá: Banco de la República.

1987 "El ciclo del caucho", en *Colombia amazónica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-FEN, pp. 181-209.

2000 *Holocausto en el Amazonas: una historia social de la Casa Arana*. Bogotá: Planeta.

Ramírez, María Clemencia

1996a "Territorialidad y dualidad en una zona de frontera del piedemonte oriental: el caso del valle del Sibundoy", en *Frontera y poblamiento: estudios historia y*

- antropología de Colombia y Ecuador*. Ch. Caillavet, X. Pachón (eds.). Bogotá: IFEA, Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas-Universidad de los Andes
- 1996b *Frontera fluida entre Andes, piedemonte y selva: el caso del valle del Sibundoy, siglos XVI-XVII*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- 1999 “Historia regional y tendencias historiográficas”, en *Ciencias sociales en la Amazonia colombiana*. Bogotá: Comisión Regional de Ciencia y Tecnología de la Amazonia, pp. 31-59.
- 2002 *Entre la guerrilla y el Estado: el movimiento cocalero, identidad y ciudadanía en el Putumayo y la Baja Bota Cauca*. Bogotá: ICANH.
- Ramírez, William
- 1981 *La guerrilla rural, una vía hacia la colonización armada*. Bogotá: Clacso.
- Tovar, Bernardo
- 1995 “Selva, mito y colonización: una introducción a la historia de la Amazonia Colombiana”, en *Los pobladores de la selva: historia de la colonización del nor-occidente de la Amazonia colombiana*, vol. 1. Bogotá: ICAN-PNR, pp. 19-103.
- Useche, Mariano
- 1994 *La colonia penal de Araracuara: socioeconomía y recursos naturales, 1938-1971*. Bogotá: Tropenbos Colombia.
- Valencia, Alberto
- 1998 “Caquetá: violencia y conflicto social”, en *Conflictos regionales, Amazonia y Orinoquia*, Iepri-Fescol.
- Vallejo Murillo, Jorge
- 1975 “Los colonos del Putumayo”, *Enfoques Colombianos*, núm. 5, pp. 58-78.

Orinoquía (Sumapaz-Ariari-Macarena)

- Barona, Guido, Gómez, Augusto y Domínguez, Camilo
- 1998 “El proceso de construcción territorial de la Orinoquia colombiana en el siglo XIX”, en *Colombia Orinoco*. Bogotá: Fondo FEN.
- Carrizosa, Julio, Fajardo, Darío y Molano, Alfredo
- [s. f.] *Yo le digo una de las cosas: la colonización de la Reserva de la Macarena*. Bogotá: Corporación Araracuara-Fondo FEN.

De la Pedraja, René

1984 *Los Llanos: colonización y economía*. Bogotá, CEDE-Universidad de los Andes.

Dureau, Françoise y Flórez, Carmen E.

2000 *Aguaitacaminos: las transformaciones de las ciudades de Yopal, Aguazul y Tauramena durante la explotación petrolera de Cusiana-Cupiagua*. Bogotá: Tercer Mundo-Uniandes-IRD-Colciencias-Minambiente.

Gómez, Augusto

1991 *Indios, colonos y conflictos: una historia regional de los Llanos Orientales, 1870-1970*. Bogotá: Siglo XXI-Pontificia Universidad Javeriana.

1999 “Estructuración socio-espacial de la Amazonia colombiana: siglos XIX y XX”, en *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Cubides, F y Domínguez, C. (eds.) Bogotá: CES-Universidad Nacional de Colombia, pp. 21-40

González, José Jairo

1989 “Caminos de Oriente: aspectos de la colonización contemporánea del Oriente colombiano”, *Controversia*, núm. 151-152, Cinep.

1992 *Espacios de exclusión: el estigma de las repúblicas independientes, 1955-1965*. Bogotá: Cinep.

González, José Jairo et ál.

1998 *Conflictos regionales en Amazonia y Orinoquia*. Bogotá: IEPRI-Fescol.

González, José Jairo y Marulanda, Elsy

1990 *Historias de frontera: colonización y guerras en el Sumapaz*. Bogotá: Cinep.

Izard, Michel

1981 “Ni cuatreros ni montoneros: llaneros”, *Boletín Americanista*, núm. 13, pp. 83-142.

Langebaek, Carl et ál.

2000 *Por los caminos del piedemonte: una historia de las comunicaciones entre los Andes orientales y los Llanos. Siglos XVI a XIX*. Bogotá: Ediciones Uniandes.

Londoño, Rocío

1994 “Los nuevos hacendados en la provincia del Sumapaz (1830-1930)”, en *Territorios, regiones sociedades*. Renán Silva (ed.). Bogotá: Universidad del Valle-Cerec, pp. 34-62.

Loy, Jane M.

1981 “Horsemen of the Tropics: A Comparative View of the Llaneros in the History of Venezuela and Colombia”, *Boletín Americanista*, núm. 13, pp. 159-171.

Marulanda, Elsy

- 1991 *Colonización y conflicto: las lecciones del Sumapaz*. Bogotá: Tercer Mundo-Universidad Nacional de Colombia.

Molano, Alfredo

- 1985 *Los años del tropel: crónicas de La Violencia*. Bogotá: Cerec-Cinep-Estudios Rurales Latinoamericanos.
- 1989 *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras*. Bogotá: El Áncora.
- 1995a *Dos viajes por la Orinoquia colombiana, 1889-1988*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.
- 1995b *Del Llano Llano: relatos y testimonios*. Bogotá: El Áncora.

Palacios, Marco

- 1981 *La propiedad agraria en Cundinamarca, 1880-1970: un esbozo sobre la sociedad de las tierras templadas*. Medellín: FAES.

Rausch, Jane M.

- 1994 *Una frontera de la sabana tropical: los Llanos de Colombia. 1531-1831*. Bogotá: Banco de la República-The University of New Mexico.

Rivero, Juan de

- 1956 *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.

Useche, Mariano

- 1986 *El proceso colonial en el Alto Orinoco-Río Negro durante los siglos XVI-XVII y XVIII: una introducción a la etnohistoria regional*. Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.

Sarare-Sierra Nevada del Cocuy

Barrera, G. y Sarmiento, G.

- 1965 *Zona de colonización del Sarare-Proyecto Arauca I*. Bogotá: Incora.

Berichá (Esperanza Aguablanca)

- 1992 *Tengo los pies en la cabeza*. Bogotá: Los cuatro elementos.

Builes, Miguel Ángel (Mons.)

- 1947 "Por el Sarare", *Revista Seminario de Misiones* (Yarumal), vol. 1, núm. 4, pp. 97-123.

Camejo, Ernesto

1940 *Breves apuntaciones sobre Arauca*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Erazo-Díaz, Humberto

1992 *Historia del municipio de Chita*. Tunja: Servicios Gráficos.

Molano, Joaquín

1968 *Los Territorios Nacionales-Arauca*. Bogotá, Ministerio de Gobierno, División de Territorios.

Nieto Caballero, Luis Eduardo

1935 *Vuelo al Orinoco*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Pacheco, R.

1943 "Ligeras observaciones sobre los indígenas del Sarare", *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. 30, pp. 930-933.

Páez Courvel, Luis Eduardo

1956 "La geografía desconocida", en R. Gómez-Picón, R. *El Sarare: inquietud y emoción, problemas colombianos*. Bogotá: Editorial Iqueima, pp. 22-29.

Peñate, Andrés

1991 *Arauca: Politics and Oil in a Colombian Province*. M. Phil. Thesis in Latin American Studies, University of Oxford.

Rausch, Jane

1989 "Rebelión en los Llanos colombianos: el 'affaire Arauca' de 1917", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 26, núm. 20.

Rendón, Guillermo

1975 *Tunebia: reserva ecológica y cultural*. Tunja: Editorial Presencia.

Rivas Duarte, G., Romanowsky, E.

1975 *La colonización del Sarare, Área BID: análisis del nivel de vida del colono*. Tesis de Grado, Bogotá: Universidad Santo Tomás.

Rucinke, Héctor Fabio

1972 *Colonization of the Sarare Region of Eastern Colombia*. MSc Thesis, Dept. of Geography, University of Wisconsin at Madison.

Stoddard, D. R. y Trubshaw, J. D.

1962 "Colonization in Action in Eastern Colombia", *Geography*, vol. 47, parte 1, núm. 214, pp. 47-53.

El revés de la nación se compuso
en caracteres Kepler 11/16 en enero de 2011